

Créditos:

"El Sendero del Misionero"

Si bien el contenido original de esta obra no ha sido escrito por mí, he tenido el privilegio de dar forma literaria a las ideas, experiencias y reflexiones plasmadas en estas páginas. Mi contribución ha consistido en estructurar y presentar el material de manera coherente y estilísticamente cuidada, respetando siempre la esencia y el mensaje del autor.

H. Halden

Nota del Autor:

Este diario refleja una crónica sincera y profunda del Padre Paul Schneider, misionero en el valle de Lagarba, Etiopía. Su obra no solo relata el testimonio de un hombre de fe enfrentándose a los desafíos de una vida entregada al servicio de los demás, sino que también nos ofrece una ventana a la vida de una comunidad rural en África, rica en cultura y en espiritualidad, pero golpeada por la pobreza y las dificultades cotidianas.

El autor nos sumerge en su experiencia diaria, combinando momentos de fe, trabajo arduo, y la labor incansable por mejorar las condiciones de vida de aquellos a quienes sirve. A través de estas páginas, el lector se encontrará no solo con los retos materiales de la misión, como la falta de recursos y las luchas diarias por el sustento, sino también con historias de esperanza, solidaridad, y de una comunidad unida por la fe. Las historias que comparte van más allá de lo anecdótico, revelando el sacrificio, la compasión y la resiliencia humana en medio de la adversidad.

Este diario no es simplemente un relato de hechos, sino una reflexión sobre el valor de la misión, la entrega sacerdotal y el poder transformador de la fe vivida en comunión con los demás.

Portada e Ilustraciones: H. Halden

Edición: 1.^a

Diseño de Cubierta

H. Halden

Maquetación

H. Halden

Nota de Agradecimiento:

Agradezco de todo corazón a quienes han acompañado este viaje, tanto con sus oraciones como con su apoyo constante. A los amigos, familiares y benefactores, sin cuyo aliento y generosidad esta misión no podría sostenerse, va mi más sincera gratitud. Cada gesto, cada palabra de ánimo, y cada ayuda recibida han sido testimonio del amor que Dios derrama a través de cada uno de vosotros. Gracias por ser parte de esta misión y por ayudar a que, juntos, podamos seguir sembrando esperanza en tierras tan necesitadas. Que Dios os bendiga siempre.

Este escrito ha sido elaborado utilizando material original proporcionado por el autor, incluyendo relatos personales, experiencias en la misión y reflexiones espirituales. Las fuentes de información complementaria e ilustraciones utilizadas en esta obra pertenecen a sus respectivos propietarios, a quienes se les atribuyen los correspondientes créditos. El uso de las imágenes, textos y referencias ha sido realizado en el marco

del respeto a los derechos de autor y las licencias que corresponden a cada material.

Se agradece especialmente a todas las personas que han colaborado directa o indirectamente con la recopilación de información e ilustraciones, contribuyendo al enriquecimiento de esta obra.

Contenido

Créditos: A quien Corresponda.....	1
Nota del Autor:	1
Nota de Agradecimiento:.....	2
“El Sendero del Misionero”.....	6
5 de septiembre de 2018: Llegada y Primeras Impresiones.....	8
19 de noviembre de 2018: Visita a una Aldea Vecina.....	17
25 de Septiembre de 2019: Finalizando la Estación Lluviosa	18
7 de Abril de 2020: Reflexiones sobre la Pandemia	50
17 de Agosto de 2020: Retos y Esperanza en la Pandemia.....	53
13 de Noviembre de 2020: Nuevos Retos	81
18 de febrero de 2021: Entre la Esperanza y la Adversidad en la Misión.....	104
16 de Abril de 2021: El Agua de la Esperanza	119
4 de Agosto de 2021: Preparando el Camino: Agua, Caridad y Nuevas Rutas	133
16 de Noviembre de 2021: La Esperanza en Tierra Fértil: Paz, Unión y Caminos por Construir.....	141
7 de febrero de 2022: Un Puente de Esperanza y Unidad	156
24 de Mayo de 2022: Manantiales de Vida y Esperanza.....	169
14 de Agosto de 2022: Sembrando Fe y Reconciliación	178
6 de febrero de 2023: Nuevos Caminos para Compartir la Misión	196
8 de febrero 2023: Eco de Esperanza en Tierras de Nubia	197
29 de Marzo de 2023: La Sencillez del Alma Rural	245
11 de Junio de 2023: De Perros y gatos, y otras historias Etiópicas..	263

5 de Agosto de 2023: La Huella de los Sembradores en Tierras de Esperanza.....	290
15 de Octubre de 2023: La Noche de los ladrones, España y los Monasterios de Clausura.....	310
10 de Mayo 2024: Negocios de Mujeres	338
8 de Agosto de 2024: Risas, Barro y Encuentros: Momentos que Tejen la Misión	349
31 de Agosto de 2024: Fe y Devoción: La Esperanza Florece....	368

“El Sendero del Misionero”

Prólogo:

Este diario es el reflejo de una vida dedicada a la misión, a la comunidad y a la fe. Las páginas que lo componen no solo recogen las vivencias cotidianas en Lagarba, Etiopía, sino también los pensamientos, desafíos y alegrías de un sacerdote que ha decidido entregar su vida al servicio de los más necesitados. A través de cartas, fotos y testimonios, el lector podrá adentrarse en el mundo rural africano y conocer de primera mano la realidad de una misión que, a pesar de las dificultades, florece en medio de una sencillez conmovedora.

El autor nos ofrece una ventana a un rincón del mundo donde la fe y la esperanza encuentran su lugar en los corazones de personas que, aunque enfrentan carencias materiales, viven con una riqueza espiritual inigualable. Desde los relatos de los días de mercado, la construcción de una carretera que cambia vidas, hasta los momentos más íntimos de oración y encuentro con Dios, este diario es testimonio del poder transformador de la misión y de cómo el amor de Cristo puede cambiar realidades.

Cada capítulo, cada carta y cada imagen aquí recopilada revela una vida guiada por un profundo sentido de entrega y compasión, mostrando la incansable labor del autor no solo como sacerdote, sino también como amigo, hermano y padre para todos aquellos que conforman su comunidad.

A quienes lean estas líneas, les invito a acompañar al autor en su travesía espiritual y humana, y a descubrir en este relato el eco de su propia fe y humanidad. Que este diario sea, como lo es para su autor, una fuente de esperanza y una prueba viviente de que, aún en los lugares más lejanos, la luz de Cristo sigue brillando con fuerza.

5 de septiembre de 2018: Llegada y Primeras Impresiones

Queridos amigos:

Ahora se cumple un año de mi llegada a este país, y por fin os escribo para pedir os ayuda económica. Espero no haber llegado demasiado tarde y que vuestros deseos iniciales de contribuir se hayan enfriado. Abajo hay un número de cuenta donde lo que ingrese llegará íntegro y directo a mis manos, en beneficio de esta comunidad etíope. Aunque des poquito, significará mucho.

Fui nombrado párroco y pleno responsable de esta misión de Lagarba el pasado 9 de julio, después de largos meses de aprender el idioma, conocer en detalle los pueblos y comunidades de la zona y obtener en Addis Abeba los permisos de residencia y trabajo. Estoy lleno de alegría y soy consciente de las dificultades que aparecerán a largo plazo. Y tengo para mí que Dios me quiere aquí por muchos años.

En septiembre de 2018, Lagarba, una remota y rural comunidad en Etiopía, reflejaba una combinación de vida tradicional, desafíos socioeconómicos y un entorno geopolítico influenciado por el contexto nacional. Etiopía, en esos momentos, estaba atravesando una etapa crucial en su historia, marcada por cambios políticos y transformaciones

sociales que también afectaban a las comunidades más pequeñas como Lagarba.

En abril de 2018, Abiy Ahmed fue nombrado Primer Ministro de Etiopía, marcando el inicio de una nueva era en la política etíope. Abiy Ahmed, con sus propuestas de reformas democráticas, lucha contra la corrupción y una agenda de paz con la vecina Eritrea, generó un cambio en la atmósfera política del país. Este nuevo liderazgo también afectaba indirectamente a las regiones rurales, pues los esfuerzos de descentralización y apertura política empezaban a llegar a lugares como Lagarba, aunque con cierto retraso en comparación con las ciudades.

Uno de los principales cambios fue la paz entre Etiopía y Eritrea, una guerra que había durado 20 años y que había generado tensiones en varias partes del país. Aunque Lagarba no estaba directamente en la línea de conflicto, la reestructuración militar y los recursos previamente asignados a la guerra influyeron en la región, donde algunos jóvenes de la comunidad habían sido reclutados.

A pesar de las promesas de reformas y modernización, la vida cotidiana en Lagarba en septiembre de 2018 seguía siendo profundamente marcada por la pobreza, la falta de infraestructuras y una economía basada en la agricultura de subsistencia. La comunidad dependía principalmente de la producción de maíz, teff y otros cultivos básicos, con métodos de agricultura que apenas habían cambiado durante décadas. La falta de acceso a agua potable, electricidad y atención médica eran problemas crónicos. En particular, las mujeres y los niños

enfrentaban las mayores dificultades debido a la carga del trabajo doméstico y la falta de acceso a educación de calidad.

La movilidad dentro y fuera de Lagarba era limitada, ya que las carreteras eran de difícil acceso y a menudo intransitables, especialmente durante la temporada de lluvias. Esto aislaba a la comunidad del resto del país y del acceso a mercados o servicios esenciales. Además, la falta de una red de telecomunicaciones efectiva hacía difícil la comunicación con otras partes del país, aunque las autoridades locales intentaban mejorar estos aspectos con la llegada de algunas reformas desde la capital.

Lagarba, como muchas otras comunidades en Etiopía, tenía una estructura social y cultural profundamente arraigada en las tradiciones religiosas. La iglesia ortodoxa etíope jugaba un papel fundamental en la vida cotidiana, marcando no solo los ritmos del calendario religioso sino también influyendo en las costumbres, la educación y la estructura comunitaria. En 2018, estas costumbres seguían tan vivas como siempre, ofreciendo cohesión social pero también limitando, en cierta medida, la introducción de cambios más modernos en la vida comunitaria.

A pesar de los desafíos, la comunidad estaba unida. Las celebraciones religiosas y festividades tradicionales ofrecían momentos de alegría y de cohesión social, mientras que el trabajo en los campos era una labor comunitaria donde todos participaban, desde los más jóvenes hasta los ancianos. Sin embargo, los jóvenes empezaban a mostrar signos de inquietud, soñando con oportunidades más allá de la vida rural,

influenciados por los cambios que comenzaban a sentirse en las ciudades.

Si bien Lagarba no era un foco de conflicto, la región sur de Etiopía en general no estaba exenta de tensiones étnicas, particularmente entre los grupos oromo, amhara y otros. Aunque estas tensiones no solían tener un impacto directo en la vida de Lagarba, el cambio en el gobierno y la apertura política generaban incertidumbre. En todo el país, se estaban llevando a cabo nuevas elecciones para gobernadores locales, y la redistribución de poder a nivel regional provocaba tensiones.

El gobierno central, dirigido por Abiy Ahmed, estaba trabajando para establecer un nuevo equilibrio de poder entre los diversos grupos étnicos del país. Sin embargo, este proceso no siempre fue fácil, y la implementación de nuevas reformas a nivel local tomaba tiempo en llegar a las comunidades más aisladas como Lagarba.

Para Lagarba, en septiembre de 2018, el horizonte estaba lleno de esperanza, aunque los cambios aún eran lentos en llegar. Las reformas de Abiy Ahmed prometían mejoras en infraestructura, educación y servicios sociales, pero los efectos concretos tardarían años en materializarse en comunidades rurales como esta. Sin embargo, la paz con Eritrea y las promesas de apertura política ofrecían la esperanza de una Etiopía más inclusiva, donde comunidades rurales como Lagarba pudieran finalmente acceder a los recursos que tanto necesitaban.

En resumen, la vida en Lagarba en septiembre de 2018 era una mezcla de tradiciones profundamente arraigadas, desafíos diarios y la esperanza de que los cambios políticos que se estaban gestando en el país llegarían a impactar la vida de la comunidad.

La presencia y labor de las misiones de la Iglesia Católica en Etiopía, y en particular en regiones rurales como Lagarba, ha sido de una importancia crucial a lo largo del tiempo. Aunque Etiopía es históricamente conocida por ser uno de los países más antiguos en adoptar el cristianismo, a través de la Iglesia Ortodoxa Etíope, las misiones católicas han desempeñado un rol fundamental en el país, especialmente en las áreas de educación, salud y desarrollo comunitario.

Una de las principales contribuciones de la Iglesia Católica en Etiopía ha sido la creación de escuelas y centros educativos en áreas rurales donde el acceso a la educación es limitado o inexistente. Las misiones católicas se han dedicado a ofrecer oportunidades educativas tanto para niños como para adultos, estableciendo escuelas y proporcionando educación gratuita en muchas comunidades marginadas.

La alfabetización y la formación en diversas habilidades no solo mejoran las vidas de las personas individualmente, sino que también contribuyen al desarrollo de la comunidad en su conjunto. En lugares como Lagarba, las escuelas vinculadas a las misiones católicas pueden ser el único acceso a la educación formal para los niños, en un país donde la

infraestructura educativa es extremadamente deficiente en muchas zonas rurales.

La Iglesia Católica también ha jugado un papel importante en la atención sanitaria. En muchas regiones rurales de Etiopía, las misiones católicas han establecido clínicas y hospitales donde ofrecen atención médica básica y a menudo gratuita. En contextos donde la infraestructura médica gubernamental es inexistente o insuficiente, estas misiones se convierten en una tabla de salvación para la población.

Las misiones católicas han estado a la vanguardia en la lucha contra enfermedades comunes en Etiopía, como la malaria, el cólera y la tuberculosis, que afectan gravemente a las zonas rurales. Además, muchas misiones proporcionan programas de nutrición para niños y madres embarazadas, lo que es crucial en una región donde la malnutrición sigue siendo un problema grave.

Aparte de la educación y la salud, las misiones católicas a menudo llevan a cabo proyectos de desarrollo comunitario, como la construcción de pozos para el acceso a agua potable, la implementación de programas agrícolas para mejorar las técnicas de cultivo, y la creación de programas de formación en oficios para generar fuentes de ingresos locales.

En comunidades como Lagarba, donde el acceso a recursos básicos es limitado, estas iniciativas tienen un impacto directo en la mejora de la calidad de vida. Las misiones suelen enfocarse en proyectos sostenibles

que permiten a la comunidad autogestionarse a largo plazo, reduciendo la dependencia de ayuda externa y promoviendo la autosuficiencia.

Si bien la Iglesia Católica en Etiopía es una minoría en comparación con la Iglesia Ortodoxa Etíope, sus misiones tienen un fuerte enfoque en la evangelización y el fomento de la vida espiritual. Las misiones católicas se esfuerzan por proporcionar una comunidad espiritual acogedora, donde la gente puede encontrar apoyo moral y religioso. Esto no solo satisface las necesidades espirituales, sino que también ofrece un espacio para que las personas se reúnan y encuentren consuelo en tiempos de dificultad.

Además, las misiones católicas suelen fomentar la coexistencia pacífica entre las diferentes confesiones religiosas, ya que promueven el respeto interreligioso y el diálogo, algo crucial en un país con una diversidad religiosa significativa. En comunidades mixtas, como en algunas zonas de Etiopía donde los católicos conviven con ortodoxos y musulmanes, las misiones católicas contribuyen a fomentar la paz y la cooperación interconfesional.

la Iglesia Católica ha tenido una voz activa en la defensa de los derechos humanos y la dignidad de las personas, particularmente en zonas donde las injusticias sociales y la pobreza están más presentes. En las comunidades rurales de Etiopía, las misiones no solo proporcionan servicios materiales, sino que también buscan empoderar a las personas, especialmente a los grupos más vulnerables, como las mujeres y los niños, que a menudo sufren las consecuencias más duras de la pobreza.

Las misiones católicas, a través de sus programas, buscan elevar la dignidad humana y proteger los derechos básicos, contribuyendo así a una mayor equidad social.

En el contexto de Lagarba, las misiones católicas habrían sido fundamentales en la transformación de la vida comunitaria. En una zona donde el acceso a recursos es limitado y la vida gira en torno a la agricultura de subsistencia, la presencia de una misión puede significar la diferencia entre el aislamiento y la conectividad con el mundo exterior.

Los misioneros, además de ofrecer servicios básicos, también pueden traer consigo una nueva visión de esperanza y fe, promoviendo el mensaje cristiano de solidaridad, amor y apoyo mutuo. En una región donde las dificultades diarias pueden ser abrumadoras, la fe religiosa es a menudo una fuente de consuelo y fortaleza.

Sin embargo, las misiones católicas también enfrentan sus propios desafíos. La geografía accidentada y la falta de infraestructura dificultan el acceso a muchas áreas, haciendo que el suministro de recursos y personal sea complicado. Además, en algunas ocasiones, las misiones se encuentran con resistencias culturales o religiosas por parte de comunidades que tienen una fuerte tradición ortodoxa o musulmana.

A pesar de estos desafíos, las misiones han demostrado resiliencia y compromiso, adaptándose a las necesidades locales y manteniéndose como una presencia activa y positiva en el desarrollo comunitario.

En esta misión vivimos sin electricidad ni agua corriente. El móvil lo cargamos con pequeñas placas solares portátiles de los chinos, y todo el agua lo subimos a pulso, con garrafas sobre nuestras espaldas, desde una fuente que hay camino abajo. Si conseguimos dinero, repararemos un pozo con bomba manual que dejó de funcionar, e instalaremos placas solares en el tejado.

Todos los habitantes son pastores y agricultores. Aunque no se están muriendo de hambre, su renta es muy baja y algunas épocas del año pasan necesidades en la alimentación y el vestido, y sobre todo no pueden enviar a sus hijos a estudiar. Mi principal proyecto para este curso es reabrir la escuela de primaria, que se cerró hace unos años por falta de dinero. Al menos de momento me gustaría cubrir 1º y 2º de primaria, porque siendo un poco más mayores ya pueden caminar los cuarenta minutos que nos separan de la escolita pública más cercana.

19 de noviembre de 2018: Visita a una Aldea Vecina

Hoy me adentré en una aldea vecina, más allá de los montes que rodean nuestra misión. Las casas están hechas de barro y cañas, y el ambiente es de una simplicidad aplastante, pero llena de dignidad. Hablé con varias familias y oramos juntos por su bienestar. Ver a estas personas mantener su fe, a pesar de las dificultades, me inspira profundamente.

25 de Septiembre de 2019: Finalizando la Estación Lluviosa

Queridos amigos de la misión:

Perdonad que este WhatsApp es muy largo, porque lo escribí como un correo electrónico, pero en Etiopía las comunicaciones están mal y el mail en mi zona no funciona por datos.

La paz de Cristo actúe siempre entre vosotros, y podáis reconocer los signos de su Presencia.

Aquí está terminando la estación lluviosa, los maizales y el sorgo están en sazón, la cebolla ya la hemos recogido y vendido, unos dos mil kilos, y a los cereales y las legumbres les queda un mes para terminar de madurar. Para la finca de la misión hemos añadido, a la mula y a la burra que ya teníamos, un buey cebuino y dos vacas, una de las cuales nos viene ya preñada. Ahora que la hierba y el forraje abunda, tenemos que hacer acopio para la estación seca, para no tener que comprar más adelante, y así evitaremos gastos. También tenemos ahora abejas y miel. Gracias a Dios, los misioneros Capuchinos adquirieron, hace unos cien años, este amplio terreno que rodea mi iglesita de San Francisco, y he invertido mucho durante este año en pago de jornales para que el terreno empiece a ser productivo, tanto para nuestro consumo propio, como para las familias necesitadas, para forraje de los

animales, y todo el excedente para vender en los mercados de Rabsu, de Karra Kurkura o de Bedesa, como fuente de ingresos. Ya os imagináis lo que ha sido esto: picar, levantar la tierra, arar, quitar la maleza, sembrar, volver a quitar malas hierbas, estar pendiente de plagas y ratones y pájaros, cosechar y almacenar. La mayor parte del terreno estaba apelmazado y con maleza y zarzas muy difíciles de arrancar. Ahora casi todo el terreno de la misión es fácilmente cultivable, con tal de que no se vuelva a abandonar. Ha sido un trabajo descomunal el de estos últimos seis meses. El terreno desde luego fue bien seleccionado por aquellos misioneros, pues hay tres pequeños manantiales de agua dentro del mismo. Somos afortunados, ya que muchos otros vecinos pasan apuro en la estación seca para irrigar sus cultivos, lo cual limita sus posibilidades. Por eso debemos ser generosos y hacer que esta misión y el trabajo en ella sea un modelo de justicia y de reparto, de ayuda a los necesitados y de hacer las cosas con la mayor perfección posible, a partir de lo rudimentario, lo que hay: los aperos tradicionales, la incomunicación de este lugar remoto, los desniveles de los campos en estos montes. También hay que buscar la eficiencia y el rendimiento, pero para eso necesitaremos algunos años más, pues el gasto no se amortiza rápidamente. También yo tengo que conocer mejor el precio de los productos, su variación a lo largo del año, los mercados de la zona, los gastos de transporte

en burro, y las estaciones y las cosechas. Son muchas cosas, y no te entra todo a la primera, es todo un aprendizaje. Por fuerza tengo que aprender estas cosas tan terrenales, de agricultura y economía local, si quiero integrarme entre ellos y sacar adelante la misión, tanto en lo material como en lo espiritual, pues ellos no aceptan que lo delegue en otra persona. Soy el máximo responsable de esta misión, a la que he llegado hace poco más de un año, y ellos lo quieren así, por más que sea un novato en su mundo y en sus cosas y en sus trabajos, por más que sea de otra raza y de otro país. Gozo de su confianza, eso es muy bonito. Creo que os encantaría conocer la vida del campo, porque aquí todo está muy conectado: el trabajo, el descanso, la familia, la religión, el pueblo. Por ejemplo, los niños tienen que pastorear las cabras, si la familia las tiene. No es un juego, es una responsabilidad muy seria. Luego si se sacrifica un animal, ya sea una cabra, un buey, o aunque sea una gallina, hay que hacerlo con una oración en el momento de sacrificar. Porque la vida pertenece a Dios. Y si se trata de un animal, siempre se come con otros, sobretodo si es un animal grande, porque no se puede conservar, hay que consumirlo entre muchos, y comer juntos supone que hay respeto y afecto.

La vida en Lagarba, durante la época que precede al final de la estación lluviosa, es un mosaico de colores y sonidos, donde la tierra y las manos de quienes la trabajan dictan el ritmo de los días. El viento arrastra el

aroma de los maizales y del sorgo en sazón, llenando el aire con promesas de cosechas inminentes. Bajo el cielo cambiante, la cebolla ya ha sido recogida y vendida, en un esfuerzo colectivo que ha rendido frutos en forma de más de dos mil kilos, un símbolo de las muchas horas de trabajo y cuidado que esta tierra exige.

El ciclo agrícola de Lagarba es un delicado equilibrio entre previsión y paciencia. Los cereales y las legumbres aún necesitan tiempo para madurar completamente, pero los lugareños saben que deben estar atentos a cada detalle, pues cualquier descuido podría costar una cosecha entera. La misión, con su humilde finca, ha añadido nuevas piezas a este engranaje rural: un buey cebuino, dos vacas, una de ellas preñada, y un conjunto de abejas que prometen miel. Estos animales, que pastan tranquilos mientras la hierba y el forraje aún abundan, son parte de una estrategia que busca evitar el hambre y los gastos durante la estación seca. El invierno seco es implacable en estas tierras y quienes no se preparan bien, pagan las consecuencias.

Hace un siglo, los misioneros Capuchinos vieron potencial en este amplio terreno que ahora rodea la iglesita de San Francisco. Un lugar que, con el tiempo, ha sido testigo de una transformación monumental, pero también de un esfuerzo incansable. Durante los últimos meses, las jornadas han sido extenuantes. Picar la tierra endurecida, arrancar maleza que ha arraigado con fuerza, arar y sembrar en los desniveles de estos montes no ha sido una tarea fácil. Pero poco a poco, este pedazo de tierra ha comenzado a rendir frutos. Lo que antes estaba apelmazado

y cubierto de zarzas, hoy se extiende como un suelo fértil, prometiendo cosechas y sustento para la comunidad.

Es una obra ardua, que trasciende lo meramente económico. Cada zanja excavada, cada planta que brota de la tierra, representa también una apuesta por el futuro de las familias necesitadas de la zona. Aquí, no se trabaja solo para llenar los graneros de la misión, sino también para ayudar a quienes pasan apuros. El excedente de la cosecha no se queda en los almacenes; se lleva a los mercados de Rabsu, Karra Kurkura o Bedesa, esos lugares donde los productos de la tierra se convierten en ingresos. El transporte, rudimentario y lento, con burros que cargan con el fruto del trabajo de muchos, refleja una economía que, aunque modesta, es el pilar de la vida en esta región.

Las estaciones son parte de la vida, como una danza que sigue un ritmo inalterable, marcando cuándo es tiempo de sembrar, cosechar o preparar el terreno para la próxima batalla con la naturaleza. Los manantiales de agua que brotan en los campos de la misión son una bendición que no todos los vecinos comparten. En la estación seca, mientras muchos luchan por irrigar sus cultivos, la misión se convierte en un faro de esperanza. No solo por la generosidad que pueden ofrecer, sino también como un modelo a seguir en el manejo de los recursos.

Aquí, la eficiencia y el rendimiento son el siguiente reto. Aún se necesitan algunos años más para que el trabajo dé sus frutos de manera sostenible, para que cada centavo invertido en jornales y herramientas se vea recompensado. Aprender los ciclos del mercado, entender el precio de

cada producto a lo largo del año, y calcular los gastos de transporte es todo un aprendizaje para el responsable de la misión, quien, a pesar de ser un recién llegado, ha logrado ganarse la confianza de la comunidad.

En Lagarba, todo está interconectado. El trabajo en el campo no es solo un deber, sino una parte intrínseca de la vida familiar y comunitaria. Los niños pastorean las cabras con seriedad, sabiendo que de ellos depende el bienestar de su familia. Cuando se sacrifica un animal, no es solo un acto rutinario: se hace con oración, reconociendo que la vida pertenece a Dios, y se comparte en comunidad. Aquí, la comida no es solo alimento, es también un símbolo de respeto y afecto entre las personas que la comparten.

Algunos días que me siento con más fuerzas echo varias horas arrancando malas hierbas, que están por todas partes y que, si crecen, roban los nutrientes a las plantas que nos interesan, y a la hierba que necesitamos para los animales. Muchas veces, cuando agarro un haz de hierbas, tengo que soltar, porque hay pinchos escondidos. Entonces se agarra de más abajo, y se saca de raíz la mala hierba entera. Cuando amas la tierra, la quieres ver bonita, limpia, productiva. Las plantas con espinas vienen bien para hacer vallas naturales y proteger la propiedad, y ponérselo difícil a las hienas para entrar. A veces tenemos que descantar un terreno, y esas mismas piedras sirven para hacer pequeños muros, y que el terreno que está en pendiente se allane en terrazas, y así la humedad

se retiene cuando sale el sol, y el limo no es arrastrado cuando llueve fuerte. La mano del hombre puede hacer mucho bien, puede traer orden y estabilidad y producción. La tierra es generosa, aquí lo ves todos los días. Plantas las semillas, hay que cuidar y esperar, y luego vienen los frutos. Siempre me ha gustado beber café, pero nunca he tenido la preocupación de cultivarlo. La misión antes no tenía cafetal, ahora hemos plantado muchas matas de café, y pasados tres años haremos nuestra primera recolección. La generosidad de Dios se percibe a través de la naturaleza, el sol y la lluvia.

En un entorno rural, el trabajo agrícola es mucho más que una simple labor; se convierte en una expresión tangible de fe y esperanza. A lo largo del ciclo de siembra y cosecha, la tierra ofrece innumerables oportunidades para conectar con lo divino. Arrancar malas hierbas, preparar el terreno, plantar semillas o construir pequeños muros de piedra para proteger el suelo no son solo actos cotidianos, sino que adquieren un significado más profundo cuando se realizan con la convicción de que Dios provee.

La fe impulsa cada esfuerzo. Las malas hierbas, que crecen descontroladas, pueden asfixiar las plantas que alimentan a la comunidad, pero con paciencia y trabajo diligente, la tierra vuelve a ser fértil y productiva. Cada tarea realizada en el campo refleja la creencia de que, con cuidado y dedicación, los frutos llegarán. Esta esperanza no se basa únicamente en el ciclo natural, sino en la confianza en que Dios

está presente en cada etapa del proceso, bendiciendo el trabajo de las manos humanas.

La vida agrícola no se separa de la espiritualidad; de hecho, ambas están profundamente entrelazadas. Cada semilla que se planta simboliza una promesa, una expresión de confianza en que, con el tiempo, la tierra responderá. La fe se manifiesta en la forma en que las personas trabajan juntas, compartiendo no solo el esfuerzo físico, sino también la esperanza en un futuro mejor. A través de la naturaleza, se percibe la generosidad de Dios: el sol, la lluvia y la vida que emerge de la tierra son recordatorios constantes de su bondad y provisión.

La comunidad no solo trabaja la tierra para obtener sustento material, sino también para participar en un acto más grande de creación. En cada acción cotidiana, se refleja la creencia en la providencia divina, y esa confianza guía a las personas en sus labores. La fe no es solo una parte de la vida espiritual, es también la fuerza que da sentido a cada jornada de trabajo. Todo está impregnado de esa esperanza que permite superar las dificultades del camino.

Así, el trabajo agrícola no es solo una cuestión de supervivencia, sino una forma de colaborar con Dios en el cuidado de la creación. La certeza de que cada esfuerzo, cada semilla plantada y cada jornada completada tiene un propósito más grande, fortalece el espíritu. La fe en la generosidad de la tierra y en la providencia de Dios sostiene a las personas en su labor diaria, creando un lazo inquebrantable entre la vida terrenal y lo divino.

Estamos a un mes de terminar por fin las casas de Kirara, el pueblo de abajo donde tenemos un terreno. Si os digo la verdad esa obra me ha dado muchos dolores de cabeza. Tuvimos que parar en varias ocasiones por falta de materiales, por peleas entre los trabajadores, y también por alguna complicación con la administración. Pero con paciencia todo se consigue y pronto inauguraremos esa construcción. Estoy orgulloso de que sean las primeras casas de cemento y hormigón en el pueblo de Kirara, pues supone un avance de mentalidad: hay cosas que, aunque cuesten más, luego durarán varias generaciones, y a la larga compensa. Es bueno que la gente vea casas bien hechas y viva en ellas. Esas casas necesitamos alquilarlas para tener algún ingreso además de las cosechas. Pero el alquiler será asequible, y viviendo en una casa así con buenos tabiques y suelo de obra se previenen resfriados, enfermedades transmitidas por insectos, ratas, mordeduras de serpientes, infecciones de ojos, oídos y vías respiratorias, y malestares en general. Mosquitos en esta zona no hay, pero las pulgas abundan, son difíciles de repeler, y transmiten enfermedades. Aquí la gente está enferma con demasiada frecuencia. En parte por las condiciones en que viven. Algunos simplemente no se cuidan ni se preocupan por su salud hasta que

el dolor es insoportable. También, es verdad, son muy sufridos y pacientes ante el dolor.

Kirara es un pequeño y remoto pueblo rural de Etiopía, cuya población está compuesta por agricultores que dependen del cultivo de la tierra para subsistir. Situado en una zona montañosa y alejada de los principales centros urbanos, Kirara ha estado históricamente desconectado de los avances en infraestructuras y servicios básicos. Las casas tradicionales de la comunidad, construidas principalmente con barro, paja y ramas, no ofrecen una protección adecuada frente a las inclemencias del clima, los riesgos sanitarios y las amenazas de plagas y animales.

En este contexto, la construcción de nuevas viviendas de cemento y hormigón en Kirara representa un paso significativo hacia la mejora de las condiciones de vida de sus habitantes. La importancia de este proyecto radica no solo en el aspecto material de las casas, sino en su capacidad para mitigar una serie de problemas que afectan gravemente la salud y el bienestar de la población.

Uno de los principales problemas que enfrenta la comunidad de Kirara es la alta incidencia de enfermedades relacionadas con las condiciones insalubres de las viviendas. Las casas de barro, aunque forman parte de la tradición local, no brindan la protección necesaria contra las enfermedades respiratorias, infecciones y otros males que surgen de la humedad, la falta de ventilación adecuada y la exposición a los elementos. En Kirara, los resfriados, las infecciones oculares y las

enfermedades respiratorias son comunes, en gran parte debido al frío que penetra por las paredes y techos mal aislados. Las nuevas casas de cemento, con tabiques sólidos y suelos firmes, pueden ayudar a prevenir la proliferación de estos problemas al ofrecer un entorno más seguro y saludable.

Además de las enfermedades, las plagas y los insectos son una preocupación constante para los habitantes de Kirara. Si bien en esta región no hay una gran presencia de mosquitos, las pulgas son abundantes y difíciles de erradicar. Estas pulgas no solo causan molestias constantes, sino que también son vectores de enfermedades que afectan a personas y animales. Las viviendas mal construidas, con grietas y suelos de tierra, proporcionan el ambiente perfecto para la proliferación de estos insectos. Las nuevas casas de hormigón, con suelos firmes y paredes sin grietas, contribuirán a reducir la presencia de pulgas, lo que a su vez disminuirá la incidencia de enfermedades relacionadas con estas plagas.

Otro peligro al que se enfrentan los habitantes de Kirara son los animales venenosos o peligrosos, como las serpientes, que a menudo encuentran refugio en las casas mal selladas o en las cercanías de las viviendas. Las mordeduras de serpientes son un riesgo constante, especialmente para los niños, quienes juegan y se mueven cerca de estos peligros sin el conocimiento necesario para evitar el contacto. Las casas de cemento ofrecen una mayor seguridad frente a este tipo de animales, al ser estructuras más selladas y difíciles de penetrar.

Además, las nuevas construcciones también representan un cambio en la mentalidad de la comunidad. El uso de materiales más duraderos como el cemento y el hormigón no solo proporciona una mejor calidad de vida inmediata, sino que también significa una inversión a largo plazo. Estas casas, al ser más resistentes, podrán albergar a varias generaciones, lo que cambia la visión a futuro de los habitantes de Kirara. Esta modernización también podría tener un impacto positivo en la forma en que se enfrentan los desafíos cotidianos, promoviendo una mayor preocupación por la salud, el bienestar y el mantenimiento de las infraestructuras.

Finalmente, el proyecto de construcción de viviendas en Kirara también se concibe como una solución a largo plazo para mejorar la economía de la misión que lo impulsa. Al alquilar las casas a precios asequibles, se genera una fuente de ingresos que, junto con los cultivos, ayudará a sustentar las actividades y los servicios que la misión ofrece a la comunidad.

En resumen, la construcción de viviendas más modernas en Kirara es mucho más que un avance material. Es una respuesta directa a los problemas de salud y seguridad que afectan a los habitantes, y una oportunidad para promover una mayor estabilidad y bienestar en esta pequeña comunidad rural. Resolver problemas como las enfermedades, las plagas y la presencia de animales peligrosos no solo mejora la calidad de vida inmediata, sino que también sienta las bases para un futuro más seguro y prometedor.

Nuestros niños que estudian en el internado de Harar sacaron buenas notas en junio, y todos han pasado de curso. Se llaman Petros, Kalamua, Meseret, Alem, Alemush, Haimanot, Yirgalem y Lidet, distribuidos por cursos desde primero de primaria hasta undécimo (12° es el último antes de la universidad). Nada de esto es gratis, lo estoy pagando con vuestras generosas aportaciones. Estáis dando una oportunidad excepcional, inalcanzable de otro modo, a estos jóvenes, la mayoría chicas. Por favor orad para que el buen Dios que nos da todas las cosas y nos sustenta, remueva los corazones indecisos y nos haga descubrir la alegría de la generosidad. Quiero vivir con ellos muchos años, quizá toda mi vida, para ayudarles todo lo posible.

El acceso a la educación en las comunidades rurales de Etiopía es fundamental para el futuro de las generaciones más jóvenes, representando una vía de escape de la pobreza y una herramienta clave para el desarrollo económico y social. En estas zonas remotas, la educación se convierte en un recurso limitado, a menudo inaccesible para la mayoría de los niños y jóvenes debido a factores económicos, sociales, culturales e incluso religiosos.

Para muchos menores en Etiopía, la educación está marcada por la complejidad de sus circunstancias. Los niños deben enfrentarse a obstáculos como la distancia hasta las escuelas, la necesidad de trabajar

en el campo o cuidar del ganado, y la falta de infraestructura adecuada para la enseñanza. A menudo, las escuelas están mal equipadas, y los profesores, aunque comprometidos, no siempre cuentan con los recursos necesarios para ofrecer una educación de calidad. Esto hace que el acceso a la educación sea especialmente difícil, limitando las oportunidades de los jóvenes para aprender y, en última instancia, construir un futuro más prometedor.

Dentro de este contexto, las niñas enfrentan desafíos aún mayores debido a las tradiciones y las normas culturales que, en muchas comunidades, limitan su acceso a la educación. En muchas áreas rurales, prevalecen creencias arraigadas que dictan que las niñas deben asumir responsabilidades domésticas desde una edad temprana, lo que reduce sus posibilidades de asistir a la escuela. Además, en algunas regiones, la influencia de la religión y las costumbres locales pueden imponer restricciones sobre la educación de las niñas, considerándola innecesaria o incluso inapropiada para su futuro rol como esposas y madres.

Sin embargo, la educación de las niñas es crucial para el desarrollo de estas comunidades. Las investigaciones han demostrado repetidamente que cuando las niñas reciben una educación, no solo mejoran sus propias vidas, sino que también transforman a sus familias y comunidades. Las mujeres educadas tienen más probabilidades de mejorar la salud de sus familias, acceder a mejores oportunidades de empleo y participar activamente en la toma de decisiones dentro de sus comunidades. Además, la educación de las niñas contribuye a romper el

ciclo intergeneracional de la pobreza, permitiéndoles acceder a más oportunidades laborales y económicas que antes les estaban vetadas.

En este sentido, el esfuerzo por educar a los niños de estas comunidades, como se menciona en el internado de Harar, es de gran relevancia. El hecho de que estos jóvenes, muchos de ellos niñas, estén avanzando en su educación, alcanzando niveles académicos hasta el undécimo grado, no solo representa un logro personal para ellos, sino también una inversión en el futuro de sus comunidades. Estos estudiantes no solo adquieren conocimientos académicos, sino que también desarrollan habilidades y competencias que les permitirán contribuir de manera más efectiva al desarrollo económico y social de su región.

Este acceso a la educación, sin embargo, no es gratuito ni fácil de conseguir. Requiere del apoyo de personas y organizaciones comprometidas que, a través de generosas aportaciones, brindan a estos jóvenes la oportunidad de estudiar y de soñar con un futuro diferente. En comunidades donde el acceso a la educación superior es prácticamente inalcanzable para la mayoría, estas becas y apoyos se convierten en una tabla de salvación que abre puertas que, de otro modo, permanecerían cerradas.

El acceso a la educación para niñas y niños en estas zonas rurales de Etiopía no solo es importante desde el punto de vista personal, sino que también tiene un impacto directo en el futuro de sus comunidades. La educación es la clave para transformar las circunstancias actuales de pobreza, limitaciones económicas y desigualdad. Al ofrecer a estos

jóvenes, especialmente a las niñas, la oportunidad de aprender, no solo se está invirtiendo en su futuro, sino también en el futuro de toda la sociedad.

Otra historia, de dolor y alegría. Hay un hombre de mi misión, llamado Teferi, que tiene dos hijos pequeños de 8 y 5 años, y que fue abandonado por su mujer. Hace poco fue rechazado además por sus propios padres, porque se cansaron de él. Ha perdido el norte de su vida y es incapaz de ganarse el sustento y menos aún de ayudar a nadie. Trabaja a veces, pero todo va de la mano a la boca, y apenas puede cuidar a sus dos niños, a los que nadie aparte de él parece querer. Es como si hubiera perdido las ganas de vivir. Hace un mes encontré al hombre en situación una situación miserable, sin casa, viviendo literalmente entre matojos y con unas ramas por tejado. El hombre estaba demacrado. Hace dos semanas puse a la gente a trabajar y le hemos hecho una sencilla casa de madera y adobe con tejado de chapa, para que le dure varios años. Me asombra que sus vecinos y familiares hayan permitido que él y sus pequeños hubieran llegado a esta situación, durmiendo prácticamente a la intemperie, y aquí muchas noches refresca, o llueve a raudales, y el viento entra por todas partes. Qué corazones tan duros, pienso. Pero quién soy yo para juzgar a nadie. A los que han tenido una vida dura, a veces se les endurece el corazón. El

domingo el hombre vino a Misa, estaba con mejor aspecto, más sereno, en sus cabales. Tal vez para dar las gracias a Dios, a mí no me las tiene que dar. De nuevo, gracias a vosotros, amigos míos, por vuestra generosidad; realmente le habéis dado una casa a un hombre pobre.

Ayudar al prójimo es uno de los actos más fundamentales que reflejan la esencia de la dignidad humana, y el relato de Teferi, el hombre de la misión, ilustra vívidamente cómo la compasión y la generosidad pueden transformar vidas. La situación en la que se encontraba Teferi, abandonado por su esposa y rechazado por sus propios padres, lo había sumido en una profunda miseria, tanto física como emocional. Sin embargo, a través de un acto de ayuda concreta, como la construcción de una casa sencilla para él y sus hijos, se restableció no solo su bienestar físico, sino también su dignidad como ser humano.

El acto de ayudar a Teferi y ofrecerle un techo va más allá de un simple acto de caridad. Se trata de una manifestación de amor al prójimo, un principio profundamente arraigado en las enseñanzas bíblicas. En Mateo 25:35-36, Jesús dice: "Porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, fui forastero y me recibisteis; estuve desnudo y me cubristeis, enfermo y me visitasteis, en la cárcel y vinisteis a mí." Este pasaje refleja cómo cada acto de bondad hacia los necesitados es una forma de servir a Dios mismo. En la historia de Teferi, brindarle una vivienda no solo resolvió un problema material, sino que también le permitió recuperar la esperanza y el sentido de

propósito en su vida, reflejando la enseñanza de Jesús sobre la importancia de cuidar a los más vulnerables.

Ayudar a los demás también dignifica al ser humano, tanto al que recibe la ayuda como al que la ofrece. Para Teferi, el hecho de tener un lugar seguro donde vivir y proteger a sus hijos le devolvió una parte de la dignidad que había perdido al vivir en condiciones miserables. Su retorno a misa, con un aspecto más sereno y en paz, es testimonio de cómo ese acto de ayuda le permitió volver a conectarse con su fe y su comunidad. Para quien lo ayuda, como el narrador del relato, el acto de brindar apoyo refleja una comprensión profunda de las enseñanzas de Cristo sobre la compasión y el amor incondicional. No se trata de recibir reconocimiento, sino de cumplir con el mandamiento de "amarás a tu prójimo como a ti mismo", como señala Mateo 22:39.

En Gálatas 6:2, se nos exhorta a "Llevar los unos las cargas de los otros, y cumplid así la ley de Cristo." Este acto de llevar las cargas del prójimo, como lo hizo quien decidió construir la casa para Teferi, muestra cómo el apoyo mutuo es una expresión directa del amor divino. La compasión no solo alivia el sufrimiento inmediato, sino que también construye puentes de esperanza y humanidad, recordándonos que todos estamos conectados y que el bienestar de uno repercute en el bienestar de toda la comunidad.

El relato también revela la importancia de no juzgar a quienes, por diversas razones, no han brindado su ayuda. "No juzguéis, para que no seáis juzgados," nos enseña Mateo 7:1, recordándonos que las

circunstancias difíciles pueden endurecer el corazón de las personas, y que la falta de acción no siempre se debe a malicia, sino a las cargas emocionales que muchos soportan. Aun así, la historia subraya la necesidad de romper con esa indiferencia y movilizarse para el bien común, ya que cada acto de bondad tiene el poder de transformar vidas.

En conclusión, ayudar al prójimo no solo es una acción noble y necesaria, sino que dignifica tanto a quien la recibe como a quien la ofrece. En el caso de Teferi, se le devolvió no solo una casa, sino también un sentido de dignidad, esperanza y pertenencia. Y para quienes hicieron posible esa ayuda, se refleja el llamado bíblico a ser instrumentos de compasión en el mundo, cumpliendo con el mandamiento de amar y servir a los demás, siguiendo el ejemplo de Cristo.

Lo mismo os puedo decir de Aklila Boru, una pobre anciana que podéis ver abajo en la foto. Para mí es como si fuera mi madre. Os ahorro los detalles de su desgracia, el abandono de su familia, su casa derruida durante meses, la pobreza lacerante y una enfermedad en los ojos. Esta misma semana le estamos haciendo la casa, una casita digna. De nuevo, gracias, amigos. Esa casa es obra vuestra y, por las oraciones de esta pobre anciana, puede que nos admitan en el Cielo.



0000034-PHOTO-2019-09-25-17-34-32.jpg



00000038-PHOTO-2020-03-06-16-48-06.jpg

Las imágenes muestran una escena de profunda precariedad. En ella se observan las ruinas de una estructura, donde se mezclan ramas, trozos de madera y objetos cotidianos como bidones de plástico, todo ello formando un refugio improvisado y deteriorado. Entre este ambiente de pobreza, se vislumbra una gallina, símbolo de la pequeña economía de subsistencia, y parte de un animal más grande, posiblemente un burro o una vaca. La presencia de estos animales señala la importancia de la vida rural y el ganado para las personas que viven en condiciones tan difíciles.

Estas escenas ilustran la situación de Aklila Boru, una anciana que vive en extrema pobreza, afectada no solo por la falta de recursos, sino también por el abandono familiar y una enfermedad que compromete su visión. A pesar de su desgracia, su vida refleja una dignidad que ahora está siendo reconocida a través de la construcción de una nueva casa, hecha posible gracias a las donaciones de benefactores. La historia que acompaña las fotos es conmovedora, destacando no solo el sufrimiento de esta mujer, sino también el impacto positivo que la comunidad misionera está teniendo en su vida.

La estructura que rodea su vivienda es frágil, visiblemente deteriorada, mostrando signos de abandono. Sin embargo, a pesar de la precariedad en la que se encuentra, Aklila Boru está de pie con una expresión tranquila, vestida con un vestido colorido que contrasta con el entorno árido y desolado.

En un entorno tan adverso, el cuidado hacia los más vulnerables, como Aklila, no solo responde a una necesidad material, sino también espiritual. La misión del padre Paul no es solo levantar casas físicas, sino también reconstruir vidas, devolviendo la esperanza a quienes parecen haber sido olvidados. La generosidad de aquellos que contribuyen con sus oraciones y donaciones se refleja en cada ladrillo, en cada gesto de ayuda, y en cada vida que mejora. En este sentido, el relato sugiere que esta obra no solo es terrenal, sino que tiene un significado más profundo, como un acto de caridad que podría abrirles las puertas del Cielo, según las palabras del sacerdote.

Es una escena que habla de la fragilidad humana, pero también de la capacidad del ser humano para dignificar al prójimo a través de la bondad y el sacrificio.

Vuestra generosidad es importante. Este remoto valle de Lagarba es muy hermoso, pero no he venido para descansar y contemplar la belleza del lugar, sino para testimoniar a Cristo. También es un valle de lágrimas, como rezamos en la Salve. Si yo no tuviera otro instrumento que la oración y la predicación, no me quedaría otra que rezar y predicar, y esperar los milagros que bien sabe Dios hacer. Pero teniendo vuestras amistades y conociendo vuestros corazones, y el deseo de ayudar, el mandato directo de Cristo es socorrer al que sufre, pues el mismo Cristo de la Eucaristía y de la fe está ahí en el enfermo y en el pobre y en el desechado por los otros, igual que para vosotros está en vuestra mujer y en vuestros hijos. Pensar en el que sufre, ayudar al que sufre, a eso exhortaron siempre los profetas y los apóstoles y los Padres de la Iglesia. Así me enseñaron mis padres a ver la vida.

Mi gran batalla está en educar y acompañar a este pueblo. Quereros, perdonarles sus traiciones, ser exigente, ser cariñoso, y recordar en todo momento que ellos me han acogido y me permiten

vivir aquí, siendo como soy un forastero, un recién llegado. Hay que pasar mucho tiempo con ellos para entender sus códigos y motivaciones, cuando vienes aquí estás en un lugar nuevo, desconocido.

Adaptarse a una cultura diferente y a un entorno nuevo es una de las experiencias más desafiantes que puede enfrentar una persona. En el relato del misionero, su “gran batalla” no radica solo en las tareas físicas o materiales, sino en aprender a comprender y convivir con una comunidad cuyas costumbres, valores y códigos son distintos a los propios. Estar en un lugar nuevo, donde todo resulta desconocido, exige un esfuerzo constante para adaptarse, pero más allá de la adaptación, se trata de abrirse con bondad y humildad a esa nueva realidad.

La dificultad de entender una cultura diferente radica en que los códigos sociales, las motivaciones y las formas de comportamiento de las personas no siempre son evidentes o comprensibles para un recién llegado. Los valores que guían a una comunidad pueden ser muy distintos a los propios, y esas diferencias, lejos de ser una barrera insalvable, se convierten en una oportunidad para el aprendizaje y el crecimiento personal. El misionero se encuentra en un lugar donde, para poder educar y acompañar, primero debe aprender a leer esos códigos, a interpretar las motivaciones de las personas que lo rodean. No se trata solo de vivir en un lugar nuevo, sino de estar dispuesto a hacer el esfuerzo de comprender y respetar lo que es diferente.

La convivencia en una cultura distinta también conlleva momentos de decepción y traición, tal como señala el texto. El misionero expresa que, aunque ha sido acogido por la comunidad, no todo es sencillo. A veces, las relaciones pueden ser tensas o difíciles de gestionar debido a malentendidos o diferencias culturales. Aquí entra en juego la importancia de la bondad. A pesar de las traiciones o las dificultades que pueda encontrar, el misionero sabe que su papel es amar, perdonar y ser exigente de una manera equilibrada. El acto de perdonar y seguir adelante es una manifestación de bondad que, con el tiempo, le permite ganarse el respeto y el cariño de las personas.

La bondad es una herramienta poderosa para llegar al corazón de las personas, especialmente en un contexto cultural diferente. No se puede imponer una comprensión ni esperar que las diferencias desaparezcan rápidamente. Sin embargo, el acto de estar presente, de mostrar interés genuino en la cultura local y de tratar a las personas con amor y respeto, abre puertas que de otra manera permanecerían cerradas. La bondad ayuda a superar las barreras invisibles que el desconocimiento puede levantar, y permite que el recién llegado, como el misionero en este caso, comience a construir puentes de entendimiento y confianza.

El hecho de que el misionero reconozca que es un forastero y que ha sido acogido por la comunidad es clave. Aceptar esta realidad le permite actuar con humildad, sabiendo que es un invitado en esa tierra. Es consciente de que, para ganarse el respeto y la confianza de la gente, debe pasar tiempo con ellos, observar, aprender y escuchar. Su esfuerzo por estar presente y ser parte de la vida diaria de la comunidad es un

testimonio de la importancia del tiempo, la paciencia y la bondad en el proceso de integración en una cultura diferente.

En resumen, comprender una cultura distinta es un desafío que requiere tiempo, paciencia y humildad. La bondad es el vehículo que permite superar las barreras culturales y personales, y es a través de esa bondad que se puede llegar al corazón de una comunidad. El esfuerzo de convivir, educar y acompañar a un pueblo es tanto una labor externa como interna, y la clave para lograrlo radica en mantener siempre presente el amor y el respeto por las personas que te han acogido, incluso cuando las diferencias puedan parecer insuperables.

Os cuento una historia bonita, en la que he podido ser mediador: la reconciliación entre Franse y su mujer Debre. Tienen dos hijos. Ellos son muy buena gente, él cariñoso y ella hermosa. Pero ella tiene un problema con la bebida y él es bastante vago. Muchas veces que él ha vuelto a casa con las manos vacías, sin dinero, ella lo ha echado a gritos y con insultos, y el pobre tenía que mendigar acogida a los vecinos. Un hombre maltratado. Y llevaban así un par de años, separados de hecho. Pues antes de ir a España, en junio, tuve un par de charlas serias con ellos y parece que se han arreglado, viven juntos y se les ve contentos. Yo cruzo los dedos para que sigan así, vosotros echad un avemaría por Debre y Franse. La reconciliación de dos personas siempre es un milagro.

Que yo sepa él no ha dejado de ser vago ni ella ha dejado de beber. Yo les quiero con todo el corazón. Son materialmente pobres, son analfabetos, duermen en el suelo y hay ratas en su casa, pero toda persona sabe si es querida o no. Al final es lo más importante, casi lo único. Así lo he recibido yo de la familia y de los amigos. No hago más que dar gratis lo que gratis he recibido de vosotros.

Por encima de todo esto, estoy disfrutando de la vida, agradecido a Dios por todo, incluidos los desafíos y sufrimientos. Estoy descubriendo aquí la grandeza de la paternidad, del sacerdocio, el valor de la entrega, lo sobrenatural del sacrificio. Qué importante es para poblaciones enteras que haya quién sirva a las personas, entregándose por completo, en nombre de Dios. Las familias desean estar llenas de Dios, pero faltan misioneros que les prediquen el amor de Dios y les acompañen. Me siento un escogido, un privilegiado, por poder estar aquí y servir a esta gente. Por ser todo de Cristo y estar siempre disponible para Él.

El ser misionero y sacerdote es un llamado de enorme trascendencia, que no solo afecta la vida de quien lo asume, sino que también impacta profundamente a las comunidades a las que sirve. En el misionero se refleja un sentimiento de gratitud hacia Dios, incluso en medio de desafíos y sufrimientos. Esto revela una comprensión profunda del

sentido del sacerdocio y la misión: es un llamado a la entrega total, a servir sin reservas y a ser un instrumento de amor y guía espiritual para aquellos que lo necesitan.

El sacerdocio y la vida misionera no se limitan a la enseñanza de la fe, sino que representan la figura del pastor que guía, acompaña y sirve a las personas en nombre de Dios. Para poblaciones que carecen de recursos espirituales o líderes religiosos cercanos, la presencia de un misionero es vital. El misionero es, para muchas de estas familias, el puente hacia una vida más llena de Dios. En comunidades remotas, donde el contacto con el evangelio puede ser limitado, los misioneros desempeñan un papel fundamental al predicar el amor de Dios, acompañar en el día a día y ofrecer consuelo espiritual en los momentos difíciles.

La grandeza del sacerdocio y la misión, radica en el sacrificio y la entrega completa a los demás, en nombre de Cristo. Es una vocación que trasciende lo mundano y se enfoca en lo eterno, lo sobrenatural. En este sentido, el sacrificio no se vive como una carga, sino como una forma sublime de servicio a Dios y a los demás. El misionero se siente privilegiado por haber sido escogido para esta labor, lo cual resalta la idea de que no es solo una tarea, sino una bendición poder servir y ser testimonio de la presencia divina en la vida de las personas.

Un pasaje bíblico que encapsula esta idea se encuentra en Marcos 10:45, donde Jesús dice: "Porque el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir y para dar su vida en rescate por muchos." Este

mensaje refleja la esencia de la vida misionera y sacerdotal. El misionero y el sacerdote están llamados a seguir el ejemplo de Cristo, entregándose completamente, sirviendo con humildad y sacrificando sus propias comodidades por el bien de los demás.

Además, en el Evangelio de Mateo 28:19-20, se encuentra el mandato de Jesús a sus discípulos: "Id, pues, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado." Este pasaje bíblico subraya la importancia de la misión evangelizadora. Los misioneros son los encargados de llevar este mensaje de salvación a todas las comunidades, muchas veces en lugares donde la palabra de Dios aún no ha llegado. En este sentido, el sacerdocio se convierte en una extensión de la misión de Cristo en la tierra, ofreciendo consuelo espiritual, educación religiosa y un acompañamiento profundo a las familias que desean acercarse más a Dios. El ser misionero y sacerdote no solo es un privilegio, sino una responsabilidad sagrada de servir, de ser ejemplo de fe y de amor, y de guiar a los demás hacia una vida más plena en Dios.

Otra buena noticia: va a venir a esta zona del país otro misionero español, el sacerdote bilbaíno Ramón Díaz-Guardamino. Mi obispo de aquí, D. Angelo Pagano OFMCap., decidirá cuál será su

destino dentro del Vicariato de Harar. Tendré un compatriota cerca, bendito sea Dios. A veces echo de menos hablar en español.

Ramón Díaz-Guardamino Delclaux es un sacerdote bilbaíno que se ha destacado por su labor misionera en Etiopía. Nacido en 1970 y con una formación en Derecho Canónico, fue enviado en 2019 por la Diócesis de Bilbao al Vicariato Apostólico de Harar, una región en el este de Etiopía. Su vocación misionera lo llevó a esta comunidad, donde ha aprendido amárico y ha trabajado en la parroquia de San José de Jijiga, en la región somalí del país.

El Vicariato Apostólico de Harar se encuentra en la región oriental de Etiopía, cubriendo un vasto territorio que incluye parte de la región somalí y la región de Harar. Es una zona de gran diversidad étnica y religiosa, donde la mayoría de la población es musulmana, lo que convierte a la comunidad católica en una pequeña minoría. El vicariato fue fundado en 1937 y su sede está en Harar, una ciudad histórica con una rica herencia cultural y religiosa.

Harar es conocida por ser uno de los centros más antiguos del Islam en África, y su ciudad amurallada, Harar Jugol, es Patrimonio de la Humanidad de la UNESCO. El Vicariato Apostólico de Harar, dirigido actualmente por el obispo Angelo Pagano, cubre más de 266,000 kilómetros cuadrados, sirviendo a una población católica de alrededor de 20,000 personas en un contexto donde el diálogo interreligioso es crucial.

El vicariato enfrenta desafíos importantes, como la pobreza, la falta de infraestructura y las tensiones interétnicas y religiosas. A pesar de estas dificultades, el trabajo pastoral incluye proyectos educativos, sanitarios y de desarrollo comunitario, que benefician a toda la población, independientemente de su religión. Los misioneros en esta región se dedican tanto a la evangelización como a la mejora de las condiciones de vida locales.

Díaz-Guardamino ha expresado que su misión en Etiopía es un acto de servicio y entrega, destacando que ve este trabajo como un privilegio, a pesar de los desafíos que conlleva. En una región donde los católicos son una minoría dentro de una mayoría musulmana, su labor se centra en fortalecer la comunidad cristiana y promover el diálogo interreligioso. Su enfoque no solo se limita a la evangelización, sino también a la construcción de una convivencia pacífica en una zona con tensiones étnicas y religiosas.

A lo largo de su misión, ha manifestado la importancia de extender el evangelio y acompañar a las comunidades que carecen de líderes religiosos. Para él, la misión no es solo una tarea, sino una oportunidad para vivir completamente entregado a Cristo, resaltando el sacrificio y la humildad que implica este servicio.

Este compromiso refleja pasajes bíblicos como Mateo 28:19-20, donde Jesús manda a sus discípulos a hacer discípulos en todas las naciones, algo que Díaz-Guardamino ha asumido al llevar el evangelio a comunidades tan remotas como las de Jijiga. Su labor también recuerda

la enseñanza de Marcos 10:45, en la que Jesús enfatiza que vino a servir y no a ser servido, un principio que el sacerdote aplica en su vida diaria en Etiopía.

Nada más por el momento. Espero que estéis bien. Ya hace dos años desde que me fui, y habrán pasado muchas cosas en vuestras vidas, alegrías y dolores. Ya no estoy allí para acompañaros, a la mayoría ni siquiera os pude ver durante mi visita en julio. Pienso en cada uno de vosotros, y sabed que el paso de las semanas y los meses hace que nuestra amistad madure como el buen vino. Es la promesa de Cristo. Cada mañana en la Eucaristía os tengo conmigo cuando subo al altar en la iglesita de san Francisco en este valle de Lagarba.

Un abrazo de vuestro

P. Paul

7 de Abril de 2020: Reflexiones sobre la Pandemia

Amigos:

He pensado mucho en vosotros este último mes, apenado por las dimensiones que ha tomado la pandemia en España. No iré en Mayo como tenía previsto, cancelaron mis vuelos.

Especialmente tengo presentes en mis oraciones y en la Eucaristía a aquellos de vosotros que contáis con enfermos graves y fallecidos en vuestras familias. Nunca en estos 3 años de mi aventura misionera en Etiopía se me había hecho tan dura y extraña la distancia.

Yo estoy bien, con salud. En el país hay alarma y confusión, y las costumbres etíopes hacen difícil aplicar las medidas higiénicas y de distancia y barrera. El gobierno hace lo que puede, que es bien poco, dadas las carencias del sistema sanitario y la restricción de comunicaciones impuesta por las tensiones étnicas y políticas. Se han confirmado los 2 primeros muertos y hay 43 contagiados, ésta es la cifra oficial, la real no se sabe. A los chinos y a los blancos ahora se nos mira con sospecha, como probables portadores del virus. En las ciudades ha habido algún episodio de insultos y pedradas a extranjeros, o han rehusado venderles o darles servicio de transporte. Yo estoy tranquilo porque no me alejo de la zona de

la misión, visito a algunos vecinos, aquí de momento no hay ningún enfermo del virus. Los obispos etíopes, siguiendo las indicaciones del gobierno, han pedido encarecidamente que se suspendan las reuniones religiosas en los templos y la gente rece en casa. La sensación de rareza por todo esto se hace sentir.

Estamos unidos, en comunión de oraciones. Aprovechad este tiempo para orar, para ser más espirituales, para la música, el silencio, para vuestro Creador.

El comienzo de la pandemia del COVID-19 en comunidades remotas y pobres, como las de Etiopía, generó una situación de gran incertidumbre y desafío. Aisladas por su geografía y carencias estructurales, estas comunidades enfrentaron dificultades adicionales debido a la falta de recursos médicos y la infraestructura básica para hacer frente a una crisis sanitaria de tal magnitud. La falta de acceso a información veraz y oportuna complicaba la respuesta efectiva ante la pandemia.

En el contexto de una misión, la pandemia llegó en un momento ya complicado, exacerbando tensiones y desconfianzas. Los extranjeros, incluidos los misioneros, empezaron a ser percibidos con recelo, lo que dificultó aún más su labor pastoral. En un país con un sistema sanitario precario, el control del virus se tornó prácticamente imposible. Las medidas como el distanciamiento social y la higiene eran difíciles de implementar en un entorno donde las costumbres comunitarias y la falta de acceso a agua potable y otros recursos básicos prevalecen.

Además, la pandemia se presentó en medio de tensiones políticas y étnicas en Etiopía, lo que limitaba aún más la capacidad del gobierno para actuar de manera efectiva. La falta de datos reales sobre los contagios y la ausencia de pruebas diagnósticas en muchas áreas rurales también aumentaron la confusión. La Iglesia, por su parte, trató de adaptarse suspendiendo las reuniones religiosas y promoviendo la oración en casa, pero esto supuso un cambio radical en la vida comunitaria de la región, donde la religión juega un papel central en la cohesión social.

La pandemia, además de ser un problema de salud pública, expuso las desigualdades estructurales que afectan a las poblaciones más pobres y vulnerables del mundo, destacando la necesidad de solidaridad y acción global para enfrentar crisis de esta naturaleza.

Os dejo unos links del blog de Joaquín, fotógrafo, que estuvo aquí a principios de febrero con su mujer Mireya y con un matrimonio amigo de Villanueva de la Cañada, Yolanda y José. Contiene fotos de mis feligreses de Lagarba y el entorno, tal vez os animen. Son de una gran belleza. Y las descripciones no tienen desperdicio.

Un abrazo,

P. Paul Schneider

<http://elsitiodejoaquin.com/2020/04/01/fituyzenebe/>

17 de Agosto de 2020: Retos y Esperanza en la Pandemia

Lagarba,

Queridos amigos:

Estoy bien, con salud y buen ánimo. La experiencia de la pandemia, del confinamiento de meses y de la incertidumbre del futuro es un hecho que nos ha marcado a todos, también a mí y a mi comunidad en este sitio apartado. Me consta que en España ha sido mucho más duro, por los contagios y las muertes y las medidas tan duras de confinamiento y distancia social. Este año 2020 lo recordaremos toda la vida, y quiera Dios que, aparte de los momentos de hastío y angustia, podamos apreciar los momentos positivos, agradecer más aún el regalo que es esta vida, y custodiar los signos de gracia y de humanidad de los que hayamos sido testigos.

La experiencia de la pandemia del COVID-19 fue radicalmente diferente en Etiopía y en España, en gran medida debido a las disparidades en los sistemas de salud, las infraestructuras y las condiciones sociales. En España, la pandemia fue especialmente severa, con un alto número de contagios y muertes, lo que llevó a la implementación de medidas de confinamiento estrictas y prolongadas, así como a restricciones de movilidad y contacto social. Estas medidas fueron necesarias para

frenar la propagación del virus, pero también generaron situaciones de angustia y aislamiento emocional en una población que, en muchos casos, se encontraba alejada de sus seres queridos o enfrentaba pérdidas personales. Los hospitales se vieron desbordados, y la población, sobre todo en las zonas urbanas, vivió una gran incertidumbre y ansiedad por el futuro.

En contraste, en Etiopía, aunque la pandemia también causó preocupación y confusión, el impacto fue diferente debido a la naturaleza de las comunidades rurales, menos densamente pobladas y más aisladas. En regiones como las mencionadas, las tensiones políticas y las carencias del sistema sanitario exacerbaban los desafíos, pero las medidas de confinamiento y distancia social no pudieron implementarse con la misma rigurosidad que en España. Las costumbres locales, la falta de infraestructuras básicas y el acceso limitado a atención médica y recursos dificultaron una respuesta rápida y efectiva. Sin embargo, el menor número de casos registrados en las primeras etapas de la pandemia pudo haber dado una sensación de alivio temporal, aunque también se debió en parte a la falta de pruebas y diagnósticos masivos.

Yo he estado 6 meses sin salir de la misión, sin montarme en ningún coche ni coger transporte público, hasta la semana pasada que por fin pude acudir a una reunión con el obispo y los sacerdotes etíopes del Vicariato en AsebeTeferi, y también pude pasar por Addis Abeba, la capital, para renovar papeles. Me encantaría ir a veros en octubre, pero esperaré a que las restricciones para entrar

y salir del país se despejen. Etiopía con el Covid corre el riesgo de entrar en una profunda recesión económica y social, eso dicen los expertos. Los países pobres pueden llegar a tener más muertes por estancamiento económico y hambre que por la enfermedad en sí. Entonces, rezad por los países más pobres, que salgan bien parados de esta prueba.

El Vicariato Apostólico de Harar, dentro del cual se encuentra Asebe Teferi (también conocida como Chiro), es una de las estructuras católicas más importantes en el este de Etiopía. Fundado originalmente en 1846, este vicariato ha sido un faro de la Iglesia Católica en una región predominantemente ortodoxa y musulmana. A lo largo de los años, el Vicariato de Harar ha experimentado muchos desafíos, desde la colonización hasta las tensiones políticas y étnicas que han afectado a la región, pero su misión de llevar el Evangelio y promover el bienestar de las comunidades más vulnerables ha permanecido firme.

Asebe Teferi es un centro clave dentro de este vicariato. Aunque es una pequeña ciudad, se ha convertido en un punto neurálgico para las actividades pastorales y sociales de la Iglesia. Desde allí, sacerdotes locales y misioneros gestionan escuelas, clínicas y centros de acogida para los más necesitados, buscando servir a las comunidades rurales circundantes que a menudo viven en extrema pobreza y aislamiento.

Asebe Teferi, también conocida como Chiro, está situada en la región de Oromía, en el centro-este de Etiopía. Geográficamente, la ciudad se encuentra en una zona montañosa, con una altitud que varía entre los 1,800 y 2,100 metros sobre el nivel del mar. Este relieve montañoso influye directamente en el clima de la región, que es moderadamente templado, con una estación de lluvias entre junio y septiembre, lo que permite el cultivo de cereales y otros productos agrícolas. Sin embargo, la geografía también plantea desafíos, como la erosión del suelo en las áreas cultivables y la falta de infraestructura adecuada para el transporte y el comercio.

Geopolíticamente, Asebe Teferi es una ciudad clave dentro de la región de Oromía, una de las más grandes y políticamente influyentes de Etiopía. Oromía ha sido un centro de movilización por la autonomía étnica y ha tenido tensiones históricas con el gobierno central de Etiopía. La región es el hogar de los oromo, el grupo étnico más grande del país, y ha experimentado movimientos que buscan mayor autonomía y control sobre los recursos locales. En este contexto, Asebe Teferi ha sido un punto importante en las dinámicas políticas locales, ya que conecta a otras áreas de Oromía con el resto del país, especialmente con Addis Abeba. La ciudad, a pesar de ser relativamente pequeña, tiene una importancia estratégica en la comunicación y transporte hacia las áreas orientales de Etiopía, incluyendo la región somalí.

Socialmente, Asebe Teferi refleja las complejidades culturales de la región. La mayoría de la población es de origen oromo, y el idioma afaan oromo es el predominante. La ciudad es un punto de encuentro para

comunidades rurales que viven en condiciones de subsistencia, dedicándose principalmente a la agricultura. La vida social está profundamente arraigada en la tradición y la religión. Aunque la mayoría de la población sigue el islam o el cristianismo ortodoxo etíope, también existen comunidades protestantes y católicas, lo que refleja la diversidad religiosa de la región. Sin embargo, a pesar de esta diversidad, la región ha enfrentado tensiones interétnicas y religiosas.

En términos de desarrollo, Asebe Teferi aún enfrenta desafíos significativos. La pobreza es un problema común, con muchas familias luchando por el acceso a servicios básicos como salud y educación. Aunque hay escuelas primarias y secundarias, la calidad de la educación es limitada, y muchos jóvenes no pueden continuar estudios superiores debido a la falta de recursos o infraestructura. El acceso a la atención médica es limitado, con clínicas locales que a menudo carecen de los suministros necesarios para tratar a la población.

Asebe Teferi es una ciudad geográficamente aislada, pero clave en términos políticos y sociales dentro de la región de Oromía. Con una rica diversidad cultural y religiosa, la ciudad enfrenta desafíos relacionados con el desarrollo, la infraestructura y las tensiones políticas, pero sigue siendo un lugar vital en el este de Etiopía, con el potencial de desempeñar un papel más grande en el futuro de la región.

El papel de los sacerdotes etíopes dentro de este vicariato ha sido esencial. Aunque en sus comienzos gran parte del clero del Vicariato de Harar estaba compuesto por misioneros extranjeros, hoy en día hay un número creciente de sacerdotes nativos que han asumido la responsabilidad de guiar y sostener las comunidades locales. Estos sacerdotes no solo tienen el desafío de predicar el Evangelio, sino también de enfrentarse a las tensiones sociales y culturales propias de la región. En muchos casos, su labor va más allá de lo puramente espiritual, ayudando a las familias a acceder a la educación, la salud y el desarrollo económico.

Uno de los mayores logros de la Iglesia Católica en esta región ha sido el fomento de la educación. Las escuelas gestionadas por el Vicariato han permitido que tanto niños como niñas, muchos de ellos de familias que no podrían costear una educación, tengan acceso a un futuro mejor. Los sacerdotes etíopes, conscientes de la importancia de la educación, han trabajado arduamente para garantizar que las barreras culturales y religiosas que tradicionalmente han limitado la educación de las niñas sean derribadas.

Estos sacerdotes también enfrentan las tensiones políticas y étnicas que han afectado a Etiopía en las últimas décadas. Trabajan en una región donde la paz y la estabilidad son frágiles, y su papel no solo es el de predicar, sino también el de ser mediadores en momentos de conflicto y tensión.

Por contra, Addis Abeba es la capital y ciudad más grande de Etiopía, y juega un papel crucial tanto a nivel geográfico como geopolítico y social en el país y en África.

Addis Abeba se encuentra en el centro del país, a una altitud de aproximadamente 2,355 metros sobre el nivel del mar, lo que la convierte en una de las capitales más altas del mundo. Su ubicación en las tierras altas etíopes le da un clima templado durante todo el año, con estaciones de lluvias marcadas de junio a septiembre. La geografía montañosa en torno a la ciudad también contribuye a su suministro de agua y la creación de microclimas favorables para la agricultura en las áreas cercanas. Además, debido a su altitud, la ciudad no experimenta temperaturas extremas, lo que la hace un lugar favorable para la administración y el comercio en el país.

Addis Abeba es el centro administrativo y político no solo de Etiopía, sino también de África. La ciudad alberga la sede de la Unión Africana (UA), lo que subraya su importancia como capital diplomática en el continente. Además, Addis Abeba alberga varias organizaciones internacionales, incluidas agencias de las Naciones Unidas, como la Comisión Económica para África (CEA). Esto refuerza el papel de Etiopía como un actor diplomático clave en África y como un mediador en conflictos regionales.

En el contexto interno, Addis Abeba es el epicentro del poder político etíope. Es la sede del gobierno federal, que incluye la residencia del Primer Ministro, las oficinas ministeriales y el parlamento nacional. A

nivel geopolítico, Addis Abeba también refleja las complejidades étnicas del país, donde diversas poblaciones, principalmente de las regiones oromo y amhara, convergen en la capital. El gobierno central a menudo tiene que navegar tensiones políticas entre estos grupos étnicos, especialmente en el contexto de la política oromo, dado que la ciudad se encuentra en la región de Oromía.

Addis Abeba es un crisol de culturas, etnias y religiones, lo que la convierte en una de las ciudades más diversas de Etiopía. La población de Addis Abeba está compuesta por grupos étnicos como los amhara, oromo, tigray y gurage, entre otros. A pesar de la diversidad étnica, el amárico sigue siendo el idioma oficial de la ciudad y del país.

Socialmente, Addis Abeba ha sido testigo de una rápida urbanización y crecimiento demográfico. La ciudad tiene una población estimada de más de 5 millones de personas y es el centro económico más importante de Etiopía. Esto trae consigo desafíos urbanos, como la falta de infraestructura adecuada, la expansión de barrios marginales y la creciente desigualdad social. Aunque Addis Abeba se está modernizando rápidamente, sigue habiendo áreas donde la pobreza es evidente, y la infraestructura no está al nivel de otras capitales africanas en términos de servicios como agua, saneamiento y transporte.

Addis Abeba es el corazón político y económico de Etiopía. Como centro administrativo, alberga no solo el gobierno federal, sino también diversas instituciones financieras, educativas y comerciales que son vitales para la economía etíope. La ciudad es también el principal hub

de transporte del país, con el aeropuerto internacional de Bole sirviendo como una de las principales puertas de entrada al este de África. Además, la presencia de embajadas y organismos internacionales refuerza la importancia de Addis Abeba en la diplomacia africana.

Aquí en Lagarba sigo adelante con la construcción de las casas de tejado de chapa, cuyos materiales podemos proporcionar gracias a vuestras generosas donaciones. Ya van 30 familias que han podido mejorar sustancialmente sus viviendas. ¡Gracias, gracias de corazón!

Por otro lado, y mediante la inestimable ayuda de unos amigos de Madrid -los dos matrimonios que vinieron en febrero- que han conseguido la financiación, en septiembre vamos a instalar un equipo potente de energía solar para la clínica de Kirara, en el pueblo de abajo, que pertenece a la administración pública, a la Woreda de Guba Koricha. La clínica no tiene generador propio y el tendido eléctrico que llega hasta Kirara casi nunca funciona. Imaginaos, hasta ahora los enfermos o los heridos o las mujeres que van a dar a luz, si vienen por la noche, son atendidos a oscuras, sin más luz que la de las linternas. Eso cambiará en breve. Esta clínica atiende a todos los habitantes del valle, a miles de personas.

Kirara es una pequeña localidad situada en una región montañosa del sureste de Etiopía, dentro de la Woreda de Guba Koricha. Geográficamente, está rodeada por colinas ondulantes y valles, lo que la convierte en un lugar de difícil acceso, especialmente durante las estaciones lluviosas, cuando los caminos se vuelven intransitables. Las construcciones en Kirara son mayoritariamente tradicionales, hechas de madera y barro, con techos de paja. Estas viviendas suelen estar distribuidas a lo largo de las pendientes, con huertos familiares y pequeños campos de cultivo adyacentes.

La vegetación en los alrededores es diversa, predominando los cultivos de cereales como el maíz y el sorgo, además de árboles frutales y plantas autóctonas que se utilizan tanto para el consumo como para el forraje de los animales. Durante la estación lluviosa, el paisaje se vuelve exuberante y verde, pero en la estación seca, la tierra puede tornarse dura y estéril, lo que aumenta la dificultad de la agricultura de subsistencia, que es la base económica de la zona.

En este contexto, la instalación de un equipo potente de energía solar para la clínica de Kirara representa una solución innovadora y crucial para mejorar la calidad de vida de sus habitantes. Esta clínica, que pertenece a la administración pública local, es el único centro de salud accesible para miles de personas que viven en el valle circundante.

La falta de iluminación adecuada no solo compromete la calidad de la atención médica, sino que también pone en riesgo la vida de los pacientes. La instalación de energía solar permitirá que la clínica

funcione de manera efectiva las 24 horas del día, asegurando que haya electricidad continua para equipos médicos vitales y proporcionando un ambiente más seguro tanto para el personal como para los pacientes.

La importancia de este proyecto radica en que contribuirá a reducir las tasas de mortalidad y mejorar la salud general de la población.

En una región donde las opciones de atención médica son extremadamente limitadas, contar con una fuente de energía confiable no solo marca una diferencia inmediata, sino que también asegura un mejor futuro para las generaciones venideras, permitiendo un acceso equitativo a servicios básicos, independientemente de las condiciones climáticas o económicas.

Me interesa siempre el progreso de la gente. Yo celebro la Eucaristía por todos ellos, y por vosotros, cada día. Quiero que sean fieles y responsables, y soy exigente con ellos. Ayudar a las familias a mejorar su casa es una labor que me gratifica, pero como os he dicho otras veces, mi tarea constante es educarles en la gratitud, la laboriosidad, la entrega, la unidad del pueblo, la fe. A veces me dan diez vueltas en estas cosas, y entonces son ellos los que me evangelizan a mí, por decirlo de algún modo, y esto también me causa alegría.

En otros mensajes os he hablado de casas para la gente y de agricultura. Ahora os comento un poco de ganadería. Porque voy

aprendiendo, eh? Me he dado cuenta de una cosa: la agricultura es la base, es imprescindible, pero a la hora de sacar beneficio, lo importante es el ganado. Por muy bien que cultives, lo que sea, no renta más que unos 24 euros por cada saco de cien kilos, ó hasta 36 euros como mucho, en el caso de las cebollas, que es un cultivo de alto precio. Pero donde está el beneficio grande es en el ganado bovino. Por eso en estos meses pasados he ido adquiriendo reses de entre 400 y 600 euros, y ahora tenemos una vaca, su ternero, y seis bueyes, para alimentarlos y engordarlos, y venderlos después a un precio mayor. Aparte de forraje como los tallos del maíz y del sorgo, tenemos pasto de sobra con la hierba del terreno de la misión. Confío en que llegaremos a ser autosuficientes para los gastos corrientes, si bien siempre vendrá bien la ayuda extra para proyectos extraordinarios. Veréis, el grano y las hortalizas sólo las compran comerciantes o familias de la zona, pero para los bueyes vienen intermediarios desde la capital, desde Addis Abeba, y ahí es donde hay beneficio significativo. ¡Si lo hubiera sabido desde el principio..! Pero nada como estar continuamente en un lugar, continuamente observando, para poder aprender. Y lo importante de todo esto es que el pueblo me apoya: les consulto a menudo los cambios o adquisiciones, y no quiero dar pasos sin ellos, porque la misión es suya y al fin y al cabo mucho depende de que ellos lo

acepten y se comprometan a cuidarlo. Yo soy un aprendiz y ellos me están enseñando mucho en todos estos temas.

El relato de Padre Paul no solo pone en evidencia la necesidad de un conocimiento profundo sobre la cultura y las necesidades locales en áreas rurales de Etiopía, sino que también subraya la importancia crítica del entendimiento económico para cualquier misionero que aspire a generar un impacto duradero y significativo.

Cuando el Padre Paul habla de la diferencia entre la agricultura y la ganadería en términos de rentabilidad, está mostrando de manera clara cómo los proyectos misioneros necesitan más que simplemente buenas intenciones para prosperar. Se necesita un conocimiento sólido de economía para poder maximizar los recursos, optimizar la producción y garantizar que las iniciativas puedan ser sostenibles a largo plazo. Un misionero que cuenta con conocimientos en economía puede identificar estrategias de desarrollo que vayan más allá de la simple ayuda humanitaria, permitiendo que las comunidades locales también aprendan y se beneficien.

En este caso, el padre Paul ha descubierto que, si bien la agricultura proporciona alimentos y sustento para la comunidad, la ganadería es la que verdaderamente genera ingresos significativos. Este hallazgo lo llevó a diversificar las actividades de la misión, invirtiendo en ganado y aprendiendo sobre la mejor manera de gestionar los recursos disponibles, como el pasto y el forraje. Estos conocimientos económicos le permiten a Paul crear un modelo sostenible donde no solo se asegura

el sustento de la misión, sino que también se fomenta el desarrollo económico de la comunidad en su conjunto.

El conocimiento económico en un misionero es esencial porque le dá la capacidad de administrar recursos, planificar a largo plazo y maximizar el impacto de su trabajo. Además, le permite entender cómo funcionará un mercado local o regional, qué productos tienen más demanda y cómo aprovechar las oportunidades que surjan en esas áreas. En el caso del ganado, por ejemplo, su valor no radica únicamente en la producción de carne o leche, sino en la posibilidad de comercializarlos a través de canales más rentables, como la capital Addis Abeba.

Otro aspecto fundamental es que estos conocimientos de economía permiten al misionero involucrar a la comunidad en sus decisiones. Al comprender el mercado local y cómo funcionan las economías rurales, puede explicar a los habitantes la importancia de cada acción, generando no solo apoyo, sino también una educación económica básica entre los pobladores, quienes luego pueden replicar estas iniciativas por su cuenta. En palabras del propio Paul, los proyectos tienen éxito porque involucran a la comunidad, lo que refuerza la idea de que el conocimiento económico es una herramienta vital para cualquier misionero que quiera empoderar a los que sirve.

Finalmente, un misionero que posee habilidades económicas es capaz de gestionar donaciones y recursos de manera efectiva, asegurando que cada ayuda recibida tenga el mayor impacto posible y se traduzca en beneficios tangibles para la comunidad. La capacidad de presupuestar,

de proyectar gastos futuros y de manejar eficientemente el financiamiento externo hace que la labor del misionero sea más eficiente y transparente, lo que a su vez genera más confianza en quienes apoyan estos proyectos.

Los conocimientos económicos son fundamentales para que un misionero logre transformar una labor solidaria en un proyecto autosostenible que no solo dependa de ayudas externas, sino que fomente el desarrollo económico local y la independencia financiera de las comunidades que atiende.

Dentro de poco vamos a instalar un buen equipo de sonido en nuestra iglesia de san Francisco, con teclado eléctrico y altavoces. Aunque no es un proyecto básico social, tampoco es un gran desembolso, y a los jóvenes les entusiasma, y como han trabajado fenomenal últimamente y llevaban dos años pidiéndomelo, no me he podido negar, la verdad es que se lo han ganado. También quieren hacer una iglesia nueva, pero a eso todavía me resisto, en parte porque me he encariñado de nuestro pobre y rústico templo y también porque antes de eso hará falta una carretera que conecte nuestra misión con el pueblo de Rabsu, al norte, y de ahí tendremos ya acceso a Asebot y a las principales ciudades, Addis Abeba y Dire Dawa. Traer hasta aquí cemento y materiales de construcción hoy por hoy es muy difícil.

En Lagarba, la pequeña localidad etíope situada en las montañas, el aislamiento ha marcado el ritmo de la vida diaria durante décadas. Las colinas escarpadas y los caminos irregulares hacen que cualquier viaje se convierta en una travesía complicada, lo que limita el acceso a mercados, servicios médicos, y oportunidades educativas. En este contexto, la idea de construir una carretera que conecte Lagarba con Rabsu, y eventualmente con las ciudades más grandes como Asebot, Addis Abeba y Dire Dawa, no es solo un proyecto logístico, sino una visión de futuro.

La importancia de esta posible carretera radica en su capacidad para transformar profundamente la vida de las comunidades rurales que dependen de Lagarba y de los pueblos vecinos. Rabsu, aunque es una pequeña localidad, sirve como un nodo comercial crucial para la región. En sus mercados se intercambian productos locales como cereales, ganado y artesanías, y una vía más accesible permitiría que los productos de Lagarba llegaran a estos mercados de manera más eficiente. Con un acceso más fácil, los agricultores y ganaderos de Lagarba podrían ampliar su mercado y mejorar sus ingresos, lo que ayudaría a sacar a muchas familias de la pobreza.

Por otro lado, la conexión con Asebot, conocida por su monasterio y su valor cultural, añadiría una dimensión espiritual y turística al proyecto. Además de facilitar el acceso para los peregrinos y turistas, mejoraría el tránsito de mercancías y personas hacia otras áreas de la región. Asebot también serviría como puerta de entrada a rutas que llevan a

Addis Abeba, la capital del país, y a Dire Dawa, un centro económico clave en el este de Etiopía.

En el contexto de Lagarba, donde la misión juega un papel central en la vida comunitaria, este tipo de infraestructura podría mejorar el acceso a servicios de salud y educación, y permitir que los recursos esenciales lleguen a la misión de manera más rápida. Además, abriría la posibilidad de mejorar la economía local no solo con la venta de productos agrícolas y ganaderos, sino también facilitando el intercambio de conocimientos y tecnologías.

Si bien la carretera aún es un proyecto a futuro, su importancia potencial no puede subestimarse. Más allá de mejorar el transporte y la movilidad, esta conexión pondría a Lagarba en el mapa de desarrollo de Etiopía, permitiendo que esta comunidad, hasta ahora aislada, se integre plenamente en el circuito económico y social del país. La visión de una carretera no solo trae consigo esperanza de progreso, sino también una oportunidad real de mejorar la calidad de vida de generaciones futuras.

Termino con un par de historias personales. He tenido viviendo en mi casa durante un mes a un hombre de la misión, llamado Negash, que tiene depresión, y está saliendo de ella. Tiene unos 50 años y es padre de 9 hijos. Hace pocos años dos de sus hijos aceptaron hacerse musulmanes para poder casarse con chicas de esa religión, y su mujer se fue de casa y, sea por esas razones o por lo que fuera, entró en depresión. De ser un hombre muy activo y trabajador -

además había sido catequista-, pasó a estarse todo el día tumbado, taciturno, deseando morir. Hace año y medio, cuando supe de su caso, empecé a animarle para que se internara durante un tiempo con las Misioneras de la Caridad de Dire Dawa para recibir tratamiento. Por fin se decidió a ir el pasado septiembre, le acompañé yo mismo hasta dicha ciudad, y ha estado allí restableciéndose hasta primeros de julio, cuando ha vuelto a Lagarba, para terminar aquí la medicación. Entre tanto, su mujer, de la que nadie sabía nada, volvió a casa. Él, después de estar todo el mes de julio en la misión viviendo conmigo, ha vuelto con su mujer y con los dos hijos pequeños, y parece que viven en armonía. Ahora me doy cuenta de que, de no haber sido por el confinamiento del Covid, probablemente no hubiera podido acoger a Negash en mi casa, porque yo no habría parado aquí tanto tiempo seguido. Ha sido un regalo poder compartir con él comidas, paseos, conversaciones, y la misa de cada mañana, en la que muchas veces sólo estábamos él y yo. Ha vuelto a reír y a sonreír. Su vida era un infierno interior, y bendita liberación poder salir de eso.

Según la religión islámica, si un hombre desea casarse con una mujer musulmana, debe convertirse al islam. Esto es un requerimiento para que el matrimonio sea aceptado por la comunidad y se considere válido dentro de los preceptos del islam. La ley islámica no permite que las mujeres musulmanas se casen con hombres que no profesen la misma fe,

ya que el islam está profundamente integrado en la vida familiar y espiritual de la comunidad.

Las Misioneras de la Caridad son una congregación fundada por la Madre Teresa de Calcuta en 1950, cuya misión es ayudar a los más pobres entre los pobres. En Dire Dawa, esta congregación es conocida por su trabajo con personas marginadas, enfermas, y necesitadas de asistencia espiritual y médica. La comunidad de Misioneras de la Caridad en Dire Dawa no solo proporciona cuidados médicos, sino también un entorno de oración, espiritualidad, y paz, lo que fue clave para la recuperación de Negash. A través de la caridad, estas religiosas ofrecen tratamiento psicológico y emocional a personas como Negash, dándoles un espacio para sanar.

Dire Dawa es una de las ciudades más grandes de Etiopía, y es conocida por su diversidad cultural y religiosa. Esta ciudad alberga una población mayoritariamente musulmana, pero también cuenta con una fuerte presencia de cristianos ortodoxos y católicos. La Misión de las Misioneras de la Caridad en Dire Dawa juega un papel vital al ofrecer refugio y ayuda a personas necesitadas, independientemente de su religión o trasfondo. Este lugar se convierte en un faro de esperanza para muchos que, como Negash, están lidiando con problemas profundos en su vida personal y familiar.

Dire Dawa, situada al este de Etiopía, es una ciudad importante debido a su ubicación estratégica en el corredor comercial que conecta Addis Abeba con el puerto de Djibouti. Su diversidad religiosa y cultural

refleja la complejidad social de Etiopía, y aunque tiene una mayoría musulmana, conviven varias confesiones religiosas. La ciudad es un centro económico y de tránsito, y ha crecido a lo largo de los años gracias a su conexión con el ferrocarril que une Etiopía con Djibouti.

Djibouti, una pequeña joya enclavada en el Cuerno de África, es mucho más de lo que parece a simple vista. Este país, aunque compacto en tamaño, juega un papel crucial en el escenario global gracias a su ubicación estratégica en el estrecho de Bab el-Mandeb, uno de los corredores marítimos más importantes del mundo. Situado donde el mar Rojo se encuentra con el Golfo de Adén, Djibouti es un punto vital para el comercio internacional, siendo el puerto por el que transitan innumerables barcos que van y vienen entre Asia y Europa.

El paisaje de Djibouti es una mezcla fascinante de desierto y montañas escarpadas. Gran parte de su territorio es árido, con temperaturas extremas que desafían tanto a la naturaleza como a sus habitantes. El lago Assal, uno de sus tesoros geográficos, es un lugar impresionante. Este lago salino, que se encuentra a unos 155 metros por debajo del nivel del mar, no solo es el punto más bajo de África, sino que también es uno de los lugares más únicos del continente, con sus orillas cubiertas de cristales de sal.

En cuanto a su cultura, Djibouti es un crisol de influencias. Su población se compone principalmente de los somalíes issa y los afar, dos grupos étnicos que dominan la vida diaria. Pero la diversidad no termina ahí: el país también tiene un toque árabe y francés, una herencia que se

refleja tanto en sus idiomas como en su comida y tradiciones. El islam es la religión predominante, y los idiomas oficiales son el árabe y el francés, lo que da a Djibouti una mezcla fascinante de cultura africana, árabe y europea.

Djibouti ha mantenido una estabilidad política notable en comparación con otros países de la región, lo cual es un logro considerable. Aunque ha habido tensiones, especialmente entre los clanes afar y issa, la presencia de bases militares extranjeras —de potencias como Estados Unidos, Francia, Japón y China— ha jugado un papel clave en mantener la paz. Estas bases no solo son una fuente de estabilidad, sino también de ingresos. Desde su independencia de Francia en 1977, el país ha estado bajo un gobierno centralizado, con Ismail Omar Guelleh al mando desde 1999.

La economía de Djibouti está anclada en su puerto. Este puerto es esencial no solo para Djibouti, sino también para Etiopía, que depende de él para sus exportaciones, ya que no tiene salida al mar. Gracias a su ubicación privilegiada, Djibouti ha logrado convertirse en un centro logístico para el comercio mundial. Además, el alquiler de terrenos para bases militares extranjeras genera un flujo constante de ingresos. Sin embargo, a pesar de estas ventajas, el país todavía enfrenta retos económicos importantes. La pobreza y el desempleo son elevados, y la agricultura es casi inexistente debido al clima árido, lo que obliga a importar la mayor parte de los alimentos.

Djibouti es un país pequeño en tamaño, pero con una importancia geopolítica y estratégica que lo coloca en el centro del comercio mundial. Con su fascinante mezcla cultural, su estabilidad relativa y su papel en el comercio global, Djibouti sigue siendo un punto de referencia para las potencias mundiales y un lugar clave en el Cuerno de África.

Otra historia que me conmueve es la de Almaz, que se acaba de quedar viuda de su marido Seife hace un mes y medio. Todos los que habéis venido a visitarme en estos dos años habéis conocido a este matrimonio encantador, cuya casa está muy cerca de la misión. Él ha sido un hombre excepcional y tuvo mucha responsabilidad al cuidado de la misión durante más de dos décadas, cuando los sacerdotes apenas venían por aquí. Ella, madre de muchos, es comadrona tradicional, y ha ayudado a muchas madres a dar a luz, y lo sigue haciendo. Es de las personas que más vienen a la iglesia, a misa entre semana incluso. Durante la agonía de su marido me pedía a menudo la comunión para él, y ella también la recibía. Ahora está de luto y viste de luto, y aparte de todo esto, cuando la veo me doy cuenta de lo mucho que amaba a su marido. Me parece un milagro asombroso cuando el amor de la juventud sigue ardiendo durante décadas, durante los 38 años que han vivido casados. Ella no es muy mayor, pero es que se casaron muy jóvenes. Cuando conoces personas así, es difícil no admirarlas y fijarse en ellas como ejemplo de lo que quieres para tu vida.

Nada más por ahora, amigos. Ruego por vosotros y por vuestras familias, y pido que la alegría de Cristo os colme y os consuele. Ojalá nos podamos ver pronto.

Un abrazo,

P. Paul Schneider



<adjunto: 00000048-PHOTO-2020-08-17-14-53-45.jpg>

En la imagen observamos a un integrante de la comunidad de Lagarba que se presenta con una expresión llena de serenidad y sabiduría. Su mirada, que parece perdida en el horizonte, refleja años de vida entre las colinas de su tierra. Es una mirada profunda, como la de alguien que ha visto pasar muchas estaciones, que ha experimentado el esfuerzo de

trabajar la tierra bajo el sol abrasador, pero también la satisfacción de ver el fruto de su labor.

Su rostro es amable, con una sonrisa sutil que refleja una mezcla de resistencia y esperanza, cualidades que definen a muchos de los habitantes de esta remota región. Su camisa de cuadros resalta contra el entorno natural, como si fuera una extensión del paisaje, mostrando el contraste entre el hombre y la naturaleza que lo rodea.

Detrás de él, el paisaje se despliega majestuoso, con montañas que parecen infinitas bajo un cielo que se tiñe de colores cálidos mientras el sol se oculta lentamente. La naturaleza aquí es imponente, pero también ofrece un refugio, una conexión ancestral con la tierra que moldea la vida cotidiana de estos hombres y mujeres.

Este hombre, como muchos otros en Lagarba, lleva en su semblante el peso de la responsabilidad de cuidar su familia y su comunidad, pero también la gratitud por lo que la vida le ha dado.



<adjunto: 00000049-PHOTO-2020-08-17-15-08-03.jpg>

En esta imagen se ve al Padre Paul rezando en la misión de Lagarba, mientras dos niños observan desde los bancos de madera con una mezcla de curiosidad y tranquilidad. La luz natural se filtra a través de una ventana sencilla, proyectando un resplandor suave que se mezcla con la cálida luz de una vela junto a la figura de la Virgen, la cual parece iluminar el pequeño altar con una sensación de paz y recogimiento.

La actitud del Padre Paul refleja devoción y serenidad. Está arrodillado, con la cabeza inclinada en oración, entregado a su fe en un gesto de profunda espiritualidad. A su lado, los niños de la comunidad, con miradas llenas de curiosidad e inocencia, parecen cautivados por la

atmósfera solemne del lugar, quizás asombrados ante la intensidad de ese momento sagrado.

El ambiente de la iglesia es sencillo, con paredes de barro y bancos toscos, pero al mismo tiempo, está impregnado de una espiritualidad radiante. Los contrastes de tonos en la imagen, desde el cálido resplandor de la vela hasta las sombras que abrazan los rincones de la iglesia, subrayan la pureza de este momento de fe en un lugar humilde. La iglesia, aunque austera en su construcción, se convierte en un espacio lleno de gracia, donde el poder de la fe y la conexión con lo divino se sienten de manera palpable.

Los niños, con sus miradas fijas y serias, parecen también parte de ese espacio sagrado, quizás sin entender del todo la profundidad del acto, pero participando con su presencia inocente y atenta.



<adjunto: 00000050-PHOTO-2020-08-17-15-08-07.jpg>

En esta imagen, el padre Paul se encuentra junto a una joven familia etíope, transmitiendo una sensación de calidez y bondad. Su vestimenta es sencilla pero elegante, con una camisa azul claro y pantalones oscuros, mientras que sus sandalias abiertas revelan la informalidad de su día a día en la misión. A su lado, el padre de la familia lleva una camisa de rayas y la madre luce una falda larga verde, ambos mostrando la humildad propia de la vida rural. El niño pequeño, descalzo, se aferra tímidamente a su padre, mostrando la cercanía familiar y la fragilidad de su entorno.

Detrás de ellos se erige la vivienda familiar, una construcción modesta que refleja la inventiva y la resiliencia de estas comunidades. La casa está formada por una estructura de postes de madera rústica, atados para crear las paredes, con un techo de paja que ofrece protección frente a los elementos. La sencillez de esta construcción contrasta con las sonrisas de sus habitantes, que muestran la fortaleza con la que enfrentan la vida cotidiana.

Esta modesta vivienda es un testimonio de la vida rural en Etiopía, donde las familias aprovechan al máximo los recursos disponibles. Los tonos terrosos y dorados de la imagen resaltan el paisaje árido y la cálida luz del sol, que baña la escena con un resplandor dorado al final del día. El gesto del padre Paul, sosteniendo algo en la mano, tal vez un regalo o una pequeña ofrenda, subraya el espíritu de entrega y apoyo mutuo que

caracteriza a esta comunidad, donde su presencia aporta tanto consuelo espiritual como material.

13 de Noviembre de 2020: Nuevos Retos

Dhebiti, 13 de noviembre de 2020

Queridos amigos:

Este va a ser un mensaje largo, tengo varias cosas que contaros. Antes de nada, quiero pedir os disculpas a muchos que me habéis mandado mensajes, para contarme de vuestra vida o preguntarme sobre la mía, y no he contestado. Siempre leo y escucho con gusto vuestros mensajes.

Mi vida aquí es tranquila, hay días de mucha caminata, pero todo lo que me exige esta vida, la oración, el trabajo, el trato con la gente y los proyectos, es como si me absorbiera todas las energías para atender el teléfono y los mensajes como lo hacía antes. Eso no resta un ápice al profundo afecto que os tengo, que late muy vivo, a vosotros, mis amigos, mi familia, mis compañeros sacerdotes. Y desde luego que vuestros mensajes me reconfortan, tan cierto como que vuestra oración me sostiene en la entrega por Cristo en este lado del mundo. No fui a España en octubre, como hubiera querido, por razones obvias. Ya veremos en los próximos meses cuándo podré ir a visitaros.

Lo primero que os voy a contar es que, desde hace un mes, estoy encargado de la vecina misión católica de Dhebiti, que está a 3 horas de camino desde Lagarba. El motivo por el que el obispo me va a entregar esta misión -y seguiré ocupándome igualmente de Lagarba- es que durante el confinamiento del Covid esta comunidad estuvo 7 meses (de febrero a septiembre) sin sacerdote y sin sacramentos, sin una sola Eucaristía. Por carretera desde AsebeTeferi, donde viven varios sacerdotes etíopes, el camino es tortuoso y en estos tiempos inestables hay un poblado rebelde que exige pequeños sobornos, y si no se les da, no apartan las piedras que a modo de obstáculo han puesto para cerrar el camino de tierra que baja desde Asebot hacia el sur para llegar a esta misión. Entonces a los sacerdotes y al obispo les ha parecido bien que me ocupe yo, que puedo venir discretamente a pie por senderos estrechos de la montaña, y a mí me ha parecido mejor aún, porque me conmovía hasta las entrañas el abandono pastoral que padecían. Hay aquí en Dhebiti 63 familias católicas, y muchas otras ortodoxas y musulmanas. Estas familias vienen a sumarse a la población de la que ya cuidaba, mis 115 familias de la parroquia de san Francisco en Lagarba. Ya he empezado a visitar familias, a celebrar la Eucaristía, a reunir al consejo de la misión, y resolver muchos asuntos pendientes, y los problemas y conflictos no faltan. Estoy muy animado, Dios me inspira muchas buenas decisiones,

estoy con buena salud y fuerzas. Qué más se puede pedir. Siento un gran amor por todas estas familias, que son mis hermanos, mis hijos.

La misión católica de Dhebití tiene sus raíces en los primeros esfuerzos misioneros de la región, a mediados del siglo XX, cuando un grupo de sacerdotes católicos, motivados por su profunda vocación de servicio y evangelización, decidió llevar la fe a las zonas más remotas de Etiopía. En esa época, Dhebití era poco más que una aldea aislada, sin apenas infraestructuras ni servicios básicos, donde la vida transcurría marcada por las dificultades del terreno montañoso y la escasez de recursos. Los misioneros, con un espíritu inquebrantable, construyeron los primeros cimientos de lo que sería un lugar de refugio espiritual y apoyo material para las comunidades locales.

La historia de esta misión está impregnada de sacrificio y fe. Los primeros sacerdotes que llegaron a Dhebití no solo enfrentaron los retos de la evangelización en una tierra donde el cristianismo era una religión minoritaria, sino también las barreras naturales y culturales. Los misioneros tuvieron que aprender las lenguas locales, adaptarse a las costumbres del lugar, y ganarse la confianza de la población. A través de los años, la misión creció, convirtiéndose en un pilar fundamental para los habitantes de la región, ofreciendo no solo enseñanzas religiosas, sino también educación básica, atención médica y asistencia alimentaria.

El entorno que rodea la misión de Dhebití es agreste y desafiante, pero de una belleza sobrecogedora. Las casas de los aldeanos son construcciones sencillas, hechas de barro y techos de paja, algunas reforzadas con madera o piedra local. Estas construcciones, aunque frágiles a la vista, son una manifestación de la adaptabilidad y resistencia de la gente de la región. Relativamente cerca y a título de curiosidad, hay un gran cráter de meteorito en la región de Oromía en su límite con la región de Amhara. Oromía está ubicada en el centro y occidente de Etiopía, siendo la más extensa y una de las más pobladas del país. Rodea completamente a la ciudad capital, Addis Abeba, aunque esta última no forma parte de la región de Oromía. Limita al norte con las regiones de Amhara y Benishangul-Gumuz, al oeste con Sudán del Sur, al sur con la región de las Naciones, Nacionalidades y Pueblos del Sur y Somalia, y al este con la región Somalí.

Oromía es la región ancestral del grupo étnico oromo, que constituye el mayor grupo etnolingüístico de Etiopía. La economía de la región es predominantemente agrícola, basada en el cultivo de café, cereales, legumbres y productos ganaderos, lo que la convierte en una zona clave para la producción alimentaria del país.

AsebeTeferi, es un núcleo de actividad para la región. Aunque pequeña, tiene importancia administrativa, y en sus mercados se puede encontrar todo tipo de productos locales, desde alimentos básicos hasta ganado. Sus habitantes, de carácter afable pero reservado, están acostumbrados a las dificultades de la vida en una región marcada por las tensiones políticas y étnicas que afectan a Etiopía.

En contraste, Asebot es una pequeña localidad situada en la región de Oromía, en Etiopía. Se encuentra a una altitud de aproximadamente 1,490 metros sobre el nivel del mar, cerca de la montaña Asebot y del histórico monasterio Asebot Silase Gedam, que es un importante sitio religioso en la zona. Oromía es una de las regiones más grandes y diversas de Etiopía, y Asebot se beneficia de esa rica mezcla cultural y religiosa.

La zona alrededor de Asebot es mayormente rural, con extensos campos de cultivo y comunidades que dependen principalmente de la agricultura y la ganadería para su subsistencia. Este tipo de economía es típica en muchas áreas rurales de Etiopía, donde los habitantes trabajan principalmente en pequeñas parcelas agrícolas, cultivando maíz, cebada y otros productos locales. La cría de ganado, especialmente de cabras y vacas, también juega un papel importante en la vida cotidiana.

En cuanto a la infraestructura, las carreteras y caminos que conectan Asebot con otras ciudades como Dire Dawa o Addis Abeba suelen ser difíciles de transitar, especialmente durante la temporada de lluvias, lo que a menudo limita el comercio y la movilidad. Esta falta de conectividad puede suponer un reto significativo para el desarrollo económico de la localidad, que, al igual que otras zonas rurales, depende de la capacidad para llevar sus productos al mercado.

Culturalmente, la población de Asebot refleja la diversidad religiosa de la región de Oromía. Tanto el cristianismo ortodoxo como el islam tienen una fuerte presencia en la comunidad, y el monasterio Asebot Silase

Gedam es un importante centro de peregrinación para los cristianos ortodoxos. A lo largo de los años, el monasterio ha sido un símbolo no solo de fe, sino también de resistencia cultural y espiritual en la región.

En términos sociales, Asebot enfrenta desafíos comunes en muchas zonas rurales de Etiopía, como el acceso limitado a servicios de salud, educación e infraestructuras básicas como el agua potable. Las misiones religiosas, como las de los Capuchinos y otras órdenes católicas, a menudo desempeñan un papel crucial en la mejora de estas condiciones, proporcionando ayuda humanitaria, educación y atención sanitaria.

Además, me acompaña Shawle, mi fiel escudero -él lleva pistola, tiene licencia-, intérprete (para traducir al oromo lo que chapurreo en amhárico) y es mi ayudante abnegado para todo. Él es el administrador laico en la misión de Lagarba, y en estos 3 años nos hemos ido conociendo y adaptando el uno al otro. Muchas veces sabe lo que pienso y lo que quiero con sólo verme la cara. Y tiene autoridad y firmeza para dar instrucciones a la gente, lo cual hace que el trabajo se agilice. Creo que nunca antes os he hablado de él, pero la verdad es que sin él no podría hacer ni la mitad de las cosas que hago. Su mujer se llama Minisha y tienen un hijo de 12 años, Lemat, y una niña de 8, Tigist. Yo doy el criterio y me encargo de la parte más "espiritual" de las obras, él da las órdenes, consigue materiales a precio de mercado, pone a la gente en movimiento. Le

eligió el pueblo -según costumbre oromo, por elección popular- con esta responsabilidad en abril, y desde luego me dieron el gusto, porque no podrían haber elegido a nadie mejor. Si de algún modo lo consiguiera, me gustaría llevarle a España en el futuro un par de semanas como representación de toda la comunidad, para expresar el profundo agradecimiento de todas las familias que reciben cosas maravillosas por vuestra generosidad, por medio de vuestra fe y amistad.

En las zonas rurales de Etiopía, especialmente en las regiones más remotas o inestables como Oromía, Afar o las fronteras con Somalia, es común que se tomen precauciones adicionales al viajar. Una de esas medidas es ir acompañado de alguien armado, preferentemente un lugareño que conozca bien las costumbres, lo cual responde a diversas razones.

En primer lugar, la inestabilidad política y la presencia de grupos rebeldes o bandas armadas hacen que los caminos rurales sean inseguros. En algunas áreas, como Oromía, ha habido conflictos étnicos o tensiones políticas que incrementan los riesgos de emboscadas o extorsiones. Viajar con alguien armado proporciona un nivel de protección contra estos grupos, quienes a menudo establecen bloqueos en caminos, exigiendo sobornos o imponiendo restricciones a quienes no pueden defenderse.

Además, la distancia de estas áreas a centros urbanos o a infraestructuras de seguridad también hace que sea difícil la intervención rápida de fuerzas del orden en caso de incidente. Por lo tanto, contar con un acompañante armado asegura una respuesta inmediata en caso de ataques o conflictos.

Finalmente, más allá de la violencia política, algunas regiones son conocidas por la presencia de animales salvajes, lo que añade una capa adicional de peligro al viajar por zonas rurales. La presencia de una persona armada puede brindar seguridad en caso de encuentros con animales peligrosos.

Os escribo hoy desde Dhebiti, aunque no pensaba pasar esta semana aquí, porque el domingo por la mañana los católicos de aquí nos llamaron y nos dijeron que habían encarcelado al catequista, Sisay Mengistu, un joven de 25 años, y a otros 4 jóvenes. El motivo es que estos 4 jóvenes (dos parejas recién casadas) son musulmanes que quieren hacerse cristianos. En realidad ellos, los varones, eran católicos antes, y se hicieron musulmanes para que las familias de ellas les permitieran casarse con sus hijas, pero luego, en secreto y de común acuerdo con sus esposas, quisieron hacerse cristianos los cuatro. Empezaron a venir al recinto de la iglesia, a compartir con Sisay su deseo, y fueron acogidos. Y se desató una pequeña persecución. Por denuncia del

imán de la mezquita fueron encarcelados los cinco, y el lunes por la mañana vine aquí a toda prisa, incluso dejando en la misión a dos voluntarios, un maravilloso matrimonio argentino-uruguayo, Patricio y Florencia, recién casados, solos en Lagarba al frente de la misión.

Este tipo de situaciones no son inusuales en áreas rurales y remotas de Etiopía, donde las tensiones religiosas, culturales y sociales pueden intensificarse debido a factores como la falta de diálogo interreligioso, la presión social o los prejuicios arraigados. En regiones donde el islam y el cristianismo conviven, como Oromía y otras áreas rurales del país, las conversiones religiosas suelen generar tensiones dentro de las comunidades, afectando tanto a las personas que deciden cambiar de fe como a sus familias y círculos sociales.

En este contexto, las conversiones son vistas con recelo por algunos líderes religiosos y miembros de las comunidades, ya que rompen con las estructuras tradicionales. En algunas zonas rurales, las comunidades están fuertemente marcadas por costumbres y normas religiosas, lo que hace que las decisiones de conversión puedan percibirse como una traición o una amenaza al orden social establecido. Estas tensiones pueden escalar a incidentes de persecución, como el encarcelamiento de líderes cristianos o catequistas, como en el caso de Sisay Mengistu, que acompañaba y apoyaba a los conversos.

Adicionalmente, la respuesta inmediata del Padre Paul muestra la importancia de la intervención rápida en estas comunidades para evitar

una escalada de violencia o represalias. El papel de la iglesia en mediar, proteger a los vulnerables y promover el respeto a la libertad religiosa que es fundamental en estos contextos.

Como decía, el lunes vine a toda prisa con otros dos hombres, por más que varias personas me quisieron disuadir de venir a esta zona, dado el momento de riesgo en el país, y rumores de revueltas en esta zona. Los que hayáis leído noticias de Etiopía estos días sabréis que el país está al borde de una guerra civil, con muchos muertos en el norte y al oeste del país, y con la amenaza constante del islamismo radical. Fui directamente a hablar con el administrador del Kebele de Dhebiti y sus soldados, casi todos musulmanes, y les advertí de que si estos jóvenes no eran liberados, me pondría en contacto con sus superiores de la Woreda de AsebeTeferi para que fueran trasladados a esa instancia, porque llevaban más de 24 horas encarcelados (las dos parejas llevaban ya 3 días allí) sin haber cometido ningún delito, solamente por querer cambiar de religión. Me respondieron en tono altivo y autoritario, y acusaban a los jóvenes de estar creando un "problema político" y de generar disturbios entre la población.

*El administrador del **kebele** de Dhebiti es la figura principal de autoridad en esta pequeña unidad administrativa. Su papel es crucial,*

ya que representa la conexión directa entre el gobierno y la comunidad local. Como responsable de implementar las políticas gubernamentales a nivel local, el administrador se encarga de mantener el orden, resolver disputas entre los habitantes, supervisar los servicios básicos como salud y educación, y garantizar que los programas de desarrollo comunitario se ejecuten correctamente. Además, este funcionario tiene la responsabilidad de supervisar el uso de la tierra y la recolección de impuestos, lo que le otorga una considerable influencia sobre la vida diaria de los residentes.

*A nivel superior, el administrador del kebele de Dhebití reporta al administrador de la **Woreda** de AsebeTeferi. La **woreda** es una unidad administrativa más grande y autónoma, con más recursos y responsabilidades que los kebeles. El administrador de la woreda se encarga de supervisar las operaciones de todos los kebeles bajo su jurisdicción, gestionar el presupuesto distrital, asignar recursos y coordinar programas de desarrollo regional. Además, actúa como intermediario entre las autoridades locales y los niveles superiores de gobierno regional, asegurando que las políticas del gobierno se implementen de manera efectiva en la región.*

El gobierno regional, que tiene bajo su control tanto a las woredas como a los kebeles, supervisa el diseño de las políticas regionales y coordina con el gobierno federal en Addis Abeba para garantizar el cumplimiento de las metas gubernamentales. En este contexto, tanto el administrador del kebele de Dhebití como el administrador de la Woreda de AsebeTeferi juegan un papel fundamental para llevar el poder de

decisión más cerca de la gente. Sin embargo, en regiones rurales como Dhebití, las tensiones sociales, los conflictos religiosos y las limitaciones de recursos pueden complicar su labor y dificultar la implementación efectiva de las políticas gubernamentales.

Un caso como el de estos jóvenes no se había oído nunca. Yo les conocí hace tres semanas, y su conversión no se debe a mi influencia, pero sabiendo su deseo de ser de Cristo, yo estoy dispuesto a dar la cara por ellos. El lunes, antes de hablar con esos jefes locales, pude visitarles en la cárcel, entrar en su celda, recé allí un rosario entero con el catequista y otras 6 personas reunidas en la celda contigua a las parejas jóvenes, y unas horas después de mi intervención fueron liberados. No os imagináis la alegría y la enorme paz que sentimos entonces yo y toda la comunidad, hasta el día de hoy. Yo no sé cómo Dios me inspiró, pero todos están de acuerdo en que fueron liberados porque fui y me enfrenté. En un momento de ese tenso encuentro, llegué a gritar, "pero, ¿qué delito han cometido? ¿es que no hay libertad en este país para ser de la religión que uno quiera?". Pero sin duda lo que más les movió fue el miedo a que sus superiores se enteraran de este atropello, y yo sabía nombres y tenía algún contacto. A menudo, los injustos y violentos son en realidad débiles y cobardes. Digo violentos porque los chicos, Birhanu y Haile, fueron apaleados la segunda

noche de su encarcelamiento. A las chicas, Fami y Nafisa, gracias a Dios, no les hicieron nada. Ellas pronto cambiarán sus nombres y elegirán un nombre cristiano y recibirán el bautismo.

En toda esta zona de Harar la población es mayoritariamente musulmana, y la persecución no es siempre abierta, pero se hace sentir. A veces cuando en un mercado ven a alguien con una cruz al cuello, se niegan a venderle o darle servicio. Antes no os lo había dicho, para no causar sensación de alarma, pero es el ambiente que respiro desde que llegué aquí. Nunca os dije que hace dos años, cuando empezamos a construir las casitas de alquiler, el terreno de Kirara nos lo quisieron quitar a la fuerza, disparando pistola en mano, para amedrentar a nuestra gente, e incorporarlo al de la mezquita del terreno colidante, pero no cedimos y, como somos minoría, tuvimos que ir a varios tribunales e instancias durante semanas para que se nos reconociera nuestra propiedad legítima, pues aquí el Registro de la propiedad es muy incompleto, si es que existe, dependiendo del Kebele que sea, y era difícil encontrar a alguien que quisiera testificar a nuestro favor. Con ocasión de casamientos, muchos cristianos se hacen musulmanes, y nadie pregunta nada, es lo normal, lo que tiene que ser, y todos contentos. Pero cuando un musulmán quiere hacerse cristiano, sobre todo en las zonas rurales, saltan las alarmas, se encarcela, empiezan las preguntas e investigaciones. Una cosa que he aprendido en estos 3

años es que a los violentos, a los ladrones, a los sinvergüenzas, a los que no respetan el derecho, hay que plantarles cara, hay que luchar por el derecho propio y de la comunidad y por la propia religión hasta el final, sin acobardarse ni ser vengativo. Y sólo entonces ceden. Si uno se muestra sumiso y débil, entonces se crecen. Por la libertad, nunca hay que dar un paso atrás. Dicho todo esto, sobra decir que muchas familias musulmanas que tenemos de vecinos son maravillosos y son nuestros amigos y aliados. Pero, a la vez, da la impresión de que el islam, cuando se hace mayoría, tiene un problema con la sociedad plural y el respeto a la libertad y a las minorías. Hace 50 años, en Etiopía, según me cuentan, todo el mundo, cristiano o musulmán, vestía igual, a lo moderno. En las últimas décadas se ha producido una involución de costumbres en la población musulmana, especialmente en las zonas rurales. Se ha popularizado la vestimenta árabe tradicional y un fuerte deseo en muchos de aplicar totalmente la ley musulmana, la Sharia, como fuente del Derecho Familiar y del Derecho Civil, que prevé la pena de muerte para los apóstatas, los que se salen del islam, y pago de impuestos especiales para los no-musulmanes. Es como si en nuestro siglo pudiera surgir una nueva inquisición religiosa en muchos países. Aquí no hemos llegado a ese punto, pero hay que estar alerta.

*En las últimas décadas, Etiopía ha experimentado un cambio significativo en las costumbres de la población musulmana, especialmente en las zonas rurales, donde las tradiciones religiosas y culturales han dado un giro hacia una interpretación más conservadora del islam. En tiempos pasados, tanto los musulmanes como los cristianos en Etiopía vivían bajo un ambiente de mayor integración cultural y social, donde las diferencias religiosas no afectaban tan profundamente la vestimenta, las costumbres o las leyes que regían la vida cotidiana. Sin embargo, hacia finales del siglo XX y principios del siglo XXI, una influencia creciente de movimientos islamistas de fuera del país, especialmente de países árabes, trajo consigo una revalorización de la vestimenta tradicional árabe y un enfoque más estricto hacia la aplicación de la **Sharia** o ley islámica.*

*Este fenómeno, que se ha intensificado en las zonas rurales, ha marcado una clara involución de las costumbres. Antes, la ropa tradicional en muchas zonas de Etiopía, tanto para musulmanes como para cristianos, era más homogénea, y estaba influenciada por las prácticas locales y por un estilo de vida más moderno y menos segregado por la religión. Con la llegada de movimientos más conservadores, comenzó a popularizarse la vestimenta islámica árabe, como el **niqab** para las mujeres o las **túnicas largas** y el **taqiyah** (sombbrero religioso) para los hombres.*

*Este cambio no es solo superficial, sino que refleja un deseo más profundo de aplicar de manera estricta la **Sharia** como base del Derecho Familiar y Civil en varias comunidades musulmanas de Etiopía. La*

Sharia, en su interpretación más rigurosa, prevé castigos severos para quienes se desvían del islam, como la **pena de muerte para los apóstatas**, aquellos que deciden abandonar la fe musulmana. Además, los no musulmanes, como los cristianos, se enfrentan a presiones adicionales en forma de **impuestos especiales** (jizya), que según la ley islámica, se les cobra por no adherirse a la religión mayoritaria.

La creciente radicalización en algunas zonas rurales ha afectado la coexistencia pacífica entre comunidades religiosas, que solía ser más armoniosa en décadas anteriores. Este retroceso en las costumbres ha generado tensiones no solo entre musulmanes y cristianos, sino también dentro de las propias comunidades musulmanas, donde no todos los fieles comparten la misma visión conservadora del islam. Si bien Etiopía no ha alcanzado el nivel de extremismo visto en otros países, este cambio cultural ha creado un clima de mayor vigilancia y preocupación, especialmente para las minorías religiosas y aquellos que buscan libertad en su fe.

Este proceso de involución no es uniforme en todo el país, pero refleja una tendencia general en muchas áreas rurales donde la influencia de la ley islámica está cobrando fuerza, modificando la vida social, política y jurídica de las comunidades.

Yo vivo al día y estoy con alegría y con paz, y me alegro de haber ayudado a liberar a estos chicos. Estas cosas te despiertan de un

letargo y la fuerza te viene no sabes de dónde. Todo esto es nuevo para mí, porque yo siempre he apreciado el islam, su llamada a la oración, el vivir en presencia de Dios, la valoración positiva que de la religión de Mahoma tenía el beato Carlos de Foucauld, que es para mí un ejemplo a seguir, y muchas veces trabajé con inmigrantes en Getafe e hice amistades en Marruecos con familias musulmanas. Pero no es lo mismo hablar desde España que estar aquí, ver y saber a fondo lo que pasa en un lugar de mayoría musulmana, en el día a día. Aquí todo es diferente de lo que se pueda imaginar u opinar en España, aquí uno no debe venir de turista, uno debe venir confiado en Dios y sabiendo que la propia seguridad no está garantizada, y con disposición de defender a los débiles para que se respete su derecho. Esa es mi experiencia, mi realidad, en estos 3 años que llevo aquí. Así las cosas, se puede decir sin exagerar que aquí hay una moderada persecución religiosa, en medio de la inestabilidad y falta de libertades del país.

*El beato **Carlos de Foucauld**, misionero y ermitaño, tuvo una relación única y compleja con el islam, que marcó profundamente su vida espiritual y misionera. Aunque fue fervoroso defensor del cristianismo, Foucauld sentía una profunda admiración y respeto por la devoción que observaba en los musulmanes durante su estancia en el **desierto del Sáhara**. Tras vivir entre las tribus tuareg, quedó profundamente impactado por la fe de los seguidores del islam, destacando especialmente la **fidelidad en la oración**, el **compromiso religioso***

diario, y la forma en que los musulmanes daban un lugar central a Dios en sus vidas.

En sus cartas y escritos, Foucauld elogió la piedad sincera de los musulmanes, valorando el hecho de que la religión de Mahoma enseñara a sus seguidores a orar con regularidad, a dar limosna y a mantener un espíritu de sumisión ante Dios. Aunque creía en la verdad absoluta del cristianismo, su tiempo viviendo entre musulmanes le permitió apreciar el sentido de lo sagrado en el islam. En una de sus reflexiones, escribió sobre cómo el islam le enseñó a dar a Dios el primer lugar en todas las cosas, reconociendo que los musulmanes vivían una religiosidad constante, algo que él veía como una virtud admirable.

*Foucauld no veía el islam como una religión rival, sino como una **cultura religiosa** que podía ofrecer lecciones valiosas a los cristianos sobre la importancia de la oración y la reverencia hacia Dios. Fue precisamente este enfoque de apertura y respeto el que le permitió vivir en comunión con los tuaregs y los pueblos del desierto, sin perder su identidad como misionero cristiano. Aunque su misión última era llevar el Evangelio a aquellos que no lo conocían, lo hizo desde un profundo aprecio por las virtudes que reconocía en el islam y su capacidad para inspirar una vida centrada en Dios.*

La espiritualidad de Carlos de Foucauld y su enfoque hacia el islam ha servido como un puente entre religiones, ofreciendo un ejemplo de cómo se puede valorar y aprender de otras tradiciones religiosas sin renunciar a las propias creencias.

Ahora, otro tema. En enero llegará a 40 el número de casas de tejado de chapa para familias de Lagarba que, gracias a vuestras generosas donaciones, venimos construyendo desde hace meses. Es una ayuda crucial para el bienestar de este pueblo, de las familias pobres. Y la vivienda es importante, pero hay otra necesidad más profunda que he descubierto recientemente: el terreno, la tierra. La causa de la pobreza, la razón por la que muchas familias no pueden levantar cabeza, es la falta de tierras donde trabajar. Es muy difícil tener ingresos aquí si tus dos vacas no tienen dónde pastar o si ni siquiera el grano cosechado de tus campos basta para alimentar a tu familia. Entonces, como un gesto inicial, he puesto la mirada en familias numerosas, que no tienen tierras propias y trabajan de jornaleros de otros. La semana pasada, con vuestro dinero, se ha firmado la compra de terrenos para 3 familias: A Fetene y Tigist les he comprado un terreno de 3 yugadas por valor de 2.300 euros, a Fikadu y Bezuye un terreno de 4 yugadas por 2.800 euros, y a Faranse y Debre un terrenito de 400 euros. A nosotros nos puede parecer poca cosa, pero a ellos esto les llena de alegría y esperanza, y es algo inaudito en las misiones católicas de aquí ayudar así a las familias. Nosotros, Shawle y el consejo de la parroquia y yo, les ayudaremos para que aprendan a ser agricultores responsables y consumados, y ellos están que

todavía les parece un sueño. No es que vayan a ser ahora grandes terratenientes, ni mucho menos, pero por lo menos tienen unos pequeños terrenos de los que vivir, alimentar a sus hijos y sacar ganancia. Un reparto más justo de la tierra. No sé en qué medida podremos ayudar de esta manera a otras familias, porque es un desembolso fuerte, pero Dios proveerá y me lo pondrá delante.

La yugada es una antigua unidad de medida agraria que varía dependiendo de la región, pero generalmente equivale a alrededor de 6.400 metros cuadrados.

Nuestra misión de san Francisco también ha rendido sus frutos, y además de todo lo que ya cultivábamos, hemos sembrado y cosechado mijo, que aquí llaman dagusa, y que crece muy bien. No es un buen año para la agricultura en Etiopía, por la plaga de langostas que asola el país. A nosotros también nos azotó la plaga, el 15 de octubre llegaron a toda esta zona en millones incontables, y se comieron casi todo el sorgo, lo cual afectará duramente a la economía de nuestras familias este próximo año, porque el sorgo es la base, lo que más se cultiva y se vende y come. El maíz, como ya estaba seco y recolectado, se salvó. Muchas otras cosas, como las judías, habas, la cebada, las cebollas, se han echado a perder. Después de dos días de devorar, las langostas se fueron. Aun así, nuestra gente sigue adelante y no pierde la sonrisa. Si la situación se pone crítica, os lo haré saber.

*Las langostas son insectos conocidos por su voracidad y capacidad destructiva cuando se agrupan en enjambres. En condiciones normales, las langostas viven solitarias, pero bajo ciertas circunstancias climáticas, como lluvias abundantes que incrementan la vegetación disponible, comienzan a congregarse y a multiplicarse rápidamente. Este fenómeno, conocido como **gregarismo**, puede transformar a las langostas de su fase solitaria a su fase gregaria, donde se vuelven más activas, sociables y destructivas.*

Una vez que se agrupan en enjambres, las langostas pueden devastar enormes extensiones de cultivos en poco tiempo. Se estima que un enjambre de tamaño mediano puede consumir la misma cantidad de alimentos en un solo día que 35,000 personas. Su capacidad para desplazarse rápidamente, recorriendo hasta 150 kilómetros al día, las convierte en una amenaza inminente para la agricultura.

En cuanto a sus preferencias alimentarias, las langostas no son particularmente selectivas y se alimentan de una amplia variedad de plantas. Prefieren los cultivos de cereales, como el sorgo, el maíz, y el mijo, pero también devoran legumbres como las judías y las habas, además de pastos y otras plantas de hojas verdes. La capacidad de arrasar campos enteros en cuestión de horas afecta gravemente la economía y seguridad alimentaria de las zonas afectadas.

Las plagas de langostas se agravan por factores climáticos como lluvias irregulares, que crean condiciones ideales para la reproducción de estos insectos. Además, la falta de control temprano y la velocidad con la que

se propagan los enjambres complican los esfuerzos de mitigación, especialmente en regiones rurales donde los recursos para combatir estas plagas son limitados.

Finalmente, os comparto un pensamiento. Yo he venido aquí por la fe. Si un día me pasara algo, sabed que salí de mi país por la fe, por el amor a Cristo, para servir a la gente, para amarles, para ser testigo, y querría vivir cien años más para seguir haciéndolo y, a la vez, no me importa la muerte, porque estar con Cristo es, con mucho, lo mejor. El no ser capaz de hablar bien las lenguas de aquí es una pobreza, una incapacidad mía, pero que me recuerda que la fe no es una cuestión de discursos y sagacidad, sino de vida, de amor y de entrega. Tampoco es la fe un activismo social o un mero reparto de comida o materiales, sino la presencia y el amor a personas concretas. Vivir, comer, descansar bien, ser valiente, no hacer caso a los temores, no tener miedo a amar, aprender de la experiencia, aprender, educar y acompañar, y rendir cuentas de todo a la propia conciencia y a Dios. A Abrahán Dios le pidió algo sencillo, que saliera de su tierra y creyera en Sus promesas. El día a día es sencillo, vivir y dejarse guiar por él. Antes me preocupaba mucho de las ideas, de mis discursos y homilías elaboradas. Ahora, de un modo más directo y sencillo, me preocupo de las personas, de su fe y de su bienestar. Y yo soy un pequeño instrumento, en

realidad el que les está sosteniendo y proveyendo es Dios. La misión es un regalo que he recibido de Él, es lo que orienta mi vida y mi sacerdocio. Estoy feliz y lo comparto con vosotros, mis amigos. Sed pacientes y estad serenos en las epidemias y confinamientos, Dios nos premiará nuestra fe y nuestra alegría será multiplicada.

Un abrazo,

P. Paul Schneider

18 de febrero de 2021: Entre la Esperanza y la Adversidad en la Misión

Lagarba,

Queridos Amigos:

Espero que estéis bien, yo desde luego lo estoy. Siempre fortalecido por vuestra amistad y oraciones, me siento muy apoyado. Vuestras muestras de cercanía y apoyo en la distancia, y las relaciones que voy tejiendo con la gente aquí, hacen que esto se esté convirtiendo en mi hogar.

Algunos me habéis preguntado acerca del conflicto en el norte del país, en Tigray. Sé poco más de lo que se puede saber por las noticias: atentados, masacres, represalias, decenas de miles de refugiados hacia Sudán, y cortes en los suministros, comunicaciones y transportes. La red sanitaria está quebrada y los organismos de cooperación y de emergencia humanitaria lo tienen difícil para acceder a la zona y atender a la población. No conozco a nadie en esa parte del país, a unos 900 km al norte de aquí, y en esta zona de Lagarba la gente apenas habla de ello. Aunque aquí gozamos de una paz estable, uno no puede dejar de pensar en lo que está sucediendo en Tigray, y orar por la paz. Desde luego las guerras son obra del demonio, que siembra en algunos gobernantes

y grupos avaricia y ansia de poder, y eso causa que miles de personas sufran hambre, estén sin dinero o medicamentos, y mueran o estén penando en el destierro. Lo menos que podemos hacer es tener un corazón que se conmueva por el sufrimiento de tantas personas que, según el Evangelio, son nuestros hermanos. Os pido también a vosotros que oréis por la paz en Etiopía, que es un país hermoso, lleno de riqueza humana, con gran diversidad cultural, y un patrimonio espiritual de siglos. No es sólo el país de hambrunas y desastres, es un pueblo con una gran historia y con mucho futuro.

El conflicto en Tigray que estalló en noviembre de 2020 y continuó a lo largo de 2021 es una guerra civil que ha devastado el norte de Etiopía. Las raíces del conflicto están profundamente ligadas a las tensiones políticas y étnicas en el país, que involucran al Frente de Liberación Popular de Tigray (TPLF) y al gobierno federal de Etiopía, liderado por el primer ministro Abiy Ahmed.

El TPLF fue una de las principales fuerzas políticas de Etiopía durante casi tres décadas, gobernando bajo la coalición del Frente Democrático Revolucionario del Pueblo Etiope (EPRDF) desde 1991. Sin embargo, en 2018, Abiy Ahmed asumió el poder con una agenda de reformas que marginó al TPLF, disolviendo la coalición y creando el Partido de la Prosperidad. Esto generó tensiones con el TPLF, que sentía que la región de Tigray estaba siendo excluida del poder.

La chispa del conflicto ocurrió en noviembre de 2020, cuando el gobierno central acusó al TPLF de atacar una base militar federal en Tigray, lo que llevó a Abiy a ordenar una ofensiva militar. Desde entonces, la situación ha escalado, afectando no solo a Tigray, sino a otras regiones vecinas como Amhara y Afar.

El conflicto ha sido brutal. Los reportes hablan de masacres, violaciones, y violaciones generalizadas de los derechos humanos. Las fuerzas del TPLF, las fuerzas federales etíopes y el ejército de Eritrea (que se involucró en el conflicto) han sido acusadas de cometer atrocidades. La guerra ha dejado miles de muertos y ha desplazado a más de dos millones de personas dentro de Etiopía. Además, decenas de miles de refugiados etíopes han huido a Sudán, buscando refugio de la violencia.

El conflicto también ha tenido un impacto devastador en la situación humanitaria. La región de Tigray, que ya era una de las más pobres de Etiopía, ahora enfrenta hambruna debido a la destrucción de tierras de cultivo, el bloqueo de la ayuda humanitaria y el colapso de los servicios básicos. Las Naciones Unidas han advertido que millones de personas están en riesgo de morir de hambre si no se permite el acceso a la ayuda humanitaria.

Tigray es una región montañosa situada en el norte de Etiopía, con una población de aproximadamente 7 millones de personas antes del conflicto. Su capital, Mekele, es la ciudad más grande de la región y ha sido uno de los centros más afectados por los combates. Antes de la

guerra, la economía de Tigray se basaba principalmente en la agricultura, con el cultivo de cereales como el trigo y la cebada, así como la cría de ganado. Sin embargo, la región ya estaba lidiando con desafíos socioeconómicos como la pobreza y la falta de infraestructura antes de la guerra.

Durante el conflicto, Mekele y otras ciudades de Tigray han sido escenario de bombardeos, saqueos y cortes de energía. La infraestructura de salud ha colapsado, y las escuelas han sido cerradas. Muchas áreas rurales, ya de por sí vulnerables, se han visto completamente devastadas por los combates, y la falta de acceso a servicios esenciales ha empujado a gran parte de la población al borde de la inanición.

La guerra ha desplazado a millones de personas, tanto internamente como hacia Sudán. La situación de los refugiados es crítica, con muchos de ellos viviendo en campamentos improvisados con acceso limitado a alimentos, agua potable o atención médica.

La economía de Etiopía también ha sufrido un duro golpe. Además del conflicto en Tigray, el país enfrenta desafíos por la pandemia del COVID-19, una crisis de deuda y las tensiones étnicas en otras regiones. La inestabilidad ha alejado las inversiones extranjeras y ha afectado gravemente el crecimiento económico del país, que hasta hace pocos años era uno de los más prometedores de África.

Mi gente de Lagarba, mis agricultores, viven al día, y su preocupación está ahora en qué van a comer el resto del año. Como os dije en el último mensaje, hubo una plaga de langostas que consumió gran parte de los cultivos. La trilla del grano fue a finales de diciembre, y hasta entonces no se pudieron cuantificar las pérdidas, ahora ya lo sabemos con bastante precisión. Si una familia, por ejemplo, solía cosechar de sus tierras unos 800 kilos de grano para guardar para todo el año, este año, por la langosta, apenas han obtenido 100 kilos. Hay familias que esta vez no obtuvieron ni 30 kilos de su cosecha. Estamos a mediados de febrero y ya hay familias que están terminando de consumir lo poco que quedó tras la plaga. Algunos jóvenes se han ido a buscar trabajo en Dire Dawa o en otros sitios de la región, porque aquí la oferta de trabajo no es suficiente en estas circunstancias. Con todo, hay que decir que no veo a nadie angustiado por ello, y nadie ha perdido la sonrisa por ello. Por mi parte, estoy preparado para aliviar en estos próximos meses a las familias y a los más pobres, ya sea creando trabajo temporal, o por medio de pequeños préstamos o donaciones, según los casos. Como sacerdote y misionero, mi mayor servicio y privilegio es vivir, permamecer aquí con ellos, también en este año de estrechez y carestía, y ser un hombre de esperanza. Incluso para atender sus necesidades materiales, va todo muy unido: conocerlos bien, conocer su red

familiar y su situación de salud, visitarlos en sus casas, saber lo que tienen y de lo que carecen, detectar quiénes son verdaderamente necesitados, aunque no lo pidan, porque a veces los que más lo necesitan no piden, mientras que otros pueden tener más picaresca que necesidad real. Es una satisfacción especial precisamente darles una ayuda o una solución antes de que la pidan, pues es anticiparse a su petición, y ahorrarles la dificultad de tener que pedir. Acordarse de ellos sin que tengan que volver, a veces es parte de la misión. Hasta ahora he repartido muchas ayudas a muchas familias, pero siempre es con una finalidad educativa, y vivo en ese difícil equilibrio entre ser generoso y compasivo, pero también exigente y poniendo límites. Como padre, nunca rechazas a tus hijos, les quieres dar todo lo necesario, y regalar más allá de lo necesario, pero quieres también que aprendan a volar, y que no se queden en lo superficial, en lo cómodo o en lo fácil, porque la vida sigue y no todo va a ser fácil y agradable. Quieres preparar a tus hijos para desafíos mayores.

En la comunidad de Lagarba, las necesidades alimentarias son una preocupación constante, especialmente tras la devastación provocada por la plaga de langostas que afectó gravemente los cultivos. En esta región, los alimentos básicos como el sorgo, el maíz y las legumbres son esenciales para la subsistencia, pero las cosechas de este año no han sido suficientes para cubrir las necesidades de las familias. Un adulto promedio necesita entre 2.000 y 2.500 calorías diarias, lo que equivale

a consumir alrededor de 570 gramos de sorgo o 550 gramos de maíz cada día. Estos alimentos son fundamentales para proporcionar la energía que requiere la vida diaria, que incluye trabajar en los campos y cuidar del ganado. Los niños, por su parte, necesitan entre 1.200 y 1.800 calorías diarias, dependiendo de su edad y actividad física. Para ellos, la cantidad de sorgo o maíz que deben consumir oscila entre los 340 y 510 gramos al día. Además, las legumbres, como las judías o las habas, que aportan aproximadamente 330 calorías por cada 100 gramos, también son una fuente clave de proteínas y energía. Si consideramos una familia promedio en Lagarba, compuesta por dos adultos y tres niños, se necesitan alrededor de 2,5 kilos de sorgo, maíz o legumbres cada día para cubrir sus necesidades calóricas básicas. Esto equivale a aproximadamente 75 kilos de estos alimentos por mes.

A Dhebiti sigo yendo una de cada dos semanas desde que asumí la responsabilidad de esa misión en septiembre. Aunque la casa parroquial está en peores condiciones que la de aquí en Lagarba, no le hago ascos a nada, y me siento igual de a gusto en las dos. Todo el revuelo que hubo se calmó y estoy en buena relación con los jefes del Kebele. Es posible que incluso en los próximos meses les ayude a reparar un tramo de carretera de unos 4 kilómetros, que conecta Dhebiti con Hara, el pueblo donde se obtienen productos básicos. Eso indudablemente favorecería el abastecimiento y desarrollo de la zona, y me lo hacen saber con insistencia, que estarían muy agradecidos si les puedo ayudar en eso.

El poblado de Hara es una pequeña localidad rural situada en la región de Oromía, Etiopía. Aunque es mucho menos conocido que su homónimo Harar, su ubicación lo coloca cerca de la misión de Dhebiti, a unos pocos kilómetros de distancia. Hara está ubicado en una zona con terrenos agrícolas y áreas semiáridas. Esta geografía limita la producción agrícola, aunque las comunidades locales, en su mayoría agrarias, dependen del cultivo de cereales básicos como el sorgo, el maíz y el chat, una planta estimulante popular en la región.

Las costumbres y forma de vida en Hara son principalmente tradicionales y comunitarias. Las actividades diarias de los habitantes giran en torno a la agricultura y la cría de ganado. La vida en este tipo de poblados es modesta y en gran parte autosuficiente. Muchas familias sobreviven gracias a la agricultura de subsistencia, cultivando alimentos tanto para el consumo propio como para vender en los mercados locales.

La estructura social es fuertemente comunitaria, y las festividades y prácticas religiosas, tanto musulmanas como cristianas, tienen un papel importante en la vida cotidiana. En los últimos años, la influencia de las misiones cristianas ha incrementado, proporcionando apoyo a la comunidad no solo en el ámbito espiritual, sino también en áreas de educación y asistencia social.

El acceso a infraestructura básica es limitado, y las carreteras suelen ser de tierra, lo que dificulta el transporte durante las estaciones lluviosas. Las casas suelen estar construidas de materiales locales como adobe, con techos de paja o chapa.

Dos de los chicos que fueron encarcelados allí en noviembre se llaman Birhanu Mikael, y su mujer Fami Yusuf. Ya os dije que el motivo de su encarcelamiento fue su conversión (retorno en el caso de él) del islam a la fe cristiana. Birhanu, aparte de haber defendido su fe con admirable fortaleza en esos 4 días de encarcelamiento, maltratos y amenazas, es un hombre joven interesante, algo así como un artista con ideales y escaso sentido del ahorro. Hace un par de años vendió el único buey que poseía su familia para ir a Addis Abeba y grabar un disco en un estudio, y volvió a casa con las manos vacías, habiendo gastado todo ese dinero. Sus canciones en lengua oromo, de contenido simple y romántico, las escuchan muchos jóvenes de la zona en sus radios con tarjeta SD. Tiene una voz agradable y dicen que sus canciones gustan mucho, y que también ha compuesto algunas canciones de iglesia. Aunque ha ganado cierta fama por ello, eso no quita que son la familia más pobre de Dhebiti. Además de su mujer, vive con sus padres Mikael y AskaleMariam, y con sus hermanos pequeños Atsede -una chica de 15 años con una incapacidad física en la espalda que le impide caminar más allá de los alrededores de la casa-, y Amanuel y Nega, chicos de 13 y 8 años, que están ahora en el orfanato de Harar hasta

junio. El padre tiene una salud muy deteriorada, está mayor y no tiene fuerzas para trabajar. La madre se multiplica en las tareas, pero no da mucho fruto si no hay un lugar digno donde hacer vida, o si no hay gallinas o cabras u otro animal de cría que se pueda vender obteniendo algo de beneficio.

En Etiopía, la música moderna autóctona ha experimentado una evolución vibrante y diversa en las últimas décadas, fusionando elementos tradicionales con influencias contemporáneas. Estas tendencias se reflejan en una variedad de géneros que mezclan sonidos históricos con los estilos populares globales.

Uno de los géneros clave es el Ethio-jazz, que emergió en los años 60 y 70 gracias a músicos como Mulatu Astatke, conocido como el padre de este estilo. El Ethio-jazz combina elementos de la música tradicional etíope, con sus modos pentatónicos únicos, con el jazz, funk y soul occidentales. Este género sigue siendo muy influyente en la música contemporánea de Etiopía, con artistas actuales explorando nuevas formas de esta fusión.

La música pop etíope es otro estilo prominente, donde los cantantes modernos mezclan ritmos autóctonos con géneros internacionales como el reggae, el hip-hop y el R&B. Artistas como Teddy Afro y Gigi han sido pioneros en este espacio, utilizando letras que tocan temas sociales, políticos y patrióticos. El pop etíope también incorpora el uso de instrumentos tradicionales como el krar (un tipo de lira) y el masenqo (instrumento de cuerda), junto con sintetizadores y beats electrónicos.

El Amharic pop es una tendencia que ha ganado popularidad entre los jóvenes, con un enfoque en melodías pegajosas y producción contemporánea. Este estilo refleja el deseo de las nuevas generaciones de conectar con lo global mientras se mantienen fieles a sus raíces culturales.

Además, géneros como el eskista, una forma de música y danza que involucra movimientos rítmicos del hombro, siguen siendo populares, especialmente en festivales y celebraciones, y a menudo se reimaginan con ritmos más modernos.

La escena musical etíope, especialmente en Addis Abeba, ha crecido notablemente, y las plataformas digitales han permitido que artistas etíopes lleguen a una audiencia global. Esto ha impulsado un renacimiento del interés en la música tradicional, adaptada a las tendencias globales, mientras que los sonidos autóctonos mantienen su relevancia en la identidad cultural del país.

Estoy muy contento, porque la semana pasada les hemos terminado de hacer la casa de tejado de chapa, una casa amplia, donde ya están viviendo él y su mujer, y sus padres y la hermana pequeña en la estancia contigua. Hubo que proporcionarles todo, hasta la madera y los clavos, porque realmente no tienen nada. Además, próximamente les vamos a comprar un buey para que puedan arar su pequeña tierra, en colaboración con otros vecinos. Hace un par

de meses pensé para mí, ya es hora de que esta familia levante el vuelo y pueda vivir dignamente. Pues ya tienen casa y en nada tendrán un buey, que para un agricultor es indispensable para arar. Está por ver que sepan ahorrar y que su situación vaya prosperando, pero de momento percibo que están muy agradecidos, incluso abrumados. Son parcos en palabras pero sus miradas dicen mucho. Es para mí un honor poder canalizar vuestras ayudas, empezando por las familias más pobres. Yo todo lo hago por la fe, y para llegar a la fe y al testimonio, y que la vida y el amor de Cristo crezca en ellos de día en día, es lo que más deseo. La verdad, no sé cómo interpretan ellos estas ayudas materiales. Yo sé que tengo que hacerlo, y luego su camino interior y sus lazos de afecto con la comunidad cristiana, su entrega y servicio a la comunidad en general, dependerá de ellos. Supongo que es como cuando estás dando la vida por tus hijos, educándoles, luchando para proporcionarles lo necesario, y luego la gratitud, o será una respuesta completamente libre, o no será nada, y la vida también les pondrá en su sitio. Por parte del padre, madre, educador, misionero... se requiere entrega y hacer lo que a uno Dios le pide y lo que las circunstancias lo reclaman, sin inquietarse por las idas y venidas de los hijos, sus traiciones o infidelidades, su olvido, su mayor o menor gratitud, porque con Cristo siempre se puede volver a empezar y retomar el camino. Siempre hay un "ahora nos

renovamos", y la relación con los otros se purifica y profundiza. He de confesaros que en 3 años y medio que llevo aquí nadie se ha hecho cristiano en relación a mi presencia, ni veo que la asistencia a Misa los domingos haya aumentado desde entonces. Eso es bueno, porque desafía mis pretensiones iniciales o lo que uno imagina que es la vida de misionero, y lo que realmente marca la vida son los tiempos de Dios y el profundo respeto al camino de cada uno. Yo estoy aquí para cuidar de un pueblo, acompañarlo, y los resultados no dependen de mí. Podemos animar, invitar, exhortar, y hasta ser vehementes, todo por amor, pero nunca debemos soltar la esperanza en el Dios que cumple la promesa de felicidad, y nuestra vida con los otros ha de reflejar su amor incondicional. Aunque yo quisiera que mi pueblo cristiano diera más muestras de religiosidad, de recepción y frecuencia de sacramentos, de discurso y testimonio audaz, el mismo Cristo nos enseña que no todo se cifra en manifestaciones externas, lo importante es la certeza interior, la conciencia de por qué hacemos las cosas, y dónde está realmente nuestro tesoro y nuestro corazón. Si yo estoy lleno de Dios, si estoy cierto de su Presencia y de que Él actúa, eso llegará a mi pueblo, aun sin palabras. Como decía san Francisco de Asís a sus hermanos: "id a los pueblos a predicar y, si fuere necesario, usad las palabras". No hay mayor testimonio que la vida, los discursos no son tan necesarios.

San Francisco de Asís, con sus palabras: "id a los pueblos a predicar y, si fuere necesario, usad las palabras", quería transmitir una enseñanza profunda sobre el testimonio cristiano y la evangelización. Su mensaje es claro: la fe se predica, en primer lugar, a través de las acciones, y no necesariamente a través de palabras o discursos elocuentes. Para Francisco, el ejemplo personal de vida era el mayor testimonio de la fe en Cristo.

Este enfoque subraya que el amor, la compasión, la humildad y el servicio hacia los demás son las formas más poderosas de predicar el Evangelio. La vida misma del creyente, si está impregnada de estas virtudes, es un reflejo de la enseñanza de Cristo. San Francisco entendía que las palabras, aunque útiles, pueden no ser suficientes o incluso innecesarias si las acciones ya demuestran los valores del Evangelio.

La frase también apunta a la importancia de vivir la fe con autenticidad, de manera que quienes te rodean puedan ver el mensaje de Cristo en cómo vives, sin necesidad de largos sermones o discursos. Es un llamado a que la fe sea algo práctico, tangible, y que toque a los demás a través del amor demostrado en el día a día.

Hay un par de historias más que querría contaros, pero se haría demasiado largo este mensaje. Lo dejo aquí de momento, y os comparto el enlace de una página web sobre mi misión en Etiopía. La ha hecho mi hermana María, que vive en California con su

marido y sus dos hijos, y que en los últimos meses ha sentido un interés muy grande por esta misión y un deseo de darla a conocer. Está en inglés, o sea que os puede servir para el aula a los que sois profes o para dar a conocer mi misión con personas de otros países.

Gracias por todo, os llevo en el corazón. Gracias al P. Borja que siempre pide por mí en las Misas. Un abrazo grande, y ánimo con todo.

Paul Schneider

<https://pequita3.wixsite.com/ethiopiamission>

16 de Abril de 2021: El Agua de la Esperanza

Lagarba, 16 abril de 2021

Queridos amigos:

Espero que estéis bien, y que Dios os dé paciencia y fe en estos tiempos de pandemia.

¿Recordáis que en un mensaje de marzo del año pasado os dije que haríamos un pozo en la zona de Rabsu-Bilalu? Pues bien, ya vienen dentro de 15 días con toda la maquinaria para empezar la perforación, y en 3 días estará terminado. Os pido vuestra colaboración para el pago de esta obra, que ejecutará la ONG española Pozos Sin Fronteras. Nos va a costar 18.000 euros. Cuento con vuestra ayuda, nunca me ha faltado vuestra generosidad. Os diré por qué es necesario este pozo: en Rabsu, que está a 2 horas de camino de mi misión, centenares de familias sufren escasez de agua potable desde hace décadas. Hay arroyos contaminados por heces y orina del ganado, y por otros vertidos. El problema de la insalubridad del agua es tremendo. En los últimos años muchas personas han enfermado a causa del agua, incluso ha habido algún muerto por beber agua contaminada. Un pozo de agua potable como éste es una necesidad mayor. El único manantial accesible en la zona (a 3 km del núcleo de la población)

está siempre masificado, con una fila de personas y garrafones, día y noche, para abastecer y llevar a las viviendas en burro. Hace unos diez años se construyó un aljibe de poca calidad y poca capacidad, que acabó por deteriorarse y quedar inservible. Aun siendo una necesidad imperiosa el hacer este pozo, el gobierno local no tiene en perspectiva construirlo, tienen otras prioridades, como la mejora de la carretera de acceso o la construcción de un centro de salud.

Desde una perspectiva técnica e hidrográfica, la construcción de un pozo en poblaciones rurales de Etiopía, como Rabsu-Bilalu, es una solución esencial para resolver problemas de acceso a agua potable. Muchas de estas zonas pobres dependen de fuentes de agua no tratada como arroyos, ríos o manantiales superficiales, que están expuestos a contaminantes como desechos humanos y animales. La situación se agrava en regiones donde la infraestructura es limitada o inexistente, lo que contribuye a la propagación de enfermedades transmitidas por el agua.

El acceso limitado al agua potable en Etiopía se debe a la combinación de varios factores:

Infraestructura inadecuada: La falta de pozos profundos y sistemas de almacenamiento adecuados, como aljibes de calidad, afecta gravemente a estas poblaciones. Un pozo bien diseñado y perforado a la profundidad adecuada puede garantizar agua limpia, lejos de las capas superficiales contaminadas por excrementos o residuos de la agricultura.

En muchas zonas rurales de Etiopía, los arroyos y manantiales que se utilizan como fuentes de agua están altamente contaminados por residuos animales y humanos. Los sistemas de saneamiento inadecuados permiten que estos contaminantes lleguen fácilmente a las fuentes de agua superficiales, provocando enfermedades como diarrea, fiebre tifoidea, y otras infecciones gastrointestinales. En estas áreas, la perforación de pozos profundos es una solución técnica clave, ya que permite acceder a acuíferos más profundos y protegidos de la contaminación superficial.

La geografía y geología de Etiopía varían, pero muchos de los acuíferos subterráneos pueden encontrarse entre los 30 y 100 metros de profundidad, dependiendo de la ubicación. Estos acuíferos ofrecen agua de mejor calidad y menos susceptible a la contaminación. Sin embargo, la perforación y extracción del agua requieren equipos especializados y mantenimiento continuo.

Los pozos profundos, en particular, son esenciales para zonas rurales como Rabsu-Bilalu debido a varias razones:

Al acceder a acuíferos más profundos, el agua está mejor protegida de los contaminantes de superficie, lo que reduce drásticamente las enfermedades vinculadas al agua.

A diferencia de los arroyos o manantiales, los pozos profundos proporcionan un suministro más constante de agua, incluso durante la temporada seca, cuando muchas de las fuentes superficiales se secan.

En áreas donde hay un solo manantial accesible, como en Rabsu-Bilalu, un pozo reduce la necesidad de desplazarse largas distancias y ayuda a evitar la congestión en los puntos de agua, lo que alivia a la población de largas esperas y trayectos.

En general, la construcción de pozos profundos es una de las intervenciones más efectivas para asegurar el acceso a agua potable en zonas rurales de Etiopía, donde la infraestructura hídrica es extremadamente limitada. La falta de saneamiento adecuado y el uso de fuentes superficiales contaminadas son problemas recurrentes en muchas comunidades rurales. Un pozo profundo, bien gestionado y mantenido, no solo mejora la salud de la población al reducir las enfermedades relacionadas con el agua, sino que también proporciona estabilidad y seguridad hídrica, fundamentales para la sostenibilidad a largo plazo de estas comunidades.

Finalmente, es crucial acompañar estas infraestructuras con programas de educación para enseñar a la comunidad sobre la importancia de la gestión del agua, la higiene y el mantenimiento adecuado de los pozos. Sin un enfoque integral, el acceso al agua potable sigue siendo un desafío monumental en Etiopía y en muchas partes del mundo rural.

Para que vuestra colaboración vaya dirigida a este fin específico, por favor dirigíos a mi amigo Rafa Burgos, de Villanueva de la Cañada, su correo electrónico es rafaelburgosriestra@gmail.com, porque él está en estrecho contacto con Pozos Sin Fronteras, y transferirá el dinero a la cuenta que la ONG tiene en España.

Aprovecho para contaros más cosas de mi vida aquí. En estos meses de la estación seca estoy repartiendo mucho dinero a las familias en jornales, préstamos y donaciones. La langosta arrasó con casi todo, y es urgente paliar la carestía. Los jornales los pago al doble de lo acostumbrado en esta zona rural. Es mi forma de honrar su esfuerzo, el sudor de su frente. Y de equilibrar, aunque sea un poco, la gran desigualdad económica que hay entre el campo y la ciudad. En la ciudad hay más oportunidades, aquí tienen que ahorrar y ser frugales para poder vivir.

La desigualdad económica entre la población rural y urbana en Etiopía es muy marcada. En las zonas rurales, donde vive la mayor parte de la población, los ingresos son mucho más bajos que en las ciudades. La mayoría de las personas que viven en el campo dependen de la agricultura para sobrevivir, y su ingreso promedio anual apenas llega a unos 600 dólares, mientras que en las zonas urbanas, como Addis Abeba, las personas pueden ganar más de 2.000 dólares al año. Este desequilibrio se refleja también en las tasas de pobreza, que son mucho más altas en las áreas rurales, afectando a alrededor del 26% de la población, frente al 15% en las ciudades. Además, en las zonas rurales es más común el subempleo, lo que significa que la gente tiene trabajo, pero no suficiente para vivir adecuadamente. Las oportunidades laborales formales son limitadas, y muchas personas dependen de empleos informales que no les brindan seguridad ni estabilidad. Aparte de los ingresos, el acceso a servicios básicos como electricidad, agua

potable y educación es mucho más limitado en el campo. Solo una pequeña parte de los hogares rurales tiene acceso a electricidad, mientras que en las ciudades casi todos los hogares están conectados a la red eléctrica. También es mucho más difícil para las familias rurales acceder al agua potable, lo que afecta directamente la salud y bienestar de las comunidades. En cuanto a la educación, en las ciudades la mayoría de los niños asisten a la escuela, pero en el campo menos de la mitad lo hace, y las niñas enfrentan aún más dificultades debido a razones culturales y económicas. Estas diferencias reflejan una clara brecha en el desarrollo entre las zonas urbanas y rurales del país, donde la mayoría de los recursos y las oportunidades económicas se concentran en las ciudades, mientras que el campo sigue enfrentando grandes desafíos para mejorar la calidad de vida de sus habitantes.

La verdad, mi gente tiene una capacidad de disciplina y organización en el trabajo mucho mayor de lo que yo pensaba. Para todos los trabajos, Shawle Jegol -el administrador, mi compañero leal- es su capataz, y hay días que tenemos cincuenta hombres trabajando desde las 8 de la mañana hasta las 5 de la tarde, con pequeños descansos, y una hora y media de descanso al mediodía para el almuerzo. Llegan antes de las 8, mascan un poco de chat, y agarran hoces, hachas, picos y palas, y se ponen a desbrozar maleza, arrancar troncos secos, cavar, allanar terrenos, cortar madera y hacer las casas nuevas. Los veo contentos, eficaces, con la mente centrada en el trabajo. A familias más pobres que ni

siquiera pueden comprarse la madera, les estamos añadiendo todo lo necesario, para que puedan tener la casa terminada antes de la estación lluviosa, que empieza a mediados de junio. Trabajamos a un ritmo fuerte, a una casa por semana. En marzo, por ejemplo, les hemos hecho las casas a las familias a Tense, Kasahun, Sisay y Kokobe. Kokobe es una mujer viuda con cuatro hijos pequeños que volvió hace un par de meses de Wolega, otra zona al oeste del país. Se le murió el marido hace un año y de allí, donde han vivido unos varios años buscando oportunidades y trabajo, vuelven ahora con las manos vacías. La casa que les acabamos de hacer es sólo el principio, queremos acogerles y ayudarles, porque son una familia pobre y vulnerable.

La tradición de mascar chat en Etiopía es una práctica muy arraigada en la cultura y sociedad del país. El chat, también conocido como khat o qat, es una planta cuyas hojas contienen sustancias estimulantes que, al ser masticadas, producen efectos ligeramente euforizantes y estimulantes. Esta planta se consume principalmente en Etiopía, Somalia, Yemen y otros países del Cuerno de África y la Península Arábiga.

En Etiopía, el chat se masca en reuniones sociales y tiene una gran importancia cultural. Es común ver a grupos de personas, especialmente hombres, reunirse para mascar chat en las tardes. La planta es valorada no solo por sus efectos estimulantes, sino también como un vehículo para

la interacción social. Mientras las personas mastican, suelen mantener largas conversaciones, discuten temas importantes o simplemente disfrutan de la compañía. La sesión de masticación de chat puede durar varias horas, ya que las hojas se consumen lentamente, acumulándolas en las mejillas.

El efecto del chat es comparable al de una leve estimulación, similar a la cafeína, y puede generar una sensación de alerta y bienestar. Muchas personas lo utilizan para mantenerse despiertos o concentrados durante largas jornadas. Sin embargo, también puede generar efectos adversos si se consume en exceso, como insomnio, irritabilidad o falta de apetito.

El cultivo y consumo de chat son económicamente importantes en Etiopía, especialmente en la región de Harar, donde se produce una gran cantidad de esta planta. El chat es una fuente significativa de ingresos para muchas familias, ya que también se exporta a otros países de la región. Sin embargo, su uso no está exento de controversia, ya que algunos critican el tiempo y los recursos que se dedican a esta actividad, que a veces afecta la productividad, además de los posibles efectos adversos para la salud.

Wollega, también conocida como Wellega, es una región ubicada en el oeste de Etiopía, dentro de la extensa zona de Oromía. Está compuesta por varias zonas administrativas, incluyendo Este Wollega, Oeste Wollega y Horo Gudru Wollega, y su ciudad más importante es Nekemte, que actúa como el principal centro administrativo y comercial de la región. La geografía de Wollega está marcada por montañas y suelos

fértiles, lo que hace que la agricultura sea el pilar fundamental de la economía local. La región cuenta con un clima moderado debido a su altitud, que oscila entre los 1.500 y 2.500 metros sobre el nivel del mar, lo que favorece la vegetación variada y las tierras de cultivo.

La agricultura es la principal fuente de sustento para la población, que cultiva productos como maíz, sorgo, café y chat, una planta estimulante masticada comúnmente en Etiopía. Las familias en las zonas rurales dependen principalmente de la agricultura de subsistencia, pero los productos como el café y el chat también se venden en mercados locales y nacionales, siendo el comercio del café una de las actividades económicas más destacadas. Además, la ganadería es otra fuente clave de ingresos, con la cría de ganado bovino, ovino y caprino siendo común en la región.

La población de Wollega está compuesta mayoritariamente por la etnia oromo, el grupo étnico más grande de Etiopía. El idioma principal es el afaan oromo, aunque el amárico también se habla en algunas áreas. En términos religiosos, la región es diversa, con un predominio del cristianismo protestante y también del islam, lo que refleja la mezcla cultural de la zona. A pesar de su riqueza agrícola, Wollega enfrenta varios desafíos relacionados con la infraestructura y el acceso a servicios básicos. Las carreteras son limitadas y en muchos casos están en mal estado, lo que dificulta el transporte de productos agrícolas hacia los mercados. Además, las zonas rurales carecen de un acceso adecuado a servicios de salud y educación, lo que contribuye a los altos niveles de pobreza.

En los últimos años, Wollega ha sido escenario de tensiones políticas y étnicas, particularmente en relación con el gobierno central y el movimiento oromo, lo que ha generado cierta inestabilidad en la región. Aunque Wollega es una región rica en recursos naturales y tiene un papel importante en la economía agrícola de Etiopía, estos problemas estructurales y políticos siguen afectando su desarrollo y la calidad de vida de sus habitantes.

Si alguna vez venís aquí, os daréis cuenta de que quienes te "roban" el corazón son los niños. Las familias son pobres, y los niños juegan, te miran con mucha atención y sonríen y, de algún modo, te hacen darte cuenta de que tu vida es para entregarla. Vienes de un mundo donde no te ha faltado de nada, y sientes el contraste con la pobreza de este lugar, la sencillez de los niños y el esfuerzo del ser humano por sobrevivir en condiciones adversas. De verdad, amigos, me siento un privilegiado por estar aquí. La vida es para servir y ayudar a los demás.

Os comparto algo que cada vez tiene mayor lugar en mi corazón, y creo que Dios me pide ponerme manos a la obra al respecto. En las últimas décadas en toda esta comarca la deforestación ha sido constante, y eso ha ido empobreciendo la zona, tanto ambiental

como económicamente. La tierra retiene menos la humedad, algunos manantiales y arroyos se han secado, y por falta de bosque, sombra y raíces, la tierra pierde nutrientes. Además, al no haber árboles y matas, incluso la lluvia y el viento contribuyen a la erosión del terreno. Muchas hectáreas que antes eran bosque, ahora son cultivos, y muchos cultivos que había en pendiente, ahora son pedregales o tierra compacta pedregosa, estéril. Antes había más fauna, más abejas, más pastos. Hay que buscar un equilibrio entre satisfacer las necesidades actuales y evitar que la tierra se desgaste. Pienso en la vida de estas gentes en las próximas décadas, y que la tierra pueda seguir siendo su medio de vida. Entonces, a partir de julio, si Dios quiere, nuestro trabajo será plantar centenares de árboles en los terrenos de la misión, en las lindes, en zonas en cuesta, y en terrenos que se han vuelto improductivos, y también fuera de la misión, en colaboración con los vecinos. Están ya medio convencidos, pero hace falta dar ejemplo, incentivar, educar, persistir. Para hacer las casas hemos cortado mucha madera, y ya toda la gente de esta zona tiene su casa construida, así que lo que falta ahora es recuperar el bosque.

La deforestación en las zonas rurales de Etiopía ha sido un problema grave y creciente durante las últimas décadas. Según informes del Banco Mundial y otras organizaciones ambientales, Etiopía ha perdido aproximadamente el 40% de su cobertura forestal en el último siglo, lo

que ha impactado directamente en la vida de las comunidades rurales. En el año 2000, Etiopía tenía aproximadamente 14.7 millones de hectáreas de bosques, pero para 2020, esta cifra se había reducido a 12.5 millones de hectáreas, lo que significa una pérdida de más de 2 millones de hectáreas en solo dos décadas.

En las áreas rurales, como Lagarba, esta pérdida de bosque ha llevado a la desertificación de tierras agrícolas y a la disminución de fuentes de agua, debido a que los árboles ya no cumplen su función de retener humedad en el suelo. Además, la erosión se ha acelerado, transformando terrenos fértiles en áreas pedregosas y áridas. Se estima que más del 90% de la población rural de Etiopía depende de la madera como fuente de energía, lo que agrava el problema, ya que la tala de árboles para leña sigue siendo una práctica común.

Un plan para revertir esta tendencia debería comenzar con la reforestación en las áreas más afectadas, donde la tierra ya ha comenzado a deteriorarse. Esto requeriría la plantación de miles de árboles en zonas clave, como laderas erosionadas y áreas cercanas a manantiales. Además, se debe garantizar la sostenibilidad de estas plantaciones con la participación activa de la comunidad, protegiendo los árboles jóvenes y promoviendo prácticas agrícolas que no contribuyan a la deforestación.

En fin, así es mi vida aquí. Estoy muy agradecido a mi diócesis de Getafe, que tanto me apoya, a mi obispo Don Ginés, y a los cientos

de amigos y colaboradores que nos ayudáis con vuestras donaciones y oraciones.

Monseñor Ginés García Beltrán, actual obispo de la diócesis de Getafe, nació en Lorca, Murcia, el 3 de octubre de 1961, y se crio en Huércal-Overa, Almería. Estudió en el Seminario Mayor de Almería y se graduó en Teología en 1984 por la Facultad de Teología de Granada. Posteriormente, se licenció en Derecho Canónico por la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma en 1986. Fue ordenado sacerdote el 20 de septiembre de 1985.

A lo largo de su carrera sacerdotal, ha desempeñado varios roles en la diócesis de Almería, incluyendo cargos como vicario general y moderador de la curia, párroco y profesor de derecho canónico y teología. También trabajó como promotor de justicia y defensor del vínculo en procesos eclesiales.

En 2009, el Papa Benedicto XVI lo nombró obispo de Guadix, y en 2018 fue designado obispo de Getafe por el Papa Francisco. En la Conferencia Episcopal Española ha ocupado varios cargos importantes, como presidente de la Comisión Episcopal de Medios de Comunicación Social.

Además de su labor pastoral, ha sido consiliario nacional de la Asociación Católica de Propagandistas y presidente de la Fundación Pablo VI desde 2015

Os mando un fuerte abrazo. Dios os bendiga, amigos.

P. Paul Schneider

4 de Agosto de 2021: Preparando el Camino: Agua, Caridad y Nuevas Rutas

Lagarba, Etiopía

Queridos amigos:

Lo primero que quiero deciros, con gran alegría, es que pronto iré a España, estaré en Madrid del 5 al 23 de septiembre, si la prueba de Covid me da negativo y me dejan entrar. Espero veros, os echo de menos y ya son más de dos años que no voy, y se me había hecho pesada esta espera desde mayo del año pasado.

Os pongo al día: el dinero para el Pozo de Rabsu se consiguió, y con creces. Os pedí 18.000, pero vuestras donaciones (y sólo contando las de la cuenta del Pozo, la que gestiona Rafa Burgos desde Madrid) han superado los 21.000 euros. Muchas, muchísimas gracias por vuestra generosidad que, una vez más, me sorprende. Cada vez tengo menos palabras para expresar la gratitud que siento hacia vosotros. Lo único que queda es la ejecución que, aunque os presenté como inminente en el último mensaje -es lo que me habían asegurado a mí-, al final no pudo ser en esas semanas, porque en la zona donde Pozos sin Fronteras está terminando otro pozo (y el siguiente ya es el nuestro) hay revuelta civil y por eso no pueden avanzar. Además tuvieron problemas con la maquinaria.

Esto pasa mucho en los países en desarrollo: hay imprevistos y, aunque parece que algo está para empezar, de repente se vuelve a retrasar. Aparte de la situación de guerra que hay en partes del país, aquí toda la maquinaria pesada es importada, y las piezas de recambio también, y una pieza que se estropea te retrasa el trabajo varias semanas o meses. Pero estoy detrás de ello (llevo dos años detrás de este pozo), y ya queda menos, y la financiación, que era un reto grande, ya lo cubristeis. Muchísimas gracias a vosotros, y tesón y paciencia para mí, hasta que se finalice este proyecto. En cuanto esté hecho, os enviaré fotos y veréis qué alegría.

A lo mejor os preguntáis alguna vez dónde repongo fuerzas y ánimos, y dónde encuentro descanso espiritual, aparte de la misión en Lagarba. Pues es, sobre todo, cuando visito a las Misioneras de la Caridad, que son las hijas espirituales de la M. Teresa de Calcuta, todas ellas con su hábito característico, el "sari" indio blanco con tres rayas azules. En Etiopía las Sisters tienen unas dieciséis casas, de las cuales ya conozco siete, y sus casas están llenas de huérfanos, madres solteras con bebés, gente abandonada, enfermos con SIDA, ancianos, moribundos y enfermos de todo tipo, todos pobres. Hay esquizofrénicos, demenciados, autistas, y todos están atendidos y con la medicación pertinente. Como son tantos, ni los hospitales e instituciones públicas ni las ONGs tienen capacidad para acogerlos, alimentarlos, darles tratamiento,

seguimiento médico, camas, mantas, duchas, afecto, un hogar. Pero ellas sí. Ellas tienen donantes generosos en otros países de Europa y América, y con ello hasta consiguen medicinas caras y tratamientos de primera calidad para muchos enfermos, y sus casas pasan todos los controles rigurosos del gobierno. Enseñan a las madres a ser madres, reciben a todo el mundo, no juzgan a nadie. Sus casas son sencillas y muy limpias, sus capillas son austeras e invitan a la oración, y al lado del crucifijo siempre está la frase "I thirst", "Tengo sed", las palabras de Cristo en la cruz, que es el grito de los pobres. En estos 4 años que llevo ya en Etiopía, las MC están siendo mis hermanas, mis madres, mis hijas. Típicamente voy una vez al mes, unos cuatro días, a una de sus casas, en Adís Abeba o en Dire Dawa. Hago voluntariado, doy alguna charla a los trabajadores y sanitarios de sus pabellones, juego con los niños o simplemente tengo conversaciones amigables con los internos o con las "Sisters". Ahora entiendo mejor a amigos míos como Eduardo Vilela, o el P. Eduardo Armada, que tienen en tanta estima a estas monjas, porque de verdad son increíbles y están siendo un apoyo real para mí en esta etapa de mi vida. Las confieso, les doy alguna charla espiritual para animarlas en su entrega por los más pobres de esta sociedad, y son mis amigas. Pocos momentos del mes son tan reconfortantes como cuando rezo con ellas delante del

Santísimo, o cuando rezamos Laudes a las 5 de la mañana y les celebro la Misa a continuación.

Las Misioneras de la Caridad desarrollan su actividad en varias regiones de Etiopía, principalmente en Adís Abeba, Dire Dawa, y otras localidades rurales, donde han establecido varios centros de acogida y asistencia. En Adís Abeba, gestionan centros como el Centro Nigat, que acoge a mujeres desplazadas y sus hijos, brindándoles asistencia médica, alimentos y refugio temporal. Además, llevan a cabo proyectos de formación profesional para ayudar a personas vulnerables a insertarse en el mercado laboral. Estas religiosas, conocidas por su servicio incondicional a los más necesitados, se ocupan de enfermos, discapacitados y desplazados. Su labor abarca no solo la atención física, sino también el apoyo espiritual, promoviendo la dignidad humana. En cuanto al número de integrantes, se estima que en Etiopía cuentan con varias decenas de religiosas, organizadas en diferentes centros que colaboran con otras congregaciones para maximizar su impacto social.

Las Misioneras de la Caridad en Etiopía colaboran con diversas congregaciones religiosas y organizaciones no gubernamentales (ONGs) para ampliar su impacto. Trabajan junto a los Salesianos de Don Bosco, las Ursulinas, y el Servicio Jesuita a Refugiados (JRS), brindando asistencia a migrantes, refugiados, y desplazados internos. También colaboran con el Global Solidarity Fund (GSF), un consorcio que coordina la ayuda entre congregaciones y empresas privadas,

enfocándose en la formación profesional y el apoyo a las personas vulnerables. Esta red les permite ayudar a miles de personas en el país.

Con ellas disfruto, y puedo hablar en inglés (el idioma oficial de su congregación, tal como quiso la M. Teresa), y además ellas valoran mucho a los sacerdotes y comprenden nuestra vocación, como yo comprendo la suya. La mayoría son indias y africanas, y también hay algunas europeas. Algunas eran doctoras antes de entrar en la orden, como Sister Inma, española, y a éstas les dan responsabilidad para el seguimiento de los enfermos y para coordinar al personal sanitario de sus centros. Todas están dispuestas para las tareas más humildes. Al verlas, te das cuenta de que para cumplir tu vocación, no debes huir de lo desagradable, sino también eso hacerlo con alegría, como lo hacen ellas, con amor de madre. Cuando yo estoy cansado, me recuerdan que el secreto está en la entrega.

Finalmente, os pido oraciones, para lo que os cuento a continuación. Mi gran proyecto para los próximos años va a ser la carretera, el camino de tierra que haga nuestra misión de Lagarba, y la escuela pública de Oda Jaro, accesibles por carretera en todoterreno desde Kirara, y permita la entrada y salida de camiones. Serán 8 kilómetros de carretera nueva a construir, con mucho desnivel y un río que vadear, el río Lagarba. La ingeniero y los topógrafos que hice venir hace un par de semanas para inspeccionar el terreno y diseñar el proyecto me hicieron saber que,

aunque la orografía de nuestra zona es muy abrupta y ofrece dificultades no pequeñas, el proyecto es realizable. E iremos por fases: primero, el alisado del terreno. Segundo, el volcado de materiales de relleno, arcilla y grava, y la compactación. Tercero, el puente de vado para el río. Llevo varios meses reuniéndome con las autoridades y la población, y ya tenemos los permisos y apoyo del Kebele -unas 1.600 familias- para que la gente colabore con mano de obra y faciliten las obras. Todos están de acuerdo y deseosos de que esta carretera se haga, por el avance que supondrá para la zona: para la economía local, para la sanidad, es decir, para el acceso a la clínica de Kirara u otros hospitales grandes cuando hay emergencias o por otros motivos de salud, para la escolarización de los niños, y para todos los desplazamientos. Cuando -como hasta ahora- todo son senderos estrechos para ir a pie (y estos senderos siempre están embarrados por las lluvias de junio a septiembre), la vida en general es muy dura. Por ejemplo, transportar los sacos de grano hasta el molino de Kirara en burros y traer la harina de vuelta es una paliza de esfuerzo, porque no hay carretera, y esto lo tienen que hacer todas las familias una o dos veces al mes, además del día semanal de mercado, los jueves, y todas las mujeres se tienen que desplazar hasta allí. Así con infinidad de necesidades. Tras haber resuelto el problema de la vivienda para muchas familias, he llegado a la conclusión de que

la carretera es la clave indispensable para el progreso social de esta zona, para la comunicación, y para llevar a cabo cualquier proyecto ulterior, y por eso en lo sucesivo emplearé casi todos mis recursos en esta obra, que espero poder empezar hacia noviembre de este año, ya en la estación seca. El gasto va a ser enorme, por el alquiler de camiones y maquinaria pesada (excavadora, topadora, apisonadora), y el diésel que consuman. Dios ha puesto este gran deseo en mi corazón, ser el promotor de esta obra pública, esta carretera. Jamás en mi vida imaginé que haría estas cosas, pero aquí me veo, aprendiendo cosas nuevas, lanzado y seguro de ello. Me sirve de inspiración la vida de santo Domingo de la Calzada, monje y sacerdote riojano, hijo de labradores, que en el s. XI se puso a construir puentes y caminos para que la gente pudiera peregrinar hasta Santiago de Compostela. ¡Además es patrono de los ingenieros de caminos! Desde luego, la vocación y la misión son un regalo del cielo, que te hacen descubrir mundos nuevos.

Santo Domingo de la Calzada, nacido en 1019 en La Rioja, fue un monje y sacerdote español, hijo de una humilde familia de labradores. A lo largo de su vida, se dedicó a facilitar el peregrinaje hacia Santiago de Compostela construyendo caminos, puentes y hospitales para los peregrinos. Uno de sus logros más notables fue la construcción de un puente sobre el río Oja, que permitió el paso seguro hacia Compostela. Su devoción y entrega a los peregrinos le valieron la fama de santo y

patrón de los caminos de Santiago. Falleció en 1109 y su legado perdura en la ciudad que lleva su nombre, Santo Domingo de la Calzada.

En fin, rezad por mí y, si Dios quiere, nos vemos pronto. Un abrazo,

P. Paul

16 de Noviembre de 2021: La Esperanza en Tierra Fértil: Paz, Unión y Caminos por Construir

Lagarba,

Queridos amigos:

Estad tranquilos por mí, la guerra del norte de Etiopía no llega a nuestra zona. Aunque las noticias internacionales lo pintan muy mal, como si el país se estuviera desmoronando, hasta ahora en la capital hay paz, y el resto del país sigue funcionando, la industria, los transportes, el comercio. El futuro sólo lo sabe Dios, y hay que orar siempre, y renovar continuamente en nuestros corazones el deseo de la paz. "Bienaventurados los pacíficos, porque ellos heredarán la tierra" (Mt 5, 4). El sufrimiento de los heridos y desplazados por esta guerra es atroz, y no se sabe el número de muertos. Aquí el Coronavirus es casi agua pasada, lo peligroso son los conflictos étnicos y la corrupción, las desigualdades y la sospecha mutua. Etiopía es un país hermoso y con mucha variedad de climas y gentes, con sus "13 meses de sol", sus 85 lenguas y sus 115 millones de habitantes, con un cristianismo e islam milenarios, además de la pervivencia de las religiones tradicionales.

La guerra resultó en graves violaciones de derechos humanos, desplazamiento de millones de personas, y una crisis humanitaria

severa. La violencia incluyó masacres, violaciones y saqueos, no solo en Tigray, sino también en las regiones de Amhara y Afar, donde el conflicto se expandió.

En cuanto a las consecuencias económicas y sociales, la guerra afectó gravemente la infraestructura, dejó a millones en riesgo de hambruna y provocó una crisis de refugiados, especialmente hacia Sudán. También afectó la estabilidad del Cuerno de África, generando tensiones internacionales, especialmente entre Etiopía y sus vecinos.

El conflicto terminó formalmente en noviembre de 2022, tras un acuerdo de paz mediado por la Unión Africana. Ambas partes acordaron cesar las hostilidades, desmovilizar fuerzas, y permitir la entrega de ayuda humanitaria en las áreas afectadas

Etiopía es conocida por su diversidad climática, determinada en gran parte por su altitud. En las tierras altas, como en Addis Abeba, el clima es templado, con temperaturas que oscilan entre los 10°C y 25°C. En las zonas bajas, como en la región del desierto de Danakil, las temperaturas pueden superar los 40°C.

Etiopía también es famosa por su concepto de "trece meses de sol". El calendario etíope tiene 12 meses de 30 días y un 13º mes, Pagumê, de 5 o 6 días, lo que contribuye a su referencia cultural como un país donde siempre brilla el sol.

Me siento más afortunado que nunca, por el don del sacerdocio y de la misión, por estar en este país, y también por poder ayudar en

tiempos difíciles. Con el estímulo de vuestra amistad y oración aportáis mucho, y mi corazón rebosa agradecimiento. En mi visita a España en septiembre estuve la mitad del tiempo confinado, porque di positivo en Covid al llegar, y me quedé sin veros a la mayoría. Luego estuve algunos días en Getafe y en Villanueva de la Cañada, y pude escaparme un día con sacerdotes amigos para visitar a las madres de "Iesu Communio" en la Aguilera, Burgos. Siempre es bueno contar con la intercesión y consejo de personas consagradas. Os envían saludos nuestros cristianos de aquí, de Lagarba, conmovidos por vuestra amistad en la distancia, lo que les cuento de vosotros, y cada vez tienen un mayor espíritu de colaboración con todos los proyectos: el cultivo de las tierras de la misión, las casas, la repoblación de árboles, el pozo de Rabsu, el proyecto de la carretera.

Las Madres de Iesu Communio es una congregación religiosa femenina situada en el monasterio de La Aguilera, cerca de Burgos, España. Surgió en 2010, cuando un grupo de monjas clarisas decidieron formar una nueva comunidad, bajo la dirección de Sor Verónica Berzosa. Se caracterizan por su espíritu juvenil y evangelizador, atrayendo a muchas jóvenes a su vocación religiosa.

Su vida está marcada por la oración, el trabajo manual y la acogida de peregrinos y personas en busca de espiritualidad. Se dedican también a la evangelización a través de encuentros y retiros espirituales,

fomentando una vida de comunión con Cristo y con la Iglesia. La comunidad ha crecido rápidamente en número y cuenta con cientos de integrantes, siendo una referencia de renovación espiritual en España.

Os pido oraciones y apoyo en especial por esto último, la carretera. Toda la población está de acuerdo con el trayecto y desea ansiosamente esta carretera de grava, y han firmado, no solamente la expropiación gratuita de sus terrenos, sino que se comprometen a trabajar como voluntarios sin remuneración los días que haga falta, para facilitar los trabajos de la maquinaria. Lo precioso es ver a cristianos y musulmanes unidos en un proyecto social, en esta obra común. No siempre sucede la unidad, lo habitual es que surjan tensiones entre grupos de distinta etnia, cultura y religión. La unidad es un milagro, y soy feliz de poder ser parte de ello, de contribuir a la paz y a la alegría común.

Aunque me falta aún mucho dinero, vamos a empezar ya las obras, antes de que acabe este mes de noviembre, porque ya hemos entrado de lleno en la estación seca. Confío en que el Ayuntamiento de Villanueva de la Cañada y la Universidad Alfonso X el Sabio y otros donantes particulares que se comprometieron, puedan colaborar generosamente. Si conocéis otras instituciones que puedan colaborar, por favor no dejéis de contactar con Mayca Pajares, Dra. Ingeniero de Caminos, Perito técnico de varias Constructoras españolas y vecina de Villanueva

de la Cañada, amiga mía y madre de familia. Además de la cuenta habitual, también se me pueden hacer llegar donaciones de instituciones a través de la Fundación "In Mary's Hands", de mi amiga y también madre de familia, Sonia Ortega, que además es teóloga y misionera a tiempo parcial en Liberia. Dicha Fundación sirve a proyectos humanitarios y de desarrollo en África.

La Fundación In Mary's Hands es una organización católica que nació con la misión de llevar esperanza y ayuda humanitaria a los más necesitados, centrando gran parte de su actividad en Liberia, África. La fundación tiene sus raíces en una experiencia vivida por sus fundadores en 2009, cuando viajaron a Liberia por motivos laborales y fueron testigos de la profunda labor humanitaria de la Orden de San Juan de Dios, a través del sacerdote español Miguel Pajares. Este encuentro les inspiró a crear una organización que, más tarde, tomaría forma tras la crisis del ébola en 2013, donde decidieron seguir el legado del Padre Pajares, quien perdió la vida durante esa epidemia.

La fundación realiza numerosas actividades en Liberia, desde la compra de medicamentos para atender a los enfermos en las cárceles de Monrovia hasta la asistencia médica en poblados rurales. También colaboran con hospitales católicos y programas para el tratamiento de la tuberculosis. Además, se enfocan en el apoyo a comunidades vulnerables, ayudando a las Misioneras de la Caridad y la Comunidad Cenáculo. Los miembros de la fundación trabajan directamente en el

país, integrándose en las comunidades locales y distribuyendo recursos que consiguen recaudar en España.

En términos de resultados, su labor ha sido fundamental para mitigar los efectos devastadores de la pobreza y la enfermedad en Liberia. Además, promueven la evangelización a través de la enseñanza de la Sagrada Escritura, como una forma de alimentar tanto las necesidades espirituales como físicas de la población.

Mis constructores aquí, a los que he dado la obra son Ebisa Mekonen, ingeniero, y Abel Legese que, aunque se han educado y residen en Addis Abeba, son naturales de Lagarba, y van a supervisar de cerca toda la ejecución. Los he elegido después de meses de estar conociendo y consultando a varios constructores, y ellos son los más fiables. También cuento con el apoyo de HCS, "Harar Catholic Secretariat" nuestra agencia católica para proyectos de desarrollo, que pertenece al Vicariato de Harar. Como ya os dije, el trazado son 8 kilómetros de muchas cuestas, con partes de terrenos de tierra blanda, que necesitarán volcado de toneladas de materias duras, como piedra y grava, y otras partes más rocosas, donde los bulldozer y la excavadora con martillo hidráulico tendrán que romper la ladera y alisar, siguiendo el trayecto y haciendo un peralte adecuado. El gran desnivel a salvar, tanto de bajada desde Kirara hasta el río como de subida desde ahí a la misión, por ley no puede superar el 10% de inclinación, lo que

obliga a que haya que dar un poco de rodeo por un par de colinas. A continuación habrá que realizar obras de albañilería con hormigón armado, cunetas de cemento y drenajes en varios puntos para conducir los arroyos y torrentes, para que no se estropee la carretera en la estación lluviosa. A los que tengáis curiosidad, preguntadme y os puedo enviar las coordenadas GPS de los 4 puntos a conectar. Es interesante verlo con vista satélite en Google Maps.

Por todos los beneficios sociales y humanos que traerá esta carretera, estoy convencido de que Dios quiere, y mucho, este proyecto. Él ya se ha encargado de poner en mi corazón, desde hace 3 años, esta gran tarea de elevado coste. La salud, la seguridad de las personas, la educación, el acceso al comercio, el transporte..., son todas ellas cosas que a Dios le importan. "La gloria de Dios es que el hombre viva", dice san Ireneo de Lyon. Los misioneros de antaño siempre supieron que la fe va muy ligada a la humanización y a la civilización, y yo quiero seguir su estela. Elevar la calidad de vida de pueblos pobres es un privilegio, una gran alegría.

El Harar Catholic Secretariat (HCS) es una organización católica que forma parte del Vicariato Apostólico de Harar, en el este de Etiopía. Fue establecido en 1987 para responder a las necesidades sociales y de desarrollo de la región, que sufre de frecuentes crisis humanitarias y subdesarrollo. Inicialmente, su enfoque principal fue proporcionar

ayuda de emergencia ante las frecuentes hambrunas, epidemias y otras crisis locales. Desde su fundación, ha crecido para abarcar un enfoque más integral, abordando no solo las emergencias, sino también las necesidades de educación, salud, y desarrollo comunitario.

La misión del Harar Catholic Secretariat es fomentar el desarrollo espiritual y material de las comunidades a las que sirve. Además de su trabajo pastoral, HCS coordina proyectos de desarrollo económico, programas de capacitación, y servicios de salud y nutrición. Se concentra en mejorar la calidad de vida en las zonas rurales y urbanas de la región de Hararghe, así como en la ciudad de Dire Dawa, y partes de las regiones de Somali, Afar y Oromía. Estos proyectos se realizan en conjunto con otras organizaciones de desarrollo y organismos religiosos que comparten el compromiso de mejorar las condiciones de vida de las comunidades marginadas.

El HCS también gestiona centros educativos y seminarios, y promueve la formación de sacerdotes y catequistas para apoyar las actividades pastorales en toda la región. Trabaja activamente en la construcción de infraestructuras como escuelas, clínicas, pozos de agua y otros proyectos que son esenciales para el desarrollo económico y social de estas áreas vulnerables.

La historia del HCS es un reflejo del compromiso continuo de la Iglesia Católica en Etiopía de servir a las comunidades más necesitadas, adaptando sus actividades a las condiciones cambiantes del país.

San Ireneo de Lyon fue uno de los teólogos más influyentes del cristianismo primitivo, nacido alrededor del año 130 en Esmirna, Asia Menor (actual Turquía). Fue discípulo de San Policarpo, quien a su vez había sido discípulo del apóstol San Juan, lo que otorgó a Ireneo un vínculo cercano con los orígenes del cristianismo. Ireneo se trasladó a Lyon, en la Galia, y fue nombrado obispo en esa ciudad en el año 178. Vivió en una época en la que el cristianismo estaba en expansión, pero también enfrentaba múltiples amenazas internas, especialmente las herejías.

San Ireneo es conocido principalmente por su lucha contra el gnosticismo, una corriente filosófica que, en su vertiente cristiana, negaba la importancia de la creación material y veía el mundo físico como malo. La obra más importante de Ireneo es el tratado "Adversus Haereses" (Contra las herejías), en el que refuta las doctrinas gnósticas y defiende la ortodoxia cristiana. En sus escritos, enfatizó la unidad entre el Antiguo y el Nuevo Testamento y destacó la importancia de la encarnación de Cristo como el redentor que recapitulaba la historia humana, restaurando lo que Adán había perdido con el pecado original.

San Ireneo defendió la bondad intrínseca de la creación de Dios y el valor de la humanidad. Su concepto teológico de "recapitulación" sostiene que Cristo, al hacerse hombre, restauró el orden creado por Dios y rescató a la humanidad de la caída. Murió hacia el año 202 y fue reconocido como santo por su defensa incansable de la fe. En 2022, el Papa Francisco lo proclamó Doctor de la Iglesia, resaltando la

relevancia de sus aportes teológicos y su papel fundamental en la historia de la fe cristiana.

Os envío varias fotos, que incluyen: el coche que compré hace un mes para la misión (y el cardenal de Addis Abeba bendiciéndomelo), tareas de replantación de árboles, los topógrafos haciendo medición de los terrenos para la carretera con una "estación total". También os adelanto en PDF el artículo sobre mi misión que saldrá en la revista infantil "Gesto" de OMP (Obras Misionales Pontificias) en el número de diciembre.

El cardenal Berhaneyesus Demerew Souraphiel, arzobispo de Addis Abeba, nació el 14 de julio de 1948 en Cheleleqa, Etiopía. Fue ordenado sacerdote el 4 de julio de 1976, perteneciendo a la Congregación de la Misión (los Vicentinos). Fue nombrado obispo auxiliar de Addis Abeba en 1997, y en 1999, tras la muerte del cardenal Paulos Tzadua, asumió el puesto de arzobispo de Addis Abeba. En 2015, fue creado cardenal por el papa Francisco.

El cardenal Souraphiel ha sido una figura importante en la promoción de la paz y la reconciliación en Etiopía, particularmente después del conflicto con el régimen comunista que le encarceló brevemente en los años 70. También ha jugado un papel destacado en iniciativas sociales y educativas, como la fundación de la Universidad Católica Etíope de

Santo Tomás de Aquino en 2005, destinada a mejorar la formación académica en el país.

Además, ha presidido la Conferencia Episcopal de Etiopía y Eritrea y ha sido miembro activo de la Asociación de Conferencias Episcopales de África Oriental (AMECEA). En su labor pastoral, se ha centrado en la justicia social, la educación y la construcción de puentes entre diversas comunidades religiosas y étnicas en Etiopía.

La Congregación de la Misión, conocida como los Vicentinos, fue fundada por San Vicente de Paúl en 1625 en Francia. Su misión es la evangelización de los pobres y la formación del clero, siguiendo el ejemplo de San Vicente, quien dedicó su vida al servicio de los más necesitados. Los Vicentinos operan en todo el mundo, administrando parroquias, hospitales, y centros educativos, y llevando a cabo labores misioneras en áreas desfavorecidas.

La congregación se distingue por su compromiso con la caridad práctica y la enseñanza, trabajando en la mejora de las condiciones de vida de los marginados. En Etiopía, los Vicentinos han desempeñado un papel crucial en áreas de educación y atención a los más vulnerables.

Pedid por mí. Siempre me acuerdo de vosotros. Agradecido siempre a mi diócesis de Getafe. Un abrazo muy fuerte

P. Paul Schneider



<adjunto: 00000062-PHOTO-2021-11-16-12-48-23.jpg>

En la imagen se observa un vehículo Toyota Hilux D4D, de color blanco, con un toldo protector en la parte trasera, lo que parece indicar que ha sido adaptado para usos específicos en misiones rurales o para el transporte de suministros en la región. El vehículo tiene neumáticos de gran tamaño, preparados para soportar terrenos difíciles y no pavimentados, típicos de las zonas rurales en Etiopía, como Lagarba, donde el Padre Paul lleva a cabo su misión.

Este tipo de camioneta es ideal para el transporte de personas y materiales en áreas remotas debido a su robustez y fiabilidad en condiciones difíciles. La capacidad de carga de la camioneta permite

llevar equipos esenciales, alimentos y herramientas, lo que facilita las labores diarias de la misión.

El vehículo fue bendecido por el Arzobispo de Addis Abeba, lo que añade un componente espiritual a su adquisición, simbolizando que su uso está destinado al servicio de la comunidad y al apoyo logístico de la misión de Lagarba.



<adjunto: 00000063-PHOTO-2021-11-16-12-48-31.jpg>

En la imagen, el padre Paul aparece sonriendo con una expresión de satisfacción, junto a una serie de plantones listos para replantar. La cercanía de la cámara a las pequeñas plantas refleja el cuidado y la dedicación que se pone en este tipo de iniciativas. Los plantones,

organizados cuidadosamente, están preparados para ser trasplantados a nuevos terrenos, y parecen ser parte de un esfuerzo de reforestación o de agricultura sostenible.

El entorno sugiere un ambiente modesto y sencillo, posiblemente en la misión de Lagarba, donde el padre Paul lleva a cabo su labor. La dedicación y el esfuerzo por mejorar el entorno a través de la plantación de árboles es un reflejo de su compromiso con la comunidad y la naturaleza. La imagen transmite no solo la importancia del trabajo físico, sino también una conexión profunda con la tierra y un acto de esperanza en la regeneración del entorno. La sonrisa de Paul sugiere que este trabajo, aunque arduo, es gratificante y lleno de sentido.



<adjunto: 00000064-PHOTO-2021-11-16-12-48-52.jpg>

La imagen muestra al Padre Paul, trabajando junto a un colaborador local, plantando plántulas en lo que parece ser un esfuerzo por reforestar o revitalizar la tierra en la misión. Ambos están arrodillados sobre la tierra, con las manos ocupadas en el acto de plantar. El entorno está cubierto de vegetación, con plantas y árboles que rodean el área. El ambiente parece calmado y lleno de vida natural.

El Padre Paul, con una cruz alrededor del cuello, parece estar muy concentrado en la tarea, demostrando la dedicación no solo a su misión espiritual, sino también al cuidado de la tierra. A su lado, el colaborador local sigue el mismo proceso, ambos representando la unión de esfuerzos entre los misioneros y la comunidad local para lograr una transformación del entorno. La acción de plantar estos plantones refleja una profunda esperanza en el futuro, un pequeño pero significativo paso hacia la reforestación y el mantenimiento de la tierra que sustenta a la comunidad.

La plantación de árboles es un símbolo de vida y crecimiento, tanto para la tierra como para la comunidad de Lagarba, y esta imagen captura el esfuerzo de estos hombres por crear un impacto duradero en la región, no solo desde el punto de vista espiritual, sino también ambiental.

7 de febrero de 2022: Un Puente de Esperanza y Unidad

Misión de Lagarba, Etiopía

Queridos amigos:

Espero que estéis bien, os deseo lo mejor para esta vida, y los premios inmarcesibles para la futura.

Os anuncio que hemos finalizado el gran proyecto de la carretera de 8 kilómetros que conecta nuestra misión con Kirara y con la escuela de Odaa Jaro. Todavía nos parece un sueño. Todo nos ha salido rodado: los permisos, el estudio, el trazado, el contrato, el apoyo del pueblo, los operarios y los ingenieros, la ejecución, los plazos, la calidad final, y la inauguración, que fue ayer domingo. Nuestra alegría, mía y de toda la comunidad, es exultante. Me es difícil explicaros hasta qué punto ayer en la inauguración el pueblo y las autoridades me colmaron de honores y obsequios de gratitud, hasta me invistieron de dignidad con la túnica blanca de los ancianos Oromo, una distinción que rara vez conceden a un extranjero. Vinieron autoridades civiles de AsebeTeferi, Dire Dawa, Bedessa, y hasta la televisión local. Estaban todos los sacerdotes e imanes de la zona, y una multitud de hombres, mujeres y chiquillos. Ayer fue una gran fiesta, y la unidad y el gozo se

sentían en el aire. Se preparó comida para todos, y todos comieron y cantaron vítores.

las escuelas como Odaa Jaro suelen enfrentar desafíos como la escasez de recursos, infraestructuras deficientes y la falta de docentes capacitados. Estas escuelas son vitales para proporcionar educación básica a niños y niñas de comunidades rurales, lo que contribuye al desarrollo socioeconómico de estas regiones.

La educación en zonas rurales de Etiopía es clave para mejorar las oportunidades de vida y romper el ciclo de la pobreza. Muchas organizaciones no gubernamentales y autoridades locales están trabajando para mejorar las condiciones de estas instituciones educativas, brindando capacitación docente, suministros escolares y mejorando la infraestructura.

Ser investido con la túnica blanca de los ancianos Oromo es un honor profundamente simbólico y significativo en la cultura Oromo, una de las etnias más grandes de Etiopía. La vestimenta blanca, en particular, está asociada con la pureza, la sabiduría y la dignidad de los ancianos de la comunidad, quienes son los guardianes de la tradición y la autoridad en su estructura social.

Para un extranjero recibir esta distinción es algo excepcional, ya que la túnica blanca no se otorga fácilmente ni a personas ajenas a la comunidad. Esta investidura simboliza no solo el respeto hacia el individuo, sino también su aceptación en la comunidad a un nivel

profundo, como alguien que ha comprendido y respetado las costumbres, valores y modos de vida del pueblo Oromo. En esencia, es una forma de conferirle autoridad y confianza, algo que refleja un reconocimiento mutuo y respeto recíproco entre el homenajeador y la comunidad.

La cultura Oromo tiene profundas raíces en un sistema de gobernanza tradicional conocido como el gada, que incluye roles específicos para ancianos y sabios en la toma de decisiones colectivas. Los ancianos son figuras veneradas por su conocimiento y experiencia, y la túnica blanca simboliza su liderazgo y capacidad de guiar a la comunidad.

Cuando un extranjero es investido con esta túnica, no solo está recibiendo un homenaje personal, sino que también está siendo incluido simbólicamente en los procesos y dinámicas internas de la comunidad Oromo. Es una forma de reafirmar la confianza, la fraternidad y la aceptación, algo que refuerza los lazos interculturales y el entendimiento mutuo en un contexto en el que el respeto y la integración a las costumbres locales son fundamentales para lograr una convivencia armónica.

Esta distinción representa una profunda aceptación cultural, un reconocimiento a la empatía y el respeto hacia las tradiciones locales, y una apertura poco común hacia una persona externa a la comunidad.

No han faltado desafíos e imprevistos en esta obra, pero eso hace que el fruto del tesón sea más apreciado. El haber asumido grandes riesgos en la planificación y construcción de esta carretera es

ahora, para mí, motivo de mayor orgullo. Os aseguro que trabajar en África y, en mi caso, por el Reino de los Cielos, es una escuela de fatiga y superación, de sufrimiento y alegría intensas. Para vosotros, queridos amigos, no encuentro palabras que expresen adecuadamente el agradecimiento que sentimos. Por vuestra colaboración, por vuestra generosidad, vuestras donaciones. Los que viven ahora y lo han presenciado se deshacen en muestras de gratitud y asombro, y a las generaciones venideras les parecerá algo único e irrepetible. Hemos hecho historia.

Habréis oído el proverbio, "dale un pez a un hombre, y comerá hoy; dale una caña y enséñale a pescar, y comerá el resto de su vida". Pues bien, algo así hemos hecho: en esta ocasión no hemos dado remedio a necesidades puntuales. Lo que hemos hecho ha sido abrir una vía de comunicación terrestre para el transporte de personas y mercancías. Para que puedan venir profesores y misioneros, profesionales, colaboradores, jóvenes, sanitarios, invitados de todo tipo. Para que la policía pueda llegar enseguida cuando no se respeta el derecho, la propiedad, el honor de las personas. Para que pueda entrar la ambulancia a toda prisa cuando hay un accidente, una emergencia o una mujer va a dar a luz. Para el comercio, para que se puedan acometer en el futuro obras de saneamiento, pozos, tendido eléctrico. Para que mejore la escuela de primaria que hay en Odaa Jaro, tanto materialmente como en

personal docente. Para que se pueda construir una pequeña clínica rural, de atención primaria, en la misma Odaa Jaro (es una ambición secreta que estoy madurando).

El proverbio "Dale un pez a un hombre, y comerá hoy; dale una caña y enséñale a pescar, y comerá el resto de su vida" subraya la importancia de la enseñanza y la autosuficiencia en lugar de la dependencia.

Dicho proverbio tiene raíces que se remontan a diversas tradiciones filosóficas y culturales. Aunque a menudo se le atribuye un origen chino o está relacionado con el pensamiento oriental, no hay evidencia directa que lo vincule a un solo lugar o cultura.

Algunas fuentes sugieren que proviene de la sabiduría china antigua o confuciana, mientras que otras lo conectan con proverbios africanos que también valoran la enseñanza como forma de empoderamiento. Además, el concepto detrás de este proverbio también es reflejado en enseñanzas cristianas y filosóficas, en particular en textos que promueven la caridad y la justicia social.

En su sentido más básico, el dicho nos recuerda que brindar una solución temporal, como dar comida a una persona hambrienta, solo resuelve un problema a corto plazo. Por otro lado, proporcionar herramientas, habilidades o educación (representadas por la caña de pescar) da a la persona los medios para valerse por sí misma a largo plazo.

Este proverbio refleja una sabiduría profunda que trasciende culturas y épocas. Aplicado a diversos contextos, como el desarrollo comunitario, la educación, o la asistencia social, pone de manifiesto que la ayuda efectiva no solo debe aliviar necesidades inmediatas, sino también empoderar a las personas para que puedan construir un futuro sostenible y digno. El valor de enseñar habilidades para el auto sustento es esencial para romper el ciclo de la pobreza o la dependencia.

En términos filosóficos y éticos, el proverbio promueve la dignidad y el respeto al permitir que las personas mantengan el control de sus vidas. Cuando las personas aprenden a pescar —o, en un sentido amplio, a resolver sus propios problemas— se reduce la desigualdad y se promueve un desarrollo más justo y equitativo.

La enseñanza implícita es que invertir en la educación, el conocimiento y el desarrollo de habilidades es una manera más eficaz y ética de ayudar a los demás, pues conduce a soluciones permanentes y a una mayor independencia.

El paso siguiente va a ser el puente. Un puente de viga, como los que hacen aquí, grande y fuerte, de hormigón, de 20 metros de longitud, para vadear el río que da nombre a todo el valle, el río Laga Arba. Este río es pequeño y tranquilo la mayor parte del año, pero cuando hay crecida es un torrente de aguas bravas, que se lleva todo por delante: piedras, árboles, ganado, lo que sea. Por eso

el puente es esencial para que esta carretera sea completa, y no se interrumpa su uso en la estación lluviosa, de junio a septiembre. Para hacer este puente, sobra decirlo, contaré con vuestras oraciones, difusión y apoyo generoso. La localización exacta donde queremos construirlo (el punto del río por donde pasa nuestra nueva carretera) es ésta:

<https://maps.app.goo.gl/3QepiFrcLeB8rSVZ9>

Aparte de estas obras grandes, que son como hitos o jalones en mi vida de misionero, lo que de verdad nutre mi alma son los gestos de caridad de cada día. La caridad es algo de otro mundo, se da gratis, porque no se puede pagar, porque vale más que todo. La caridad es ir adonde tienes que ir y estar donde tienes que estar y, en ocasiones, atreverte a cosas nuevas. Estoy feliz por la Voluntad de Dios en todo, por su Providencia, por la vida que me ha regalado, por la misión, las amistades, los contactos, las experiencias. Por ser padre de una comunidad y por tener el deber de orar por ellos. Como decía un viejo misionero español en los Andes del Perú, mi misión es repartir "las tres Pes": su Pan, su Palabra y su Perdón. Eso es lo que llena la vida, más allá de cualquier obra de construcción. Ser ministro de Dios, dispensador de los bienes definitivos. Con todas las dificultades que trae la vida,

jamás me he arrepentido de ser Suyo, y de dedicar todas mis energías a Su causa.

El dicho "las tres Pes" —Pan, Palabra y Perdón— se atribuye a un misionero español en los Andes peruanos, tal como fue relatado por el obispo Antonio Montero en una de sus visitas. Este sacerdote, ya anciano, destacaba la sencillez de su vida y misión, repartiendo lo esencial a las personas: el alimento para el cuerpo (Pan), el Evangelio (Palabra) y el perdón de Dios (Perdón). Aunque no se menciona el nombre del misionero, esta frase encapsula la vocación misionera de entrega y servicio desinteresado.

Monseñor Antonio Montero Moreno (1928-2022) fue un destacado obispo español, conocido por su labor pastoral y compromiso social. Nació en Churriana de la Vega, Granada, y fue ordenado sacerdote en 1951. A lo largo de su carrera, fue obispo auxiliar de Sevilla, obispo de Badajoz y luego arzobispo de Mérida-Badajoz. Fue un gran impulsor de la creación de medios de comunicación católicos y se le recuerda por su cercanía al pueblo. Además, escribió diversos textos sobre temas religiosos y sociales. Su vida reflejó el servicio a los más vulnerables.

Ahora quiero decir algo del clero de este vicariato apostólico, de esta tierra de misión que es Harar. La Iglesia siempre pide por las vocaciones nativas, por los catequistas nativos, pues son clave para que la vida cristiana se arraigue y se exprese conforme a la cultura de cada lugar, y el cuidado pastoral tenga una continuidad en el

tiempo. En nuestro vicariato hay veinticinco sacerdotes etíopes, dieciséis de ellos son diocesanos, como yo, y nueve son franciscanos capuchinos. Todos ellos necesitan oraciones, vuestro apoyo espiritual, pues siguen siendo, ellos y los fieles, una iglesia minoritaria, a pesar de los 150 años de historia que tiene el Vicariato de Harar. Yo he recibido mucho de ellos en estos años, me han acogido muy bien. Son hombres que quieren vivir en plenitud su sacerdocio, que quieren ser auténticos servidores del pueblo, que reconocen el valor del sacrificio. Mis colaboradores más cercanos son Abba Gino Petros, Abba Tsaga Tadesse, y Abba Teklebirhan, por nombrar a algunos de ellos. Viven entre Asebe Teferi, Karramile y Chelenko, y no pasan dos meses sin que nos reunamos para compartir experiencias y rezar juntos. También está con nosotros, desde hace un par de años, el P. Ramón Díaz-Guardamino, de la diócesis de Bilbao. El obispo lo ha destinado a la parroquia de Jijiga, que pertenece a la región somalí, en la otra punta del Vicariato, por lo que no nos vemos tanto como quisiéramos. Él está más cerca que yo de las ciudades de Harar y Dire Dawa, allí hay otros sacerdotes. Este año estamos trabajando los documentos del Sínodo que el Papa ha convocado.

El Padre Ramón Díaz-Guardamino es un sacerdote vasco de la diócesis de Bilbao que en 2019 fue enviado como misionero a Etiopía. Después de pasar un año en la capital, aprendiendo el idioma local (amárigo), se

trasladó a la parroquia de San José en Jijiga, una ciudad ubicada en la región somalí de Etiopía, cerca de la frontera con Somalia. Desde octubre de 2020, comenzó su labor como vicario parroquial colaborando con un sacerdote local, y en 2021 fue nombrado párroco de la parroquia de San José.

La misión de Ramón Díaz-Guardamino se centró en acompañar a las comunidades cristianas de esta zona predominantemente musulmana, proporcionando no solo atención espiritual sino también ayudando en el desarrollo social y material de la comunidad. En varias ocasiones, ha expresado su gratitud hacia la diócesis de Bilbao por permitirle llevar a cabo esta tarea misionera a pesar de la escasez de sacerdotes en su lugar de origen.

Jijiga, la ciudad donde trabaja, es la capital de la región somalí de Etiopía. Con una población en crecimiento debido a su ubicación estratégica cerca de la frontera con Somalia, la ciudad es un importante centro administrativo y comercial de la región. Sin embargo, también es una zona caracterizada por conflictos étnicos y tensiones políticas, lo que añade desafíos a la labor pastoral y social que llevan a cabo los misioneros en esta parte del país.

La labor de Ramón Díaz-Guardamino es un claro ejemplo de cómo el trabajo misionero va más allá de la predicación del evangelio, involucrándose en la mejora de las condiciones de vida de las comunidades locales y en el fortalecimiento del tejido social en áreas marginalizadas.

Jesús dice, "La mies es abundante y los trabajadores pocos. Rogad, pues, al Dueño de la mies que envíe trabajadores a su mies" (Mt 9, 37). Siempre harán falta misioneros, evangelizadores, pastores del pueblo, padres en la fe, guías ungidos de Espíritu Santo. Os pido que intensifiquéis vuestras oraciones por todos los que se entregan con corazón generoso a la evangelización, ya sea en su propia tierra o fuera de ella. Es la "Iglesia en salida" que quiere el Papa, como salieron los Doce, desde Jerusalén hasta los confines de la tierra. Ojalá mucha más gente escuche la voz de Dios, que nos propone dejarlo todo y seguirle. Sólo así nos convertimos en alivio para la humanidad que sufre. Sólo así descubrimos la alegría del Evangelio, resistiendo la diaria tentación de encerrarnos en nosotros mismos. Sólo así llegamos hasta el final y llegamos a descubrir de veras quién es Cristo.

Ya sabéis que me acuerdo de vosotros cada mañana cuando ofrezco el Sacrificio en el altar, encomendadme también vosotros.

Vuestro,

P. Paul



<adjunto: 00000066-PHOTO-2021-12-02-07-35-24.jpg>

En la imagen se observa al Padre Paul con una expresión de satisfacción mientras se encuentra frente a un importante avance en el proyecto de construcción de una carretera de 8 kilómetros que conectará la misión con Kirara y con la escuela de Odaa Jaro. A su espalda, una máquina pesada de construcción, manejada por trabajadores locales, avanza sobre el terreno, removiendo tierra y dando forma a lo que será una conexión vital para la comunidad. El entorno natural, compuesto por montañas y campos cultivados, resalta la ruralidad de la zona, y la sonrisa de Paul refleja el impacto positivo que tendrá esta carretera en la vida diaria de los habitantes de la región.

Este proyecto no solo facilitará el acceso a servicios esenciales como la educación y la atención médica, sino que también permitirá una mayor integración entre comunidades aisladas. La determinación del Padre

Paul en llevar a cabo esta obra se refleja en su expresión de orgullo, sabiendo que, tras muchos esfuerzos, el camino que mejorará la calidad de vida de tantas personas está un paso más cerca de hacerse realidad.

24 de Mayo de 2022: Manantiales de Vida y Esperanza

Lagarba, Etiopía,

Día de María Auxiliadora

Queridos amigos:

Mi gente y yo estamos bien, y los trabajos en la misión siguen adelante. Como sabéis, mi principal misión es estar con ellos, acompañarles, vivir aquí. Mi espíritu está firme, y procuro estar a la escucha de lo que Dios me mande. Él, que me pidió consagrarme cuando tenía 17 años, me ha traído a este lugar. Todos los días pido por vosotros, y le pido al Espíritu Santo que venga, que se haga presente con más fuerza, que venza toda ansiedad y desesperanza.

La guerra de Tigray, en el norte de Etiopía, no ha terminado. Hace dieciocho meses que empezó, y ya no es noticia. Sin embargo, continúan las vejaciones, el derramamiento de sangre, la carestía. El pueblo de Tigray no se rinde, está decidido a elegir entre la victoria y la muerte. Aunque no se puede saber con certeza, por el bloqueo terrestre y de información, algunos expertos estiman que el número de muertos asciende a medio millón, si se suman los muertos en conflicto, los muertos por la hambruna provocada, y los muertos a causa de privación de medicamentos, disgregación

familiar, y otras causas. Os pido una vez más que oréis por la paz en Tigray y en Etiopía. En nuestra zona, y en todo el estado de Oromia, el gobierno está haciendo nuevas redadas para reclutar a los jóvenes en edad militar. Hay rumores de que otras regiones y grupos políticos se podrían levantar contra el gobierno actual, lo que llevaría a una guerra civil en todo el país. Todos los productos se están encareciendo, empezando por los alimentos. A veces hemos estado varios días con las gasolineras sin suministro de diésel o gasolina, o se vendía racionado. Pidamos por la paz. La paz no es una paloma en vuelo, ni un silencio tranquilo, ni una palabra bonita. La paz es la vida, es poder comer y desplazarte, es la comunicación, el progreso, el crecimiento tuyo y de los otros, el conocimiento y la pasión de vivir y ayudar. La guerra destruye personas, familias y sueños, y fabrica traumas y horrores. Para que la oración que hacemos por la paz sea sentida y con propósito, ayuda mucho adentrarse en la Biblia y conocer las vidas de los Santos, personas que creían en Dios y que vivieron también tiempos de hambres, guerras y epidemias. La oración les transformó, y les hizo guías, padres y madres de muchos otros. Y, aunque no sean "santos", os recomiendo leer a Viktor Frankl y a Aleksandr Solzhenitsyn, cuyos libros dejaron una honda impresión en mi alma. Ellos vivieron experiencias extremas de sufrimiento, e

interpretaron lo vivido con gran profundidad psicológica y espiritual.

La guerra en Tigray, que comenzó en noviembre de 2020 en el norte de Etiopía, continuaba causando estragos en mayo de 2022, a pesar de haber perdido protagonismo en los medios internacionales. Lo que comenzó como una escalada de tensiones entre el gobierno central, liderado por el primer ministro Abiy Ahmed, y el Frente de Liberación Popular de Tigray (TPLF), se había convertido en un conflicto devastador que parecía no tener fin. La población de Tigray estaba atrapada en medio de una brutal guerra que afectaba a millones de personas. Aunque el acceso a la región era limitado debido a los bloqueos de información y transporte, algunos expertos calculaban que el número de muertos podría haber ascendido a medio millón, contando no solo a los que perecieron en los combates, sino también a aquellos que murieron de hambre, falta de medicinas y otros efectos colaterales del conflicto.

La crisis humanitaria en Tigray era una de las peores del mundo en ese momento. Millones de personas sufrían por la falta de alimentos y medicinas debido a que las fuerzas gubernamentales habían bloqueado las rutas de suministro hacia la región. El hambre masiva afectaba a amplias zonas, y las condiciones sanitarias eran extremadamente precarias. Las Naciones Unidas y otras organizaciones humanitarias intentaban desesperadamente llevar ayuda, pero las restricciones y la inseguridad hacían que sus esfuerzos fueran insuficientes para aliviar el

sufrimiento de la población. Enfermedades tratables se convertían en mortales porque los hospitales no tenían los recursos necesarios para atender a los enfermos, mientras que los civiles seguían siendo blanco de ataques y desplazamientos forzados.

En otras partes del país, como en la región de Oromía, la guerra estaba provocando nuevos conflictos. El gobierno etíope había iniciado redadas para reclutar a jóvenes en edad militar, lo que alimentaba la tensión y el malestar social. La posibilidad de que otros grupos políticos y étnicos se levantaran contra el gobierno aumentaba el riesgo de que el conflicto se expandiera a otras regiones y se convirtiera en una guerra civil a nivel nacional. La situación era cada vez más inestable, y los rumores sobre levantamientos y nuevas confrontaciones se propagaban.

Además del impacto humano, la guerra estaba teniendo graves repercusiones económicas. Los precios de los productos básicos, especialmente los alimentos, se disparaban, y la escasez de combustible agravaba la situación. En muchas áreas, las estaciones de servicio se quedaban sin gasolina y diésel durante días, lo que afectaba la movilidad y las actividades diarias de la población. La inflación, el desabastecimiento y la incertidumbre económica golpeaban con dureza a un país que ya enfrentaba desafíos antes del conflicto.

A nivel internacional, aunque las denuncias por violaciones de derechos humanos seguían, la guerra en Tigray había caído en gran medida en el olvido. A pesar de los llamados a la paz y los intentos de mediación, no parecía haber una solución a la vista. Las fuerzas del gobierno y el TPLF

seguían enfrascadas en una lucha sin tregua, y el sufrimiento de la población civil aumentaba con cada día que pasaba. La situación en Tigray y en otras partes de Etiopía era crítica, y aunque se elevaban plegarias por la paz, la realidad era que el conflicto seguía destruyendo vidas, familias y sueños, dejando un legado de traumas y devastación en su camino.

Viktor Frankl (1905-1997)

Viktor Frankl fue un neurólogo, psiquiatra y sobreviviente del Holocausto austriaco, más conocido por ser el fundador de la logoterapia, una forma de psicoterapia que se centra en la búsqueda del sentido de la vida como fuerza motivadora principal del ser humano. Nació en Viena y estudió medicina, especializándose en neurología y psiquiatría. Durante la Segunda Guerra Mundial, fue deportado a varios campos de concentración, incluido Auschwitz, donde perdió a gran parte de su familia. La experiencia de los horrores del Holocausto influyó profundamente en su pensamiento y obra.

*Su obra más influyente, *El hombre en busca de sentido* (1946), está basada en sus experiencias en los campos de concentración y explora cómo incluso en las circunstancias más extremas, el ser humano puede encontrar un sentido a su vida, lo que le permite sobrevivir y resistir. Frankl argumenta que la voluntad de sentido es una motivación humana fundamental, por encima de la búsqueda de placer o poder. La*

logoterapia, que se deriva de esta idea, ayuda a los pacientes a encontrar sentido en sus vidas, incluso ante el sufrimiento inevitable.

Frankl escribió más de 30 libros sobre psicología, filosofía y espiritualidad, y su obra ha influido profundamente en la psicoterapia y la filosofía existencial. Su legado es el de un pensador que encontró en la tragedia la oportunidad de enseñar al mundo la importancia del propósito y el significado en la vida.

Aleksandr Solzhenitsyn (1918-2008)

Aleksandr Solzhenitsyn fue un escritor y disidente ruso, famoso por su denuncia del régimen soviético y los horrores del sistema de gulags, los campos de trabajo forzado en la Unión Soviética. Nació en Kislovodsk, Rusia, y estudió matemáticas y física antes de ser reclutado en el ejército soviético durante la Segunda Guerra Mundial. En 1945, fue arrestado por criticar a Stalin en una carta privada, y pasó casi una década en campos de trabajo, una experiencia que más tarde relataría en sus escritos.

Su obra más importante, Archipiélago Gulag (1973), es un monumental testimonio del sistema de represión soviético, basado en sus experiencias y en los testimonios de otros prisioneros. Este libro fue un golpe devastador para la legitimidad del régimen comunista, y Solzhenitsyn fue galardonado con el Premio Nobel de Literatura en 1970 por su audaz crítica del totalitarismo. Un día en la vida de Iván Denisovich (1962), su primera obra publicada, narra un solo día en la vida de un prisionero

en un gulag y también es ampliamente reconocido como un relato poderoso de la vida bajo el régimen represivo.

Solzhenitsyn fue expulsado de la Unión Soviética en 1974 y vivió en Estados Unidos hasta su regreso a Rusia en 1994. A lo largo de su vida, se mantuvo firme en sus críticas al comunismo y a la falta de libertad bajo los regímenes totalitarios. Su obra no solo documentó los abusos del sistema soviético, sino que también defendió los valores de la espiritualidad y la moralidad, que consideraba esenciales para resistir a la opresión.

En cuanto al proyecto del pozo en Rabsu, detrás del que llevo 2 años, tengo una gran noticia. Fuisteis tan generosos y colaborasteis tanto, que hemos podido hacer ¡dos pozos en lugar de uno! Los sitios elegidos han sido los terrenos de las escuelas públicas de Kirara y Odaa Jaro, en el Kebele de Rabsu. Sólo falta la inauguración, por un aspecto técnico, pero no quería que pasara más tiempo sin compartir esta noticia y enseñaros fotos. Un pozo tiene 65 metros de profundidad, y el otro llega a 75. El agua hallada en el subsuelo es más que suficiente. La gente está que rabia de contenta, y su agradecimiento se hace notar. Particularmente, el haber podido hacer el pozo en Odaa Jaro es algo impresionante, porque el acceso de la maquinaria (el compresor y la perforadora) fue posible precisamente porque hicimos la carretera hasta allí como punto final, y la carretera como sabéis la inauguramos hace

apenas 3 meses. También en Kirara las muestras de afecto y admiración se hacen sentir. Además, por haber hecho los pozos en el terreno de escuelas de primaria, el agua beneficia no sólo a las familias y ganados de la zona, sino especial y directamente a los niños. Muchos niños pasaban la jornada escolar con sed, si se olvidaban la botella en casa, y otros perdían clase muchos días (sobre todo las niñas) por tener que ir a por agua con grandes garrafones y hacer cola y echar horas en ello. No lo dudéis: con vuestra generosidad habéis contribuido a la salud, a la alegría, al bienestar, y a la mejor alfabetización de muchos niños y niñas en mi zona. Quiero dar las gracias en especial a Rafael Burgos, amigo mío y vecino de Villanueva, que me animó a este proyecto, que tiene estrecha relación con la ONG Pozos sin Fronteras, en Málaga, que abrió una cuenta específica para este fin, atendió a los donantes, promocionó esta causa entre sus propios familiares y amigos y los míos, y ha tenido una enorme paciencia por lo mucho que se fue retrasando la ejecución. Todo ha llegado a feliz término y también os doy las gracias por vuestra paciencia.

Respecto a las casas de tejado de aluminio, y para que os suenen sus nombres, en el último mes hemos podido hacer las casas de Usma Huseen, Anbesaw Fikre, Endashaw Getachew, y Tatek Neguse. Además de donantes privados, quiero dar las gracias de un modo especial a un instituto de Albacete, el IES Federico García

Lorca, que ha colaborado recientemente con varias iniciativas para apoyar la construcción de varias casas de este tipo.

El tiempo pasa, y día a día vamos construyendo nuestra vida. Hay opciones, gente que nos ama y apoya, multitud de elementos que nosotros no hemos fabricado. Todo es un regalo, nosotros aceptamos, decimos que sí, respondemos como mejor sabemos. Los signos, los mensajes, los amigos son todo una provocación a modificar nuestra vida y acoger la novedad. Un día, en el Cielo, veremos cómo funcionaba la ley de atracción, cómo el Dios invisible se servía misteriosamente de todo para atraernos hacia Él.

Un abrazo muy grande, Dios os bendiga.

Vuestro,

P. Paul Schneider

14 de Agosto de 2022: Sembrando Fe y Reconciliación

Lagarba,

Día de San Maximiliano Kolbe

Queridos hermanos:

La verdad, nunca pensé que la misión fuera tan apasionante. Desde que terminamos los pozos en las escuelas y empezaron las lluvias a finales de junio, mi ritmo de trabajo ha disminuido en cuanto a obras y proyectos grandes, pero las relaciones personales se han intensificado, con la comunidad, con muchas familias del entorno, cristianos y musulmanes. Voy a hacer cinco años aquí, he aprendido la lengua amhara, y ya me defiendo algo en oromo. Disfruto con la gente, nos reímos mucho, siempre hablamos de hacer cosas juntos, y a menudo siento que ninguna otra época de mi vida hubiera sido mejor para que Dios me trajese a este lugar.

Estamos plantando muchos árboles, es la época para ello, ahora que llueve y el terreno no se reseca. Sólo en esta semana, y con la colaboración voluntaria de la gente, hemos plantado unos cinco mil árboles, sobre todo coníferas y grevilleas, a la vera de nuestra nueva carretera, para que a medida que crezcan las raíces se fortalezcan los taludes y no haya desprendimientos, y también

hemos plantado muchos frutales en la misión. Ya teníamos plantado casi un centenar de plantas de café, y la semana pasada hemos añadido árboles de guayaba, mango, papayas, plátanos, chirimoyas, entre otros. Tardarán años en dar fruto, y los que no prosperen los iremos cambiando. Con el ir y venir en la camioneta estoy conociendo los viveros públicos de toda esta zona, y conociendo a más gente de otros lugares. Como hemos hecho la carretera y otros proyectos, las autoridades están muy agradecidas, tengo contactos, y nos dan gratis todas las plantas de semillero que necesitemos. No contento con reforestar el terreno de la misión, les animo a todos los vecinos a plantar árboles en las lindes de sus campos y en los terrenos que han quedado baldíos por la erosión o el cultivo continuo. Nada puede asegurar que llueva como antaño, pero la sombra de los árboles ciertamente reduce la temperatura del suelo, evita que la humedad se evapore, y cuando sus hojas caen van creando mantillo (en el caso de los árboles de hoja caduca) y hacen la tierra más fértil. Además, allí donde hay una arboleda, los cultivos, las hortalizas y los frutales están más protegidos del pedrisco y de los vientos fuertes. No cuesta nada, un árbol se planta en dos minutos, y una vez que arraiga, apenas necesita cuidados.

Maximiliano Kolbe (1894-1941) fue un sacerdote franciscano polaco, conocido por su sacrificio heroico en el campo de concentración de Auschwitz durante la Segunda Guerra Mundial. Nació como Rajmund

Kolbe en Zduńska Wola, Polonia. A una edad temprana, según cuenta la tradición, tuvo una visión de la Virgen María, lo que influyó profundamente en su vida espiritual y su dedicación a la fe católica. Ingresó en la Orden de los Franciscanos Menores Conventuales y adoptó el nombre religioso de Maximiliano.

Kolbe fue un ferviente defensor de la devoción mariana, fundando la "Milicia de la Inmaculada", una organización dedicada a promover el catolicismo y la devoción a la Virgen María. Era también un activo misionero y viajó a Japón, donde fundó un monasterio. Kolbe también era un comunicador eficaz, utilizando medios modernos de su época, como la radio y la imprenta, para difundir sus enseñanzas religiosas.

Durante la Segunda Guerra Mundial, Kolbe fue arrestado por las autoridades nazis en dos ocasiones debido a su trabajo de resistencia, incluido su refugio a judíos y su denuncia del régimen nazi. En 1941 fue deportado a Auschwitz. Durante su estancia en el campo de concentración, Kolbe ofreció su vida para salvar a un prisionero, un hombre con esposa e hijos que había sido condenado a morir de hambre como represalia por la fuga de otro prisionero. Kolbe se ofreció voluntariamente para ocupar su lugar y, después de semanas de sufrimiento, fue ejecutado con una inyección letal.

Maximiliano Kolbe fue canonizado por el Papa Juan Pablo II en 1982, quien lo llamó "mártir de la caridad". Su vida y obra son recordadas por su profunda devoción religiosa, su compromiso con la justicia y su sacrificio supremo por los demás. Kolbe es considerado un símbolo del

amor y la compasión, y su legado sigue siendo una inspiración dentro y fuera de la Iglesia Católica.

Cambiando de tema, dejadme que os hable de dos buenos amigos míos, Adamu y Fikere, dos hombres que ahora viven y trabajan en la misión. Ambos tienen cerca de 50 años, y de verdad son pobres entre los pobres, y por eso los quiero más que a nadie. En marzo del año pasado acogí en la misión a Adamu, y el alcohol era uno de sus problemas. Adamu es uno de los muchos agricultores de Lagarba, no lo ha tenido fácil, apenas tiene tierras propias, no siempre se ha llevado bien con sus hermanos, y a estas alturas de la vida tiene pocas fuerzas para el trabajo intenso del campo. Antes de que le "rescatáramos", es decir, antes de invitarle a venir a vivir a la misión, Adamu vivía solo, se emborrachaba todos los días (con áreke, el licor local, un aguardiente a base de maíz) y comía poco y mal, tenía dolores por todo el cuerpo, fiebres frecuentes y los ojos enrojecidos por vivir con polvo y suciedad, en una choza cuyo tejado se estaba desmoronando. Durante las noches de sus últimas semanas en ese estado gritaba, no sé si por la borrachera, por miedo o pánico, por la enfermedad, o por todo a la vez. Yo no sé nada de alcoholismo y desintoxicación, ni aquí en Etiopía hay centros de rehabilitación ni terapias, pero si este hombre iba a morir así, había que hacer algo. Comida y refugio yo sí podía darle, algo parecido a un hogar, y llevarle al hospital si se pone peor, y comprar

medicinas. Aquí hay tareas de las que se puede ocupar: las gallinas, las cabras, el mantenimiento del recinto, proteger la iglesia. Vino a la misión, pero no dejó el alcohol de inmediato. Sin embargo, con el paso de los meses y la misma convivencia se nos fue haciendo claro que tenía que dejarlo, y le dimos un ultimátum. Yo creo que para dejar un vicio muy arraigado es necesaria la voluntad propia, el amor propio, y la experiencia de amor de otros, y también a veces el amor auténtico se traduce en mano dura. Es imprescindible la comunidad, el grupo de los que te quieren y no permiten que te vuelvas loco o hagas tonterías, o te sigas equivocando. Para Adamu, su comunidad somos Shawle, Gucho, Demmelash y yo, y desde hace un mes también Fikere, que aunque no tan descalabrada como la de Adamu, también llevaba una vida de alcoholismo, soledad, sin perspectiva de futuro alguna. Fikere es más pacífico, dócil y paciente que Adamu, pero en cualquier caso han hecho buenas migas. Fikere era el encargado de la mula cuando la teníamos, pues la vendí cuando me fui acostumbrando a las caminatas. Él me acompañaba a sitios lejanos, y pasábamos horas juntos. Ahora, Adamu y a Fikere viven aquí, y diariamente dan de comer a los bueyes y a las cabras (ahora hay mucha hierba que sirve de forraje, por todo el desbrozado que llevamos hecho en la misión desde hace cuatro años, antes casi todo era maleza, abrojos y espinos), y trabajan con la azada para que el sorgo y el maíz

crezcan todo lo posible y den fruto, y me ayudan a plantar árboles en las zonas designadas para ello. Me acompañan en Misa todas las mañanas, y comemos juntos todas las comidas. Es lo más parecido que tengo a una comunidad. Los veo contentos, y eso me alegra mucho, y su salud mejora visiblemente cada día. Están luchando en su interior y, en eso, todos somos iguales, todos tenemos nuestras luchas.

A veces me asombra el hecho de que esté viviendo aquí, con esta gente, y hago memoria de por qué vine, y balance de estos años en la misión. Vine aquí voluntariamente, acuciado por el deseo de un mayor desprendimiento, pidiéndole a mi obispo de Getafe su bendición para marchar. Aunque aquí las privaciones son el pan de cada día, de no haber sido la experiencia misionera de estos años una ocasión para crecer en la fe y en la alegría, estaba a tiempo de volverme a mi querida diócesis. La fe te proporciona muchos regalos, te abre puertas, corazones y pueblos. La misión sólo se puede vivir desde la fe. Yo en realidad no vine aquí para hacer casas, puentes, carreteras y pozos, ni para plantar árboles ni regenerar alcohólicos. Todo eso lo hago porque toca hacerlo y, si yo no lo hiciera, posiblemente no lo haría nadie, o tal vez sí. Ni siquiera me considero el autor de esas obras, ni mucho menos me vanaglorio de ello, aunque disfrute trabajando y esas obras me apasionen. Yo vine aquí para mi salvación, para ser más Suyo, para

no negarle nada, y para compartir su amor. Eso es, básicamente, la evangelización. La evangelización es lo más necesario para el mundo, más que todas las causas sociales. Todo lo demás viene después, "Buscad primero el Reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura" (Mt 6, 33). La evangelización tiene su base en la adoración.

La evangelización, en su esencia más pura, es el acto de anunciar y proclamar el mensaje del Evangelio: la buena noticia de la salvación en Cristo. Es mucho más que una simple transmisión de enseñanzas religiosas; es un proceso de transformación de corazones y vidas. La evangelización se convierte, así, en una necesidad urgente para el mundo, más importante incluso que todas las causas sociales o humanitarias que podamos apoyar. Esto no significa que las causas sociales no sean importantes, sino que su verdadero fundamento y plenitud se encuentran en el mensaje del Evangelio.

Jesús mismo enseña en el Evangelio de Mateo: "Buscad primero el Reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura" (Mt 6, 33). Esta cita es clave para comprender la prioridad que debe tener la evangelización. Jesús nos invita a poner el Reino de Dios en el centro de nuestras vidas, a dirigir nuestros esfuerzos primero hacia lo eterno, lo que realmente da sentido a todo lo demás. La justicia social, el cuidado por los necesitados, y todas las acciones en favor del bien común son fundamentales, pero solo alcanzan su verdadero propósito cuando se sitúan dentro del contexto del Reino de Dios. Si nos centramos primero

en la búsqueda del Reino, el resto de las necesidades, tanto materiales como espirituales, se colocan en su lugar adecuado.

Sin embargo, la evangelización no puede llevarse a cabo de manera efectiva sin una base sólida en la adoración. La evangelización surge de un corazón que ha sido tocado por Dios, que lo ama y lo adora. La adoración es el acto de reconocer la grandeza y la santidad de Dios, de entregarle todo lo que somos, reconociendo que sin Él no podemos hacer nada. Desde esta profunda comunión con Dios, brota el deseo de compartir con los demás el tesoro de la fe.

Cuando una persona adora verdaderamente a Dios, su corazón se transforma, y de esa transformación nace el impulso misionero. No se puede compartir lo que no se ha experimentado. La adoración nos pone en contacto con el amor incondicional de Dios, nos permite experimentar Su gracia, y nos impulsa a querer que otros también conozcan y experimenten ese mismo amor. Es por eso que la evangelización tiene su base en la adoración. Solo cuando estamos en comunión con Dios, cuando lo hemos puesto en el centro de nuestras vidas, podemos realmente llevar el mensaje de salvación a los demás.

En resumen, la evangelización es la misión primordial de la Iglesia y de cada cristiano, una tarea urgente que debe preceder a todas las demás. No se trata de dejar de lado las causas sociales, sino de entender que el fundamento de todas ellas está en el Reino de Dios. Y ese Reino solo se busca y se vive plenamente cuando hay una relación profunda de adoración y entrega a Dios, porque solo en Él encontramos la fuente de

toda justicia, amor y verdad. Desde esa relación íntima con Dios, somos capaces de llevar la luz del Evangelio a un mundo que tanto lo necesita.

Mi presencia aquí consiste en vivir con los pobres, ser su padre y su pastor, y aportar todo lo que pueda para el mejoramiento de sus vidas, en lo espiritual, en lo material, en todo. Cuando vives con ellos, los pobres comparten lo que tienen, y también te piden. Te piden con frecuencia, en ocasiones te llegan a agobiar, y veces das y a veces te niegas, pero en cualquier caso sabes que Cristo te pide renovar diariamente la generosidad, y la misión te exige superar tus egoísmos, hacer sacrificios y vivir con austeridad.

Austeridad, por ejemplo, en la comida. Aquí, si tengo alguna comida especial que me gusta, he llegado a la conclusión de que prefiero compartirlo con los que viven conmigo y, si no es para compartirlo, es mejor privarme de ello y no comprarlo, y simplemente comer lo que ellos comen, aunque a veces eche de menos algunas cosas como el chocolate o la carne. Aquí no se come a la carta, cuando comes con otros, está feo hacer diferencias o querer comer tú solo cosas caras o especiales compradas en la ciudad, como fiambre, atún en lata, fiambre, leche en polvo o chocolate (todos ellos productos inasequibles para la gente del campo), a no ser, como digo, que convides a todos los que están contigo. Yo ya no tengo excusa para no comer lo mismo que ellos, aunque no siempre me encante, pues tengo el estómago más que

adaptado, y me he acostumbrado a comer siempre injera, verduras y legumbres, y a no comer carne, lácteos o huevos más que muy de vez en cuando, cuando hay una fiesta o cuando voy a la ciudad, que a puede ser cada mes o cada dos meses. Así es como viven en Lagarba la mayoría de mis familias, no pueden permitirse más. En la medida de lo posible, y sin perjuicio de la salud, el que viene aquí una temporada larga debe comer y beber lo que hay aquí, lo que la gente de aquí come y bebe. (Lc 10, 8, Comed y bebed lo que os pongan, es uno de los consejos de Jesús a sus discípulos misioneros.) Nadie se muere de hambre en Lagarba, pero muchas familias son pobres y pasan algo de hambre, sólo comen una o dos veces en todo el día, y la comida es muy sencilla y las porciones ajustadas, rara vez quedan sobras. A todo el mundo le encanta el azúcar y el café, y ésta es la tierra del café, pero muchas familias por falta de ingresos se pasan días y semanas sin café o sin azúcar. Eso sí, cuando hay una fiesta importante, como el Año Nuevo etíope (Enkutatash, 11/12 de septiembre), o Pascua o Navidad, todas las familias comen carne, aunque para comprar unos cuantos kilos tengan que endeudarse, y se gastan los ahorros que tienen ese día de fiesta para que no falte café, azúcar, chat, y galletas para los niños. Las familias más pudientes también les compran a sus hijos ropa nueva para estrenar en esos dos o tres días señalados en el año, pero muchos otros no pueden. Todo esto no os lo cuento para dar

pena; los pobres del campo, aunque jamás hubieran elegido voluntariamente la pobreza y el haber nacido aquí, tienen una fortaleza especial para vivir con privaciones continuas, y tienen además la ilusión y la inocencia del que no está satisfecho ni hastiado, y no se ve gente amargada como se ve en la ciudad. Os lo contaba más que nada para compartir mi experiencia, que tiene mucho de liberación, y que ha sido una adaptación gradual, no exenta de renunciaciones, incluso en algo tan prosaico como la comida.

El Año Nuevo etíope, conocido como Enkutatash, se celebra el 11 o 12 de septiembre, dependiendo del año, en el calendario gregoriano. El término "Enkutatash" significa "regalo de joyas" en amhárico, y la festividad marca el inicio del nuevo año según el calendario etíope, que tiene un desfase de siete a ocho años respecto al calendario occidental. En este sentido, el Año Nuevo en Etiopía corresponde aproximadamente al mes de Meskerem, el primero del calendario local, y coincide con el fin de la estación de lluvias, así como con la celebración de la Natividad de la Virgen María en la Iglesia Ortodoxa de Etiopía. Según la leyenda, el origen de Enkutatash se remonta al regreso de la Reina de Saba a Etiopía tras su visita al rey Salomón. A su vuelta, su pueblo la recibió con regalos de joyas, lo que explica el nombre de la festividad. Enkutatash tiene también un fuerte significado agrícola, ya que coincide con el inicio de la temporada de cosechas, marcando un tiempo de renovación y esperanza para la gente.

El calendario etíope está basado en el calendario juliano, y consta de 13 meses: 12 meses de 30 días y un mes adicional llamado Pagumē, que tiene 5 o 6 días dependiendo del año bisiesto. Este sistema hace que Etiopía se mantenga unos siete años por detrás del calendario gregoriano, y la celebración de Enkutatash marca el inicio de un nuevo ciclo. Las celebraciones de Enkutatash están profundamente arraigadas en la religión y las tradiciones familiares. El día comienza con servicios religiosos en las iglesias ortodoxas, donde los fieles asisten a misas especiales para dar gracias por el año pasado y pedir bendiciones para el nuevo. La devoción se expresa a través de cánticos, oraciones y procesiones solemnes. Además, las flores juegan un papel simbólico importante en esta festividad. En esta época del año, los campos se cubren con flores amarillas llamadas margaritas (margarit), que los niños recogen para regalar a los mayores o para decorar sus casas, lo que representa la renovación y la esperanza que trae el Año Nuevo.

Enkutatash también es un momento para la familia. Las personas se reúnen en sus hogares para compartir comidas especiales, como el tradicional injera y el doro wat. Las familias celebran juntas, reflexionando sobre el año que ha pasado y expresando optimismo por el que comienza. A menudo se intercambian regalos, siguiendo la tradición de "regalo de joyas", aunque hoy en día estos obsequios suelen ser más simbólicos. Además, la música y la danza son una parte importante de la celebración. Tras los servicios religiosos y las comidas, es común que la gente participe en danzas y escuche música tradicional etíope. En las zonas rurales, los niños van de casa en casa cantando

canciones tradicionales, recibiendo pequeños regalos o dinero a cambio de sus cantos.

Enkutataash es mucho más que una celebración religiosa o agrícola; es un símbolo de renacimiento y esperanza. La llegada del nuevo año trae consigo la promesa de tiempos mejores y una oportunidad para la reflexión espiritual. Aunque la festividad está profundamente ligada a la devoción cristiana, también refleja el ciclo de la vida y la conexión de la sociedad etíope con la tierra y las estaciones. En resumen, Enkutataash es un momento de alegría, adoración y renovación, que celebra tanto la espiritualidad como la vida cotidiana en Etiopía.

El Hijo de Dios trabajó con sus manos y nos enseñó que el trabajo manual es una escuela de santidad. Lo mismo hicieron san Pablo, los Padres del desierto, los benedictinos, y los laicos de todos los siglos. Como el cura de la novela de Unamuno, san Manuel Bueno, Mártir, me gusta echar una mano a los agricultores en las tareas del campo, y eso también es parte de la evangelización, estar con la gente y trabajar con ellos, conocer sus fatigas y hacerme uno con ellos, y que me sientan como suyo. Trabajar juntos, compartir la comida, rezar juntos, esto es la Iglesia. Hay tiempo para todo, tiempo para ponerse la sotana y tiempo para quitársela y arremangarse, coger la azada, y que te salgan callos y ampollas en

las manos, y ensuciarte con sudor y polvo, y en todo puede uno encontrar la alegría del Señor.

En la novela San Manuel Bueno, mártir de Miguel de Unamuno, el protagonista, Don Manuel, es un sacerdote de un pequeño pueblo ficticio llamado Valverde de Lucerna, ubicado en las montañas de España. Don Manuel es un personaje carismático, bondadoso y dedicado completamente al servicio de su comunidad, quien vive entregado a mejorar la vida de sus feligreses. Es profundamente amado y admirado por todos debido a su dedicación pastoral, su empatía y su capacidad para aliviar el sufrimiento de los demás. Su vida está marcada por su generosidad y por la constante búsqueda de la felicidad de su pueblo.

Sin embargo, a lo largo de la obra, se revela que Don Manuel carga con una profunda crisis espiritual y una lucha interna entre la fe y la duda. Aunque es un sacerdote devoto en su comportamiento y obra de cara a la comunidad, en su fuero interno ha perdido la fe en la vida después de la muerte y en los dogmas del cristianismo. A pesar de esto, sigue desempeñando su papel de guía espiritual, convencido de que la creencia en Dios y en una vida eterna es necesaria para dar consuelo y esperanza a los demás. Su mayor preocupación es preservar la fe sencilla y alegre de los habitantes de Valverde, manteniéndolos alejados de sus propias dudas existenciales.

El dilema moral de Don Manuel es el núcleo de su martirio: aunque no cree en los dogmas que predica, se sacrifica en silencio por el bienestar espiritual de su pueblo, cargando solo con su angustia personal. Vive en

una constante tensión entre su deber de pastor y su profunda incredulidad, lo que le convierte en un mártir, no en el sentido tradicional de sufrir por la fe, sino por sufrir en el silencio de la duda, manteniéndose firme en su vocación de ayudar a los demás.

Don Manuel es un personaje profundamente humano, cuyo martirio se manifiesta en su capacidad para seguir sirviendo a su comunidad mientras soporta una dolorosa falta de fe personal. Su historia es una reflexión sobre la fe, la duda, el sacrificio y el valor de la verdad frente a la necesidad de dar consuelo a los demás, temas centrales en la obra de Unamuno.

Me falta espacio para contaros una historia muy interesante de reconciliación que tuvimos hace unos meses con unos musulmanes fanáticos. Digo fanáticos, por no decir ladrones y sinvergüenzas descerebrados. Son un clan cuyas casas están al pie de las tierras de la misión, entre la misión y el río, y tienen la mala costumbre de intentar robarnos, como cuando nos intentaron arrebatar el terreno de Kirara hace 3 años, pistola en mano, con disparos al aire y amenazas. Aunque nos causan mucho trastorno, siempre acabamos perdonándoles e incluso ayudándoles, así somos de tontos, y ellos ya van tres veces en cinco años que vuelven a las andadas. De todos modos, sus intentos son cada vez más ridículos, y los demás musulmanes están empezando a detestarles, y en ese clan se odian hasta entre ellos. Rara vez se salen con la suya, al final siempre han

acabado teniendo que devolver lo robado o compensar los daños. Con la mayoría de los vecinos musulmanes tengo buena relación, nos apreciamos y ayudamos mutuamente, y muchos son parientes directos de mis feligreses católicos. En todo caso, aprendo de la experiencia de cada día, y me dejo instruir por la Sagrada Escritura, "No devolváis mal por mal, ni insulto por insulto; por el contrario, bendecid, pues habéis sido llamados a heredar la bendición (1Pe 3, 9)". Para que recéis por ellos, pues el Señor nos pide orar por nuestros enemigos, sus nombres son: Saaniyo Mohammed Seid, Hassan Abbas, Bediru Jamal, Harifu Saaniyo, Deme Saaniyo, Megersa Saaniyo. "Habéis oído que se dijo: Amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo. Pues yo os digo: Amad a vuestros enemigos y rogad por los que os persigan, para que seáis hijos de vuestro Padre celestial, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y hace llover sobre justos e injustos. Porque si sólo amáis a los que os aman, ¿qué recompensa vais a tener? ¿No hacen eso mismo también los publicanos? (Mt 5, 43-46)". Espero poder veros pronto y compartiros en detalle nuestro proceso de reconciliación con ellos, y otras historias que he vivido y estoy viviendo. Iré a España a mediados de octubre si Dios quiere.

Estoy contento con esta vida, con sus fatigas y privaciones. Es la dinámica del sacrificio que se repite cada día, como la Eucaristía. Te vas consumiendo, y sabes que el sacrificio tiene un propósito

eterno, que Dios te tiene preparado el premio y el descanso. Pedid por mí en la Eucaristía, ofreced vuestros cuerpos a Dios como hostia viva (Cfr Rm 12, 1).

Un abrazo y hasta pronto!

P. Paul Schneider



<adjunto: 00000072-PHOTO-2022-08-14-17-37-02.jpg>

La imagen muestra a un grupo de niños felices, disfrutando de acceso a agua fresca proveniente de una bomba manual. Uno de los niños, que lleva una camiseta verde, sonríe ampliamente mientras se lava las manos bajo el chorro de agua, reflejando la alegría y satisfacción de poder acceder a este recurso vital. Otros niños también participan, con expresiones de alegría mientras beben o se refrescan con el agua. El

entorno es natural, con un paisaje verde a su alrededor, lo que sugiere que están en una zona rural.

La escena captura un momento de felicidad simple, pero profunda, que resalta lo significativo que es para estos niños tener acceso al agua potable. En muchas comunidades rurales, especialmente en regiones de África, el acceso al agua puede ser escaso y requiere largos desplazamientos. Este tipo de infraestructura cambia sus vidas, no solo facilitando sus tareas diarias, sino también mejorando su salud y bienestar. La sonrisa de los niños refleja una alegría genuina, mostrando lo valioso que es para ellos este recurso que en otros lugares del mundo podría darse por sentado.

6 de febrero de 2023: Nuevos Caminos para Compartir la Misión

Queridos amigos:

Todo va bien en mi misión en Etiopía, ¡Gloria a Dios! Estoy contento y con buena salud. Tengo mil cosas que contaros, pero a partir de ahora ya no enviaré mensajes por listas de difusión. A todos los que queráis seguir recibiendo novedades de mi vida y trabajo en la misión de Lagarba, os invito a uniros a un Canal de WhatsApp en el que sólo yo enviaré mensajes como administrador, te unes pinchando en este enlace:

<https://chat.whatsapp.com/BBKAGryOkoD0jEWOmZaMWJ>

Unidos siempre 🙌. Gracias por vuestra amistad!

Un abrazo y adelante!

8 de febrero 2023: Eco de Esperanza en Tierras de Nubia

Lagarba, Día de santa Josefina Bakhita. SUDÁN Y LOS MISIONEROS

Hola, amigo/a! He creado este canal para cribar el público al que me dirijo, porque antes tenía a muchos destinatarios en listas de difusión que yo había hecho, pero ahora me dirijo sólo a los que deliberadamente os habéis unido al grupo. Gracias por tu amistad, por tu interés y seguimiento. Dicho esto, si en cualquier momento quieres salir del grupo, hazlo sin reparo, pues comprendo perfectamente que estamos en demasiados grupos, el teléfono se satura de mensajes, y WhatsApp puede ser tan útil como agobiante. Como tienes el enlace, siempre puedes volver cuando quieras. Yo suelo enviar un mensaje al mes o cada varios meses, o sea que no daba para un blog, por eso este canal. Gracias una vez más por estar ahí.

Santa Josefina Bakhita (1869-1947) fue una religiosa sudanesa que nació en Darfur, Sudán, en 1869. A los nueve años fue secuestrada por traficantes de esclavos y vendida múltiples veces, sufriendo años de abusos y humillaciones. En el caos de su esclavitud, olvidó su nombre original y fue llamada "Bakhita", que significa "afortunada" en árabe, un nombre irónico dado su sufrimiento. Finalmente, fue comprada por un cónsul italiano en Jartum, quien la trató con respeto y la llevó a Italia,

donde fue cedida a una familia. Durante su tiempo en Italia, fue asignada a cuidar a la hija de la familia en un convento en Venecia, y allí comenzó a aprender sobre el cristianismo.

En 1890, Bakhita fue bautizada y recibió el nombre de Josefina. Con el apoyo del convento, emprendió un proceso legal para obtener su libertad, ya que la esclavitud era ilegal en Italia. Una vez libre, decidió quedarse con las religiosas y en 1896 se unió a las Hermanas de la Caridad Canossianas, donde dedicó el resto de su vida a servir a los demás. Vivió en el convento de Schio, en el norte de Italia, donde fue conocida por su humildad, generosidad y serenidad. A pesar de sus años de sufrimiento, nunca guardó rencor hacia sus captores y mostró una inmensa capacidad de perdón. Murió en 1947, y fue canonizada por el Papa Juan Pablo II en el año 2000.

La vida de Santa Josefina Bakhita es una historia de redención y esperanza. Nacida en la esclavitud, soportó un sufrimiento indecible a manos de sus dueños, pero su destino cambió radicalmente cuando fue llevada a Italia. A través de su conversión al cristianismo, Bakhita encontró una profunda fe que la transformó en un ejemplo de humildad y perdón. Aunque había experimentado grandes crueldades, dedicó su vida al servicio de los demás con amor y paz. Su vida demuestra que, incluso en las circunstancias más oscuras, es posible encontrar libertad y dignidad en la fe y en el servicio a los demás.

El mensaje de hoy es un poco diferente a los anteriores. Esta vez no cuento cosas que he hecho recientemente en Lagarba, sino

cosas que he visto, oído y reflexionado, y algunos detalles de mi historia personal. Dejo la actualidad de mi pequeña misión de Lagarba para el próximo mensaje.

Pasada la Navidad etíope, que fue el 7 de enero, fui unos días a Jartum, la capital de Sudán, el país vecino, a darles un retiro a las Misioneras de la Caridad de la Madre Teresa, que tienen cuatro casas en ese país. Estuve también con el P. Jorge Naranjo, misionero comboniano que lleva varios años trabajando en Sudán. A Jorge lo conocí hace unos años por una amiga común; resulta que ambos somos de Majadahonda y ambos éramos de la parroquia de Santa María, qué coincidencias de la vida. En esos diez días en Jartum y Omdurman pude conocer más de cerca la figura de Daniel Comboni (1831-1881), sus viajes apostólicos y aventuras, sus ideas para la regeneración de África, su ilusión por el avance de la civilización y de la fe cristiana, y sus empeños por la alfabetización y la supresión de la esclavitud en el África negra. Los misioneros comboninanos dirigen escuelas y una universidad, y otras congregaciones llevan también décadas dedicadas a la asistencia de enfermos y desplazados. El gran proyecto de Comboni era la "Regeneración de África por los africanos".

La Navidad etíope, conocida como Genna, es una celebración profundamente arraigada en la tradición y la espiritualidad de la Iglesia Ortodoxa Etíope. A diferencia de la mayoría de los países que celebran

la Navidad el 25 de diciembre, en Etiopía la festividad tiene lugar el 7 de enero, de acuerdo con el calendario juliano. Genna no es una fiesta comercial ni ostentosa, sino un momento de devoción, reflexión y comunidad, una manifestación de la profunda fe cristiana que impregna la vida de los etíopes.

En los días previos, las iglesias y los hogares empiezan a prepararse para la festividad. Las familias etíopes, particularmente en las zonas rurales, están profundamente conectadas con las tradiciones que se han transmitido durante siglos. El ayuno juega un papel central en este tiempo de preparación; los cristianos ortodoxos etíopes practican un ayuno riguroso durante 40 días antes de la Navidad, conocido como el Ayuno de los Profetas, en el que se abstienen de productos animales y alimentos ricos. Este periodo de ayuno culmina en la víspera de Genna, donde la expectativa y la alegría por la llegada del Salvador empiezan a sentirse en el aire.

La noche del 6 de enero, las iglesias se llenan de fieles que participan en vigiliyas y misas que duran toda la noche. Vestidos con shammas (ropas tradicionales blancas), los feligreses, desde los más pequeños hasta los ancianos, caminan bajo las estrellas hacia las iglesias, donde se congregan para rezar y celebrar. Las iglesias, muchas de ellas de formas redondeadas y decoradas de manera sencilla, se llenan con cánticos antiguos y con el sonido rítmico de los tambores y los sistros, que acompañan a los fieles en una profunda comunión espiritual.

El momento cumbre llega al amanecer, cuando la misa navideña culmina y la comunidad celebra con abrazos y palabras de alegría. En las calles y en los hogares, la atmósfera cambia de la solemnidad del ayuno a la alegría de la fiesta. La Navidad etíope no se caracteriza por el intercambio de regalos materiales, sino por la reunión de familias y comunidades en torno a la mesa y en las iglesias. El doro wat, un guiso picante de pollo con huevos, y el injera, el tradicional pan fermentado, se sirven en las mesas para marcar el fin del ayuno y el comienzo de la celebración. Es un momento de compartir la abundancia de la tierra y de dar gracias por las bendiciones del año.

Los niños también tienen su lugar especial en la festividad. En algunas regiones, los más pequeños participan en un juego llamado Genna, que se parece al hockey, jugado con bastones y bolas de madera. La leyenda dice que los pastores jugaron este juego el día en que escucharon la noticia del nacimiento de Jesús. Este deporte tradicional refuerza la conexión de los etíopes con su historia y sus raíces culturales.

Genna es, en su esencia, una celebración de la fe y la comunidad, en la que la espiritualidad y la humildad se entrelazan con la alegría de estar juntos, de compartir y de dar gracias. Las familias, en su sencillez, transmiten a las nuevas generaciones el valor de la devoción y el amor al prójimo, recordando que la Navidad no es solo un evento en el calendario, sino una oportunidad para vivir más plenamente el mensaje del Evangelio.

El Padre Jorge Naranjo ha consagrado su vida a la misión comboniana en Sudán, un país marcado por la pobreza, la inestabilidad política y los conflictos que han devastado a su población. Desde que llegó a este lugar en 2005, se ha sumergido en la realidad de sus habitantes, trabajando incansablemente tanto en áreas rurales como urbanas, siempre guiado por su profundo sentido de servicio y compasión por los más necesitados. En medio de un país fracturado por las guerras y la miseria, el Padre Jorge se convirtió en un pilar de esperanza, dedicándose a proyectos que abarcan desde el desarrollo comunitario hasta la educación, con un enfoque especial en la promoción de los derechos humanos.

En 2011, cuando Sudán del Sur obtuvo su independencia, la situación en el norte del país no mejoró. Al contrario, las tensiones crecieron y, sin embargo, el Padre Jorge eligió quedarse. Sabía que su presencia era más necesaria que nunca en medio de las nuevas crisis humanitarias que surgieron. En las regiones más afectadas por los conflictos, donde la violencia se entrelazaba con la desesperanza, su misión no se limitaba solo a predicar el Evangelio, sino también a tender puentes de reconciliación entre grupos en conflicto. Así, en 2017, su trabajo en iniciativas de paz cobró especial relevancia, ofreciendo su mediación entre comunidades divididas por diferencias étnicas y religiosas.

Su labor ha sido una mezcla de evangelización y acción, de fe y de compromiso con la vida diaria de los sudaneses, siempre desde una perspectiva cristiana de servicio desinteresado. En un país donde el sufrimiento parece ser parte de la rutina, el Padre Jorge ha logrado

sembrar semillas de esperanza, trabajando de la mano con las comunidades, escuchando sus necesidades y ayudándoles a encontrar formas de salir adelante, no solo materialmente, sino también espiritualmente.

Jartum y Omdurman se encuentran en el corazón de Sudán, en un cruce de caminos donde los ríos Nilo Azul y Nilo Blanco se funden en un abrazo eterno antes de continuar su trayecto hacia el norte. Jartum, la capital política y administrativa, se extiende como un mosaico entre las orillas del Nilo Azul y el Nilo Blanco, mientras que Omdurman, su hermana histórica y cultural, se encuentra justo al otro lado del río, separadas por el agua, pero unidas en una danza de contrastes y complementos.

El paisaje de ambas ciudades es, a primera vista, árido y seco, con extensiones de desierto que se funden con las llanuras de acacia y matorrales. El calor parece abrazar la tierra en un abrazo constante y sofocante, especialmente en los meses más cálidos. Sin embargo, los ríos que las atraviesan dan vida a la región, ofreciendo una franja verde y fértil a su paso, donde los mercados y los barrios crecen al ritmo de la historia y el flujo del agua. Desde las alturas, la confluencia de los dos Nilos es como una cicatriz azulada que corta el horizonte árido, marcando un lugar de encuentro, una línea divisoria que también es un símbolo de vida.

Jartum, fundada en el siglo XIX como un puesto militar egipcio bajo el dominio otomano, ha crecido y evolucionado como el centro neurálgico de Sudán. Desde sus inicios, ha sido un punto de convergencia de culturas y poderes. Aquí se siente la tensión histórica entre las aspiraciones del modernismo urbano y el peso de las tradiciones antiguas. Las avenidas principales de la ciudad están flanqueadas por edificios gubernamentales, hoteles internacionales y embajadas, enmarcando la narrativa de una ciudad que busca posicionarse como el rostro moderno de Sudán. Sin embargo, justo fuera de estas zonas, la vida se despliega en barrios populosos donde el bullicio del mercado y la vida cotidiana revelan una realidad más compleja. En Jartum, el aire está cargado de una mezcla de progreso y lucha, donde los contrastes entre riqueza y pobreza son evidentes.

Al otro lado del Nilo, Omdurman vibra con una historia más profunda. Esta ciudad, más tradicional y auténtica, fue la capital del Mahdi en el siglo XIX, el líder religioso y militar que desafió el dominio británico-egipcio. Omdurman guarda las huellas de la resistencia y la espiritualidad que marcaron a Sudán en aquellos años. Sus calles serpentean alrededor de los grandes mercados, donde se puede escuchar el eco de generaciones que han comerciado allí, vendiendo desde especias y telas hasta animales y artefactos religiosos. La mezquita del Mahdi, majestuosa y solemne, es un recordatorio constante de ese pasado glorioso y rebelde. Omdurman es el alma de Sudán, donde la cultura nubia, árabe y africana se entrelazan en un tejido histórico que aún perdura.

Políticamente, tanto Jartum como Omdurman son el epicentro de las tensiones que han definido a Sudán en las últimas décadas. El país, desgarrado por conflictos internos, guerras civiles y el proceso de independencia de Sudán del Sur, tiene en estas dos ciudades un reflejo de sus dilemas. Jartum, con sus edificios de gobierno, es el símbolo del poder central, mientras que Omdurman, con sus raíces en la resistencia mahdiísta, encarna la lucha por la autodeterminación y el poder del pueblo. Las tensiones entre el norte árabe-musulmán y el sur cristiano-animista se sienten en cada rincón, como un latido silencioso que nunca se apaga.

Religiosamente, ambas ciudades están profundamente marcadas por el Islam. Las llamadas a la oración resuenan en los minarettes que se elevan sobre los tejados de las casas de adobe, y la fe impregna todos los aspectos de la vida diaria. La población sigue mayoritariamente las corrientes del Islam sunita, con una notable presencia del sufismo, especialmente en Omdurman, donde la tumba del Mahdi se convierte en un lugar de peregrinación y devoción. Las cofradías sufíes, con sus prácticas místicas y su espiritualidad profunda, siguen siendo una fuerza importante en la vida religiosa, ofreciendo un contrapunto a la rigidez de las corrientes más conservadoras. En las noches de jueves, en los campos abiertos, los sufíes se reúnen para bailar en círculos bajo las estrellas, en un acto de devoción que parece conectarlos con lo divino, pero también con sus raíces ancestrales.

Jartum y Omdurman, en su dualidad, representan el alma de Sudán. Mientras una mira hacia el futuro, con sus edificios de cristal y acero y

sus aspiraciones políticas, la otra mira hacia el pasado, guardiana de una historia que aún resuena en los corazones de sus habitantes. El río que las separa no es solo una frontera física, sino también un símbolo de las tensiones, esperanzas y luchas que definen a este país vasto y complejo. Y, sin embargo, a pesar de todas las divisiones, las dos ciudades comparten el mismo destino, inseparables en su búsqueda de identidad, paz y un lugar en el mundo.

Como anécdota, El oficial inglés que estuvo en Jartum y cuya historia fue llevada al cine es el General Charles George Gordon, conocido como Gordon de Jartum. Gordon fue un destacado oficial británico y gobernador de Sudán, quien fue enviado a Jartum en 1884 para evacuar a los ciudadanos británicos y defender la ciudad durante el levantamiento del Mahdi, un líder religioso y militar sudanés. Gordon fue asesinado en enero de 1885 durante el asedio de Jartum, lo que convirtió su muerte en un símbolo de heroísmo en la época victoriana.

Su historia fue inmortalizada en la película "Khartoum" (1966), donde el actor Charlton Heston interpretó a Gordon, y Laurence Olivier interpretó al Mahdi. La película relata los eventos de la revuelta y el enfrentamiento entre Gordon y las fuerzas del Mahdi.

Daniel Comboni nació en una pequeña aldea a orillas del lago de Garda, Italia, en 1831. Desde niño, sus ojos se llenaban de sueños de aventuras y de horizontes lejanos. A medida que crecía, ese anhelo tomaba forma

en una pasión por África, un continente del que solo conocía historias remotas, pero que lo llamaba con fuerza. La vida sencilla de los campos italianos no pudo contener su espíritu, y pronto se dedicó al estudio y a la formación sacerdotal en Verona. Allí, en el Instituto Mazza, se despertó en él un amor profundo por los pueblos africanos, una tierra que él veía como sufriente, necesitada de redención, no solo espiritual, sino también humana.

En 1857, Comboni emprendió su primer viaje a África Central, a la región que hoy conocemos como Sudán. Atravesó el desierto, se enfrentó a enfermedades, a una naturaleza implacable y a la dureza de una misión en un mundo desconocido. Cada día en África parecía más una lucha por la supervivencia que una obra de evangelización. Pero fue allí, en medio del calor sofocante y del sufrimiento de los esclavos africanos, donde Daniel Comboni comprendió la magnitud de su misión. Se dio cuenta de que no bastaba con predicar, que no bastaba con ofrecer consuelo espiritual a pueblos diezmados por la esclavitud y el subdesarrollo. Entendió que la salvación del alma y la regeneración del continente debían ir de la mano.

Tras el fracaso de esa primera misión, regresó a Europa. Pero lejos de dejarse vencer por el desaliento, Daniel Comboni diseñó un plan. Su mente vibraba con una idea revolucionaria, que no solo sacudiría a la Iglesia, sino también a la propia visión colonialista de la época. En Roma, presentó su Plan para la Regeneración de África, en el que defendía que la salvación de África debía venir de los propios africanos. "África será regenerada por medio de África", proclamaba. Su idea era

simple y a la vez radical: formar a líderes africanos, a sacerdotes, a educadores, a personas capaces de tomar las riendas de su propio destino. Comboni no quería imponer la fe como un conquistador; quería que los africanos, formados y empoderados, asumieran su lugar en la evangelización y en el desarrollo de sus tierras.

Mientras en Europa sus ideas eran consideradas con escepticismo, en África su visión iba tomando forma. Comboni fundó escuelas y misiones por todo el continente. En las aulas que erigió, los niños africanos no solo aprendían a leer y escribir, sino que se les enseñaba a soñar, a imaginar un futuro más allá de la esclavitud y la pobreza. Las voces de esos niños resonaban con esperanza en los pasillos de las misiones que Comboni establecía, y para él, esos ecos eran como los primeros pasos hacia una nueva África. Pero su misión no se limitaba a la educación; Comboni también luchó incansablemente contra la esclavitud. En los mercados de esclavos, donde hombres y mujeres africanos eran vendidos como mercancías, Comboni sentía el dolor de su gente, su gente, y no descansaba hasta liberar a los cautivos, a menudo arriesgando su propia vida.

Comboni viajaba incansablemente entre Europa y África, buscando apoyo para su causa. En cada iglesia, en cada plaza, en cada corte, pedía recursos, clamaba por la libertad de los africanos, por su educación, por su dignidad. En 1877, fue nombrado obispo y vicario apostólico de África Central, con sede en Jartum. Allí, en la inhóspita y cálida tierra de Sudán, continuó su incansable labor. Estaba exhausto, su cuerpo ya no resistía los rigores del clima ni las largas travesías, pero

su espíritu no se apagaba. Seguía viajando entre las aldeas, predicando, organizando, construyendo. Sabía que su tiempo se agotaba, pero sentía que su trabajo aún estaba incompleto.

La muerte lo alcanzó en 1881, en Jartum, pero para Daniel Comboni la muerte no fue el final de su misión. Sus ideas, sus sueños, su visión de un África liberada y evangelizada por sus propios hijos, siguieron vivos. Las congregaciones de los Misioneros y las Misioneras Combonianas, que él fundó, continuaron su obra, llevando su legado a cada rincón del continente. Donde él había sembrado con sudor y lágrimas, otros continuaron regando con fe y dedicación.

Comboni había soñado con una África renovada, libre de la esclavitud, instruida y capaz de tomar su propio destino en sus manos. Para muchos, sus ideas fueron un faro en medio de la oscuridad de los tiempos coloniales. Fue un hombre adelantado a su tiempo, un misionero que no solo quería salvar almas, sino también dar a los africanos las herramientas para forjar su propia salvación, tanto espiritual como terrenal. Este hombre, que entregó su vida por África, fue finalmente canonizado por el Papa Juan Pablo II en 2003, reconociendo su santidad y su vida de sacrificio por la causa de la evangelización y la dignidad humana. La obra de Daniel Comboni sigue viva, no solo en los corazones de los misioneros que llevan su nombre, sino en cada rincón de África donde su amor y su visión de justicia, educación y fe dejaron una huella imborrable.

Crece mi admiración por los misioneros de todas las épocas, hombres y mujeres que emprendían largos viajes y se sometían a fatigas y privaciones, y dejaron sembrada la semilla de la fe. Casualmente, San Daniel Comboni tenía una especial amistad y hasta veneración por el que fue el primer obispo de mi Vicariato de Harar en Etiopía: el cardenal italiano Guglielmo Massaja (1809-1889), franciscano capuchino. Massaja inició las misiones en las que mis compañeros y yo seguimos trabajando ahora hasta la frontera somalí, ciento treinta años después: Midagdu, Karramile, Chelenko, Doba, Jarra, Chaffe, Awale, Dire Dawa, Lagarba, entre otras.

Guglielmo Massaja, nacido el 8 de junio de 1809 en el pequeño pueblo de Piovà, en el Piamonte italiano, fue un hombre destinado a dejar una marca profunda en la historia de la misión católica en África. Desde temprana edad, demostró una inclinación por la vida religiosa y, a los diecisiete años, ingresó en la Orden de los Capuchinos, adoptando el nombre de Fray Guglielmo. Esta orden franciscana, a la que Massaja entregó su vida, tenía una historia particular. Los Capuchinos surgieron en el siglo XVI como una rama reformada de la Orden Franciscana, que buscaba regresar a los orígenes de la austeridad y simplicidad que San Francisco de Asís predicaba. Como nota anecdótica, el nombre "Capuchinos" proviene del característico capucho o capucha puntiaguda de los hábitos que usaban, un símbolo de humildad y penitencia. Este sencillito aditamento les dio su apodo, que luego se consolidó como el nombre oficial de la orden. Curiosamente, el famoso

café "capuchino" también toma su nombre de los frailes, pues se dice que el color de la bebida recuerda al de sus hábitos marrones.

Guglielmo Massaja, con su capucha distintiva, se embarcó en una misión que lo llevaría a los rincones más inhóspitos de África. En 1846, fue nombrado por el Papa Gregorio XVI como vicario apostólico de la región de Abisinia (hoy Etiopía), un territorio inmenso y lleno de obstáculos tanto geográficos como políticos. Para llegar a su destino, Massaja tuvo que atravesar desiertos, montañas y zonas inhóspitas, enfrentándose a enfermedades tropicales, conflictos locales y la constante amenaza de las autoridades etíopes, que veían con recelo la influencia extranjera. Sin embargo, su perseverancia nunca flaqueó. Llegó a Etiopía en un momento de gran convulsión política, pero su capacidad para adaptarse a las circunstancias y ganarse la confianza de los líderes locales lo convirtió en una figura respetada.

La obra de Massaja en Etiopía fue vasta y ambiciosa. Desde el principio, su misión no se limitó a la evangelización, sino que abarcó una serie de proyectos humanitarios y educativos que impactaron profundamente a las comunidades locales. Consciente de las necesidades de la población, fundó numerosas escuelas, talleres y hospitales, convencido de que la fe debía ir acompañada de acciones concretas para mejorar la calidad de vida de los africanos. En su corazón franciscano latía el deseo de liberar a los pueblos del sufrimiento, y Massaja veía en la educación y la atención médica herramientas esenciales para elevar la dignidad humana.

Una de sus principales preocupaciones fue la lucha contra la esclavitud, un flagelo que devastaba a las poblaciones africanas. Guglielmo Massaja no solo denunció esta práctica, sino que también trabajó activamente para liberar a esclavos y proporcionarles una nueva vida dentro de las comunidades cristianas. Su valentía y firmeza ante esta injusticia lo convirtieron en una figura de esperanza para muchos africanos que sufrían bajo las cadenas de la opresión.

A lo largo de sus décadas de misión en Etiopía y otras regiones de África Oriental, Massaja enfrentó innumerables dificultades. En varias ocasiones fue expulsado de los territorios por las autoridades locales, que desconfiaban de la influencia del cristianismo. No obstante, cada vez que fue desterrado, regresaba con más fuerza, convencido de que su labor aún no había concluido. En su vida, hubo momentos en los que su fe fue puesta a prueba, especialmente cuando perdió a muchos compañeros misioneros a causa de enfermedades o persecuciones, pero siempre mantuvo su convicción en la providencia divina.

Además de su obra directa en África, Guglielmo Massaja dejó un legado literario importante. Escribió varios libros y memorias sobre su vida misionera, en los que relataba con detalle no solo las dificultades de la misión, sino también las costumbres y culturas de los pueblos africanos con los que convivió. Su obra más conocida es "I miei trentacinque anni di missione in Africa" (Mis treinta y cinco años de misión en África), en la que narra sus experiencias y las lecciones que aprendió en medio de la adversidad. Estos escritos no solo proporcionan una valiosa información sobre el África del siglo XIX, sino que también reflejan la

profunda espiritualidad de un hombre que veía en cada ser humano la imagen de Dios, sin importar las barreras culturales o lingüísticas.

En 1884, tras más de tres décadas de misión, regresó a Italia, agotado por los rigores de la vida misionera y gravemente enfermo. Aunque su cuerpo estaba debilitado, su espíritu permanecía fuerte. Fue nombrado cardenal por el Papa León XIII en 1884, en reconocimiento a su incansable labor en la evangelización de África. A pesar de su delicada salud, continuó participando activamente en la vida de la Iglesia, ofreciendo sus consejos y experiencia a las nuevas generaciones de misioneros.

Guglielmo Massaja falleció el 6 de agosto de 1889, dejando tras de sí un legado imborrable de amor por los pueblos africanos y una vida dedicada por completo al servicio de los demás. Su obra continúa viva a través de las instituciones que fundó y de la inspiración que su vida ha proporcionado a misioneros de todo el mundo. Guglielmo Massaja no fue solo un misionero; fue un puente entre culturas, un defensor de los derechos humanos y un ejemplo de cómo la fe puede transformar realidades difíciles. Y en su figura, la sencillez franciscana representada por la capucha de los Capuchinos, se mezcló con la grandeza de un espíritu que nunca dejó de luchar por los más vulnerables.

Karramile, Chelenko, Doba, Jarra, Chaffe y Awale son pequeños pueblos situados en el este de Etiopía, en las vastas y desafiantes tierras

de la región de Oromía, donde el paisaje se extiende como una gran llanura seca, salpicada de colinas bajas y acacias que sobreviven al sol implacable. Estas localidades, aunque dispersas, están unidas por la tierra, la cultura y la historia de su gente. Los caminos que las conectan son polvorientos y, a menudo, rudimentarios, estrechas franjas de tierra que serpentean entre campos áridos y aldeas modestas construidas con adobe, madera y techos de paja.

El origen de estos pueblos se remonta a los antiguos clanes oromo, que, desde tiempos inmemoriales, han habitado estas tierras. Los oromo son el grupo étnico mayoritario en la región, y sus costumbres y tradiciones impregnan la vida diaria de cada pueblo. La historia de estos lugares ha estado marcada por la migración, la resistencia y la adaptación a un entorno que, aunque duro, ha sido su hogar durante generaciones. La tierra en torno a estas aldeas es seca, pero no estéril; es la cuna de una agricultura que lucha contra las inclemencias del clima. Cultivos de sorgo, maíz y teff, un grano autóctono de Etiopía, cubren las parcelas de tierra roja y polvorienta que los agricultores siembran con la esperanza de una lluvia que siempre parece esquiva.

El entorno es agreste, pero en él se oculta una belleza simple y silenciosa. Cuando las lluvias llegan, el paisaje cambia; los campos secos se transforman en un mosaico de verdes y dorados, y los pequeños arroyos que cruzan la región comienzan a correr con un vigor que parece casi milagroso. Los niños juegan cerca de estos riachuelos, mientras las mujeres se ocupan de las tareas diarias, lavando ropa o recolectando agua en jarras de barro que llevan sobre sus cabezas. Pero

cuando la sequía golpea, el ambiente cambia drásticamente, y el polvo se apodera de todo, cubriendo los caminos y las casas, mientras los animales buscan desesperadamente algo que pastar.

En el ámbito político y social, estos pueblos han vivido a la sombra de los grandes cambios que Etiopía ha experimentado a lo largo de los siglos. Aunque alejados de los centros de poder, el eco de las transformaciones políticas siempre acaba llegando a sus rincones. La región de Oromía ha sido un escenario recurrente de tensiones étnicas y políticas, especialmente en las últimas décadas. Las reivindicaciones de autonomía, los conflictos entre comunidades y la lucha por la tierra han marcado la vida de sus habitantes. Sin embargo, estos pueblos mantienen una fuerte cohesión social, basada en un sistema comunitario de apoyo mutuo, donde el gada, la antigua estructura democrática oromo, sigue siendo un pilar fundamental para la organización social y la toma de decisiones.

Religiosamente, la fe en estos pueblos es una mezcla rica de tradiciones antiguas y creencias modernas. El Islam es predominante en la mayoría de estas aldeas, donde las mezquitas, aunque modestas, son el corazón espiritual de la comunidad. Al atardecer, cuando el sol se inclina hacia el horizonte, el canto del muecín llama a la oración, su voz se eleva sobre los techos de paja y se funde con el viento cálido. Al mismo tiempo, en algunas zonas, el cristianismo ortodoxo etíope también tiene una presencia significativa, especialmente en los pueblos más cercanos a las grandes ciudades. En estas comunidades, las iglesias, con sus cúpulas

redondas y cruces ortodoxas, son lugares de encuentro donde la fe y la tradición se entrelazan en celebraciones que marcan el ciclo de la vida.

La religión tradicional oromo, conocida como Waaqeffanna, aún perdura en algunos rincones, donde la reverencia por Waaq, el dios supremo, y el respeto por la naturaleza, juegan un papel crucial en la vida diaria. En estas creencias ancestrales, la tierra, los árboles y el cielo no son solo parte del paisaje, sino elementos sagrados que conectan a las personas con sus antepasados y con el mundo espiritual.

En Jartum, Sudán, confluyen los dos nilos, y es un espectáculo único: el Nilo Blanco, que nace a miles de kilómetros al sur, en el lago Victoria, y el Nilo Azul, que tiene sus fuentes en la alta Etiopía. De allí, de Jartum, sale un Nilo único hacia el norte, hasta su desembocadura en el delta del litoral egipcio. Este río es de los más míticos de la historia universal, citado en la literatura antigua, en Homero, en el libro del Éxodo, y obviamente en la escritura jeroglífica egipcia. África sigue representando un misterio. Sabéis que no salí de España para hacer turismo o estudios etnográficos, que bien poco me interesan. Vine a vivir en sencillez, a decir Misa a la gente de Lagarba, a ser su cura, y a ayudar en lo posible a la gente y a las monjas y a mi obispo de aquí. Pero al final dices que sí a una petición de las monjas, casi a regañadientes dejas tu misión un par de semanas, coges un avión para ir al país vecino para

predicar un retiro a sus hermanas, y acabas viendo cosas especiales que no te esperabas y oyes historias más increíbles aún. Aprendes historia, aprendes sobre la Iglesia y sobre el Islam, y ves otras culturas y expresiones, climas y geografía, y el actual desarrollo de África en sus ciudades. Y combinas esa información con todo lo que habías aprendido anteriormente. Los libros, internet y los medios audiovisuales te pueden enseñar cosas, pero al ir en persona captas mucho más la índole de esos lugares y esas gentes.

El Nilo, el río de los ríos, ha sido desde tiempos inmemoriales el hilo conductor de civilizaciones, testigo de mitos y escenario de grandes gestas. En su vasto recorrido, dos corrientes poderosas lo alimentan: el Nilo Blanco, que nace a miles de kilómetros al sur, en las profundas aguas del lago Victoria, y el Nilo Azul, que tiene su origen en las alturas de Etiopía, donde las lluvias torrenciales y los deshielos se precipitan desde las montañas. Ambas corrientes viajan largas distancias, enfrentándose a paisajes agrestes y climas extremos, hasta que finalmente se encuentran en la encrucijada mágica de Jartum, donde se funden en una única arteria que fluye hacia el norte, llevando vida y fertilidad hasta su desembocadura en el delta del litoral egipcio.

El Nilo Blanco, con su comienzo en las tranquilas aguas del lago Victoria, serpentea a través de vastas llanuras y espesos bosques tropicales. Es un río sereno y pausado, que parece cargar con la sabiduría antigua de la naturaleza. Durante su viaje, pasa por territorios remotos de Uganda y Sudán del Sur, donde sus aguas proporcionan

sustento a pueblos que dependen de su curso para pescar, cultivar y sobrevivir. El Nilo Blanco, aunque a menudo eclipsado por su hermano impetuoso, el Nilo Azul, es una fuente de constancia y equilibrio. Sus aguas llevan consigo siglos de historias de pueblos que han florecido y caído a lo largo de sus orillas, siempre bajo su mirada atenta.

Por otro lado, el Nilo Azul nace con furia en las montañas de Etiopía, específicamente en el lago Tana, donde las lluvias monzónicas y las tormentas desatan su energía. Es un río indómito, cuyas aguas se arremolinan con ímpetu, arrastrando sedimentos y nutrientes que fertilizan los suelos a medida que descienden hacia las tierras bajas. A lo largo de su recorrido, atraviesa gargantas profundas y cañones escarpados, y a su paso deja una estela de vida que contrasta con la dureza de su entorno. Este río ha sido una arteria vital para las civilizaciones etíopes durante milenios, alimentando tanto la tierra como el espíritu de aquellos que lo habitan. El Nilo Azul, con su carácter salvaje, ha sido testigo de grandes eventos históricos, incluidos aquellos relatados en la Biblia, donde se menciona como uno de los ríos que cruza la tierra de Cus, el antiguo reino etíope.

El momento en que ambos ríos se encuentran en Jartum, el Nilo Blanco y el Nilo Azul, es como una unión de opuestos: el equilibrio del primero y la furia del segundo. A partir de esa confluencia, ya no son dos corrientes separadas, sino un único cuerpo de agua que avanza con firmeza hacia el norte. El Nilo que nace de esta unión se vuelve imparable, cruzando los vastos desiertos sudaneses y egipcios, llevando consigo la promesa de vida en un paisaje donde la muerte parece reinar.

En Egipto, este río único ha sido venerado desde los albores de la civilización; los antiguos faraones construyeron sus templos y pirámides a su sombra, sabiendo que el Nilo era no solo una fuente de alimento, sino el canal que conectaba el cielo y la tierra, los dioses y los hombres.

El delta del Nilo, donde finalmente el río se abre en múltiples brazos antes de besar el mar Mediterráneo, es una tierra fértil, un verdadero milagro en medio de los desiertos. A lo largo de los siglos, ha sido la cuna de ciudades prósperas, el escenario de grandes conquistas y el guardián de secretos antiguos. Las crecidas del Nilo, que llegaban cada año, traían consigo una fertilidad casi sobrenatural, permitiendo que la agricultura floreciera y las civilizaciones se desarrollaran en torno a sus márgenes. Sin el Nilo, Egipto no sería más que arena; con el Nilo, se convirtió en el reino inmortal de los faraones.

Los eventos históricos reflejados en la Biblia y otras escrituras sagradas hacen del Nilo un río cargado de simbolismo. Fue en sus aguas donde el profeta Moisés, siendo un bebé, fue colocado en una canasta de juncos por su madre, quien lo dejó en el río para salvarlo de la orden de muerte del faraón. El Nilo, en su flujo generoso, lo llevó hasta la hija del faraón, quien lo rescató y lo crio como su propio hijo. Años más tarde, Moisés volvería al Nilo como un profeta enviado por Dios, y sería este mismo río el escenario de uno de los castigos divinos más recordados: las aguas del Nilo se convirtieron en sangre como una de las plagas enviadas a Egipto, desatando el caos y el temor.

Así, el Nilo, en su viaje desde las tierras altas de África hasta su vasta desembocadura en el delta, no solo ha sido un río, sino un hilo de vida que conecta a las civilizaciones antiguas y modernas, un testigo de la historia sagrada y profana, y un símbolo de renovación eterna.

A propósito de las fuentes del Nilo Azul, en el norte de Etiopía, os tengo que mencionar el nombre de una figura que me cautiva y cuya historia aún me parece increíble: el misionero jesuita español Pedro Páez, que fue cautivo durante siete años en Aden, Arabia - intentaba arribar a las costas de Etiopía por barco desde la India- y fue el primer europeo en llegar a las fuentes del Nilo Azul en 1618. Convirtió a la fe católica al emperador etíope, conocido en las leyendas medievales como el Preste Juan, y murió en la ciudad de Gorgora en 1622. Luego esa misión jesuítica fracasó y el país estuvo cerrado durante tres siglos a la entrada de misioneros católicos y a europeos en general.

Pedro Páez, el misionero jesuita español nacido en Olmeda de las Cebollas en 1564, fue un hombre cuyo destino lo llevó a cruzar océanos, sufrir cautiverios y recorrer tierras misteriosas en una búsqueda de fe y aventura que lo marcaría como una de las figuras más fascinantes de la historia de las misiones cristianas en África. Su vida, llena de sacrificios y descubrimientos, estuvo íntimamente ligada a Etiopía, un reino legendario al que la imaginación medieval europea había otorgado el

nombre de Preste Juan, el mítico emperador cristiano del Este. El viaje de Páez hacia esas tierras remotas, sin embargo, estuvo lleno de obstáculos y de un largo sufrimiento.

En 1588, lleno de fervor misionero, Pedro Páez se embarcó hacia la India, donde los jesuitas ya habían establecido una presencia importante. Desde allí, su misión era llegar a las costas de Etiopía y llevar el mensaje del Evangelio a sus gentes. Sin embargo, en el camino, su barco fue capturado por piratas árabes en las costas del Mar Rojo, y así comenzó uno de los episodios más oscuros de su vida. Durante siete años, Páez fue prisionero en Adén, en el actual Yemen. Siete años en los que soportó privaciones, maltratos y enfermedades, pero su espíritu nunca se quebró. En el tiempo de su cautiverio, aprendió árabe y otras lenguas locales, convirtiendo su sufrimiento en una oportunidad para sumergirse en las culturas del Oriente Medio, preparándose, aunque él no lo sabía en ese momento, para la labor que más tarde lo esperaba en las montañas de Etiopía.

Liberado en 1603, Páez finalmente llegó a Etiopía, la tierra que, para los europeos, estaba envuelta en leyendas sobre un emperador cristiano llamado Preste Juan, que gobernaba un reino oculto en el Este. Este mito medieval, originado en Europa en el siglo XII, hablaba de un monarca fabuloso, cuyo reino estaba lleno de riquezas y donde reinaba el cristianismo en su forma más pura. Aunque la figura de Preste Juan nunca fue real en el sentido literal, representaba la esperanza de los cristianos europeos de una alianza con un reino cristiano en el Oriente, que les ayudaría a combatir a los musulmanes. En el imaginario

colectivo, Etiopía fue identificada como ese reino remoto, y fue allí donde Pedro Páez decidió cumplir su misión.

Al llegar a Etiopía, Páez se encontró en un país diverso, lleno de culturas antiguas y un cristianismo arraigado desde hacía siglos en la Iglesia Ortodoxa Etíope. A pesar de las diferencias teológicas, el jesuita español se ganó la confianza de la corte imperial, especialmente la del emperador Susenyos I, quien vio en él no solo a un hombre de fe, sino a alguien con una vasta comprensión del mundo exterior. A través de su paciencia y persuasión, Páez logró una hazaña que pocos podían haber imaginado: convertir al emperador etíope al catolicismo. Con la conversión de Susenyos, Pedro Páez alcanzó uno de los puntos culminantes de su misión, y durante unos años pareció que Etiopía podría integrarse al catolicismo romano, estrechando los lazos con Europa.

Pero la contribución más célebre de Páez no solo fue en el campo de la religión. En 1618, el jesuita español se convirtió en el primer europeo en llegar a las fuentes del Nilo Azul, un logro que durante siglos había eludido a los exploradores. Desde la antigüedad, el Nilo había sido objeto de fascinación y misterio, y sus orígenes, especialmente los del Nilo Azul, en las tierras altas de Etiopía, permanecían desconocidos para Occidente. Páez, con la humildad que lo caracterizaba, documentó su descubrimiento en escritos detallados, pero lo que podría haber sido un gran logro geográfico pasó desapercibido durante siglos. Su relato quedó oculto hasta que otros exploradores, mucho más tarde, recibieron crédito por lo que él ya había logrado.

Páez murió en 1622 en la ciudad de Gorgora, una pequeña población a orillas del lago Tana, donde había fundado una misión jesuita que esperaba fuera el centro de la expansión católica en Etiopía. Sin embargo, su muerte marcó el comienzo del fin para la misión jesuítica en el país. Aunque el emperador Susenyos había adoptado el catolicismo, las tensiones internas y las rebeliones de los nobles ortodoxos, unidos a la presión popular, hicieron que la conversión del país no pudiera sostenerse. Tras la muerte de Pedro Páez, la situación se deterioró rápidamente. El emperador, acosado por las rebeliones y el descontento, fue finalmente forzado a abdicar en 1632 y su sucesor, Fasilides, rechazó el catolicismo y cerró las puertas del país a los misioneros europeos durante los próximos tres siglos.

Así, la misión que Pedro Páez había soñado con tanto fervor terminó en un fracaso aparente. Sin embargo, su legado, tanto como explorador del Nilo Azul como incansable evangelizador, sobrevivió en la memoria histórica. Fue un hombre que, desde los tiempos más oscuros de su cautiverio, hasta su gloria como consejero del emperador, dejó una marca indeleble en la historia de Etiopía, un país envuelto en las leyendas de Preste Juan, un rey que nunca existió en la realidad, pero cuya figura inspiró las esperanzas de tantos exploradores, religiosos y aventureros europeos.

El mito del Preste Juan, cuyo nombre resuena a lo largo de los siglos, había nacido en Europa como una mezcla de fe y fábula. Según la leyenda, era un rey-sacerdote cristiano que gobernaba en un rincón del mundo conocido por su poder y su piedad, una figura que había

mantenido viva la esperanza de una alianza cristiana en el lejano Oriente. Aunque la leyenda nunca tuvo un referente real en la historia, los europeos llegaron a identificar a Etiopía como el reino del Preste Juan, pues su iglesia ortodoxa y sus raíces cristianas eran una especie de eco lejano de lo que esa figura legendaria representaba.

Pedro Páez, en su larga travesía de fe y sacrificio, pudo haber tocado el corazón de esa leyenda al convertir al emperador Susenyos, aunque al final, la historia no correspondió al mito. La realidad fue más dura que los sueños de aquellos que buscaban en África un reino ideal. Y cuando Páez murió en Gorgora, cerró no solo un capítulo en su propia vida, sino también una puerta a las aspiraciones misioneras de toda una época.

Antes de ordenarme sacerdote en el 2007, cuando estudiaba teología, había cursos extra de evangelización y misionología en la Facultad, pero nunca tuve motivos o tiempo entonces para apuntarme a esas clases. Sírvanme como formación misionera las historias verídicas y ampliamente documentadas de personas como Francisco Javier (+1552, Isla de Sanxian, China) Toribio de Mogrovejo (+1606, Perú), Matteo Ricci SJ (+1610, la Ciudad Prohibida - Beijing), Eusebio Kino SJ (+1711, Primería Alta - México) o de la beata Ana María Javouhey que, aunque murió en 1851 en París, había fundado escuelas de su nueva orden de San José de Cluny en Islas Reunión, Martinica y Guinea, y sus obras, coventos y colegios, se extendieron a la India, Tahití, Madagascar,

Angola, hasta 60 países. A esta monja francesa del s. XIX algo le deberé yo, que estudié toda la EGB en el colegio de San José de Cluny en Pozuelo. Las "madres" del Cluny -muchas de ellas eran gallegas-, además de enseñarnos francés y matemáticas, nos hablaban de las misiones, del Domund, de la fundadora Ana María. De niño no te enteras de nada, pero ahí estás, escuchando y recibiendo, casi sin darte cuenta, una cultura y una forma de ver la vida, que luego te das cuenta que conecta con el deseo de conocer la verdad y dar a conocer la verdad. Te haces mayor y agradeces profundamente haber tenido testimonios, haber recibido de niño esperanza, y una educación, aunque imperfecta, realmente cristiana.

Francisco Javier, nacido en el seno de una noble familia en 1506, creció en una España que vivía el esplendor de la era de los descubrimientos, en un tiempo donde la Corona española y la portuguesa se disputaban nuevas tierras y rutas comerciales en Asia y América. La expansión del imperio español estaba ligada a la evangelización, y el catolicismo se extendía por los continentes recién descubiertos. En este contexto, Francisco Javier, tras unirse a la Compañía de Jesús, fue enviado a las colonias portuguesas en India como parte de una misión que buscaba cristianizar a los pueblos recién conquistados, en particular en Goa, un enclave colonial que servía de puerta de entrada a Asia. Sin embargo, Francisco Javier no se limitó a la India. Viajó por Japón, uno de los países más cerrados del mundo, donde logró convertir a varios señores

feudales al cristianismo. Desafió las barreras culturales y lingüísticas, y a pesar de las dificultades, Francisco Javier plantó las semillas del cristianismo en territorios que hasta entonces eran completamente desconocidos para los europeos. Pero su ambición final, llegar a China, quedó truncada cuando murió en 1552 en la isla de Sanxian, apenas a las puertas del gran imperio.

Toribio de Mogrovejo, por otro lado, vivió y trabajó en un contexto completamente diferente. Nacido en 1538, en pleno Siglo de Oro español, fue testigo del auge del Imperio español en América. Enviado como arzobispo de Lima, Perú, una región rica en recursos naturales y en culturas prehispánicas, Toribio llegó a un virreinato donde la explotación de los indígenas por los encomenderos españoles era brutal y despiadada. El contexto social de la época estaba marcado por las tensiones entre los conquistadores, los colonizadores y los nativos, quienes sufrían bajo un sistema de trabajo forzado que amenazaba con aniquilar sus modos de vida. En este marco, Toribio de Mogrovejo se destacó no solo por su labor evangelizadora, sino también por ser un defensor incansable de los derechos de los pueblos indígenas. Caminaba por las regiones más inaccesibles de los Andes, bautizando, predicando y defendiendo a los indígenas, a quienes consideraba hijos de Dios al igual que los españoles. Fue, en muchos sentidos, un precursor de los derechos humanos en América Latina. En un tiempo en que la Iglesia a menudo se alineaba con el poder colonial, Toribio luchó contra los abusos del sistema de encomiendas, recordando constantemente a los poderosos su deber cristiano de cuidar a los más débiles. A su muerte en

1606, su obra seguía viva en los corazones de los pueblos indígenas que él había protegido.

Matteo Ricci, jesuita italiano nacido en 1552, se enfrentó a un desafío diferente: la impenetrable China, un imperio vasto y milenario que veía con recelo a los extranjeros y sus costumbres. En una época en que el Renacimiento florecía en Europa y el catolicismo buscaba nuevos territorios tras las sacudidas de la Reforma, Ricci emprendió un viaje que lo llevaría a las puertas de la Ciudad Prohibida, el corazón del poder chino. Llegar a la China imperial no era solo una cuestión de fe, sino también de diplomacia y estrategia. Ricci, con su extraordinaria inteligencia, comprendió que la única manera de abrir el corazón de los chinos a la fe era a través del respeto y la comprensión de su cultura. Aprendió mandarín, vistió como los eruditos confucianos y se presentó ante la corte imperial no solo como un misionero, sino como un sabio y científico. Ofreció sus conocimientos en matemáticas, astronomía y geografía, ganándose el respeto de los mandarines. En un contexto social altamente jerárquico, Ricci logró, a través de la ciencia y la diplomacia, establecer un puente entre dos mundos aparentemente irreconciliables. Aunque no logró convertir a muchos al cristianismo, su legado fue haber abierto las puertas de China a la influencia occidental, al conocimiento científico y al diálogo interreligioso. Murió en 1610 en la Ciudad Prohibida de Beijing, habiendo dejado un impacto profundo en la corte imperial y en la percepción que los chinos tenían de los europeos.

Eusebio Kino, nacido en 1645 en el Tirol austriaco, llegó a América en un tiempo en que los misioneros enfrentaban enormes desafíos en las tierras salvajes del norte de México, conocidas como la Primería Alta, un vasto territorio que hoy corresponde a Sonora y Arizona. Era una época de expansión colonial, pero también de conflicto entre las comunidades indígenas y los colonizadores españoles. En este contexto, la misión de Kino no solo consistió en evangelizar, sino también en pacificar una región marcada por la resistencia indígena y el choque cultural. A lo largo de más de dos décadas, fundó más de 20 misiones en lo que hoy es México y el suroeste de Estados Unidos, siempre con un enfoque humanitario y de respeto hacia los pueblos indígenas, a quienes defendía de los abusos de los colonos y encomenderos. Su capacidad para comunicarse y trabajar con los indígenas pimas fue legendaria. Pero además de su labor religiosa, Kino fue un pionero en la ciencia geográfica. Sus mapas y exploraciones ayudaron a trazar con precisión los territorios del desierto, y fue el primero en demostrar que Baja California era una península y no una isla, como se creía hasta entonces. Su enfoque respetuoso hacia los indígenas y su pasión por la ciencia hicieron de él una figura fundamental en la historia de la evangelización de América del Norte. Murió en 1711, habiendo dejado un legado de paz y progreso en una tierra inhóspita.

Ana María Javouhey, nacida en 1779 en Francia, vivió en una época marcada por las secuelas de la Revolución Francesa y el ascenso de Napoleón, un tiempo en que la religión católica luchaba por recuperar su lugar en una sociedad cada vez más secularizada. Fundó la

Congregación de San José de Cluny en un contexto de reconstrucción de la Iglesia en Europa, pero su visión fue mucho más allá de las fronteras de su país. Javouhey se dedicó a la educación y a la evangelización en las colonias francesas, donde las injusticias sociales, la esclavitud y la falta de educación eran una realidad omnipresente. En un entorno social marcado por la opresión colonial, fundó escuelas en Islas Reunión, Martinica, Guinea y Senegal, luchando incansablemente por la alfabetización de los esclavos. En una época en que las mujeres tenían pocas oportunidades de liderazgo, Ana María se convirtió en una pionera en la lucha por la libertad y la dignidad de los africanos y de los esclavos en las colonias. Su obra se extendió hasta la India, Tahití, Madagascar y Angola, llevando su misión de educación y evangelización a más de 60 países. A su muerte en 1851, dejó tras de sí una red de colegios, conventos y misiones que continúan su legado hasta el día de hoy. En un mundo donde las estructuras coloniales parecían inquebrantables, Ana María Javouhey sembró las semillas de la libertad y la igualdad, ofreciendo una visión de un mundo más justo y más humano.

Cada uno de estos personajes enfrentó contextos históricos únicos y desafíos extraordinarios, pero todos compartieron una fe inquebrantable y un profundo compromiso con la humanidad. En tiempos de conquistas, colonización y exploración, ellos representaron la posibilidad de diálogo, respeto y transformación, cruzando fronteras físicas y espirituales para dejar un legado que aún perdura.

Sudán es el cuarto país africano que he visitado en mi vida, después de Marruecos, Mali y Etiopía. Es la región antiguamente llamada Nubia y lleva siglos islamizada, el árabe es la lengua oficial, todo está en árabe, y la venta y el consumo de alcohol es ilegal. Nuestros cristianos rezan en árabe, y el vino de Misa se fabrica clandestinamente a partir de uvas pasas. El futuro del país es incierto: sólo hace un par de años se derogó la Sharia como ley civil, la situación política es inestable, y hay protestas frecuentes, y es el ejército el que ejerce el poder. Desde Mahdi hasta Omar Al-Bashir, todos los regímenes han sido opresivos y dictatoriales. Los días que estuve allí había manifestaciones y calles cortadas y se sentían en el aire los gases lacrimógenos, y ése es el pan cotidiano. Hay un millón de católicos en el país, y otras minorías cristianas y animistas.

La antigua Nubia se extiende como una sombra misteriosa al sur de Egipto, bañada por las aguas del Nilo que atraviesan sus áridos desiertos y colinas rocosas. Es un territorio de contrastes, donde la fértil ribera del río se enfrenta a las vastas extensiones del desierto, creando una dualidad que moldea la vida y la historia de sus habitantes. Desde tiempos inmemoriales, Nubia fue una tierra de encrucijadas, un puente entre el África subsahariana y el mundo mediterráneo, y a lo largo de los siglos, su nombre resonó con ecos de poder, riqueza y resistencia.

En la antigüedad, los egipcios miraban hacia Nubia como una tierra exótica, rica en oro, ébano, marfil y piedras preciosas. Los faraones, con su mirada codiciosa, veían en sus tierras una fuente de riqueza inagotable, y no tardaron en tratar de dominarla. Pero los nubios no eran meros proveedores de riquezas; eran un pueblo orgulloso, con una cultura rica y compleja que rivalizaba en muchos aspectos con la de sus poderosos vecinos del norte. Las dinastías de reyes nubios que gobernaban desde sus capitales, como Kerma, Napata y Meroe, dejaron una huella indeleble en la historia de la región.

Las primeras menciones a Nubia en los textos egipcios la llamaban "Ta-Seti", la tierra del arco, en honor a la habilidad de los nubios como arqueros. Los ejércitos nubios eran temidos por su destreza en el combate, y no fue raro que los faraones reclutaran guerreros nubios para sus propias filas. Pero más allá de la guerra, hubo también una relación de intercambio y admiración mutua. Nubia absorbió muchas de las influencias de Egipto, desde la escritura jeroglífica hasta el arte y la arquitectura. Sin embargo, nunca perdió su propia identidad. Los templos y tumbas nubias, aunque inspirados por el estilo egipcio, reflejan una visión única del mundo, una conexión más profunda con la naturaleza salvaje de su tierra.

Durante el periodo del Reino de Kush, Nubia alcanzó su apogeo. Napata, y más tarde Meroe, se convirtieron en centros de poder y cultura, ciudades donde los templos se erguían en honor a dioses compartidos con Egipto, pero también a deidades autóctonas. Fue desde Napata que los reyes nubios lanzaron su contraataque contra el norte, y durante un

breve pero glorioso periodo, conocido como la Dinastía XXV, los faraones nubios conquistaron y gobernaron todo Egipto. Piye, el primero de estos faraones, encabezó una campaña victoriosa que lo llevó hasta Tebas y más allá, proclamándose soberano de los dos reinos. Pero lo que distinguió a estos gobernantes no fue solo su habilidad militar, sino su profunda devoción religiosa. Para Piye y sus sucesores, gobernar Egipto no era solo una cuestión de poder terrenal; era un mandato divino, una misión sagrada para restaurar el culto a Amón y los antiguos valores que, según ellos, se habían perdido en las dinastías egipcias anteriores.

El imperio nubio en Egipto fue efímero. Los asirios, con su maquinaria de guerra imparable, avanzaron desde Mesopotamia y obligaron a los faraones nubios a retirarse a sus tierras del sur. Pero incluso después de perder Egipto, Nubia siguió prosperando. Bajo los reyes de Meroe, la cultura kushita floreció. Meroe se convirtió en una ciudad vibrante, famosa por sus altas pirámides, más estrechas y puntiagudas que las de Egipto, y por sus talleres de hierro, que hicieron de la región un centro de producción metalúrgica en todo el noreste de África. Los reyes y reinas de Meroe fueron conocidos como constructores y guerreros, pero también como líderes religiosos. Las kandakes, las poderosas reinas-madres de Nubia, jugaron un papel crucial en la política del reino, y muchas veces lideraron ejércitos y negociaron tratados.

Con el paso de los siglos, la historia de Nubia se entrelazó con las influencias de otros pueblos. El contacto con los griegos y romanos trajo nuevas ideas y nuevos desafíos. Meroe mantuvo su independencia frente

a Roma, y la leyenda cuenta que una kandake se enfrentó a César Augusto en batalla, dejando una cicatriz en la reputación invicta del imperio. Pero con el tiempo, el poder de Meroe comenzó a desvanecerse, debilitado por los cambios en las rutas comerciales y la presión de tribus nómadas desde el desierto. Finalmente, la ciudad fue abandonada, y la gloria de Nubia, aunque nunca olvidada, se desvaneció en las arenas del tiempo.

Sin embargo, la historia de Nubia no terminó con la caída de Meroe. Durante la Edad Media, reinos cristianos como Nobatia, Makuria y Alodia surgieron en sus tierras, adoptando el cristianismo copto como religión oficial. Estas monarquías mantuvieron a raya al Islam durante varios siglos, hasta que finalmente la fe islámica se arraigó en la región en el siglo XV, transformando el paisaje religioso y cultural una vez más. Pero a lo largo de todas las conquistas y cambios, Nubia, con sus pueblos resistentes y su historia de reyes, dioses y guerreros, continuó siendo una tierra donde las civilizaciones se encontraban, y donde la memoria de su pasado glorioso seguía resonando, como las aguas del Nilo que nunca dejan de fluir.

La antigua Nubia fue más que una región geográfica; fue un crisol de culturas, un reino de poderosos imperios y una frontera entre mundos. Su legado aún perdura en las pirámides de Meroe, en los templos a medio desmoronar en las riberas del Nilo, y en las historias que sobreviven, contadas por las arenas del desierto y las corrientes del río eterno.

Yo antes no sabía nada de Sudán, sólo había visto en la tele imágenes de Darfur allá por 2003, cuando el genocidio y los inmensos campos de refugiados, que continúan hasta la fecha. También había oído hablar de la sudanesa Josefina Bakhita, que fue vendida como esclava varias veces en los mercados de Jartum, fue golpeada y maltratada durante años, y acabó siendo liberada y trasladada a Italia, donde se consagró a Dios y se hizo religiosa. Fue canonizada por Juan Pablo II y Benedicto XVI resume su historia en el n. 3 de la encíclica *Spe Salvi* para ponerla como modelo de mujer de esperanza ilimitada. De ella se han escrito varios libros, y hay una película. Vi su imagen en todas las casas y capillas que visité en Jartum, y muchas niñas se llaman "Bakhita" por ella. Impresiona que una pobre esclava negra se convierta en un icono, en un germen de renovación para un país y un continente siempre amenazado y golpeado por la guerra.

*Josefina Bakhita, como ya hemos comentado antes sobre ella, nació en Sudán alrededor de 1869, es un ejemplo luminoso de esperanza ilimitada, una mujer cuya vida fue marcada por el sufrimiento y la esclavitud, pero también por la redención y la fe inquebrantable. En la encíclica *Spe Salvi* del Papa Benedicto XVI, en el número 3, se la menciona como un símbolo de esperanza para el mundo. Su vida, que comenzó en el horror de la esclavitud, se transformó en una historia de liberación interior y espiritual, mostrándonos cómo la esperanza cristiana puede florecer incluso en las circunstancias más terribles.*

Josefina fue capturada por traficantes de esclavos cuando era solo una niña. Vendida y maltratada en varias ocasiones, sufrió golpes y humillaciones que marcaron su cuerpo, pero su espíritu no fue doblegado. Después de años de esclavitud, fue llevada a Italia, donde el destino la condujo a la familia Michieli, que la empleó como niñera. En este país lejano, que al principio no comprendía, Bakhita descubrió la luz de la fe cristiana. Fue aquí, bajo el cuidado de las Hermanas de la Caridad Canossianas, donde su vida cambió para siempre.

Bakhita se sintió cautivada por el Dios de amor que las hermanas le enseñaban, un Dios que ella había intuido en su corazón, incluso en los momentos más oscuros de su vida como esclava. En 1890 fue bautizada y tomó el nombre de Josefina, y poco después ingresó en la orden religiosa de las Canossianas, dedicando su vida al servicio de Dios y de los demás. En su sencillez, se convirtió en un faro de esperanza para todos los que la conocían. Su alegría y serenidad, nacidas de una profunda comunión con Dios, conmovieron a muchas personas que acudían a ella buscando consuelo.

En la encíclica Spe Salvi, el Papa Benedicto XVI relata cómo Josefina Bakhita experimentó un proceso de transformación interior que la llevó de la desesperación a la esperanza. Aunque fue liberada de la esclavitud física, su verdadera liberación fue espiritual. Descubrió que su verdadera libertad no dependía de las circunstancias externas, sino de su fe en Dios. Esta certeza la hizo libre de los horrores de su pasado, y vivió el resto de su vida con una serenidad que solo puede brotar de una esperanza indestructible en la vida eterna.

A lo largo de su vida, Josefina no escribió libros, pero su historia fue recogida por varias autoras y autores. Una de las obras más conocidas es "Bakhita: From Slave to Saint" de Roberto Italo Zanini, que relata su vida en profundidad, destacando cómo su fe inquebrantable la llevó a convertirse en un modelo de santidad. Otro libro importante es "St. Josephine Bakhita: The Fortune Smiles of Africa" de Pascalina Kowalska, que recoge las lecciones de vida de esta mujer extraordinaria. Ambas obras ofrecen un testimonio vívido del poder transformador de la fe y la esperanza, y han inspirado a innumerables lectores a ver más allá del sufrimiento hacia la promesa de la redención.

Además, la vida de Josefina Bakhita ha sido llevada a la pantalla en una película titulada "Bakhita: From Slave to Saint". Esta producción cinematográfica destaca los momentos clave de su vida, desde su captura y esclavitud hasta su liberación y consagración a Dios. La película, fiel a los eventos históricos, logra transmitir la profundidad de la transformación espiritual de Bakhita. A través de su sufrimiento, el espectador puede ver cómo su alma florece en el amor divino, y cómo, al final, la esperanza triunfa sobre el mal. La película ha tocado los corazones de muchos, no solo por la historia misma, sino también por la interpretación que muestra a Bakhita como una mujer de fe imbatible.

Josefina Bakhita es, sin duda, un modelo de esperanza. Su vida, relatada en la encíclica Spe Salvi y en obras literarias y cinematográficas, es un recordatorio de que, incluso en las circunstancias más oscuras, la esperanza en Dios puede abrir un camino hacia la luz. Desde la

esclavitud hasta la santidad, Josefina nos enseña que, con fe, todo es posible.

Volviendo ahora a Etiopía, os pido que recéis por un buen hombre de mi zona, llamado Birhanu Petros, 50, casado y con cuatro hijos, que procede de la misión católica de Edjefara. Vive en Asebe Teferi, y ayuda a los sacerdotes en algunas tareas pequeñas de la parroquia de allí. El caso es que hace cuatro años le hicieron varias operaciones y al final una colostomía, porque tenía complicaciones en el intestino. Para más inri, después de esa operación tuvo un accidente al caerse de un tuk-tuk (o bajaj, como los llaman aquí), y se le abrió la tripa y casi se muere. Aunque poco a poco se recuperó, es muy fastidiado vivir con una colostomía permanente, pues en Etiopía es difícil encontrar bolsas de colostomía, y aquello sale sin avisar, y con los olores y todo es muy incómodo, casi te tienes que aislar socialmente, y así llevaba el buen hombre cuatro años. O sea que, por insistencia de los sacerdotes, a principios de diciembre me llevé a Birhanu a varios hospitales, en Adama, donde estaba su historial clínico, y en Addis Abeba, donde hay mejores hospitales, y tuve que ausentarme dos semanas de mi misión de Lagarba, y le llavaba casi de la mano a cada prueba y consulta, pues el hombre se desorientaba. Después de muchas pruebas de laboratorio, de laparoscopia y de colonoscopia, los cirujanos

dictaminaron que la colostomía no se podía revertir. O sea que todo nuestro esfuerzo fue en vano. Todavía le quedan unos días de reposo en la capital, y al final volverá a casa igual que estaba. Pero quería contaros esto, porque aunque en mis mensajes suelo compartir lo bonito, lo exitoso, sin embargo la vida de la misión está sembrada de fracasos. Me ahorro el contároslos, porque siempre puede haber alguien más sensible, más aprensivo, y le chafo el día y se queda con lo negativo. Gracias a Dios, los fracasos no me desmoralizan. En el plano sobrenatural, los fracasos, aunque son amargos, son lo mejor, porque te hacen recordar por qué estás aquí y para quién haces las cosas. Creo que cualquier sacerdote de mi diócesis de Getafe puede entender lo que digo: el fracaso en las mil primeras cosas que intentas es el punto de partida. Vine a la misión para obedecerle, para hacer su voluntad, y ése es mi salario. Ni un éxito, ni la gratitud de la gente, ni mi satisfacción personal, son el quicio de todo esto. Birhanu está más tranquilo ahora, y acepta su situación, despejada la duda de que se ha hecho todo lo posible. Si aun después de intentar algo por muchos medios y haber fracasado tienes después mayor paz en el corazón, eso en sí mismo es de apreciar. En la misión casi todo fracasa, y te tienes que educar en ver lo positivo, los regalos de Dios, los detalles, la evolución de las almas buenas. Da igual que todo fracase aparentemente si al

final las Bienaventuranzas (Mt 5), las promesas de Cristo, son verdad.

La misión católica de Edjefara es una pequeña pero significativa presencia de la Iglesia en el corazón de Etiopía, en una región donde las influencias religiosas y culturales están profundamente entrelazadas con las raíces etíopes ortodoxas. Edjefara es uno de esos lugares donde los misioneros han trabajado silenciosamente durante décadas, construyendo puentes entre la fe católica y la cultura local, en medio de un entorno mayoritariamente ortodoxo y musulmán.

La misión fue establecida en el siglo XX, en un tiempo en el que los misioneros católicos, especialmente los de órdenes como los lazaristas y los combonianos, comenzaban a expandir su labor en el este de África. En una región dominada por la fe ortodoxa etíope, los misioneros se enfrentaron al reto no solo de difundir el mensaje del Evangelio, sino también de integrar sus labores con las necesidades sociales y educativas de la comunidad. La misión de Edjefara no solo se centró en la evangelización, sino también en el desarrollo de infraestructura básica, el acceso a la educación y la atención sanitaria.

El impacto de la misión católica en Edjefara ha sido gradual pero profundo. Con la construcción de escuelas, los niños de la región han

podido acceder a una educación básica, algo que antes estaba fuera del alcance de muchas familias. Estas escuelas, gestionadas por las órdenes religiosas, se han convertido en centros no solo de instrucción académica, sino también de formación moral y espiritual. En un entorno donde los recursos son limitados, la misión ha ofrecido también asistencia médica a través de dispensarios y clínicas gestionadas por las hermanas y misioneros, quienes han trabajado en estrecha colaboración con la población local.

A pesar de estar en una región donde el catolicismo es una minoría, la misión de Edjefara ha logrado mantener un diálogo respetuoso y fructífero con la Iglesia Ortodoxa etíope, una institución profundamente enraizada en la identidad cultural de la nación. En muchos casos, los misioneros han buscado colaborar en proyectos comunes, como la promoción de la alfabetización y la lucha contra la pobreza, lo que ha permitido tender puentes de amistad entre las diferentes confesiones cristianas.

La misión católica de Edjefara sigue siendo un testimonio de la dedicación y perseverancia de aquellos que, como muchos otros misioneros en África, han entregado sus vidas al servicio de los demás, llevando no solo el mensaje del Evangelio, sino también esperanza a una región que enfrenta desafíos económicos y sociales.

El tuk-tuk, también conocido en algunos países como bajaj, es un pequeño vehículo de tres ruedas muy popular en diversas partes del mundo, especialmente en Asia, África y América Latina. Funciona como un medio de transporte público y privado, ofreciendo una alternativa económica y ágil para moverse por ciudades congestionadas o en áreas rurales con caminos estrechos.

El diseño de un tuk-tuk es sencillo pero funcional. Tiene un cuerpo pequeño con una cabina para el conductor al frente y un asiento trasero que puede llevar de dos a tres pasajeros. Está cubierto por un techo de lona o metal, pero sus lados suelen estar abiertos o cubiertos con cortinas plásticas que se pueden enrollar, lo que permite circulación de aire en climas cálidos. Generalmente, el tuk-tuk funciona con un motor pequeño de gasolina o diésel, aunque en algunos lugares se han introducido versiones eléctricas.

Lo que hace al tuk-tuk tan popular es su capacidad para maniobrar con facilidad en el tráfico denso de las ciudades o en calles estrechas donde otros vehículos más grandes tendrían dificultades. Su tamaño compacto, junto con su bajo costo de mantenimiento y operación, lo convierten en una opción accesible para muchos conductores y usuarios. Además, suele ser uno de los medios de transporte más económicos para los pasajeros.

El bajaj, nombre que recibe en Etiopía y otros países africanos, cumple la misma función, y en muchas ciudades se ha convertido en el vehículo de transporte más utilizado para distancias cortas o medianas. A

menudo, los tuk-tuks o bajajs están decorados con colores brillantes y a veces con adornos llamativos, lo que les da un carácter único y distintivo en el paisaje urbano.

"El fracaso en las mil primeras cosas que intentas es el punto de partida" subraya una idea clave en el camino hacia el éxito: el fracaso no es el final, sino el principio de un proceso de aprendizaje y mejora. Esta filosofía es similar a pensamientos de autores que han reflexionado sobre el valor del fracaso como parte integral del éxito, como Winston Churchill o Thomas Edison, quienes destacaron que el éxito llega a través de múltiples intentos fallidos.

El significado de esta frase radica en que los primeros fracasos son pasos necesarios en el proceso de adquirir experiencia y perfeccionar nuestras habilidades. Cada error es una oportunidad para ajustar, mejorar y acercarse más al objetivo final. Aceptar el fracaso como parte del viaje es lo que finalmente conduce al éxito, porque enseña resiliencia, paciencia y la capacidad de adaptarse a nuevas situaciones.

Los años en la misión me están haciendo ver lo importantes que son la Medicina y la Sanidad, y la educación a la población general para prevenir enfermedades. Buena alimentación, buena higiene, agua limpia, viviendas dignas, y evitar conductas de riesgo y hábitos dañinos. Observo, estoy aprendiendo mucho, y valoro como una perla preciosa a los sanitarios a los que les importa la

persona enferma que sufre, ya sean cuidadores, médicos, enfermeros o celadores. Las mismas misioneras de la Madre Teresa, al menos las que yo he conocido, son un modelo. En mis cinco años aquí he visto y acompañado a varias personas hasta la muerte, enfermos de Sida, enfermos de tuberculosis, personas con tumores de todo tipo, accidentados, elefantiasis aguda en las piernas, mastitis, bocio de la tiroides, heridas infectadas que se dejan meses sin tratar, colitis y enfermedades de transmisión sexual. Otras veces, con tratamiento y paciencia, se recuperan y curan del todo. Cuando trabajas con enfermos, con gente pobre o sin familia o procedente de zonas rurales remotas, ves estados avanzados de enfermedad y deterioro que muy raramente verías en nuestros países desarrollados, llevan años bregando con molestias y dolores fuertes. La vida de Salomon Shimelis y su cuñada Ruman Ishetu, por ejemplo, ambos enfermos de asma y vecinos míos en Lagarba, ha mejorado enormemente desde el año pasado, cuando les llevé a Addis Abeba a varios chequeos en buenos hospitales, y el neumólogo dio con el medicamento (Symbicort, un tratamiento por inhalación) que les funciona estupendamente. Siempre que voy a Addis tengo de acordarme de comprar varios tubos, porque en la zona rural no se comercializan, además son caros y Salomon o Ruman no se lo podrían permitir. Cuando gasto dinero en medicamentos y tratamiento, es cuando más feliz me lo gasto.

Os dejo por ahora, amigos. Unidos en la Eucaristía. Os encomiendo siempre, pedid por mí.

29 de Marzo de 2023: La Sencillez del Alma Rural

Lagarba

Queridos amigos:

Siempre rezo por vosotros, por vuestras intenciones, vuestra salud, vuestras familias. Espero que estéis bien, guardo en la memoria la relación con cada uno de vosotros, como el que guarda gemas preciosas en un cofre. La amistad, el amor, vuestras casas, vuestros hijos, los consejos, la presencia, el servicio, la comprensión. Es admirable cómo funciona nuestra memoria, que en la distancia y en la ausencia uno valora tanto los gestos de amor que ha dado y recibido, los detalles que tejen la vida, todo lo vivido.

Todos sentimos el deseo de ser mejores, de hacer felices a los demás, de olvidarnos de nosotros mismos, de vivir para una gran pasión. Queremos pasar página y empezar de nuevo, enterrar todos nuestros males: egoísmos, manías, inseguridades. Esto le sucede a toda persona en cualquier sitio, en Lagarba, en Madrid o en Chicago. Ahora bien, os diré que envidio a la gente de Lagarba por su sencillez. A la gente con la que vivo no parece preocuparles mucho el pasado ni el futuro, y en gran medida aceptan la vida como es.

Dios ha hecho el sol y el firmamento, ha provisto a la naturaleza de una belleza y vitalidad cuya sola observación puede levantarnos de nuestras tristezas. Los que nos hemos criado en las ciudades sabemos que nos falta algo, pues nuestro contacto con el sol, el viento, la agricultura y los animales, y la vista de montañas, valles y ríos han sido muy ocasionales. Nos hemos pasado la vida bajo techo, en aulas, oficinas, y transportes. Para protegernos de la intemperie, de la inclemencia del tiempo, nos hemos privado de las experiencias que tuvieron nuestros antepasados, la mayoría de los cuales vivieron en el campo, en pueblos pequeños, dedicados a la agricultura y la ganadería. Apenas hemos tenido esa experiencia de riesgo, de emoción, de vulnerabilidad y fragilidad, de la importancia del hogar, de la familia y de la religión, la dependencia de la tierra, de la lluvia y de las cosechas, y de los remedios tradicionales para la salud. Tampoco hemos sentido el terror que inspiraban las fieras salvajes, las tinieblas y las tormentas, ni el gozo de las fiestas y la alegría de la pequeña comunidad.

Los dos que están en la foto son Asnake y su padre Fikere. De Fikere ya os hablé algo en el mensaje del pasado agosto: dejó una vida de alcohol y soledad cuando le propuse venir a vivir a la misión. Su salud ha mejorado mucho, y hace una labor estupenda como pastor de nuestras cabras. Tenemos dos machos y nueve hembras, varias de las cuales están preñadas. Cuida de ellas como

un padre: todos los días, hacia la una de la tarde, saca las cabras a apacentar, y vuelve sobre las cinco y las mete en el establo. Por las mañanas limpia el establo y amontona fuera el estiércol, que servirá como excelente abono para el cafetal y las papayas. Ahora hemos adquirido una burra, que también está preñada, y nos ayudará con algunas cargas de grano, de la misión al molino, y vuelta a la misión. Para proteger a la burra y a las cabras de las hienas son indispensables los perros, que alertan por la noche y ladran como locos cuando se acercan hienas. De no haber establo y los dos perros que tenemos, las hienas devorarían a las cabras o a la burra en cuestión de minutos. Una hiena hambrienta puede devorar de una vez dos cabras fácilmente. Y suelen actuar de noche, cuando los humanos dormimos.

Fikere, además, toca la campana de la misión tres veces al día, y se oye en todo el valle: al amanecer, al mediodía y al atardecer. Así todos los que lo oyen levantan el pensamiento hacia Dios, lo mismo que los musulmanes llaman a la oración por los altavoces de sus pequeñas mezquitas rurales. Por propia devoción, Fikere viene a Misa por las mañanas, y por la tarde se sienta en un banco del soportal con su rosario en mano, y se pasa un rato en silencio, él solo. Aunque yo soy cura, y me sé toda mi teología, no puedo menos que admirar la fe sencilla de los campesinos, y ellos me recuerdan mi profunda vocación a ser padre en la fe. Aquí la fe, la

relación con Dios, es algo previo a mí, y yo estoy llamado a custodiarlo y favorecerlo. Pasan los años y me doy cuenta que nadie es recordado por los proyectos o carreteras que hizo. Todos sin embargo recuerdan si fueron amados y la vida nueva que trajo la semilla de la fe. Cuando era joven, leí y quedé tocado por el testimonio de conversión de la atea rusa Tatiana Goricheva, y ahora la entiendo mejor. Ella encontró en la fe sencilla de los campesinos la respuesta al vacío del corazón y la angustia existencial.

Me alegro por el hijo de Fikere, Asnake, que ya está hecho un hombre, y que ahora ve a su padre tan bien cuidado y ocupado con nosotros en la misión. Aunque aún no está casado, Asnake ya se encarga de arar y cultivar el pequeño terreno de su padre, y encima este año ha arrendado por su cuenta otras tierras, lo cual es un buen signo de madurez, de diferir la gratificación, porque en las labores del campo al principio todo es desembolso, preparación, gastos, trabajo y sudor, y los frutos tan deseados llegan después de cinco, seis u ocho meses, dependiendo del cultivo. El sorgo es lo que más tarda, no sólo por el tiempo que le lleva crecer y dar fruto, sino también porque una vez cortado el tallo, tiene que secarse para que todos los granos salgan de las vainas en la trilla, que se hace vareando con fuerza sobre una lona, y luego se aventan las parvas. Al final, desde las primeras

veces que se pasa el arado por la tierra para prepararla para la siembra, hasta que se vende el grano en el mercado, pasando la siega y la trilla, pasan unos diez meses. Los jóvenes como Asnake son un buen ejemplo para muchos otros. Los hay que sólo piensan en divertirse, y los hay también que honran a sus mayores, que se entregan al trabajo, que se llevan bien con todos. Los mayores tenemos la gran tarea de bendecir y alentar a la generación emergente que son los jóvenes.



adjunto: 00000632-PHOTO-2023-03-29-22-07-55.jpg

En la imagen, se percibe un lazo profundo entre un padre y su hijo, reflejado en sus gestos y miradas. A la izquierda está Asnake, el hijo, con una sonrisa luminosa que irradia calidez y orgullo. Su brazo está colocado con naturalidad sobre los hombros de su padre, Fikere, en un gesto de familiaridad que no necesita palabras. Asnake viste una camisa verde claro sobre una camiseta blanca, con unos pantalones cortos rojos que resaltan en la sencillez de su entorno. La energía de su juventud se refleja en su postura relajada y en su rostro iluminado por una alegría genuina. Sus ojos parecen llenos de esperanza, y su risa abierta sugiere una complicidad profunda con su padre.

A la derecha, Fikere, el padre, está sentado con la sabiduría tranquila que dan los años. Su expresión, aunque serena, lleva la huella de muchas experiencias vividas. Lleva una chaqueta oscura y una gorra tejida, con colores que parecen hablar de sus raíces y de la vida que ha llevado. Sus manos descansan sobre sus piernas, un gesto que denota calma y aceptación. Su sonrisa es más tenue, pero igualmente sincera, como si contemplara con orgullo a su hijo mientras ambos comparten un momento sencillo, pero cargado de significado.

El entorno que los rodea es austero: una pared de cemento detrás de ellos y una ventana enrejada a un lado, sugiriendo un lugar humilde, pero lleno de historias. Sin embargo, lo que destaca en la escena es la conexión entre padre e hijo, una relación que parece trascender las dificultades del entorno. Asnake, joven y lleno de promesas, mira hacia el futuro con optimismo, mientras que Fikere lo acompaña, siendo el ancla firme que lo ha guiado hasta aquí. Juntos, en ese banco de madera

que los sostiene, representan el ciclo de la vida, el legado que pasa de una generación a otra, y la fuerza que nace del amor familiar.

Hay una mujer, una madre joven, por la que os pido oraciones. Se llama Almaz Ayele, y está enferma. Ya van dos veces que la he llevado a ella junto con otros enfermos al centro de salud de la ciudad de Asebe Teferi, y le han hecho pruebas de laboratorio y de escáner, y le han recetado algunas medicinas, y se ha recuperado, pero tantas veces ha vuelto a recaer. Hace un par de semanas nos asustó su estado, porque deliraba y parecía estar en agonía, no se sabe lo que tiene. En esa ocasión le di la unción de enfermos y le pedí a un par de vecinas que estaban peleadas con ella que vinieran y se reconciliaran, por si se iba, y así lo hicieron. Ha salido del bache, pero sigue endeble. Ella y su marido Fikadu tienen cuatro pequeños, son una familia piadosa y tienen buen corazón. Fikadu es muy trabajador, y lleva dos años tirando de la familia, con la pena de ver así a su mujer. En la zona donde viven, en Gobenti, hay una capilla dedicada a Santa Teresita del niño Jesús y, como son muy devotos, a la primera hija la llamaron Tireza, la niña tiene ahora unos doce años.

Dice un buen amigo mío que hay una profunda relación entre la Eucaristía, la Virgen María, y las gentes del mundo rural. Es curioso que las apariciones de Nuestra Señora en los últimos siglos casi siempre han sido a niños o jóvenes que eran pastores o

labradores en aldeas pequeñas. El sentido del pan de cada día y de la necesidad de una madre lo tenían muy presente estas almas pequeñas. Eran analfabetos, y sin embargo tenían otras cualidades muy importantes, como la sencillez y la humildad. Mi gente de Lagarba es así. Y tampoco son nada ñoños, al contrario, son divertidos y avispados, pero tienen ese sentido antiguo del respeto, de reverencia para las cosas nobles.

Una gran noticia es que por fin hemos hecho una casa, con su caseta adyacente como cocina, en el barrio de Bilalu, en el terreno de la capilla de San Antonio. Allí van a vivir Gezahagn Mengistu y su esposa Biti Yosef, y sus cuatro hijos pequeños. Gezahagn tiene unos 28 años, y de chaval estudió en el seminario menor de Asebeteferi, por lo que sabe leer y escribir en amhárico y en oromo, y tiene una buena formación para ser catequista en esa zona que está a dos horas de camino de mi misión. Esta capilla es una extensión de mi parroquia de san Francisco, por lo que, detrás del obispo yo soy el último responsable de la misma. En Bilalu sólo hay cuatro familias católicas, y todos ancianos, pues sus hijos se han ido haciendo musulmanes al casarse, o han emigrado en la ciudad. Sólo hay una familia joven, la de Desalgn Feleke, pero con Gezahagn ya serán dos. Además, hemos comprado dos terrenos contiguos a la capilla, de nuestro vecino Mohammed Nure, para que el catequista pueda trabajar la tierra y ganarse el sustento. En

Bilalu antaño había muchas familias católicas, más aún, descubrí que mi misión se llamaba al principio San Francisco-Bilalu, como atestiguan los libros de Bautismos de finales del siglo XIX que tengo en mi casa, por lo que tal vez fue en foco original, y luego el centro de la misión se desplazó a Lagarba, donde vivo y está la iglesia principal. Pero al no haber allí en Bilalu presencia del sacerdote, la fe se fue apagando, y ahora el pueblo católico está en los mínimos. Por lo tanto, este envío del catequista es como una jugada estratégica, sacar una familia de su zona de Gobenti y ponerla ahí en Bilalu como colonos. Tuve esta inquietud desde que fui nombrado párroco en Lagarba, hace cinco años, cuando visité una de las primeras veces esta zona de Bilalu y me contaron que hace un par de décadas todavía había unas treinta familias católicas, pero que ahora sólo quedaban cuatro, muy mayores, y me dio una pena enorme, que estuviéramos allí al borde de la extinción. Porque no es que la zona haya quedado despoblada, todo lo contrario, la población general, y los musulmanes en particular, han aumentado mucho allí. Antes de la Pascua, en un par de semanas, tendremos a este buen hombre, Gezahagn, viviendo allí, y es ciertamente un motivo para congratularnos. Tampoco es que yo confíe en los meros medios humanos, en las estrategias, en poner a una persona aquí o allá, porque además la fe no funciona así. Pero la presencia de testigos es clave, y no es lo mismo dejar

un sitio histórico abandonado y visitarlo sólo una vez al año, que facilitar un flujo constante de visitas, y la mujer de Gezahagn o alguno de los niños siempre estarán en casa, para dar la llave a cualquiera que quiera entrar a rezar, y dar calor al lugar. Sabéis que amo mucho a los musulmanes, y no los siento como enemigos, y eso que algunos aquí nos han hecho algunas jugarretas, o son suspicaces si creen que ayudo más a los cristianos que a ellos, pero he venido a anunciar a Cristo, y al tratar con ellos, entre los cuales tengo muchos amigos, es como si quisiera decirles, "si conocieras el don de Dios..." (Cfr. Jn 4, 10). En la historia de la expansión del Islam, como en todas las corrientes culturales, políticas y religiosas, ha habido distintas épocas, de decadencia y resurgimiento, de desgaste y renovación. Cuando llegaron aquí los PP. Capuchinos en 1891, el Islam estaba en una época de declive, pero ahora, en las últimas décadas, se han hecho fuertes, y son muy numerosos. Y, por mí, todo sirve para bien de los que aman a Dios (Rm 8, 28), porque de no haber sucedido así yo no vería la magnitud de la misión que Dios me ha dado. Una cosa que he aprendido viviendo entre una mayoría musulmana es que la evangelización directa no la hacemos tanto los curas y monjas, cuanto las familias cristianas. En todo país, pero especialmente en los lugares donde prevalece el Islam, son esenciales las familias cristianas, su presencia, su crecimiento, la calidad de su cultura y

de su amor, el testimonio y la intensidad de una comunidad que estudia la Palabra y se reúne para la Eucaristía.

En el Evangelio de Juan (4, 10), Jesús se encuentra junto al pozo de Jacob y, mientras descansa, una mujer samaritana se acerca para sacar agua. En este encuentro inesperado, Jesús le dice: "Si conocieras el don de Dios...", abriendo la conversación hacia una revelación profunda. Estas palabras invitan a la mujer a ver más allá de lo visible, a descubrir el verdadero "agua viva" que Él ofrece, no solo para saciar la sed física, sino para saciar el alma con el don de la salvación. Jesús está hablando de sí mismo como el don supremo de Dios, el que puede otorgar vida eterna.

La narración se convierte en una invitación para todos, más allá de la mujer samaritana, a conocer y recibir ese regalo que Dios nos ofrece en Cristo. El "don de Dios" no es algo material, sino una relación viva con Él, una gracia que transforma, renueva y sacia la sed más profunda del ser humano. Este encuentro entre Jesús y la mujer es un recordatorio de que, cuando conocemos a Dios verdaderamente, nuestro horizonte cambia, y lo cotidiano se llena de significado.

En 1891, los Padres Capuchinos fueron enviados a Etiopía por una combinación de indicaciones provenientes tanto de la Iglesia como de factores políticos. Esta iniciativa fue parte de un renovado esfuerzo misionero impulsado por la Propaganda Fide, la congregación romana

encargada de la evangelización en tierras no cristianas. En ese tiempo, la Iglesia Católica, bajo el liderazgo del Papa León XIII, estaba revitalizando las misiones en África, y Etiopía representaba un desafío y una oportunidad únicos, dado su largo aislamiento del catolicismo tras la expulsión de los misioneros jesuitas en el siglo XVII.

También había razones geopolíticas en juego. Etiopía era uno de los pocos países africanos que había logrado mantener su independencia frente a la colonización europea, especialmente después de la famosa batalla de Adwa en 1896, en la que Etiopía derrotó a las fuerzas italianas. Aunque esta victoria ocurrió después de la llegada de los Capuchinos, las tensiones en la región ya existían y habían despertado el interés de varios poderes europeos. Italia, que ya tenía intereses en Eritrea, también veía en Etiopía un lugar estratégico, y los misioneros eran vistos como una posible vía para influir de manera pacífica.

El Papa León XIII, conocedor de la situación política y consciente de la importancia histórica de Etiopía como uno de los países cristianos más antiguos, quiso reabrir el diálogo con esta nación, no solo por motivos religiosos, sino también para establecer una presencia católica en la región. Por ello, envió a los Capuchinos, conocidos por su capacidad de trabajo entre los más humildes y su disposición para adaptarse a entornos culturales diversos. La misión era tanto espiritual como diplomática, buscando restablecer lazos con un país que, si bien cristiano, había mantenido una tradición independiente del Vaticano durante siglos.

Etiopía es un país con una diversidad religiosa única, donde la mayor parte de su población se adhiere a diferentes formas de cristianismo, junto con una presencia significativa de musulmanes y otras creencias tradicionales. La religión en Etiopía no solo es una parte central de la vida espiritual de sus habitantes, sino también un componente clave en la historia y cultura de la nación.

La Iglesia Ortodoxa Etíope es la religión mayoritaria, y aproximadamente el 43.5% de la población se adhiere a esta fe. Es una de las iglesias cristianas más antiguas del mundo, con raíces que se remontan al siglo IV, cuando el cristianismo fue adoptado como religión oficial del reino de Aksum. La mayoría de los fieles ortodoxos viven en las tierras altas del norte de Etiopía, en regiones como Amhara y Tigray, donde las iglesias antiguas excavadas en roca, como las de Lalibela, se erigen como monumentos religiosos y culturales.

El Islam, principalmente de la rama sunita, representa el 33.9% de la población. Los musulmanes etíopes están concentrados principalmente en las regiones de Afar y Somalí, al este del país, así como en algunas áreas del sur, como el Oromía y el Harar, que tiene un significado religioso importante en el mundo islámico por ser una de las ciudades más antiguas y sagradas del Islam en África.

El protestantismo ha crecido significativamente en los últimos años y ahora comprende aproximadamente el 18.6% de la población. Este

grupo está compuesto por diversas denominaciones cristianas, principalmente evangélicas y pentecostales, con una presencia significativa en la región de Oromía y en las áreas del sur de Etiopía.

El catolicismo, aunque minoritario, representa alrededor del 0.7% de la población. Los católicos etíopes se encuentran dispersos por diferentes partes del país, con presencia en áreas urbanas y rurales, donde las órdenes religiosas han trabajado en áreas de educación y salud.

Además, alrededor del 2.6% de la población sigue creencias tradicionales africanas, especialmente en las regiones del sur y entre algunas de las comunidades más aisladas. Estas prácticas están profundamente conectadas con la veneración de los espíritus de la naturaleza y los ancestros, integradas en la vida cotidiana de ciertos grupos étnicos.

A pesar de esta diversidad religiosa, Etiopía ha sido históricamente un ejemplo de coexistencia pacífica entre sus principales religiones, con respeto mutuo entre las diferentes confesiones, aunque las tensiones pueden surgir en algunos contextos. La religión es un factor esencial en la vida social y cultural etíope, donde las festividades religiosas, ya sean cristianas o musulmanas, marcan el ritmo del año y unen a las comunidades.

Procuro ir allí a celebrar Misa a Bilalu por lo menos una vez al mes, el día 6 de cada mes etíope, pues el 6 es el día de san Antonio,

todos los meses. Todos los católicos de Lagarba están muy ilusionados con esta novedad, el tener una familia joven viviendo allí, y cuando vayan al mercado de Rabsu los martes pueden pasar a la capilla de Bilalu, que está muy cerca, y descansar con esta familia, y hacer una oración al santo, o incluso quedarse a dormir. La fiesta anual, el 13 de junio, que aquí siempre cae en el 6 del mes de Sene, es muy bonita. Vienen coros de las parroquias vecinas de Dhebiti (a dos horas de camino) y de Edjefara (a cuatro horas de camino). O sea que ese día los jóvenes y algunos más que tienen hecha alguna promesa se pegan el madrugón para llegar a misa a las ocho de la mañana, y al terminar la misa se hace una mini-procesión del Corpus dando tres vueltas a la capilla con el Santísimo en la custodia, como paraguas cubiertos de terciopelo de colores, los jóvenes vitoreando y cantando con tambores, y el estandarte con la imagen del santo. Para finalizar, todos nos sentamos en la hierba, se bendice el pan que traen y un brebaje de cebada fermentada, y comemos juntos.

El mercado de Rabsu es un mercado tradicional ubicado en una de las regiones rurales de Etiopía, donde los lugareños se reúnen para vender y comprar bienes esenciales, productos agrícolas y artesanías locales. Este tipo de mercado refleja la vibrante vida comunitaria de las zonas rurales del país, donde la economía se basa en el intercambio de productos locales como maíz, sorgo, frutas, verduras y animales, además de textiles y herramientas agrícolas.

Los días de mercado en Rabsu son ocasiones especiales donde se respira un ambiente de actividad intensa. Las personas de las aldeas circundantes llegan con sus mercancías, muchas veces transportadas en burros o a pie, ya que las infraestructuras de transporte en estas áreas suelen ser limitadas. El mercado también es un lugar donde los aldeanos intercambian noticias, realizan transacciones y refuerzan los lazos sociales.

La organización del mercado es sencilla: a menudo se realiza al aire libre, en plazas abiertas o en terrenos a las afueras de la aldea. Los vendedores colocan sus productos en pequeñas tarimas o simplemente en el suelo, y los compradores recorren los puestos comparando precios y negociando con los vendedores en un ambiente de regateo amistoso. Los productos frescos suelen ocupar un lugar destacado, ya que muchas familias dependen del mercado para abastecerse de alimentos que no cultivan en sus propias tierras.

Además de los productos agrícolas, en el mercado de Rabsu también es común encontrar ropa, calzado y objetos artesanales, como cestas y utensilios de cocina, hechos a mano por artesanos locales. Estos objetos reflejan el talento y la creatividad de la comunidad, y son una parte importante de la economía local.

El mercado no solo tiene una función económica, sino también social y cultural. Es un lugar de encuentro donde los miembros de la comunidad intercambian no solo productos, sino también historias, chismes y noticias. En un mundo donde la vida moderna a menudo separa a las

personas, los mercados como el de Rabsu siguen siendo puntos de cohesión y unión comunitaria, manteniendo viva la tradición de la cooperación y la cercanía en las zonas rurales de Etiopía.

La fiesta anual del 13 de junio, que coincide con el 6 del mes de Sene en el calendario etíope, es una celebración tradicional cargada de simbolismo y belleza. Esta fecha, que en la liturgia católica se asocia con la festividad de San Antonio de Padua, se celebra en diversas regiones de Etiopía, especialmente donde las comunidades católicas están presentes. Es un día especial de devoción, marcado por misas solemnes, procesiones y actos de caridad.

La jornada comienza temprano con una misa festiva en la iglesia local, donde los fieles se reúnen para rendir homenaje a San Antonio, venerado por su intercesión en causas perdidas y su generosidad con los pobres. Las iglesias se decoran con flores y velas, y los cánticos de los fieles llenan el ambiente de una espiritualidad vibrante.

Después de la misa, es común que se realicen procesiones, en las que los participantes, a menudo llevando una imagen o estatua de San Antonio, recorren las calles del pueblo o la ciudad, cantando himnos y rezando. Las procesiones están acompañadas por música, en ocasiones por bandas locales, y las calles se llenan de colores y alegría, mientras los lugareños visten sus mejores ropas para la ocasión.

Además de los actos religiosos, el día está lleno de actividades comunitarias. En muchas regiones, se organizan comidas compartidas,

donde los vecinos y familiares se reúnen para disfrutar de platos tradicionales. También se realizan actos de caridad, ya que San Antonio es recordado por su amor a los pobres, y es común que en esta fecha se distribuyan alimentos o ayuda a los más necesitados de la comunidad.

Para los niños, es un día especialmente alegre, ya que suelen recibir dulces o pequeños regalos, y las calles se llenan de puestos de comida y artesanías, creando un ambiente de feria. La fiesta no es solo una celebración de fe, sino también una oportunidad para reforzar los lazos sociales y culturales, manteniendo vivas las tradiciones locales.

Pedid a San Antonio, como hago yo todos los días, para que el pueblo recupere la ilusión y el vigor de la fe. La fe es lo que siempre me ha movido a mí a salir de mí mismo, a compartir lo que tengo, a sonreír, amar y perdonar.

Por ahora es bastante, os encomiendo a nuestro Señor, pedid por mí en el altar.

Abrazos,

P. Paul Schneider

11 de Junio de 2023: De Perros y gatos, y otras historias Etiopes

Largarba,

Muy queridos amigos:

Le pido al buen Dios que nos conceda tener un corazón de niño. Nada podemos sin Él, y con Él todo lo podemos. Nuestro vigor es limitado, nuestros propósitos son relativos, pero nuestra alma existe para siempre, y en Él debe descansar, recuperar la identidad, recobrar fuerzas y reanudar el camino. Somos sus hijos, y vamos a su encuentro. Nuestra vida es tanto más emocionante cuanto más nos asociamos a sus propósitos eternos.

Mis años de misión aquí son un regalo y una lucha. Ejercicio físico, religión, aprendizaje y experiencia. Caminatas, trayectos en la camioneta, ritos sacramentales, bendiciones de hogares, procurar mejorar la vida de la gente, descubrir formas nuevas de ayudar a mis vecinos, dedicar fuerzas y horas del día a los cultivos, los árboles, los animales. Ahora más que nunca doy gracias a Dios por haber creado a los perros y a los gatos, y os diré por qué. Estas criaturas han convivido con nuestra especie durante milenios, y nuestro desarrollo, salubridad y seguridad se han visto fortalecidos gracias a ellos. Los gatos son los mejores cazadores de ratas y

ratones, que aquí abundan, y estos roedores omnívoros, además del perjuicio que causan en las cosechas, graneros y gallineros, por sus mordeduras transmiten enfermedades a los humanos, y son portadores de pulgas. Se cree que la peste negra, que diezmó a la población europea en el s. XIV, probablemente vino por las picaduras de pulgas que traían las ratas y los marinos en los navíos mercantes procedentes del lejano oriente.

La peste negra, que devastó Europa en el siglo XIV, no solo afectó al continente europeo, sino que también tuvo un impacto en el norte de África y algunas partes del Oriente Medio, debido a las rutas comerciales activas y las conexiones entre los continentes. La enfermedad, que comenzó en Asia Central, probablemente en la región cercana al mar Caspio, se extendió rápidamente hacia el oeste a través de las rutas comerciales de la Ruta de la Seda, alcanzando tanto Europa como África del Norte.

*La conexión entre África y Europa, a través del Mediterráneo, permitió que la peste cruzara hacia ciudades portuarias clave en África del Norte como Alejandría en Egipto, Túnez y Trípoli. Estas ciudades, que eran importantes centros comerciales y de tránsito, vieron cómo los barcos cargados de mercancías llegaban con ratas infectadas por la bacteria *Yersinia pestis*. Los barcos mercantes, procedentes de puertos europeos*

como Marsella o Génova, llevaron consigo la enfermedad a través de las pulgas infestadas en las ratas.

En Egipto, uno de los puntos clave para el comercio mediterráneo, la peste tuvo efectos devastadores, afectando no solo a la población urbana, sino también al campo, donde los campesinos morían en grandes números. La enfermedad se propagó rápidamente a lo largo del río Nilo, alcanzando incluso a las comunidades rurales más alejadas, lo que causó un colapso en la agricultura y el comercio local. La mortalidad en Egipto fue tan alta que se estima que gran parte de la población urbana de Alejandría y El Cairo sucumbió a la peste.

Desde el norte de África, la peste también podría haber llegado a otras regiones de África a través de las rutas comerciales transaharianas, aunque en menor medida debido a las barreras naturales del desierto. Las caravanas que transportaban oro, sal y esclavos a lo largo del Sahara pudieron haber sido vehículos de la propagación de la peste hacia las zonas del África occidental, aunque la propagación fue menos documentada.

De esta manera, la peste negra no solo fue una tragedia europea, sino que también afectó a varias partes de África, donde las rutas comerciales jugaron un papel fundamental en su expansión.

Una gran ventaja de tener coche -soy el único de todo el valle de Lagarba que tiene coche propio, mi pequeña Toyota Hilux D4D-, es que puedes llevar perros y gatos, sin los riesgos de ir con ellos

en transporte público, sin las quejas de otros pasajeros o las objeciones del conductor. Resulta que en las ciudades perros y gatos -con dueño o callejeros- abundan, pero en esta zona rural escasean, porque hay depredadores, como las hienas, los zorros, y pequeños linceos. En varias ocasiones he traído, además de personas y materiales para la misión, gatos y perros desde las ciudades Addis Abeba o Dire Dawa, y he ido repartiendo los gatos, por ejemplo, a vecinos míos que tenían este problema de las ratas en sus casas. Antes la familia se pasaba la noche maldurmiendo, por el ruido de las ratas corriendo de un lado a otro dentro de la casa, comiéndose el maíz almacenado con tantos meses de trabajo y esfuerzo, y eventualmente mordiendo a alguien. Al tener un gato, los maullidos ya de por sí ahuyentan a las ratas, y las que no huyen son cazadas.

También he traído a la misión y he repartido perros de varios tipos, cachorros y mayores, hembras y machos. Los perros ayudan en el pastoreo, alertan de intrusos, ponen su vida en riesgo para salvar y proteger ovejas y cabras, tienen un fuerte sentido del territorio y de la propiedad, y hasta darían su vida por sus amos. En campos cercanos a las faldas de los montes, hay pequeños monos (cercopiteco verde) que descienden en manada desde las cárcavas en lo alto de los montes, como en la zona de Jille, y si no hay niños o adultos o perros vigilando permanentemente los cultivos, los

monos acaban con el sorgo, el maíz, los cereales, las frutas, todo. Una tarea tan aburrida, como es pasarse el día espantando a los monos, los perros lo hacen encantados, les sale instintivo, correr y ladrar, y para el dueño de ese cultivo es un alivio. Los monos no pueden ser eliminados, son especie protegida por el gobierno etíope, hay que ahuyentarlos constantemente. Y aunque las hienas no son especie protegida, su desaparición provocaría otros males, porque consumen carroña que podría ser fuente de enfermedades para animales y personas.

En la región de Jille, al igual que en otras áreas montañosas de Etiopía, es común observar pequeños monos, conocidos como cercopitecos verdes o Chlorocebus aethiops, descendiendo en manadas desde las escarpadas cárcavas y barrancos que coronan las alturas de los montes. Estos monos, con su pelaje gris verdoso y su característico rostro negro enmarcado por mechones de pelaje blanco, son criaturas ágiles y sociales, que se desplazan en grupos numerosos, creando una escena de constante movimiento y vida en el paisaje agreste.

A medida que descienden, es fácil verlos saltar con destreza de roca en roca, explorando los alrededores en busca de alimento. Su dieta es variada: se alimentan de frutas, hojas, semillas y pequeños insectos, aprovechando la diversidad de recursos que les ofrece el entorno montañoso. Los cercopitecos verdes son conocidos por su capacidad de

adaptarse a distintos ecosistemas, desde las zonas selváticas hasta áreas más secas y abiertas, como las que se encuentran en Jille.

A menudo, los habitantes de la región observan cómo estos monos se acercan a las zonas agrícolas, en ocasiones causando problemas al alimentarse de cultivos o frutas. Sin embargo, los cercopitecos verdes son una parte integral del ecosistema, ayudando a dispersar semillas y contribuyendo a la biodiversidad del lugar. Su vida en comunidad es compleja, con una estructura social jerárquica, y suelen comunicarse a través de un variado repertorio de vocalizaciones y gestos.

El comportamiento de estos monos al descender en manada desde lo alto de los montes evoca una imagen de naturaleza indómita, recordando a quienes los observan la profunda conexión entre los animales y su entorno, en un paisaje donde la vida salvaje aún conserva su ritmo natural.

No os cuento todo esto de los perros y gatos y otras fieras por hacer un elogio de estos seres, o porque me maraville una vez más de que Creador haya provisto al hombre de estos ayudantes, y de la armonía y complejidad que todo ello tiene. Os lo cuento porque, viviendo aquí en Lagarba, en la Etiopía rural, me doy cuenta de lo necesarios que son para los humanos, prácticamente imprescindibles para nuestra supervivencia, nuestro bienestar y nuestra cultura. Dios ha dado al hombre ingenio para sobrevivir y

usar sabiamente la naturaleza, y tiene que arreglárselas con lo que hay, someterla para que rinda fruto, y todo sea lo más eficiente posible. Lo contrario de maltratar a los animales no es mimarlos con juguetes y tartas de cumpleaños, sino educarlos, poner límites, adiestrarlos con paciencia, con repetición diaria, darles el agua y la comida a sus horas, evitarles sufrimientos innecesarios, para que estén sanos y cumplan su función. Esto se aplica al ganado (vacas, ovejas y cabras), a los equinos (burros, mulos y caballos), y a nuestros queridos caninos y felinos. Pensad un momento: sin los burros y otras bestias de carga, por ejemplo, ¡qué penoso hubiera sido el avance de la civilización! Y aquí en Lagarba seguimos sirviéndonos de los burros diariamente, yo mismo poseo una burra con su pollino a escasos diez metros de mi casa. El contacto con animales está tan arraigado en nuestra naturaleza, que los psicólogos actuales siguen estudiando esta vía para ayudar a personas con TEA, Trastorno del espectro autista.

El Trastorno del Espectro Autista (TEA) es una condición neurológica que afecta la manera en que las personas perciben e interactúan con el mundo a su alrededor, y se manifiesta desde la primera infancia. El TEA es un espectro amplio, lo que significa que varía significativamente de una persona a otra en términos de severidad y síntomas. Una de las principales características del TEA son las dificultades en la interacción social, que pueden manifestarse en la incapacidad de entender normas sociales implícitas como el contacto visual o el tono de voz, dificultades

para establecer relaciones y una tendencia a preferir actividades solitarias. Otro rasgo común es la comunicación limitada o atípica; algunas personas pueden no desarrollar lenguaje verbal, mientras que otras pueden presentar formas inusuales de hablar, como repetir frases o palabras sin contexto. Los comportamientos repetitivos y restrictivos son también frecuentes en el TEA. Las personas pueden realizar movimientos repetitivos como aletear las manos, o pueden resistirse a cambios en su rutina diaria, mostrando un interés intenso por actividades o temas muy específicos. Además, pueden tener hipersensibilidad sensorial, reaccionando de manera extrema a sonidos, luces o texturas.

No existe una cura para el TEA, pero existen terapias que ayudan a mejorar las habilidades sociales y de comunicación, así como a reducir los comportamientos que interfieren con la vida diaria. La terapia conductual es una de las más comunes, y se enfoca en reforzar los comportamientos positivos, mientras que la intervención temprana es crucial para maximizar el potencial de aprendizaje y desarrollo. Cada persona con TEA es única, y las intervenciones se ajustan a sus necesidades específicas, con el objetivo de mejorar su calidad de vida y su independencia.

No os lo conté, pero hace unos meses, cuando estaban a buen precio, compré en el mercado de reses de Bedessa 6 bueyes de una vez. Los bueyes son propiedad de la misión, pero los cedemos

durante dos años al cuidado y para el uso de agricultores particulares, vecinos nuestros de confianza. Los dejamos en buenas manos, con quienes van a estar bien tratados y alimentados. Y, ¿para qué los necesitan ellos? Para arar la tierra, con un arado tipo romano. Aquí el hombre que tiene tierras pero no tiene al menos un buey, lo tiene muy difícil para cultivar, y sus opciones de siembra serán muy limitadas, o los frutos serán muy escasos, o el gasto de pedir a otros que aren tu tierra apenas se compensará con la venta de los frutos finales. Siempre se ara aquí con un yugo de dos bueyes, y si me dejas tu buey para que junto al mío pueda arar mi tierra hoy, mañana te dejo el mío para que puedas arar tú tu tierra con ambos. Después de dos o tres años, estos vecinos nos devuelven un buey que ha comido bien, que ha trabajado y que ha desarrollado al máximo su musculatura y osamenta, y está listo para su última fase, de engorde, dentro del establo. Ya os dije una vez que aquí, el único camino agropecuario para salir de pobres, el negocio más rentable, es la venta de ganado mayor, porque vienen desde Addis Abeba hasta estos mercados rurales para comprar, y si no tienes prisa para vender, puedes esperar a cuando los compradores que vienen de la ciudad están más desesperados por hacer negocio, en vísperas de fiestas religiosas o del Año nuevo, y tras mucha negociación compran a regañadientes al precio que tú pongas, y así se nivela un poco la fuerte economía urbana con

nuestra pobre economía rural. Actualmente tenemos dentro del terreno de la misión tres bueyes preciosos en su última fase, en un par de meses los venderemos a su precio máximo. Nuestros católicos y demás vecinos están orgullosos, y más que satisfechos, de cómo Shawle y yo estamos administrando y cuidando los bienes de la misión, procurando que haya beneficios, evitando al máximo que haya pérdidas por dejadez de los que vienen a ayudar o de aquellos a los que asalariamos puntualmente, combatiendo los reveses del clima, todo para que la misión tenga rentas, igual que una familia de aquí.

Como blanco urbanita sin experiencia del campo y de la cultura local, al principio tienes todos los elementos en contra para meterte en estos líos, pero con mucha paciencia e interés por el asunto, vas teniendo tablas. Shawle, gracias a Dios, siempre me aconseja acertadamente. Veréis, cuando empecé en esta misión, me di cuenta de que, para esta gente, para estos campesinos católicos que trabajan literalmente con el sudor de su frente para sobrevivir, alimentar y educar a sus hijos, si no eres capaz de poner en orden la economía y hacer que la tierra de la misión produzca sus rentas, para la mayoría de ellos careces de autoridad y experiencia humana, por muchos libros que hayas leído. Serás muy sacerdote y te respetarán por ello, y algunos recibirán los sacramentos con devoción, pero en general te sentirán desconectado o desafectado

de su mundo, de su modo de vivir, y eso se trasladará a las relaciones con ellos. Lo mismo que conocer su lengua es importante, también lo es conocer por experiencia su cultura, su modo de vida, mancharse las manos, saber los nombres de árboles y plantas, y el modo en que cuidan de sus animales, lo que los animales comen y lo que rechazan, y dónde están los mejores pastos, saber de sus labores y de la jerarquía de precios y valores de animales, plantas, campos y productos en general.

El cultivo del café es otra opción, puede ser una buena fuente de ingresos, pero necesitas muchas manos y muchas plantas de café para hacerlo rentable, y es un mercado con más restricciones legales. También está legislado el comercio del khat o chat, muy lucrativo y muy abundante en nuestra zona. El khat es un árbol o arbustos de hoja perenne, y es una droga natural, se mascan las hojas tiernas y se tragan, funciona como un estimulante, tiene los mismos efectos que las anfetaminas. Para algunos se convierte en una fuerte adicción que puede degenerar en episodios psicóticos y hasta causar ansiedad y depresión, o hay personas muy viciadas que cuando no consiguen su cantidad diaria no tienen motivación para estudiar, trabajar, o el esfuerzo que se requiera; en ese sentido el khat es una lacra. Para muchos otros, es la rutina diaria para animarse, como el café de la mañana, y en nuestra zona de Harar, como en el Yemen, está muy arraigado socialmente, es parte de la

cultura y de la tradición, está presente en todas las reuniones y celebraciones. Todos los adultos y jóvenes de mi zona en Lagarba, ya sean cristianos o musulmanes, hombres o mujeres, consumen khat diariamente. Rara es la persona, por motivos de salud o alguna promesa religiosa que haya hecho, que no consume. Sólo para los sacerdotes cristianos -católicos u ortodoxos- está culturalmente prohibido, y eso obviamente me incluye a mí. Como es adictivo, y hoy en día se cultiva intensivamente en esta zona, si tienes un gran campo de khat tienes que vigilarlo de noche, porque cuando está en su punto óptimo de maduración, cuando está listo para vender a un intermediario, es un objetivo favorito de pillos y ladrones. Yo no condeno el khat, como tampoco hay que prohibir el alcohol por ley, pero hay que predicar la libertad, y ser honestos con nosotros mismos y saber si nos hemos vuelto esclavos de un vicio, por mucho que nuestra tradición cultural lo apruebe y fomente.

El cultivo del café en Etiopía es una parte fundamental de su cultura, historia y economía, ya que este país es ampliamente reconocido como la cuna del café arábica. Según la leyenda, fue en las montañas de Kaffa donde un pastor llamado Kaldi descubrió los efectos energizantes de los granos de café. Desde entonces, el café ha estado profundamente arraigado en la vida etíope, no solo como producto económico, sino

también como símbolo cultural, ya que la ceremonia del café es una práctica social y espiritual clave en la vida diaria.

El café etíope se cultiva en diversas regiones del país, en zonas montañosas con altitudes ideales, suelos fértiles y un clima perfecto para la producción de granos de alta calidad. Las principales zonas productoras de café incluyen Sidama, Yirgacheffe, Harrar y Limu, cada una con características de sabor únicas debido a las particularidades del terreno y el microclima. El café etíope es especialmente apreciado por su sabor distintivo y aromas complejos, que van desde notas florales hasta afrutadas.

El método de cultivo tradicional en Etiopía es en su mayoría sombra, donde el café crece entre los árboles nativos, manteniendo la biodiversidad y respetando el equilibrio natural del entorno. Este enfoque ecológico no solo ayuda a preservar el ecosistema, sino que también contribuye a la calidad del café, que se beneficia de la riqueza del suelo y de las condiciones naturales de la región.

En cuanto a su regulación legal, el gobierno etíope tiene un papel importante en la supervisión y el control de la producción y exportación de café, que constituye alrededor del 30% de las exportaciones del país. La Autoridad Etíope de Café y Té es responsable de la regulación de la industria del café, asegurando que se cumplan los estándares de calidad y que el café etíope mantenga su reputación internacional. También se promueve el comercio justo y las certificaciones orgánicas, lo que ayuda

a los pequeños agricultores a acceder a mercados internacionales más lucrativos.

El gobierno ha implementado políticas para proteger las variedades nativas y garantizar que los agricultores locales se beneficien del mercado mundial del café. A través de cooperativas, muchos pequeños productores pueden comercializar sus granos de manera más justa, con el apoyo de instituciones estatales y organizaciones no gubernamentales que promueven la agricultura sostenible y los derechos de los agricultores. La exportación de café está fuertemente regulada para evitar la pérdida de la identidad y calidad del café etíope, garantizando que el país siga siendo un líder en la producción mundial de café de especialidad.

La disciplina y la moderación son necesarias en todo: en la familia, en los recursos naturales, la alimentación, el trabajo, los negocios, las relaciones entre vecinos, las fiestas y celebraciones, en los conflictos y en la justicia. Con disciplina se cultiva la higiene, la buena educación, los gestos nobles, la generosidad. Si cuidas y educas, y acostumbras bien, cosechas lo que has sembrado, y cuanto más se mantienen esas costumbres, más se fomenta la cultura de la vida. Un tío mío, ateo, una vez me decía que qué bien nos lo hemos montado los curas, pues vendemos en nuestros sermones un producto perfecto, "El Cielo", que ni se ve ni se puede disfrutar hasta que nos morimos. O sea, un negocio redondo. Para

mí sin embargo no es así: de ser así, las normas de la religión serían una carga pesada, un yugo insoportable, y los consuelos de la religión serían una huida irreal, un "opio" falso y efímero. Al contrario, la verdadera religión consiste en saborear y dar a probar el Cielo por medio de los bienes de la tierra, en acercar el Cielo a la gente, hacerles recordar las delicias del paraíso, mejorar sus condiciones materiales, y compartir lo que se tiene, comer y vivir lo mejor que se pueda, cuidar lo mejor posible nuestros cuerpos y nuestras almas, tratar a los demás con toda la dignidad que se merecen, honrar la Verdad y dar culto al Padre. La Biblia está llena de referencias a la "tierra que mana leche y miel", los dones que debemos disfrutar y compartir, "el trigo, el mosto y el aceite", las casas de cedro y de piedra, los pozos y las huertas y los viñedos, la Ciudad que nos llena de alegría cuando pisamos sus umbrales. También se habla de jóvenes que sueñan revelaciones, ancianos que profetizan, y mujeres que anuncian la salvación, y maestros auténticos de Israel que, como Nicodemo o José de Arimatea, sacan del arca lo antiguo y lo nuevo. Dice Jesús, "todo escriba que se ha hecho discípulo del Reino de los Cielos es semejante al dueño de una casa que saca de sus arcas lo nuevo y lo viejo" (Mt 13, 52). Pones a disposición de los demás todos tus talentos, tu influencia, tus capacidades, energías y recursos, y eso te llena de alegría, y haces felices a los demás.

Ahora que vivo en Etiopía, muy a menudo me pienso en el rey Salomón, y su encuentro con la Reina de Saba, a quienes los etíopes tienen veneración, pues la reina Azeb, como la llaman aquí, dio a luz a Menelik (siglo X aC), primer emperador de la dinastía abisinia, el fundador de su imperio, su cultura y la legitimación de su ascendencia mesiánica y sus raíces bíblicas como pueblo de Dios. Un salmo dice misteriosamente, "Etiopía extienda sus manos a Dios" (Sal 68, 32). Esta reina es mencionada por el mismo Cristo: "La reina del Sur se levantará en el Juicio contra esta generación y la condenará; porque ella vino de los confines de la tierra a oír la sabiduría de Salomón, y aquí hay alguien que es más que Salomón" (Mateo 12,42 y su paralelo Lucas 11, 31, haciendo referencia al encuentro de Salomón con la reina Azeb - 1 Reyes 10 y a 2 Crónicas 9). El rey Salomón había heredado de su padre David un reino unificado, una corte llena de orden y esplendor, riquezas incontables, y tuvo el privilegio de perfeccionarlo todo y construir el templo de Jerusalén. La reina etíope peregrinó desde el sur con todo su séquito, y admiró la sabiduría del rey, sus discursos, la organización de su reino y sus celebraciones, y le hizo regalos, "ciento veinte talentos de oro, gran cantidad de aromas y piedras preciosas. Nunca llegaron aromas en tanta abundancia como los que la reina de Saba dio al rey Salomón." (1Re 10, 10). Y -aquí

viene lo interesante-, según la historia etíope, la reina Azeb quedó embarazada del rey Salomón en esa visita, y años después Menelik hizo un viaje a Jerusalén para conocer a su padre, y furtivamente se trajo de vuelta a la ciudad de Axum, capital de su imperio, en el norte de Etiopía (actual Tigray), la mismísima Arca de la Alianza, que para nosotros occidentales es "el Arca perdida". Y para los etíopes aquí sigue, soterrada bajo la iglesia ortodoxa de Axum. El último emperador etíope, Haile Selassie (1892-1975), que fue una figura icónica y promovió la modernización del país, mantenía los títulos mesiánicos "Rey de reyes, Señor de señores, León de la Tribu de Judá", por ser considerado por todos los etíopes descendiente de Salomón, hijo de David, el Ungido (Cristo) de Dios. A pesar de seguir siendo hoy Etiopía un país pobre, conocer esta historia inspira y motiva mucho para trabajar sin denuedo por civilizar, humanizar y deificar el mundo. Fascina descubrir que el cristianismo y la fe bíblica no la introdujeron en África los misioneros europeos del s. XIX, sino la mismísima Reina de Saba mil años antes de Cristo, el eunuco etiope, ministro del tesoro de la Reina Candaces en el siglo I, (Hch 8, 27ss), y misioneros de Alejandría de Egipto y del Imperio Romano en los tiempos de la iglesia primitiva, como el siro-fenicio san Frumencio -aquí llamado "Fromenatos", o "Abba Salama"- (siglo IV), y los Nueve Santos (siglo V). Incluso en este lugar pobre y perdido, para la

transmisión de la fe yo me veo a mí mismo como un eslabón muy pequeño, me siento un instrumento casi insignificante, comparándome con el peso de la historia y de la tradición, lo que Dios viene haciendo en África durante treinta siglos para la expansión de su Reino.

El relato del rey Salomón y la Reina de Saba es una historia que ha atravesado los siglos, cargada de misterio, fascinación y reverencia, especialmente en Etiopía, donde su legado está entrelazado en el origen de la dinastía abisinia. Según la tradición, Salomón, el legendario rey de Israel, era conocido por su sabiduría, riqueza y justicia. Gobernaba desde su majestuoso trono en Jerusalén, donde la prosperidad de su reino atrajo la atención de líderes de tierras lejanas. Una de estas figuras fue la Reina de Saba, llamada Azeb en las tradiciones etíopes.

La Reina de Saba, fascinada por las historias que había oído sobre la sabiduría y poder de Salomón, decidió hacer un largo y arduo viaje desde su reino en el sur, atravesando desiertos y montañas, para encontrarse con él. Este encuentro, según las antiguas narraciones bíblicas y los textos etíopes como el Kebrá Nagast ("Gloria de los Reyes"), no solo fue un intercambio de conocimientos y riquezas, sino un momento cargado de simbolismo y destino. La Reina llegó a Jerusalén con caravanas repletas de oro, especias y piedras preciosas, ofrendas dignas del gran rey. La conversación entre ambos líderes se extendió por

días, con la Reina admirando no solo la sabiduría de Salomón, sino también el esplendor de su corte y la organización de su reino.

Pero en Etiopía, el relato adquiere un giro aún más profundo y significativo. Según la tradición etíope, la Reina de Saba y el Rey Salomón no solo compartieron conversaciones sobre la administración y la religión, sino que también se unieron en una relación más íntima. De esa unión, nació Menelik I, quien se convertiría en el primer emperador de Etiopía y fundador de la dinastía salomónica, que perduró durante casi tres milenios.

Cuando Menelik alcanzó la madurez, fue enviado a Jerusalén para conocer a su padre, y según la leyenda, Salomón lo recibió con gran honor y reconocimiento. Al despedirse de Jerusalén para regresar a su tierra, Menelik, junto con un grupo de nobles israelitas, llevó consigo el Arca de la Alianza, el objeto más sagrado del judaísmo, según la tradición etíope. Esta misma tradición sostiene que el Arca se ha mantenido en Etiopía desde entonces, guardada celosamente en la iglesia de Santa María de Sion en Aksum, lo que ha hecho de Etiopía no solo una nación de reyes descendientes de Salomón, sino también un bastión de fe y misterio.

El encuentro entre Salomón y la Reina de Saba no es solo una historia de amor o diplomacia, sino el cimiento de la identidad etíope, que entrelaza lo divino con lo real. La veneración por estos personajes ha perdurado a lo largo de los siglos en Etiopía, donde el linaje salomónico se mantuvo hasta la caída del último emperador, Haile Selassie, en 1974.

Para los etíopes, la Reina Azeb no es solo una figura mitológica, sino la madre de su nación, la que trajo consigo la promesa divina de poder, sabiduría y herencia real. La leyenda de Menelik, nacido de la unión entre Salomón y Saba, es el símbolo de una conexión sagrada entre Dios y los hombres, entre Jerusalén y Aksum, que todavía resuena en el corazón de Etiopía.

Es fascinante descubrir que el cristianismo en África no fue el resultado de la obra misionera europea del siglo XIX, como comúnmente se cree, sino que sus raíces son mucho más profundas y misteriosas. Esta historia empieza con la legendaria Reina de Saba, que, mil años antes de Cristo, realizó su famosa visita al rey Salomón en Jerusalén. En Etiopía, se cree que fue ella quien introdujo la fe en el Dios de Israel, dando inicio a un legado religioso que ha perdurado a lo largo de los milenios. Su encuentro con Salomón no solo marcó el nacimiento de Menelik I, el primer emperador de la dinastía abisinia, sino también la introducción de una conexión espiritual con la fe bíblica, que más tarde florecería con el cristianismo.

El relato bíblico en Hechos de los Apóstoles (8, 27ss) añade otra capa fascinante a esta historia. En el siglo I, un eunuco etíope, ministro del tesoro de la Reina Candaces, fue bautizado por el apóstol Felipe en su camino de regreso a África desde Jerusalén, tras leer las Escrituras en su carruaje. Este encuentro milagroso entre Felipe y el eunuco no fue solo un gesto simbólico; fue una semilla de fe que se plantó en suelo

africano, extendiendo el cristianismo al corazón de Etiopía mucho antes de la llegada de los misioneros europeos.

Los siguientes siglos vieron la llegada de San Frumencio, un siro-fenicio que, tras un naufragio, llegó a la corte del rey etíope en el siglo IV. Conocido en Etiopía como "Abba Salama", Frumencio fue ordenado obispo de Etiopía por el patriarca de Alejandría y se convirtió en el primer obispo de la Iglesia etíope. Su labor fue fundamental para establecer el cristianismo como religión oficial en el país bajo el reino de Ezana, quien fue el primer rey etíope en adoptar formalmente la fe cristiana. Con él, Etiopía se convirtió en una de las primeras naciones en todo el mundo en aceptar el cristianismo como religión oficial, mucho antes que gran parte de Europa.

Posteriormente, en el siglo V, llegaron los Nueve Santos, un grupo de misioneros procedentes del Imperio Romano Oriental y de Siria. Estos hombres trajeron consigo no solo el cristianismo, sino también una profunda erudición, estableciendo monasterios, traduciendo las Escrituras al idioma local, el ge'ez, y consolidando las bases de la Iglesia Ortodoxa Etíope. Estos santos itinerantes, cuyas historias están envueltas en leyenda y devoción popular, son venerados por haber dado forma a la vida religiosa, intelectual y monástica de Etiopía.

Así, la fe cristiana en África, especialmente en Etiopía, no es simplemente el resultado de un impulso europeo, sino una tradición que hunde sus raíces en lo más profundo de la historia bíblica y los primeros siglos de la cristiandad.

Con los proyectos no he parado. Como me veo más limitado de dinero, el proyecto del puente lo tengo que dejar para más adelante, y utilizar más racionadamente los recursos y las donaciones. Aunque no me da para hacer un puente, algo tenía que hacer, y en estos días de junio, con la ayuda de un ingeniero y un constructor, estoy haciendo unas rampas de hormigón armado, de unos 15 metros de longitud cada una, a cada lado del río Lagarba, para poder cruzar el río sin grandes dificultades. Cada rampa de hormigón tendrá sus muros de contención a cada lado. He estado cruzando el río con mi camioneta durante un año y medio ya, y he descubierto que el mayor problema no es vadear el río en sí, pues el suelo del cauce bajo el agua -o la "cama menor" del río- es arenoso y con piedras y no tiene gran profundidad, o sea que las ruedas no se hundan fácilmente ni el agua llega al motor. El problema siempre ha sido salir del río cuando ha llovido y la tierra de las márgenes está embarrada y resbalaliza. Un día, por ejemplo, tras muchos intentos frustrados de intentar salir del río y patinar en la cuesta embarrada, sólo pude sacar el coche con la ayuda fortuita y generosa de unos 40 hombres y niños ayudando a los lados, cavando con picos y palas, añadiendo piedras, ramas y esparciendo tierra seca en los primeros metros del lado del río, para que las ruedas agarraran en tracción L4 y la camioneta pudiera subir y salir del río. Estas rampas, además, tendrán por su nuevo trazado

un menor desnivel, y por su relieve rugoso se asegurará la tracción de las ruedas. Si Dios quiere y las lluvias no lo impiden, estarán terminadas antes del fin de este mes de junio, y las posibilidades de transporte, el tránsito de las motos y de la ambulancia pública, y de mi propio coche, se verán enormemente mejoradas, y podré salir de la misión, aunque haya llovido o aunque esté lloviendo. Con pequeños proyectos todo va a mejor, estoy contento por estas cosas, os doy las gracias una vez más por todas vuestras colaboraciones, por pequeñas que sean. Recordad que las donaciones a mi misión tienen desgravación fiscal, como donación a la Iglesia Católica (a mucha gente esto les sirve para la Declaración de la Renta, mi amigo Eduardo Vilela prepara el certificado para Hacienda a quien lo pida) y si tenéis ganas de ayudar económicamente pero no tenéis capacidad en este momento de vuestra vida para hacerlo, siempre podéis recomendarlo a amigos y animarles a que donen, y me hacéis un gran favor. Es la cuenta de siempre, que incluyo al final de este mensaje, y lo donado va íntegro, al 100%, para mi misión y mis proyectos. Siempre procuro, con toda mi capacidad, dar el mejor uso posible a las donaciones que recibo, para el desarrollo y el bienestar, la salud y la educación de mi gente aquí. Agradezco mucho a mi querida Diócesis de Getafe, al Obispado, que me sigue ayudando, y me cubre todos mis gastos personales, y me sobra.

El niño de la foto con los gatos se llama Yonas Anbesaw, tendrá unos 11 años, y viene muchos días a la misión, a ayudarnos y a pasar el día. Sabe todo sobre el campo y el trabajo y hasta hacer la comida, y valoro mucho su ayuda. Debería ir a a la escuela, pero no le permitieron cambiarse a la escuela de Kirara, y este año se quedó en tierra de nadie, hasta Septiembre. Vive muy cerca de la misión, con sus padres y hermanos, hace un año les ayudé a hacer su casa con tejado bueno, y esta familia es una bendición para mí y para la misión, para los que viven conmigo: Fikere, Adamu, Shawle y Demmelash.. La madre, Lishan, viene cada dos o tres días y nos hace la injeera, el pan de aquí. El padre, Anbesaw, nos ayuda con muchas tareas o nos trae leche o un poco de khat, y los chicos -Shambel, Yonas y Habtamu- saben hacer de todo, son muy despiertos y obedientes, a ellos les he regalado dos gatos, para que su casa esté bien protegida. Lo mejor de la misión no son los animales, ni los proyectos, ni los hermosos atardeceres del campo africano. Lo mejor es la relación con las personas, y la oración, la relación con nuestro Creador.

Este año 2023 no iré a España, o sea que no nos veremos. Os encomiendo siempre. Pedid por mí en el altar.

Un abrazo,

P. Paul Schneider



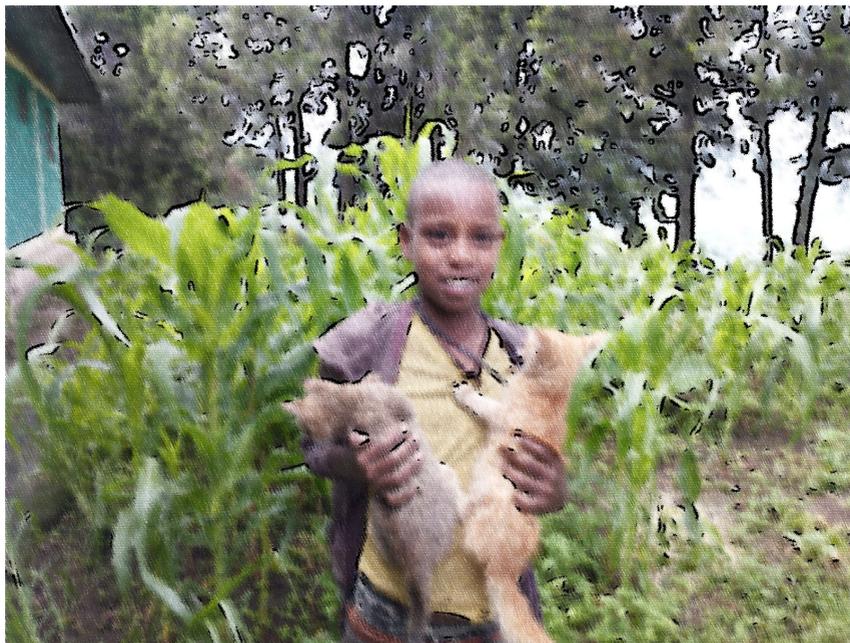
<adjunto: 00000643-PHOTO-2023-06-11-05-53-44.jpg>

El Padre Paul sonríe con alegría genuina mientras contempla su pequeño logro en la misión de Lagarba: dos burros, que ahora pastan tranquilamente en el verde paisaje que rodea la misión. Estos animales no son solo recursos vitales para la comunidad, sino también símbolos de su esfuerzo y dedicación a las personas que ha venido a servir.

"Es un pequeño paso, pero para nosotros significa tanto", piensa el Padre Paul mientras observa a los burros y al joven que los acompaña en la distancia. Sabe que estos animales facilitarán el trabajo en la misión y ayudarán en el transporte de bienes y materiales para la clínica y los hogares de la región. En un lugar donde los caminos son difíciles

y las distancias largas, los burros son más que una simple adquisición; representan un alivio y una esperanza renovada.

El rostro del Padre Paul refleja una paz que solo se alcanza tras años de trabajo en estas tierras remotas, donde las sonrisas de la gente y el simple hecho de haber adquirido estos animales le confirman que su labor no es en vano.



<adjunto: 00000644-PHOTO-2023-06-11-05-53-57.jpg>

En la imagen se ve a un niño de la misión sosteniendo a dos pequeños gatos entre sus brazos, con una sonrisa que ilumina su rostro. Al fondo, un frondoso campo de maíz se despliega verde y vibrante, mostrando el

fruto del trabajo agrícola en la misión de Lagarba. Los gatos son importantes compañeros en el entorno rural, ya que ayudan a controlar las plagas y protegen las cosechas de roedores. Además, su presencia aporta alegría y compañía, especialmente a los más pequeños, quienes los cuidan con esmero y cariño. Tener gatos en la misión no es solo práctico, sino también simbólico: representan el equilibrio entre la naturaleza y la vida comunitaria, contribuyendo al bienestar de todos en la misión. Este tipo de escenas diarias reflejan la sencillez y la belleza de la vida en Lagarba, donde incluso los pequeños detalles como los animales son parte fundamental de la experiencia y del progreso colectivo.

5 de Agosto de 2023: La Huella de los Sembradores en Tierras de Esperanza

Lagarba, Etiopía,

Amigos míos:

Dios guarde a vuestras familias, espero que estéis bien.

En la misión hay proyectos puntuales, proyectos de obra como las rampas de obra y nivelaciones que estamos terminando ahora a ambos lados del río. Aunque eso ha supuesto una inyección de capital en las familias, no deja de ser algo puntual. El trabajo constante, de lo que vive aquí la gente, es el campo y el pastoreo. La huerta y el cultivo de la tierra es el quehacer que nunca acaba. Nunca imaginé que la misión me llevaría a adentrarme tanto en la vida del campo, sus labores, sus fatigas. Sólo van seis años como párroco de esta misión rural, y es como si el mundo del que provengo ya no me fuera tan familiar. Las estaciones de aquí, las costumbres, la economía precaria, la poca comunicación con el exterior... todo tira de uno. Llevamos dos meses con cobertura telefónica nula o pésima, lo cual ralentiza el trabajo, pero hace que te centres en el trabajo que tienes a mano, y también prestes más atención a los que tienes al lado.

Mi obsesión -aquí y donde sea- es la fe, la religión, la evangelización. Como la fe no siempre se entiende bien desde el lenguaje de la teología, es preciso recurrir a situaciones de la vida común, como hacía Jesús con las parábolas: anunciaba el Reino con ejemplos tomados de la naturaleza, los eventos sociales, la casa y el hogar, la familia, el gobierno, la propiedad, el trabajo, las relaciones entre vecinos. Por las parábolas podemos deducir que Jesús era un hombre muy observador, conocedor de las realidades humanas en sus detalles, de las relaciones familiares, económicas y de autoridad, y en su santa pedagogía se adaptaba al público que le escuchaba. Necesitamos tener contacto con la tierra, con las personas, salir al encuentro, desplazarnos, trabajar, ver y escuchar mucho.

Viviendo aquí pienso mucho en la vida rural de antaño en Europa y América, y en la Palestina de los evangelios, pues en mi propia misión se trabaja la tierra y los cultivos de la zona requieren mucha labranza. Todos conocéis la parábola que empieza, "Salió el sembrador a sembrar..." (Mt 13, 3ss). La vida es así, como esa parábola: está plagada de resultados diversos, inesperados, algunos marcados por la desazón y otros por la alegría de la fecundidad, pero el sembrador es uno y el mismo, y nosotros, con toda nuestra variedad de caracteres, somos la tierra. Además, existe la posibilidad de cambio: cualquier tierra estéril o incluso un pedregal

lleno de zarzas puede llegar a ser tierra mullida y fértil, y viceversa. Es todo un reto, y un gran trabajo de equipo, hacer de una tierra antes yerma, con mucho abono y riego, una tierra capaz de fructificar. Hace no mucho, me he enterado de que, además de los cereales locales que conocía y cultivamos, en esta comarca también se cultiva avena, lúpulo, linaza, coriandro, jengibre, clavo, comino y ruda, y otros cereales y hierbas finas. El clavo o la ruda acompañan muy bien al café, lo mismo que el coriandro o el jengibre dan cuerpo al té. En el mercado y en las tiendas de Bedesa, donde recojo el correo, se venden todas estas especias, y muchas otras, además de incienso aromático de varios tipos. Muchos de estos condimentos se emplean en la medicina tradicional. Hasta en la casa más pobre, cuando te invitan a un café, no falta el incienso, o al menos las brasas y el humo de una madera aromática. Al ver las especias en los mercados, me acuerdo del Cantar de los Cantares en la Biblia, donde se exalta la pasión de los enamorados: "Tus brotes, [amada mía, son] un paraíso de granados, con frutos exquisitos: nardo y azafrán, caña aromática y canela, con todos los árboles de incienso, mirra y áloe, con los mejores bálsamos" (Cant 4, 13s). También en relación a las especias encontramos, en contraste, los reproches de Cristo en el evangelio: "¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que pagáis el diezmo de la menta, del eneldo y del comino, y descuidáis lo más importante de

la Ley: la justicia, la misericordia y la fe! Esto es lo que había que practicar, aunque sin descuidar aquello" (Mt 23, 23).

En las fértiles tierras de Etiopía, más allá de los cereales locales tradicionales como el teff, la cebada y el maíz, han comenzado a florecer cultivos que, aunque quizás menos conocidos, tienen una rica historia tanto en la región como en otras partes del mundo. La avena, que tiene sus raíces en las regiones más frías de Europa, se ha adaptado bien a las altitudes de Etiopía, proporcionando un grano versátil que, además de su uso en la alimentación humana, es valioso como forraje para el ganado en los climas más frescos.

El lúpulo, una planta esencial en la elaboración de la cerveza, es originaria de Europa, pero su cultivo en Etiopía es reciente y refleja el interés en diversificar la agricultura local. Aunque no se cultiva en grandes cantidades, su presencia destaca cómo el país adopta y experimenta con plantas foráneas. De igual manera, la linaza, que se cultiva desde la antigüedad en regiones de Asia y el Mediterráneo, ha encontrado un lugar en estas tierras. Su aceite es valorado por sus propiedades nutritivas y medicinales, y la semilla se emplea en la gastronomía local, añadiendo un toque de sofisticación y riqueza nutricional.

Pero quizás los cultivos más llamativos en esta tierra sean las especias. El coriandro, con su aroma fresco y su versatilidad en la cocina, es usado no solo en la preparación de platos tradicionales, sino también para dar cuerpo y complejidad al té, una bebida muy apreciada en

Etiopía. El jengibre, con su toque cálido y picante, cumple una función similar, ofreciendo tanto sabor como beneficios medicinales. El clavo y la ruda también juegan un papel especial en la cultura del café, una bebida central en la vida diaria de los etíopes. Estas especias no solo añaden aroma y sabor al café, sino que elevan la experiencia sensorial de la tradicional ceremonia del café, que es tan importante para el espíritu comunitario.

Cada una de estas plantas y especias lleva consigo una historia que trasciende fronteras. Algunas, como el jengibre y el coriandro, llegaron a Etiopía a través de antiguas rutas comerciales que unían África con Asia y el Mediterráneo. Otras, como el lúpulo y la avena, llegaron en tiempos más recientes, adoptadas por los agricultores que buscan enriquecer y diversificar sus cultivos. En esta tierra de contrastes, el equilibrio entre los cultivos autóctonos y los que vienen de otras partes del mundo crea una armonía única, donde las tradiciones agrícolas de siglos se encuentran con la innovación, formando un mosaico rico de sabores y aromas que hablan tanto del pasado como del presente de Etiopía.

Bedesa es una localidad situada en la región de Oromía, en Etiopía. Se encuentra en una zona montañosa y rural, lo que le otorga un paisaje marcado por colinas ondulantes y valles que se extienden en el horizonte. El clima de Bedesa varía entre templado y cálido, dependiendo de la altitud, con una marcada temporada de lluvias que cubre de verde los campos y las terrazas agrícolas que dominan el entorno. La región es

conocida por su suelo fértil, lo que permite el cultivo de diversos cereales, frutas y legumbres, así como el pastoreo de ganado.

El centro de la localidad tiene un aire modesto, con calles de tierra donde los mercados locales cobran vida en ciertos días, con puestos que venden productos frescos, artesanías y utensilios para el hogar. Las casas son sencillas, la mayoría construidas de barro y paja o con bloques de cemento en áreas más desarrolladas. Las comunidades de Bedesa son predominantemente agrícolas, y la vida cotidiana gira en torno al ciclo de las estaciones y las cosechas.

Culturalmente, Bedesa refleja las tradiciones de la etnia oromo, que es mayoritaria en la región. Las festividades, como el Irreecha, la celebración oromo de la cosecha y la gratitud, son ocasiones importantes que traen a las comunidades de los alrededores a la ciudad para celebrar juntos. La religión también juega un papel importante en la vida de los habitantes, con una mezcla de cristianismo (tanto ortodoxo como protestante) e Islam, lo que le da a Bedesa una rica diversidad cultural y espiritual.

En resumen, Bedesa es un lugar donde la naturaleza y la vida rural predominan, con comunidades trabajadoras que viven en armonía con su entorno, en un paisaje donde los montes verdes y los campos cultivados crean una imagen de serenidad y actividad constante.

Al vivir aquí, es difícil no sentir por la gente la misma compasión de Cristo: "Al ver a la muchedumbre, sintió compasión de ellos, porque estaban extenuados y abandonados como ovejas que no tienen pastor" (Mt 9, 36).

Vivir voluntariamente y de buen grado en este lugar me da una gran autoridad moral entre ellos. El sacerdote no debe estar atado a nada, más que a Jesucristo, ni moverse por criterios humanos de éxito. Para ellos aquí no tengo parientes, ni intereses mundanos, ni ideología política de tal o cual signo. Mi prioridad son las necesidades de las familias, independiente de su comportamiento, su lealtad o su carácter moral. Algunos me dicen que soy "su pequeño san Francisco", en alusión al patrono de la iglesia y de la misión, que es San Francisco de Asís. Me bendicen a menudo, me vitorean, y quiero creer que no es sino el afecto sencillo de los pobres. A todos, incluidos los musulmanes, que también me aprecian, los considero mis hermanos, y me hago solidario de sus fortunas y desventuras.

Nos moriremos y otros vendrán después. Soy feliz cuando visito una familia y les regalo una imagen religiosa, una cruz, una estampa o un rosario. Yo no era de objetos ni de reliquias y recuerdos religiosos, pero aquí he visto el bien que hacen, la ilusión en pequeños y mayores. Es como si estos objetos fueran una prenda

del amor que Dios les tiene, algo a lo que aferrarse cuando la fe titubea. Yo no sé si veré el fruto de mis trabajos apostólicos, y tampoco debería importarme. Qué bueno es cuando entramos en la dinámica de sembrar y sembrar más, y trabajar la tierra de las almas, y poder conectar con las ilusiones de los pobres. Últimamente, los jóvenes católicos de la misión me están pidiendo biblias en su lengua nativa, el oromo. Es un signo. La escritura de la lengua oromo apenas lleva un siglo de desarrollo, y los textos bíblicos, litúrgicos y devocionales todavía están en fase de prueba, pero hay biblias nuevas editadas por los protestantes. Hasta hace poco, estos chicos jamás habían visto una biblia en su propio idioma, es una novedad, y manifiestan el deseo que tienen de conocer y estudiar la Palabra de Dios. Jesús envía a los apóstoles al mundo entero, "Id y haced discípulos..." (Mt 28, 19s), y ese envío lo estoy experimentando con este pueblo en una fase aún primitiva, y eso es un aliciente para el misionero. La fe crece y se nutre de los encuentros humanos, de la cultura, la educación, la estabilidad familiar, los textos sagrados y las celebraciones litúrgicas.

Ningún día estoy ocioso, en mi mente tengo grabada la máxima benedictina, Ora et labora. Tengo ahora una huerta de la que estaría orgulloso mi amigo José Luis Cárdenas, que fue "cocinero antes que fraile" -jefe de cocina con Martín Berasategui antes que

cura diocesano, para ser exactos-. El P. Cárdenas, que es párroco en Chapinería, en mi diócesis de Getafe, visitó esta misión en 2018, justo cuando tomé posesión de la misma, y él mismo trajo semillas. Antes no había nada, y ahora en mi huerta tengo cebollas, ajos, patatas, lechugas, repollos, tomates pequeños, remolachas, zanahorias, pimientos y guindillas picantes. Lo sobrante lo vendemos en el mercado de Kirara, que es los jueves, pero sobra poco -a mi mesa, comiendo conmigo, siempre tengo siempre a cuatro o cinco lugareños-. En Asebeteferi encontré dónde conseguir semillas de todas estas hortalizas, preparamos hace unos meses un pequeño terreno como semillero, y luego sólo tuvimos que transplantar y regar, y ya estamos disfrutando de los frutos de la tierra. Los árboles frutales plantados en estos tres últimos años tardarán algo más en llegar a su sazón.

La máxima benedictina "Ora et labora", que se traduce como "reza y trabaja", encierra una profunda filosofía de vida que trasciende lo meramente literal. En su esencia, esta frase establece un equilibrio armónico entre la vida espiritual y el trabajo cotidiano, integrando lo trascendental con lo mundano. Para los monjes benedictinos, esta máxima, derivada de la regla de San Benito en el siglo VI, es una guía hacia una vida de plenitud, donde el trabajo no es solo una necesidad física, sino también una forma de oración y devoción.

En este contexto, "ora" se refiere a la oración como un acto continuo de comunión con Dios. No es simplemente una acción limitada a ciertos momentos del día, sino un estado constante de apertura hacia lo divino. La oración transforma la vida interior, conectando el individuo con algo mayor y recordándole el propósito último de su existencia. Es un llamado a la humildad, a la entrega y a la búsqueda de un sentido trascendente en medio de las exigencias del mundo material.

Por otro lado, "labora" no es solo una referencia al trabajo físico, sino una invitación a transformar el trabajo en un acto sagrado. San Benito entendía que el trabajo, en cualquier forma, era un camino hacia la santificación. Ya sea a través de labores manuales en el campo, en la carpintería o en la cocina, el acto de trabajar se convierte en una extensión de la oración, una oportunidad de ofrecer lo mejor de uno mismo en cada tarea, por pequeña que sea. El trabajo no es una carga, sino una forma de servir a Dios y a los demás.

La unión de estos dos conceptos, oración y trabajo, crea un ritmo de vida que es equilibrado, donde cada aspecto de la existencia humana tiene su lugar y su tiempo. La contemplación y la acción, el espíritu y el cuerpo, se entrelazan en una danza sagrada. Esta filosofía invita a vivir el momento presente con una conciencia plena, a encontrar lo divino tanto en los momentos de silencio y recogimiento como en el esfuerzo físico y las tareas diarias.

"Ora et labora" nos recuerda que no hay separación entre lo espiritual y lo material, que cada acto, cuando está impregnado de propósito y

devoción, puede acercarnos a lo divino. En un mundo moderno que a menudo está fragmentado entre la vida profesional y la personal, esta antigua máxima resuena como una invitación a redescubrir la paz y la integridad en todo lo que hacemos.

José Luis Cárdenas, un hombre cuyo camino en la vida ha sido tan extraordinario como inesperado, es un ejemplo viviente de que el destino puede estar lleno de giros sorprendentes. Nacido con una pasión innata por la gastronomía, Cárdenas fue, antes que nada, un maestro de los fogones. Su talento en la cocina lo llevó a trabajar como jefe de cocina bajo la dirección del renombrado chef Martín Berasategui, una de las leyendas de la alta gastronomía española. Durante esos años, Cárdenas no solo perfeccionó su habilidad culinaria, sino que también forjó una profunda conexión con el arte de cocinar, donde cada plato era una obra maestra que reflejaba no solo técnica, sino también corazón y dedicación.

Sin embargo, en medio de sus días rodeado de aromas exquisitos y el bullicio de las cocinas de alta categoría, algo más profundo comenzó a latir en su interior. La vida de chef, con toda su pasión y creatividad, no era suficiente para él. Poco a poco, Cárdenas empezó a sentir un llamado diferente, una voz que lo guiaba hacia una vocación mucho más trascendental. Fue entonces cuando, en un giro que pocos podrían haber anticipado, decidió abandonar los fogones y seguir su verdadera pasión: el servicio a Dios y a los demás.

Así, el hombre que alguna vez deleitó los paladares más exigentes con sus creaciones culinarias se convirtió en el Padre José Luis Cárdenas, ordenado sacerdote diocesano. Su formación como sacerdote no fue un rechazo a su vida anterior, sino una integración de todo lo que había aprendido: el trabajo en equipo, la dedicación a un oficio, y, sobre todo, el amor por servir. En su nuevo papel, José Luis Cárdenas encontró una manera diferente de alimentar a las personas, no con platos delicados, sino con alimento espiritual.

Hoy, el Padre Cárdenas es párroco en Chapinería, una pequeña localidad en la Comunidad de Madrid. Allí, continúa sirviendo a su comunidad con la misma devoción y cuidado que alguna vez puso en sus platos. En sus sermones, no es raro que use metáforas culinarias, comparando la vida espiritual con la cocina: una mezcla de ingredientes donde la paciencia, el amor y la fe deben combinarse a la perfección para crear algo bello y duradero. Al final, la vida de José Luis Cárdenas es un testimonio de que los caminos de Dios son insondables, y que, tanto en la cocina como en la fe, lo más importante es la entrega total a los demás.

Os pido oraciones por mis enfermos. Los hospitales están muy lejos, y cuando la familia presiente que la enfermedad es mortal, sopesan si merece la pena el traslado del enfermo a un hospital de ciudad para que acabe muriendo lejos de aquí, o es mejor quedarse en casa, con el afecto y el apoyo de la familia y toda la comunidad. Está muy enfermo mi vecino Habtamu Yosef, de 28 años de edad,

con un cáncer de huesos galopante. La semana pasada creíamos que se iba. Aquí no hay paliativos ni nada, y de poco le han servido los tratamientos en el Black Lion, el mejor hospital público de Adís Abeba, al que ha ido varias veces para hacerse pruebas y comprar medicamentos. He conseguido para él algo de Valium, para que al menos pueda descansar un poco durante las noches. La semana pasada le di la Unción y la Comunión, y hoy he vuelto a hacerlo. Es un buen chico, le quiere todo el mundo. Son una pareja hermosa, él y su mujer Kasiye.

A proposito de Kasiye, hay un amigo muy especial del que nunca os he hablado, su padre: mi amigo Zenebe Ketama, que vive al pie de mi montaña. Es un hombre de unos 55 años, muy cascado por la vida de trabajo que he tenido. Sus otros hijos son Beshate, Marishet y Wolega. Ahora tienen un molino de gasoil -les presté el dinero hasta que la inversión amortizara- que muele el grano para todas las familias de la zona, a este lado del río Laga Arba. Los beneficios de este molino son exiguos, pero el servicio social que prestan es enorme, porque es el molino más cercano en cualquier dirección para la gente de Isako, Odaa Jaro, Gobenti, Ija Oli y el entorno de la misión. Aquí nadie tiene vehículo, toda la población lleva ahora el grano a sus espaldas o en burros hasta este molino, más a mano que Kirara. Yo mismo llevo para moler allí el grano de la misión, que servirá como harina para nuestra inyera, y

de pienso para el ganado. La carretera que hicimos pasa justo al lado de su casa, lo cual ha beneficiado mucho a su familia y fue lo que posibilitó instalar allí el molino. Zenebe es un hombre agradecido, siempre está dispuesto a echar una mano. Son católicos desde hace cuatro generaciones, y su afecto por la misión y el sacerdote se hacen sentir, siempre me ha dado muestras de apoyo y amistad.

La injera es un alimento básico y tradicional de Etiopía y Eritrea, muy característico por su forma, sabor y método de preparación. Se trata de una especie de pan plano, esponjoso y ligeramente ácido, que se elabora a partir de harina de teff, un cereal autóctono de Etiopía. El teff, libre de gluten y altamente nutritivo, aporta a la injera un perfil único en términos de textura y sabor.

Este pan plano tiene una apariencia similar a una crepe grande o una tortilla, con una textura ligeramente porosa. Se prepara fermentando la masa durante varios días, lo que le otorga su característico sabor ácido. La fermentación es un proceso esencial, ya que también contribuye a la esponjosidad de la injera.

La injera no solo sirve como acompañamiento, sino que también es un utensilio para comer. Generalmente, se coloca sobre una bandeja grande, y sobre ella se sirven diferentes guisos, carnes, verduras y salsas conocidas como wot. Los comensales arrancan pedazos de injera y los

usan para recoger los alimentos, en una experiencia culinaria profundamente arraigada en la cultura comunitaria etíope.

Más que un simple alimento, la injera es un símbolo de hospitalidad y unión, ya que las comidas tradicionales en Etiopía se disfrutan en grupo, compartiendo de un solo plato.

Después de dos años de servicio en la parroquia de Dhebiti, a tres horas de camino, fui exonerado de esa parroquia, pues hace unos meses el obispo Mons. Angelo Pagano destinó allí a un sacerdote local. A pesar de la pena de despedirme de un pueblo, de unas familias a las que he amado y servido, eso me ha dado un relativo descanso, y me ha permitido retomar las visitas periódicas a las zonas más alejadas de esta misión de San Francisco, como Jille y Bilalu. Gezahagn vive ya estable con su familia en Bilalu, e instruye allí a los niños en las oraciones y en el catecismo, y les visito un par de veces al mes. En Jille la semana pasada tres parejas jóvenes fueron bendecidas con el sacramento del matrimonio, y las tres chicas están embarazadas. La vida se abre con fuerza en un entorno pobre, y el futuro se pone en manos de Dios. ¡Quisiera hacer tanto por estas familias! Apenas tienen un terreno, y mucho menos una yunta de bueyes con que arar, y siguen viviendo bajo el amparo de sus familias. Menos aún saben cómo se las arreglarán

para criar a sus hijos o darles una educación, pero han emprendido este camino, y ser padre o madre es una aspiración humana muy profunda. Estos jóvenes son Sintayehu y Enanu, Derese y Asrese, y Melka y Time. Parecen no darse cuenta de lo pobres que son, de lo cándidos y preciosos que son. Por favor, acogedles en vuestro corazón.

El Padre Paul, tras años de servicio dedicado a la parroquia de Dhebiti, ha llegado a un punto de transición que no debe verse con tristeza, sino con alegría y gratitud por lo que ha sembrado. Su labor en esta parroquia ha dejado una huella imborrable: desde las misas celebradas con fervor hasta el acompañamiento cercano a cada feligrés en sus momentos más importantes. El Padre Paul no se despide de su misión, simplemente su trabajo florece en manos de un nuevo líder espiritual, , un sacerdote local que trae consigo una comprensión aún más profunda de la cultura y las tradiciones de la comunidad.

Este relevo no significa un adiós definitivo, sino un paso hacia adelante para la comunidad. El Padre Paul ha sido una pieza clave en construir los cimientos sólidos sobre los cuales el Padre Tesfaye ahora continuará edificando. La parroquia de Dhebiti no solo recibe a un nuevo pastor, sino que lo hace con la base fuerte de todo el amor, dedicación y esfuerzo que el Padre Paul ha derramado durante su tiempo allí.

El trabajo de un párroco es sembrar, y es precisamente lo que el Padre Paul ha hecho: ha plantado semillas de fe y unidad que ahora crecen

con la nueva guía del Padre Tesfaye. Esta nueva realidad no es una pérdida, sino una oportunidad para que la comunidad florezca con nueva energía, y el legado del Padre Paul se mantendrá vivo en cada oración, en cada misa y en cada corazón que ayudó a acercar a Dios.

Es momento de celebrar lo que ha sido logrado y de mirar hacia el futuro con esperanza y confianza en el plan de Dios, que siempre sigue construyendo sobre las bases que se han forjado con amor y dedicación.

En la frontera se ve lo fuerte que es la naturaleza, y lo frágil que es la condición humana. Las pasiones y los instintos se abren camino, los pueblos no desaparecen. Sin embargo, la gracia actúa lentamente, y parece tolerar los vaivenes de la voluntad, y soporta las equivocaciones personales. Aquí hay suicidios, homicidios, robos, egoísmo, crueldad. Y también aquí actúa la gracia de Dios y los hombres recobran la esperanza, y aspiran a vivir una vida más humana, como hijos de Dios. Algunas familias se rompen, pero la mayoría lucha denodadamente por mantenerse unidos. La economía, de por sí, no mantiene unida a ninguna pareja, son la fe y la cultura de la vida las que nos tienen aferrados para formar parte de una sociedad, un pueblo.

La misión en la vida es el marco de todo. Cuando tienes un propósito -para mí es acompañar a los hombres para que conozcan a Jesucristo-, se desarrollan el ingenio, los talentos, el sentido del humor, la creatividad, una filosofía práctica: un modo de entender la vida y de poner tus capacidades al servicio de los demás. No faltan las riñas y desencuentros, y el misionero lleva allá donde puede un incremento de humanidad, de esperanza. En este momento no tengo enemigos, estoy en paz con todo el mundo. No siempre puedo complacer sus peticiones, pero puedo amarlos y tratarlos con respeto.

Como sacerdote, cada año conozco mejor la trastienda de la Iglesia, las desavenencias entre los curas y su relación -no exenta de tensiones- con el obispo. Amo a la Iglesia, y os animo a rezar siempre por la Iglesia en cada país: es el cuerpo místico de Jesucristo, el pueblo de los bautizados. Los bautizados son unos pobres, un amasijo de problemas, que necesitan compañía y orientación, consuelo y visión de futuro. Mi consejo sería, orad por los laicos, ayunad por los sacerdotes. En este siglo, nadie ayuna ya por motivos de fe, pero nunca es tarde para empezar.

Una de mis satisfacciones recientes es haber ayudado a una familia de cuatro hermanos jóvenes para empezar un negocio, una pequeña tienda de productos básicos de consumo diario, en la zona de

Gobenti, a 3 kilómetros escasos de mi misión. Llevan ya ocho meses sacando adelante la tienda, y están teniendo mucho éxito, clientes fieles -no hay otra tienda cercana en la zona- y entrada estable de beneficios. Ya me han devuelto tres cuartas partes de lo que les presté para empezar, y llevan el negocio estupendamente, con mucho trabajo. Son Dagne, Habtamu, Zinash (la chica) y Sisay. Cuando a la vuelta de cualquier trayecto paso por Bedesa, invariablemente tengo a Habtamu esperándome, y cargo con él en la camioneta los productos que compran allí o en Karra Kurkura de sus proveedores, y transportamos la mercancía hasta su misma casa en nuestra zona remota donde tienen la tienda. Venden refrescos, arroz, pasta, aceite, sal, cigarrillos, galletas, jabón, y cosas así. En este lugar, la gente tarda en desperezarse por las mañanas (por el consumo de chat el día anterior), pero luego trabajan intensamente el campo y hacen vida nocturna, y acuden a comprar a la tienda incluso entrada la madrugada, como si fuera una tienda 24 horas. Como el molino de Zenebe, también la casa de Dagne y sus hermanos quedó al pie de la carretera cuando la construimos, lo cual es una gran suerte para ellos. De verdad, la carretera que hice, y por la que os pedí ayuda y oraciones en España, la carretera que inauguramos el 6 de febrero del año pasado, fue un trabajo y un milagro del que todavía no doy crédito. Todavía me queda mucho por hacer aquí, pero desde un punto de

vista terrenal, siento que me puedo morir en paz por haber hecho esta bendita carretera. Zenebe, mi amigo del molino, en sus grandes ponderaciones me dice que, gracias a estos años que llevo con ellos, por fin son humanos. Es una exageración, no es que fueran animales antes, pero ellos naturalmente se comparan con el resto de Etiopía, con los pueblos grandes y lugares más desarrollados, y estando aquí y conociendo las limitaciones de la vida anteriormente a la carretera, entiendes perfectamente a lo que se refieren.

No quiero hacer este mensaje demasiado largo. Como siempre, se me quedan varias cosas en el tintero. Siempre tengo la espina de no cumplir con vosotros, mis amigos de España, de no ser ágil en corresponder. Esa espina la pongo en el altar, siempre creo que la Eucaristía lo dice todo, y lleva todo afecto y amistad a su consumación.

Un abrazo, vuestro

P. Paul

15 de Octubre de 2023: La Noche de los ladrones, España y los Monasterios de Clausura

Lagarba, Fiesta de Santa Teresa de Jesús

Hola, amigos:

Desde junio había dejado de llover, y así estuvo el cielo cerrado durante dos meses, negando a la tierra las lluvias habituales en esa estación. El sorgo, a pesar de las bandadas de pájaros que picotean sus copas por las mañanas, resistió. Sin embargo, la mayor parte del maíz se abrasó por el sol y la falta de humedad, y ya no queda sino una cuarta parte de lo que había germinado. Otros cultivos corrieron una suerte similar.

Poco después del último mensaje que os escribí en agosto, se empezaron a producir robos en las casas de los vecinos: una vaca por aquí, un par de ovejas por allá, un cultivo de khat recolectado furtivamente por la noche, etc. El colmo fue una noche que en Kirara, el único pueblo de este valle, unos seis comercios fueron saqueados. Debieron ser más de veinte individuos, organizados y sigilosos, los que perpetraron estos robos en una misma noche. Forzaron cerraduras y ventanas, y extrajeron los productos y todo el dinero que encontraron, todo sin que nadie se despertara ni oyera nada. Os podéis imaginar los disgustos y lamentos a la mañana

siguiente. Hay quien dice que lo debieron hacer drogados de hachís, porque no se corresponde el sigilo y parsimonia con que actuaron con la tensión de poder ser sorprendidos en el acto de robar: aquí se tiene tal odio a los ladrones que muchos dueños serían capaces de matar a palos al que intente robar su ganado, su grano, su dinero, o cualquier mercancía. Y no penséis que estos ladrones son los más pobres acuciados por la necesidad, porque todos aquí siguen viviendo de la cosecha trillada el pasado enero. Según la opinión de mis vecinos, lo más seguro es que fueran individuos ansiosos y egoístas que, previendo un año de carestía por esa falta de lluvia, robaron compinchados para no ver reducidos sus propios graneros en los meses siguientes. Afortunadamente, hacia finales del mes llovió abundantemente durante muchos días, y los campos se recuperaron, y se volvieron a sembrar otros cereales y legumbres como lentejas y garbanzos, porque el tiempo para sembrar sorgo o maíz ya ha pasado, y se siembra lo que pueda dar fruto de aquí a diciembre, y ya eso que se coseche maduro y seco se venderá para comprar en otro mercado el grano del cultivo que aquí se malogró.

Esto es una lección de vida. Casi nunca hacemos el mal porque la vida nos apriete o Dios nos haga sufrir. Casi siempre hacemos el mal porque nos ponemos ansiosos, dejamos de confiar y perdemos la paz. Mi misión como sacerdote y predicador es sembrar la paz,

la esperanza, la confianza en Dios. Predico siempre el perdón, porque la rabia y el resentimiento no sirven de nada. Dios, su creación y el trabajo son la fuente de nuestra alegría: "Los que sembraban con lágrimas cosechan entre cantares. Al ir, iba llorando, llevando la semilla; al volver, vuelve cantando trayendo sus gavillas. (Sal 126, 5s)". La ansiedad, que nos afecta a todos, es a menudo síntoma de una espiritualidad pobre. Hay casos de gente aquí que ha enloquecido hasta el punto de deambular sin ropa y con el rostro desencajado por haber hecho inversiones en terrenos, y haberlo perdido todo por una sequía o por la plaga de langostas de hace tres años.

Es sabio precaverse del dios Dinero, no adorar a la diosa Fortuna. Al mencionarse, este dios se suele entender en su vertiente hedonista, de despilfarro, avaricia, lujo y comodidad. Sin embargo, su cara menos conocida es la más cruel: la falsa seguridad que ofrece a las personas prudentes y "normales" de clase media y el horror ante la idea de que deje de sernos propicio, que estemos en apuros por perder su favor. La mayoría de mi gente de Lagarba, al ser muy pobre, no confían en el dios dinero porque tienen muy poco, y les resulta más sencillo confiar en Dios y ya está. Podrían mejorar sus hábitos laborales, económicos y asociativos para ganar y ahorrar más, pero no lo hacen. De ahí que sean, a su modo, unos santos. Porque no adoran al dios dinero. Eso sí, yo quisiera sacarles

de la pobreza, para que puedan al menos comer bien y vestir bien, porque todos somos hijos de Dios.

Estos últimos meses estoy leyendo con fruición la nueva tesis doctoral de mi amigo y anterior párroco, el P. Gonzalo Pérez-Boccherini, titulada "El alma Católica de España", y me está enseñando mucho. El libro del P. Gonzalo recorre la historia de España y el pensamiento del cardenal primado Don Marcelo González (1918-2004), desde la conversión al catolicismo del rey visigodo Recaredo hasta nuestros tiempos, y pone de manifiesto los tesoros espirituales y culturales de nuestra nación y el ardor misionero y evangelizador de cientos de miles de hombres y mujeres que salieron de España y murieron en tierras lejanas llevando el amor de Cristo, y otros tantos millones de hombres y mujeres que llevaron la antorcha de la fe en cada generación en suelo patrio, a veces sufriendo persecución y hasta el martirio, por transmitir a sus hijos el amor a la Eucaristía, a la Cruz y a nuestra Señora.

"El alma Católica de España" del Padre Gonzalo Pérez-Boccherini es más que un simple recorrido histórico; es una inmersión profunda en la identidad espiritual de una nación que, a lo largo de los siglos, ha sido moldeada por la fe católica. En este libro, el autor nos lleva a través de

los hitos más importantes de la historia de España, desde la conversión del rey visigodo Recaredo en el siglo VI hasta los desafíos y tesoros espirituales de nuestros tiempos, todo a través de la lente del pensamiento del cardenal primado Don Marcelo González, una figura clave en la vida eclesial del siglo XX.

El Padre Gonzalo presenta a España no solo como un país marcado por su historia política o cultural, sino como una nación cuya alma ha sido profundamente marcada por su relación con el catolicismo. Desde la llegada del cristianismo a la península ibérica, los españoles han sido protagonistas en la difusión de la fe, tanto dentro como fuera de sus fronteras. Uno de los momentos más significativos que el libro describe es la conversión de Recaredo en el III Concilio de Toledo en el año 589, cuando el rey visigodo abandonó el arrianismo y abrazó el catolicismo, un acto que unificó religiosamente a la península y estableció las bases para una España profundamente cristiana.

El libro explora los múltiples periodos en los que la fe católica fue puesta a prueba en España: desde la Reconquista, pasando por los siglos de la Inquisición, hasta las guerras civiles del siglo XX, donde muchos españoles, a pesar de la persecución, defendieron su fe con un ardor inquebrantable. El Padre Gonzalo recuerda a los mártires de esas épocas, quienes sacrificaron sus vidas por la defensa de la Eucaristía, la Cruz y la devoción a Nuestra Señora. Cada generación ha tenido que enfrentar su propio reto en la transmisión de la fe a sus hijos, a veces enfrentando persecución, pero siempre con la convicción de que el legado espiritual de España debía preservarse a toda costa.

El pensamiento del cardenal Marcelo González es una piedra angular en este relato. González, quien fue una figura prominente de la Iglesia en el siglo XX, es retratado como un defensor firme de la tradición católica en un momento de profunda transformación social y religiosa. A través de sus enseñanzas y ejemplo, el cardenal propuso que España no podía entenderse sin su herencia católica, una fe que había dado forma a su cultura, sus valores y su espíritu. Fue él quien, en momentos de crisis, convocó al pueblo a mirar hacia sus raíces, a entender que el tesoro espiritual de la nación estaba en su compromiso con los principios del Evangelio y el amor a Cristo.

Uno de los aspectos más emocionantes de "El alma Católica de España" es cómo el Padre Gonzalo pone de manifiesto el ardor misionero de la nación. Desde los siglos XVI y XVII, cuando España fue el centro del imperio más grande del mundo, hasta el siglo XX, cientos de miles de hombres y mujeres salieron de la península para llevar el amor de Cristo a tierras lejanas. Misioneros como San Francisco Javier o los muchos que dieron sus vidas en las Américas y Asia son recordados como héroes de la fe, cuyas hazañas misioneras expandieron el catolicismo más allá de los límites de Europa. España, en este sentido, no solo fue receptora de la fe, sino que se convirtió en un faro de evangelización para el resto del mundo.

El libro también es un homenaje a los millones de españoles que, en cada generación, han llevado la antorcha de la fe dentro del territorio nacional. Desde los campesinos hasta los nobles, desde los mártires hasta los santos, España ha sido un país donde la fe en la Eucaristía, la

devoción a la Cruz y el amor a la Virgen María se ha transmitido de padres a hijos, incluso en los momentos más oscuros de su historia. Cada familia, cada comunidad, ha sido un testimonio viviente de la herencia católica que ha formado el corazón de España.

En este relato fascinante, el Padre Gonzalo Pérez-Boccherini no solo nos ofrece una cronología de los eventos históricos, sino una reflexión profunda sobre lo que significa ser parte de una nación de fe. Su narrativa fluye entre los siglos, conectando el pasado con el presente, y nos recuerda que la verdadera riqueza de España no está en sus conquistas o en su poder político, sino en su alma, que ha sido forjada en el fuego del amor de Cristo.

El libro es, en última instancia, una invitación a redescubrir el tesoro espiritual y cultural de España, un legado que sigue vivo en cada parroquia, en cada devoción, y en cada acto de fe de sus gentes.

Yo nunca me he señalado en mi patriotismo de un modo particular, ni en mis predicaciones, ni llevando adornos con los colores de la bandera de España, ni mucho menos con opiniones políticas. Además, ni siquiera nací en España, soy español por parte de madre y por mi educación desde 1° de EGB. Pero a medida que me hago mayor -cumplí 40 el pasado agosto-, e iniciado ya mi séptimo año en la misión entre la tribu de los Oromo en un lugar recóndito de África oriental, tomo conciencia, con asombro y profundo agradecimiento, de la herencia espiritual y cultural que traigo

conmigo, tan mía que no suelo ser consciente de ella. Es la fe en Jesús de Nazaret, el Dios-hombre, transmitida por los apóstoles y enriquecida con la vida y doctrina de miles de santos españoles de un milenio y medio. Ellos son mi religión y mi nación, el motivo por el que yo puedo hoy amar a Jesús y dar su amor a los demás.

En abstracto, ninguna nación es mejor que otra, y todos los pueblos tienen tradiciones valiosas, algo que aportar al mundo, y un porvenir. También, como en otros países, en nuestra España la gente habitualmente está descontenta con la situación política, económica y social, y los complejos de culpa y de inferioridad no faltan, y también en la Iglesia católica en nuestro país hay errores y pecados, y lugares y comunidades donde parece que no hay unidad, ni ilusión ni esperanza. Al parecer de algunos, lo único de lo que puede estar orgullosa España es del fútbol, de las playas y de su cocina. De otros países han salido personajes de una influencia indiscutible, por sus conquistas y logros culturales y científicos. De España no ha salido un Alejandro Magno, un Julio César, ni un Gengis Khan. Tampoco hicimos pirámides como los egipcios ni fuimos la cuna de la filosofía como los griegos ni codificamos el derecho como los romanos. Tampoco en la época actual sobresalimos por nuestra industria y tecnología, y de España no ha salido ningún cohete a la luna.

No obstante, como creyente y como misionero, desde mi pequeña y querida misión de Lagarba, y habiendo leído la obra de investigación, tan extensamente documentada, del P. Gonzalo, me reafirmo como orgulloso hijo de España, y por eso mismo, con redoblado amor, hermano de todos vosotros, que leáis mis mensajes, y que compartís conmigo una experiencia de historia común, aunque sea una historia herida también por conflictos y divisiones. Es particularmente nuestra la pléyade de santos gloriosos, desde san Isidoro de Sevilla, san Leandro, san Ildefonso, santo Domingo de Guzmán, todos los del siglo de Oro, hasta nuestros días, la influencia profundísima que han tenido en la sociedad, la educación, el Derecho de Gentes, la Evangelización de América, la fundación de innumerables congregaciones religiosas dedicadas a los pobres y enfermos, a los cautivos y a los que contraían la lepra y la peste. Todo influye en lo que somos, cómo somos, cómo pensamos, cómo sentimos, cómo hablamos, cómo entendemos la moral y nos relacionamos con los demás.

La historia de los santos gloriosos que marcaron la espiritualidad de España está llena de momentos de fe, sabiduría y entrega, cada uno dejando un legado que sigue vivo en la memoria cristiana.

San Isidoro de Sevilla, nacido en el siglo VI, fue una de las figuras más eruditas de la España visigoda. Sucedió a su hermano San Leandro en el obispado de Sevilla, y bajo su guía, la ciudad se convirtió en un centro de saber y espiritualidad. San Isidoro es conocido por haber compilado una vasta obra enciclopédica, las "Etimologías", un intento monumental de reunir todo el conocimiento de la época. Fue un hombre de increíble visión, comprendiendo que el conocimiento no solo debía ser una herramienta de sabiduría, sino también un medio para acercarse a Dios. Su obra perduró durante siglos, influenciando a teólogos, filósofos y estudiosos de la Edad Media.

Su hermano, San Leandro, fue una pieza clave en la historia religiosa de España. Fue él quien jugó un papel crucial en la conversión del rey visigodo Recaredo del arrianismo al catolicismo, un evento que consolidó la unidad religiosa de la península ibérica. Con su gran elocuencia y poder de persuasión, Leandro sentó las bases para el desarrollo de una España profundamente cristiana, marcada por la fe católica.

Otro santo destacado de esta época es San Ildefonso, quien fue arzobispo de Toledo en el siglo VII. Profundamente devoto a la Virgen María, San Ildefonso es recordado por su ardiente defensa de la virginidad de María y sus escritos sobre la madre de Cristo, que inspiraron a generaciones de devotos. Su visión mariana fue tan intensa que, según la tradición, la Virgen se le apareció y le entregó una casulla como símbolo de su favor celestial. En un tiempo donde la herejía amenazaba la fe ortodoxa, San

Ildefonso fue una luz que guió a la Iglesia hacia una mayor devoción a María.

Siglos más tarde, en el corazón de la Edad Media, surgió otra figura cuya influencia trascendió fronteras: Santo Domingo de Guzmán. Fundador de la Orden de los Predicadores, más conocida como los dominicos, Santo Domingo nació en el siglo XII en Caleruega. Preocupado por la propagación de la herejía cátara en el sur de Francia, dedicó su vida a la predicación de la verdadera fe católica. En un mundo donde la palabra hablada tenía el poder de influenciar y transformar, Domingo entendió que los predicadores debían estar bien formados y ser ejemplares en su vida espiritual. Así, la orden dominica se consolidó como un pilar de enseñanza y lucha contra las herejías en toda Europa.

Santo Domingo también es recordado por haber sido el promotor del Santo Rosario, un método de oración que aún hoy sigue siendo una de las devociones más populares dentro de la Iglesia Católica. Su vida de sencillez, devoción y fervor misionero marcó un camino que sus seguidores continuarían durante siglos.

Cada uno de estos santos, desde los tiempos de la España visigoda hasta la plenitud del medievo, fue un pilar en la construcción del espíritu católico de España. A través de su sabiduría, su devoción y su lucha por la verdad de la fe, dejaron un legado que ha inspirado no solo a su nación, sino al mundo entero. La historia de la santidad en España está

tejida con el hilo dorado de estos hombres, cuyas vidas, obras y logros resuenan a través de los siglos como un canto de fe y amor a Dios.

En lo que se refiere a fe y evangelización, a experimentar el amor de Cristo y llevarlo hasta los confines del mundo, difícilmente se podrán encontrar en otra nación personas tan configuradas con Cristo como santa Teresa de Jesús, san Juan de la Cruz, san Juan de Ávila, san Ignacio de Loyola, san Francisco Javier, san Francisco de Borja, por sólo hablar de los más conocidos del siglo de Oro español. Dejo sin mencionar centenares de santos y santas insignes, de todas la geografía española y de todos los siglos, desde el siglo IV hasta el siglo XX, cuya influencia ha sido increíble. Hasta el día de hoy en 2023, somos el país con más misioneros en el extranjero, estamos a la cabeza de todos los demás países, y yo tengo el privilegio de contarme entre ellos.

El Siglo de Oro español es conocido no solo por su riqueza literaria y artística, sino también por el florecimiento de una espiritualidad profunda, encarnada en las figuras de santos que dejaron una huella imborrable en la historia del catolicismo. Entre ellos destacan nombres como Santa Teresa de Jesús, San Juan de la Cruz, San Juan de Ávila, San Ignacio de Loyola, San Francisco Javier, y San Francisco de Borja. Estos santos no solo

transformaron el espíritu de su tiempo, sino que su influencia sigue viva hoy.

Santa Teresa de Jesús, nacida en Ávila en 1515, fue una mística y reformadora incansable. Fundadora de la Orden de las Carmelitas Descalzas, Teresa no solo trajo un renacimiento a la vida religiosa, sino que también dejó una huella literaria imborrable con obras como El Libro de la Vida y Las Moradas. Su vida fue un constante diálogo con Dios, una búsqueda incesante de la unión mística, que se expresó en sus experiencias de arrobamiento espiritual. Su fuerza y su dedicación a la renovación del carmelo son testimonio de una fe profunda y de un espíritu indomable.

Junto a ella, San Juan de la Cruz, su compañero en la reforma del Carmelo, elevó la poesía mística a su cumbre. Nacido en Fontiveros en 1542, Juan buscó en la vida contemplativa la purificación total del alma para alcanzar la unión con Dios. Su Noche Oscura del Alma y Cántico Espiritual son obras maestras no solo de la mística, sino de la literatura universal, donde expresa con un lirismo inigualable el viaje del alma hacia el amor divino.

San Juan de Ávila, por su parte, fue una de las figuras más influyentes del Siglo de Oro en cuanto a la reforma del clero. Conocido como el Apóstol de Andalucía, Juan de Ávila predicó con un ardor y claridad que arrastraba multitudes, y su influencia llegó incluso al Concilio de

Trento. Su obra Audi, Filia es una guía espiritual para la vida cristiana, llena de sabiduría pastoral. Su vida de predicación y enseñanza dejó una marca profunda en la Iglesia española.

Entre estos gigantes del espíritu, San Ignacio de Loyola se destacó como el fundador de la Compañía de Jesús, una orden que revolucionaría la evangelización y la educación. Nacido en el País Vasco en 1491, Ignacio tuvo una conversión radical después de ser herido en batalla, y dedicó su vida a la formación espiritual a través de sus Ejercicios Espirituales, un método profundo de discernimiento y crecimiento espiritual. Su obra y la de los jesuitas fueron fundamentales en la reforma católica y en la expansión del cristianismo por el mundo.

Uno de los grandes frutos de la labor de San Ignacio fue San Francisco Javier, el gran misionero del Oriente. Nacido en Navarra en 1506, Francisco fue uno de los primeros jesuitas y dedicó su vida a llevar el Evangelio a lugares como la India, Japón y las costas de China. Su pasión por la conversión de almas lo llevó a tierras desconocidas, donde murió agotado en 1552, sin haber alcanzado su ansiado objetivo de evangelizar China.

Finalmente, San Francisco de Borja, nacido en Gandía en 1510, fue un duque convertido en jesuita, cuya vida de renuncia a los honores mundanos y dedicación a la vida religiosa lo llevó a convertirse en el tercer Superior General de la Compañía de Jesús. Su fervor espiritual y su empeño en la renovación de la vida religiosa le dieron un lugar destacado entre los santos del Siglo de Oro.

Además de estos grandes nombres, España ha sido cuna de otros muchos santos y santas cuya influencia ha sido igualmente inmensa. Desde el siglo IV, con figuras como San Hermenegildo, mártir visigodo, hasta el siglo XX con santos como San Josemaría Escrivá de Balaguer, fundador del Opus Dei, y Santa Maravillas de Jesús, una carmelita de gran influencia, la geografía española ha visto florecer una espiritualidad vibrante y diversa. También cabe mencionar a San Isidro Labrador, patrono de Madrid y símbolo del trabajo humilde en el campo, y a Santa Eulalia de Mérida, mártir de la época romana, cuya valentía ante el martirio inspiró generaciones de cristianos.

A finales de agosto fui a visitar a mi hermana María, que vive con su familia en California. Pude visitar algunas misiones franciscanas históricas, fundadas por el P. Fray Junípero Serra (1713-1784). Estas misiones a lo largo de la costa de la Baja California tienen una historia gloriosa, y sus fundadores, en su mayoría españoles, fueron auténticos héroes, exploradores llenos de iniciativas, muchos de ellos anónimos y sin más interés que llevar el Evangelio, y siempre empezaron con medios muy pobres y crearon misiones florecientes, donde siempre acogieron a todos: indios, mexicanos, mestizos y norteamericanos. Las misiones franciscanas fueron el germen y centro de las ciudades que ahora conocemos: San Diego, los Ángeles, santa Bárbara, Santa Ynez, y muchas más. Aunque mi diócesis de Getafe es joven (se acaban de cumplir 32 años se su inicio, su división de la que era la diócesis

de Madrid-Alcalá) y somos muy pocos los sacerdotes diocesanos en misión en el extranjero, no me siento solo. Me siento parte de una diócesis y de una España viva y misionera, cuyas entrañas se conmueven por los pobres de toda la tierra, una España que sigue siendo inequívocamente católica en su identidad (ya sea en pro o en contra), y que de un modo u otro quiere llevar amor y compasión a los migrantes, a las minorías, a los que sufren, a los que no tienen voz pública, a los que se sienten solos y abatidos por los infortunios de la vida.

Las misiones franciscanas fundadas por el Padre Fray Junípero Serra a lo largo de la costa de la Baja California, y más tarde en el territorio de la actual California, representan una de las epopeyas más heroicas y significativas en la historia de la evangelización en América. Fray Junípero, nacido en Mallorca en 1713, fue uno de los misioneros más destacados de su tiempo, y su legado es venerado no solo por su entrega espiritual, sino también por la labor cultural, social y económica que llevó a cabo en lo que entonces era el lejano norte del Virreinato de Nueva España.

Estas misiones, que comenzaron con recursos escasos y bajo condiciones extremadamente difíciles, se convirtieron en auténticos núcleos de desarrollo para los pueblos indígenas y las comunidades que encontraron en ellas no solo refugio espiritual, sino también educación,

atención médica y un camino hacia una vida más estable. Los franciscanos, con su carácter austero y su enfoque en el servicio a los demás, abrazaron el reto de evangelizar y civilizar una región salvaje, no para su propia gloria, sino para llevar el mensaje del Evangelio a aquellos que nunca lo habían oído.

La primera misión fundada por Junípero Serra fue San Diego de Alcalá, en 1769. A partir de ahí, se fueron estableciendo otras misiones a lo largo de la costa, cada una con el mismo propósito: ser un faro de fe y civilización en tierras inhóspitas. Los Ángeles, Santa Bárbara, San Francisco, Santa Ynez, y otras localidades hoy mundialmente conocidas, tuvieron su origen en estas misiones, que no solo eran centros de evangelización, sino también de producción agrícola y artesanal. En estos enclaves, los franciscanos enseñaban a los pueblos indígenas técnicas de cultivo, ganadería y oficios, mientras les ofrecían refugio y protección en tiempos de conflicto con colonos o tribus vecinas.

Lo que hace especial esta gesta es la naturaleza pobre y sencilla de los medios con los que estos misioneros comenzaron. Las misiones eran establecidas con recursos mínimos, muchas veces construidas con adobe, maderas simples y techos de palma. Sin embargo, poco a poco florecieron hasta convertirse en verdaderos centros de vida, con huertos, viñedos, talleres y escuelas que proporcionaban a las comunidades una base sólida para desarrollarse. En estas misiones, se acogía a todos: indígenas, mestizos, mexicanos y norteamericanos que llegaban en busca de una vida mejor.

Aunque el rostro visible de esta obra misionera fue el del Padre Junípero Serra, muchos otros misioneros, en su mayoría españoles, participaron en la fundación y el crecimiento de estas misiones. Muchos de ellos permanecen en el anonimato, hombres entregados que vivieron y murieron entre los indígenas, sin más ambición que la de llevar el amor de Cristo a los confines de la tierra. Estos hombres, auténticos héroes y exploradores, no solo trazaron rutas en terrenos desconocidos, sino que también forjaron lazos profundos con las tribus nativas, aprendiendo sus lenguas y respetando sus culturas.

Sin embargo, la vida en las misiones no estuvo exenta de desafíos. Las condiciones climáticas y las enfermedades, además de los conflictos territoriales, supusieron graves dificultades. Pero la fe y el espíritu franciscano no se rindieron ante estas adversidades. La misión en sí no era solo un lugar físico, sino un testimonio vivo del Evangelio, una manifestación del amor a Dios a través del servicio a los más necesitados. A lo largo de los años, las misiones se convirtieron en el germen de ciudades que hoy son símbolos del dinamismo de California, pero cuyos orígenes humildes y espirituales nunca deben ser olvidados.

El Padre Junípero Serra, junto con sus compañeros misioneros, dejó un legado imborrable que no solo marcó la historia de la evangelización en América, sino que también moldeó el carácter de lo que hoy conocemos como California. Su obra, aunque muchas veces incomprendida o simplificada, sigue siendo un recordatorio del poder transformador de la fe, cuando esta se pone al servicio de la humanidad con humildad y generosidad. Las misiones, por lo tanto, no son solo monumentos

históricos, sino testigos vivos de una era en la que la caridad y el sacrificio se unieron para sembrar las semillas de la fe en tierras lejanas.

Hace ya dieciséis años que soy cura, y siempre recuerdo con cariño mi seminario de Getafe. En la formación sacerdotal que recibí, si bien se partía de la base de que íbamos a trabajar en nuestra diócesis, en España, tan necesitada ahora de una nueva evangelización, no por eso se ponía en cuestión la necesidad y pertinencia de ir a otros lugares, a tierras lejanas y pobres. La historia nos enseña que cuantos más misioneros se exportan, y cuanto más generosa es una diócesis o una congregación religiosa en ese sentido, más crecen los frutos espirituales, la alegría y el apostolado en las propias comunidades de envío. Con la comunicación de experiencias, las visitas y labores misioneras, la oración por los pueblos evangelizados y perseguidos, crece la fe. Además, sorprende que Jesús dijera que ningún profeta es bien recibido en su tierra (Lc 4, 24) y que en cuanto no nos reciban en una casa o en un pueblo, nos sacudamos el polvo de nuestros pies y nos vayamos a otro lugar a anunciar el Evangelio (Lc 10, 11). Es como si Jesús nos azuzara y nos quisiera siempre en movimiento a los que hemos consagrado nuestra vida a la evangelización.

En cualquier caso, lo que más debemos buscar es el Reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se nos dará por añadidura (cfr. Mt 6, 33). Al referir estas palabras de Jesús pienso en las vocaciones contemplativas, en los monasterios de clausura. Ellas (y ellos) han entrado en unos muros para vivir totalmente para Dios, y la misión de la Iglesia -y mi humilde misión aquí en Lagarba- no serían posibles sin ellas, sin su oración y su vida ofrecida como incienso para Dios. Aparte de las monjas de San José de Cluny, que me educaron de niño, sólo he tenido amistad y trato cercano con religiosas de cuatro conventos: las Carmelitas del Cerro de los Ángeles y de la Aldehuela, las Clarisas de Cantalapiedra y las hermanas de Iesu Communio. No mantengo correspondencia con ellas, pero estoy seguro de que rezan por mí.

La historia de los conventos de las Carmelitas del Cerro de los Ángeles y de La Aldehuela, así como la de las Clarisas de Cantalapiedra y las Hermanas de Iesu Communio, está marcada por un profundo sentido de entrega, oración y servicio, cada uno de ellos representando un baluarte espiritual en su respectiva comunidad, con una evolución que combina tradición y modernidad.

El Cerro de los Ángeles, situado en Getafe, es conocido como el corazón espiritual de España. Allí, en 1919, el Rey Alfonso XIII consagró España al Sagrado Corazón de Jesús, y alrededor de este evento creció una comunidad religiosa contemplativa: las Carmelitas del Cerro de los Ángeles. Estas monjas carmelitas se entregaron a la vida de oración y contemplación, siguiendo la regla de Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz. Desde su fundación, el convento se ha convertido en un faro de espiritualidad para el país, un lugar donde la vida contemplativa se une a la misión de rezar por España y el mundo entero. La comunidad ha crecido en fe y servicio, manteniéndose fiel al carisma teresiano de silencio, recogimiento y amor a Dios.

A pocos kilómetros de allí, en La Aldehuela, se encuentra otro convento carmelita, fundado bajo el mismo espíritu de recogimiento y contemplación. La Aldehuela es conocida también por ser el lugar donde vivió y murió Santa Maravillas de Jesús, una de las carmelitas más influyentes de España en el siglo XX. Santa Maravillas impulsó la fundación de numerosos conventos y fue un modelo de humildad y devoción. Su presencia en La Aldehuela le dio al lugar un significado especial, siendo hoy un centro de peregrinación y oración. El convento sigue siendo un refugio de espiritualidad y un espacio donde las carmelitas viven en profunda comunión con Dios, en la más estricta observancia de la regla carmelita.

En otro rincón de España, las Clarisas de Cantalapedra, una comunidad de monjas franciscanas, han mantenido vivo el espíritu de Santa Clara de Asís desde su fundación. Estas monjas de vida

contemplativa dedican su existencia a la oración, la pobreza y la simplicidad, tal como lo vivió la primera discípula de San Francisco. Cantalapiedra, en Salamanca, se ha convertido en un remanso de paz, donde las Clarisas viven con total desprendimiento de las cosas materiales, enfocadas en la adoración eucarística y en la intercesión por el mundo. Como en otras órdenes contemplativas, su vida gira en torno al silencio y la oración, siendo un testimonio de fe en medio de la sencillez de su entorno.

Más recientemente, la fundación de las Hermanas de Iesu Communio es un ejemplo del dinamismo de la vida religiosa en la actualidad. Nacida de una renovación de la comunidad de Clarisas del convento de Lerma, esta nueva congregación ha capturado la atención de la Iglesia en todo el mundo por su vigor y modernidad. Fundadas bajo el carisma de una profunda comunión con Cristo, estas hermanas, muchas de ellas jóvenes, han adoptado una vida contemplativa que no se aísla del mundo, sino que busca dialogar con él. Desde la oración, la adoración y la fraternidad, Iesu Communio ofrece una nueva respuesta al llamado de Dios en el siglo XXI, siendo una comunidad vibrante, llena de esperanza y vitalidad.

Cada una de estas comunidades ha evolucionado con el tiempo, pero en su esencia, todas comparten la misma misión: ser faros de luz espiritual en un mundo necesitado de oración y amor. Desde los silenciosos claustros de las Carmelitas en el Cerro de los Ángeles hasta el dinamismo juvenil de Iesu Communio, estas mujeres entregadas a la vida contemplativa son herederas de siglos de fe y servicio.

Al hilo de esto, y por terminar: en otras ocasiones os he pedido dinero, ahora no. Ahora lo que os pido por favor a todos es que les pidáis a todas las monjas de clausura que conozcáis, que recen por mí y mi misión de Lagarba, para que mis cristianos lo sean de verdad, estén llenos de amor a Jesucristo, y los musulmanes se conviertan, y yo pueda ir al Cielo llevándome a mucha gente. Ya sea que vayáis individualmente o en grupo a visitar un monasterio, por favor habladles de mí, de Lagarba y de mi misión, y pedidles oraciones, y rezarán, porque las monjas de clausura se acuerdan de todo, tienen una memoria prodigiosa para nombres, personas, circunstancias, y las necesidades e intenciones que se les encomiendan. Probablemente estas almas contemplativas sean las que más hacen por el mundo.

Un abrazo y hasta la próxima,

P. Paul Schneider

[adjunto: 00000670-VIDEO-2024-02-03-16-14-54.mp4>

El Padre Paul comienza su mensaje desde la misión de Lagarba, transmitiendo alegría y gratitud. Se le nota pleno, inmerso en las labores diarias de la misión, donde se ve acompañado por los niños locales, quienes, con rostros curiosos y manos dispuestas, colaboran con

entusiasmo. Entre ellos, destaca Ambese Dubái y Lemat, quienes se han convertido en parte integral de la comunidad que ayuda en los quehaceres.

Hoy, mientras el sol ilumina las tierras secas, el Padre Paul se encuentra regando un pequeño huerto. Con energía y dinamismo, describe la instalación de un motor nuevo, pequeño pero eficiente, que permite extraer agua de un manantial cercano. El agua, ese líquido vital en tiempos de sequía, se convierte en un regalo que permite mantener el huerto, dándole vida a las plantas que de otro modo se marchitarían. El huerto, aunque modesto, se erige como símbolo de esfuerzo compartido y esperanza.

El Padre, siempre optimista, menciona que están en la estación seca, la cual se extiende hasta mayo, y por eso es crucial regar el huerto. La misión, con el sonido de risas y el eco de oraciones, se transforma en un espacio de aprendizaje y trabajo en equipo, donde los niños, el motor y la comunidad convergen para cuidar el terreno que les sustenta.

En sus palabras se percibe el gozo de una vida sencilla, dedicada a los demás, y la satisfacción de ver cómo, con pequeños gestos, se puede transformar la realidad. Es un día cualquiera en la misión, pero para el Padre Paul y su gente, cada día es una oportunidad para sembrar, no solo en la tierra, sino también en los corazones que los rodean.

<adjunto: 00000671-VIDEO-2024-02-03-16-15-08.mp4>

En el video del Padre Paul, se siente una atmósfera de arduo trabajo y compromiso comunitario. El Padre describe la instalación de un tubo de 100 metros que lleva agua desde un manantial hasta un depósito construido con barro, algo que simboliza la colaboración local y el ingenio de la gente de la zona. A través de sus palabras, se puede percibir un profundo respeto hacia la naturaleza y las soluciones sencillas que encuentran para los problemas diarios en la misión.

Ambes Salambel, un vecino que aparece en la escena, lleva con orgullo una camiseta de un santuario ortodoxo de San Gabriel, el Kulubi, un lugar de peregrinación en Etiopía. Este detalle no es menor, ya que refleja la convergencia de la fe ortodoxa local con el esfuerzo cristiano de la misión del Padre Paul, uniendo así las creencias y tradiciones en una atmósfera de respeto y solidaridad.

El relato del Padre Paul no solo narra un proyecto técnico, sino que también transmite el amor por la gente de la misión, por el lugar y por la conexión entre la fe y el servicio a la comunidad. Las imágenes y descripciones sencillas, pero impregnadas de significado, invitan a contemplar la vida en la misión como un espacio donde las soluciones prácticas y la espiritualidad van de la mano, en un entorno de resiliencia y apoyo mutuo.

<adjunto: 00000672-VIDEO-2024-02-03-16-15-22.mp4>

En la narrativa del video publicado por el Padre Paul, se observa una vida rural y comunitaria que gira en torno a la misión. La escena se

inicia con un logro deseado: la llegada del agua, algo que la comunidad había anhelado durante mucho tiempo. El motor que bombea el agua está en funcionamiento, aunque aún se están adaptando a su uso. El entorno está lleno de actividad y vida cotidiana. Nardos, una niña de nueve años y su hermana pequeña, llenan el momento con sus risas y juegos. Los niños son un reflejo de la alegría y simplicidad que define esta comunidad.

El Padre Paul introduce a Jonas, un joven que ha vivido en la misión durante varios meses, y uno de los perritos que a veces se escapa, mostrando el vínculo especial que mantiene con los animales y la naturaleza. Describe la entrada de la misión, antes sin portón, y cómo todo el entorno se está construyendo lentamente. El pastor de las cabras, Fíguere, es descrito como un "santo varón", con una vida devota que incluye la misa diaria y el rezo del rosario por las tardes, lo que resalta el profundo sentido de fe en la comunidad.

El entorno es una montaña verde y abierta, con casas dispersas, lo que otorga a la narrativa un sentido de paz y aislamiento. Las familias, aunque dispersas, están unidas por lazos de parentesco, una característica típica de las zonas rurales. La misión, además de ser un lugar de trabajo, es un punto de encuentro donde la vida espiritual y la rutina diaria convergen. Aunque la conexión a internet es deficiente, el Padre Paul sigue compartiendo este momento de vida con gratitud y humildad, expresando su amor por la comunidad y enviando bendiciones a quienes lo siguen desde lejos.

<adjunto: 00000673-VIDEO-2024-02-03-16-15-36.mp4>

En un momento del atardecer, el Padre Paul, con una sonrisa y humildad, se dirige a sus seres queridos en un mensaje sencillo y afectuoso. En su habitación, sin mayores adornos más allá de una cama llena de papeles, comenta de manera informal el pequeño caos que le rodea, pero rápidamente retoma lo que realmente importa: su bienestar espiritual y su agradecimiento. Expresa, con una profunda gratitud, que reza constantemente por aquellos que le apoyan, por la Iglesia y el Papa. Se siente enormemente privilegiado por la misión que ha recibido, la de servir a los más necesitados, en un lugar al que pocos desean venir debido a las dificultades de la vida en el campo.

Reconoce las realidades duras que enfrenta, pero también manifiesta cómo su alegría y satisfacción nacen de la certeza de que está unido en espíritu con quienes le recuerdan y le apoyan. Padre Paul se muestra vulnerable al confesar sus propias luchas internas, pidiendo al Señor un corazón siempre lleno de caridad y la capacidad de corregir sus impaciencias y pasiones. A pesar de todo, su tono es ligero y afectuoso, enviando un mensaje de amor y bendiciones a sus oyentes, recordándoles que son una parte vital de su misión. Con un abrazo cálido y un deseo de muchas bendiciones para el año, se despide con ternura, dejando en cada palabra la huella de un hombre profundamente entregado a su vocación.

Este breve, pero significativo, mensaje no es sólo una actualización de su vida, sino una reafirmación de la importancia del amor, la paciencia

y la unión espiritual en la misión que comparte con sus amigos y seres queridos.

10 de Mayo 2024: Negocios de Mujeres

En mi querido valle de Lagarba la vida sigue. Este año la temporada de lluvias se ha adelantado, lo cual es inusual, pero favorece mucho todo tipo de cultivos, por eso hicimos la siembra mayor en marzo. Desde mediados de marzo hasta hoy el cielo nos ha bendecido con agua casi todas las semanas, y hasta varios días por semana. En muchos campos los tallos de sorgo y maíz ya están crecidos, y también las pequeñas plantaciones de café de los agricultores están dando sus preciados frutos.

Algunas regiones del país están afectadas por disturbios y matanzas, pero esta parte del país y las ciudades de Adís Abeba, Harar y Dire Dawa, a las que voy con cierta frecuencia, están en paz.

En un par de meses empezaré mi séptimo año al frente de esta misión católica de Lagarba, y ha llegado el momento de que preste atención a una necesidad social concreta: ayudar a mujeres de mi zona a iniciar pequeños negocios, de venta de alimentos básicos y artículos para el hogar. Tal es el caso de Marishet Zenebe, una joven que vive con sus padres y está tratando de ahorrar dinero y tal vez comprarse una casa propia en el futuro. O el de Zinash Meliyon, que trabaja en una tienda que abrió con sus hermanos y

su cuñada Madanit, y desea potenciar el negocio familiar con otros productos propios y un espacio más amplio y adecuado.

Ambas, Zinash y Marishet, necesitan y agradecen enormemente la ayuda de los que contribuís económicamente a mi misión, porque de lo contrario no podrían tener una tienda propiamente dicha, separada de la casa familiar. En muchas sociedades pobres y en desarrollo, la falta de espacios interiores puede ser un obstáculo mayor para las iniciativas comerciales y las soluciones de logística básica y almacenamiento, así como de buen servicio al cliente.

Por lo cual estoy ayudando -una vez más, con construcciones sencillas de tejado de láminas de aluminio- a estas jóvenes a tener una tienda exenta de la vivienda. Cada una de las 40 láminas para el tejado de estas tiendas cuesta 480 birr (unos 8 euros), y además tendré que prestarles ayuda extra para la factura e instalación de puertas, ventanas, y estanterías como Dios manda, entre otras cosas.

Madanit y su marido Danye son una familia joven a la que quiero mucho. Madanit, con la ayuda de sus cuñados Habtamu, Zinash y Abush, llevan una tienda que les ayudé a montar, de la que ya os hablé en un mensaje el año pasado. Todos estamos orgullosos por este negocio, pues es un éxito, y facilita la vida y ahorra tiempo a todas las familias de las zonas de alrededor: Gobenti, Odaa Jaro,

Isako y Jille. Cuando no existía esta tienda, la gente tenía que ir más de una hora andando hasta el pueblo de Kirara para comprar los productos básicos como pasta, arroz, harina, sal, azúcar, aceite, galletas, caramelos y jabón. Ahora, cientos de familias los tienen a mano.

Viendo a mujeres jóvenes como Marishet, Madanit y Zinash, que luchan por mejorar sus vidas, me apasiono con ellas por lo que les está ayudando a crecer: su negocio, sus pequeñas inversiones, los riesgos inherentes, su fortaleza y constancia en el trabajo, su sentido del ahorro y la unión de la familia para arrimar el hombro. Cada dos días, Habtamu, un hermano de Danye, va a Kirara o a Karra Kurkura para comprar los productos de los mayoristas, y trae la mercancía en burro. Zinash está a cargo de la caja y la contabilidad, y lo lleva escrupulosamente. A Zinash la veo hecha para los negocios, la chica tiene madera de comerciante. Con las razones que adujo vi que era muy sensato y provechoso para el negocio familiar disponer de dos espacios para la venta en vez de uno. Madanit mantiene siempre la tienda abierta donde estaba, y vende bebidas y frutos secos a los labradores que van allí a pasar un rato y coger fuerzas antes de meterse en las faenas del campo, mientras que Zinash, en la nueva tienda exenta atenderá a los que vienen a hacer una compra rápida y puntual.

Una tienda puede parecer algo corriente, algo simple y hasta aburrido, pero no lo es. Requiere riesgo, visión y -en un sentido amplio- hasta fe. Socialmente, la tienda es un punto de encuentro personal con muchos vecinos, y el pequeño empresario se tiene que esmerar para dar buena atención a los clientes, tener calma cuando alguien viene de malas formas, y en general crear buen ambiente. También tiene que ser diligente para que no se agoten las existencias, sus precios sean competitivos, y los productos sean de buena calidad, o al menos aceptables. Con mis años de experiencia aquí, admiro más a mis amigos que llevan una tienda, o la tuvieron. Pienso en aquellos que tienen farmacias, tiendas de decoración, panaderías, o librerías, entre otras.

Por último, como en este mundo hay ladrones, el propietario al anochecer echa el cerrojo, y se va a casa a descansar, pero con una cierta inquietud por la seguridad de su tienda, un desvelo por proteger la mercancía y riqueza que hay en ella. Ya os hablé de este tema y nuestros percances locales en otro mensaje titulado "La noche de los ladrones".

En fin, todo trabajo es una lucha y un bregar, y al final una satisfacción. La relación de Caín y Abel (Gén 4, 1-15) acabó en fratricidio, pero el centro de esa historia no es la envidia y el asesinato, sino el trabajo. Abel, prototipo de Cristo, ofrecía a Dios

lo mejor de su esfuerzo y de su trabajo, y andaba feliz. Sus sacrificios, dando lo mejor de sus rebaños, le llenaban el corazón de alegría. Dios no espera menos de nosotros. Caín, en cambio, andaba enfurruñado y amargado porque su trabajo y sus sacrificios eran mediocres, hechos con desgana. Cada día admiro más a las personas emprendedoras, competentes, que trabajan con tenacidad, y siento lástima por la gente de carácter indolente, vago y sinvergüenza. "Vinagre para los dientes y humo para los ojos: así es el perezoso para quien lo envía (Prov 10, 26)". Y también, "Una mujer hacendosa, ¿quién la encontrará? Es mucho más valiosa que las perlas... (Prov 31, 10ss)".

Muchas veces hemos escuchado aquello de "dale un pescado a un hombre, y le habrás dado de comer un día; dale una caña de pescar y enséñale, y le habrás dado de comer para toda la vida". No os imagináis la alegría que siento ayudando a estas familias, a estas mujeres.

Dios os bendiga. Feliz mes de María. Feliz día de San Juan de Ávila a mis hermanos sacerdotes. Hoy empieza la novena del Espíritu Santo, que viváis con alegría la solemnidad de Pentecostés.

En el Día de San Juan de Ávila, la atmósfera del clero se impregna de un aire solemne y reflexivo, donde la memoria del santo se entrelaza con

el inicio de la novena del Espíritu Santo. La jornada se desenvuelve en un ambiente de recogimiento, en el que los sacerdotes, a través de la oración y la reflexión, profundizan en la vida y el legado del santo doctor de la Iglesia. A su vez, la novena comienza como un tiempo de preparación espiritual, que gradualmente va elevando la expectativa hacia la celebración de Pentecostés.

El día se llena de pequeños rituales y momentos compartidos en comunidad, donde la presencia del Espíritu Santo se invoca con renovada intensidad. Las palabras de San Juan de Ávila resuenan en las homilias y lecturas, recordando a los sacerdotes la importancia de una vida dedicada a Dios, en servicio al prójimo, con un corazón inflamado de celo apostólico. Todo en el entorno apunta hacia el Pentecostés, como la culminación de este proceso espiritual, donde la espera del Espíritu se transforma en una celebración llena de luz, alegría y renovación interior.

La atmósfera se va cargando de una serena expectativa, un silencio que anticipa la llegada del fuego divino que purifica y da vida nueva. La comunidad, unida en oración, se prepara para abrirse a los dones del Espíritu, sintiendo que cada acto, cada palabra y cada pensamiento se orientan hacia ese momento decisivo en el que la presencia del Espíritu Santo llenará los corazones de todos, renovando el compromiso y el llamado a la misión.

Un abrazo

P. Paul Schneider



<adjunto: 00000679-PHOTO-2024-05-10-21-07-31.jpg>

En la imagen se percibe una escena de Madanit y su esposo Danye, sentados juntos bajo un cielo despejado que parece extenderse hasta las montañas que se dibujan en el horizonte. Junto a ellos, el pequeño Abiyu, envuelto en su abrigo, juega en brazos de su madre, mientras le planta un beso en la mejilla con una ternura que ilumina sus rostros. Madanit, vestida con un tradicional vestido blanco que contrasta con el verde del

paisaje, sonríe con un gesto de amor puro, reflejando una paz que sólo la vida en la naturaleza y la unidad familiar pueden ofrecer.

Danye, por su parte, sentado a su lado, viste una camisa gris, su semblante refleja serenidad mientras observa la escena, su sonrisa es una muestra discreta de la felicidad que experimenta en ese instante. Ambos parecen disfrutar del momento de quietud, enmarcados por los árboles que se alzan detrás de ellos, retorcidos por el viento pero firmes, igual que la relación que los une.

El paisaje alrededor es una mezcla de verdes y marrones, propios de una región montañosa donde la vida parece moverse con un ritmo más pausado, más cercano a la naturaleza. Los árboles en el fondo, los arbustos, las colinas lejanas, todo parece formar parte de un cuadro donde la sencillez de la vida diaria se entrelaza con la belleza del entorno.

Es una imagen que captura la esencia de la vida familiar en un entorno rural, donde la tranquilidad del campo y la alegría de estar juntos se reflejan en las sonrisas compartidas y en los gestos de cariño entre padres e hijo.



<adjunto: 00000680-PHOTO-2024-05-10-21-10-17.jpg>

Zinash se mueve con seguridad entre los sacos de grano y los estantes improvisados, donde cuelgan bolsas de colores y pequeños productos de uso diario. Su figura, aunque discreta, emana una presencia serena y firme. Su tienda es eficiente, directa, diseñada para el cliente que llega con una necesidad inmediata y busca una solución rápida. Con esta distribución, la familia ha logrado cubrir dos frentes, adaptándose a las diferentes demandas de la comunidad local. Su visión se refleja no solo en su manera de gestionar el comercio, sino en la confianza con la que toma decisiones, mostrando una habilidad innata para los negocios. La tienda, bajo su gestión, prospera, y Zinash se convierte, día tras día, en

un pilar fundamental para el sustento de su familia y la comunidad que la rodea.



<adjunto: 00000683-PHOTO-2024-05-10-21-11-10.jpg>



<adjunto: 00000684-PHOTO-2024-05-10-21-11-11.jpg>

En las imágenes, se observa a Marishet con una seriedad que refleja la responsabilidad que ha asumido al gestionar la tienda. A las puertas de su pequeño local, construida con materiales sencillos, Marishet parece tener una presencia que trasciende la humilde fachada de barro. Envuelta en una túnica de tonos suaves y con la cabeza cubierta, observa el entorno con ojos atentos, cada movimiento suyo calculado, como si cada cliente, cada transacción, fuera una pieza importante en el engranaje de su día.

La tienda, a pesar de su modestia, está bien organizada. En su interior, los estantes están llenos de productos esenciales: alimentos envasados, especias, detergentes y otros artículos cotidianos que la gente del lugar necesita. Las bolsas de plástico cuelgan del techo, mientras los estantes de madera sostienen cajas ordenadas con precisión. El sol se cuela a través de la ventana, iluminando a Marishet, quien está sentada con aire pensativo detrás de una mesa de trabajo. Su disposición tranquila contrasta con el bullicio que podría rodear el negocio, su presencia transmite calma en medio del ajetreo de la vida cotidiana.

A simple vista, podría parecer solo una pequeña tienda de un pueblo, pero para Marishet, cada día es una oportunidad para contribuir a la economía local, atendiendo a los vecinos con una mezcla de dignidad y pragmatismo. La tienda es su mundo, su dominio. Y en su expresión se refleja la responsabilidad de llevar las cuentas, gestionar las ventas y, más allá de todo, mantener vivo el pulso de la vida diaria a través de su pequeño pero vital negocio.

8 de Agosto de 2024: Risas, Barro y Encuentros: Momentos que Tejen la Misión

Lagarba,

Hola a todos!!! 🎨 👍 🌸 😳 😊 😄 ✨

Estaré en España del 14 al 29 de septiembre, espero veros a todos, o al menos a la mayoría.

No me da tiempo a escribir un mensaje largo; en cambio, os mando unas fotos recientes



<adjunto: 00000701-PHOTO-2024-08-08-16-10-37.jpg>

La imagen muestra un momento de esfuerzo colectivo y solidaridad en medio de la naturaleza indomable. El Toyota ha quedado atascado en un terreno fangoso y húmedo, probablemente debido a una crecida imprevista del agua que cubre el suelo de la región. El agua turbia y marrón fluye a través del área, rodeando las piernas de los hombres que, arremangados y decididos, se han reunido alrededor del vehículo para ayudar a liberarlo.

Algunos se agachan bajo el coche, metiendo las manos en el barro, buscando el punto exacto donde pueden hacer palanca o desatascar las ruedas que han quedado atrapadas. Otros, como el hombre en la

camiseta roja, empujan desde el lateral con fuerza, mientras que los demás observan y coordinan los esfuerzos. El barro y el agua parecen casi devorar las piernas de los involucrados, mientras trabajan sin descanso para devolver al coche su movilidad.

El ambiente, aunque tenso por el desafío que plantea la naturaleza, también transmite un sentido de camaradería. Estos hombres, unidos por una tarea común, trabajan juntos sin importar la incomodidad o el esfuerzo que exige la situación. No hay quejas ni vacilaciones; solo determinación y colaboración para superar el obstáculo que el terreno ha presentado en su camino.

En esa escena, resplandece un reflejo del espíritu humano en su forma más pura: la capacidad de unirse frente a la adversidad y trabajar colectivamente para encontrar una solución.



<adjunto: 00000702-PHOTO-2024-08-08-16-12-58.jpg>

En la imagen se percibe la calidez de un encuentro entre amigos, reflejada en las sonrisas sinceras que irradian alegría. La llegada de estos amigos ha traído una profunda alegría, visible en el rostro del uno de los visitantes, que muestra una sonrisa amplia y genuina. A su lado, una joven con la cabeza envuelta en un pañuelo rojo, mira a la cámara con una expresión de serenidad y afecto. La luz del día ilumina la escena, resaltando la sencillez y la autenticidad del momento compartido.

El fondo revela un entorno rural, con paredes y techos sencillos, mientras una persona de cabello cano camina a lo lejos, envuelto en una atmósfera tranquila y cotidiana. Es evidente que este encuentro, aunque aparentemente sencillo, lleva consigo el peso de una amistad profunda y la gratitud de estar rodeado de aquellos que importan. En un lugar donde las visitas no siempre son frecuentes, la compañía de los amigos se convierte en un tesoro valioso, una pausa en el ritmo diario que se llena de risas y recuerdos compartidos.



<adjunto: 00000703-PHOTO-2024-08-08-16-12-59.jpg>



<adjunto: 00000704-PHOTO-2024-08-08-16-13-01.jpg>



<adjunto: 00000705-PHOTO-2024-08-08-16-13-01.jpg>



<adjunto: 00000706-PHOTO-2024-08-08-16-13-02.jpg>



<adjunto: 00000707-PHOTO-2024-08-08-16-13-03.jpg>



<adjunto: 00000708-PHOTO-2024-08-08-16-13-05.jpg>



<adjunto: 00000709-PHOTO-2024-08-08-16-13-06.jpg>



<adjunto: 00000710-PHOTO-2024-08-08-16-13-07.jpg>



<adjunto: 00000711-PHOTO-2024-08-08-16-13-10.jpg>



<adjunto: 00000712-PHOTO-2024-08-08-16-13-11.jpg>



<adjunto: 00000713-PHOTO-2024-08-08-16-13-12.jpg>

Las imágenes narran una historia de camaradería y celebración en medio de paisajes rurales y momentos de sencillez compartida. Cada fotografía captura la alegría y el afecto que emanan de la visita de amigos, quienes, con rostros sonrientes y gestos cercanos, disfrutan de la compañía mutua. En algunas de las escenas, las sonrisas de los adultos se ven reflejadas en los rostros curiosos y felices de los niños que los rodean. Hay una familiaridad que va más allá de las barreras culturales o lingüísticas, una conexión profunda que se evidencia en la forma en que todos interactúan.

Los momentos compartidos ante una comida sencilla o durante las charlas informales son prueba de que, en estos encuentros, lo importante no es lo material, sino la comunión de corazones. En una imagen, un grupo se reúne alrededor de una mesa, compartiendo un plato local, con las miradas concentradas y las risas a punto de surgir, mientras en otra, la atención se centra en la tecnología, donde un teléfono móvil se convierte en el centro de atención de jóvenes y adultos por igual, creando momentos de curiosidad y diversión.

Entre los momentos retratados también hay escenas de amistad profunda, donde las miradas entre amigos denotan una complicidad construida a lo largo del tiempo. Las montañas y el entorno rural que rodean las imágenes son un telón de fondo sereno, que subraya la sencillez de las relaciones y el carácter atemporal de la amistad verdadera.

Finalmente, la presencia de los niños, con sus expresiones de curiosidad y entusiasmo, llena de vida las escenas. Los rostros inocentes y los juegos entre ellos muestran que, incluso en un encuentro entre adultos, la alegría de los más pequeños es contagiosa y central a la celebración.

Este conjunto de fotografías captura no solo un encuentro entre amigos, sino una pequeña festividad de la vida cotidiana, donde la conexión humana es el hilo conductor de todas las sonrisas y momentos compartidos.



<adjunto: 00000714-PHOTO-2024-08-08-16-15-06.jpg>



<adjunto: 00000715-PHOTO-2024-08-08-16-15-06.jpg>



<adjunto: 00000716-PHOTO-2024-08-08-16-15-07.jpg>



<adjunto: 00000717-PHOTO-2024-08-08-16-15-08.jpg>



<adjunto: 00000718-PHOTO-2024-08-08-16-15-09.jpg>



<adjunto: 00000719-PHOTO-2024-08-08-16-15-10.jpg>



<adjunto: 00000720-PHOTO-2024-08-08-16-15-11.jpg>

Las imágenes capturan momentos inolvidables durante las visitas a la misión de Lagarba, un lugar donde la sencillez y la calidez humana reinan entre la comunidad local y los visitantes. La llegada de sacerdotes venerables de la diócesis de Getafe añade un aire especial, casi de celebración solemne, a estos encuentros. Es un auténtico lujo contar con su presencia en un entorno tan humilde, pero tan lleno de vida y de fe. Los sacerdotes, con sus sotanas negras, se mezclan entre los habitantes locales, quienes los reciben con sonrisas sinceras y gestos de gratitud.

En algunas de las fotografías, las mujeres del lugar, envueltas en sus pañuelos blancos tradicionales, sonríen tímidamente mientras

conversan con los sacerdotes. Otras imágenes muestran a los niños, con sus caras de curiosidad, jugando y riendo mientras las actividades del día transcurren con normalidad, aunque con ese toque especial que las visitas traen. La comunidad parece estar unida, y hay un claro sentido de solidaridad y comunión entre todos.

Una imagen destaca a los sacerdotes sentados junto a los ancianos del pueblo, un signo de respeto mutuo entre la sabiduría local y la experiencia de estos visitantes. Entre risas y gestos de cariño, se percibe un verdadero intercambio de culturas y una celebración de la fraternidad humana.

El paisaje de Lagarba, con sus montañas imponentes y su vegetación, actúa como un escenario natural que complementa la espiritualidad del momento. Cada rincón del lugar emana una tranquilidad única, que parece impregnarse en todos los que participan de estas reuniones.

<adjunto: 00000721-PHOTO-2024-08-08-16-21-10.jpg>

En estos precisos instantes estoy en Addis Adeba comprando una cama de parto, para la clínica de Kirara.

En la imagen, se percibe un momento de trabajo significativo en un ambiente sencillo, pero cargado de importancia. Dos hombres, concentrados y dedicados, ajustan una cama de parto en una sala poco iluminada. El espacio parece ser un taller o un almacén, y las herramientas necesarias para ensamblar la cama están esparcidas a su alrededor, sugiriendo que este es un trabajo minucioso. Los dos hombres

se agachan, uno en cuclillas, ajustando los componentes de la cama, mientras el otro sostiene una de las partes con cuidado. Ambos están enfocados en su tarea, conscientes de la importancia del equipo que están ensamblando.

El hecho de que esta cama esté destinada a la clínica de Kirara añade una capa adicional de significado a la escena. Se trata de una compra crucial, no solo por el objeto en sí, sino por lo que simboliza: una mejora en las condiciones de atención para las madres y sus recién nacidos en una comunidad que probablemente carece de los recursos médicos más básicos. La dedicación y el esfuerzo reflejados en este momento sencillo subrayan la urgencia de cubrir una necesidad tan fundamental como la de una cama de parto en un lugar donde la infraestructura médica es limitada.

Este momento es un recordatorio poderoso de cómo, a veces, los objetos más cotidianos pueden marcar una diferencia profunda en la vida de las personas y en la salud de una comunidad entera.

Bueno, no os aburro más. Un abrazo, querid@s. Nos vemos pronto 🥰🥰🥰

31 de Agosto de 2024: Fe y Devoción: La Esperanza Florece.



<adjunto: 00000725-PHOTO-2024-08-31-08-36-59.jpg>



<adjunto: 00000726-PHOTO-2024-08-31-08-37-00.jpg>



<adjunto: 00000727-PHOTO-2024-08-31-08-37-01.jpg>



<adjunto: 00000728-PHOTO-2024-08-31-08-37-02.jpg>



<adjunto: 00000729-PHOTO-2024-08-31-08-37-03.jpg>



<adjunto: 00000730-PHOTO-2024-08-31-08-37-03.jpg>



<adjunto: 00000731-PHOTO-2024-08-31-08-37-04.jpg>

Fotos que hizo un médico irlandés que estuvo en mi misión este verano.

En esta serie de imágenes se retratan momentos capturados por un médico irlandés durante su estancia en la misión este verano, momentos que van más allá de la simple observación, revelando la profunda conexión entre la comunidad y la espiritualidad. Se observan montañas cubiertas de vegetación, enmarcando las tierras verdes que son el alma de Lagarba. Este paisaje rural parece fluir con calma, transmitiendo una sensación de serenidad, donde la vida parece ser un eterno ciclo de trabajo en la tierra y oración.

En una de las imágenes, los fieles están reunidos en una iglesia humilde, decorada con cortinas modestas y pinturas sencillas pero cargadas de devoción. Los sacerdotes, vestidos con ornamentos verdes y rojos, celebran la Eucaristía, incensando el altar con reverencia. La atmósfera que capturó el médico es densa y solemne, llena de humo de incienso que se eleva hacia lo alto, como si las oraciones de la gente humilde de Lagarba ascendieran al cielo.

Los niños, con su inocencia y curiosidad, se agrupan con tímida alegría en el entorno rural, mientras los mayores, fieles y comprometidos con su fe, observan la escena con respeto y devoción. La pequeña iglesia se convierte en el corazón de la vida comunitaria, uniendo a personas de

todas las edades en el acto más sagrado de la celebración del amor divino.

El médico también documentó momentos de recogimiento y oración personal, capturando la devoción individual de los sacerdotes, quienes, aun después de la misa, se quedan rezando frente al altar. La imagen de uno de los sacerdotes arrodillado en silencio ante el Sagrado Corazón, en una iglesia de paredes agrietadas y un Cristo que parece dolido pero esperanzador, refleja una dedicación sin igual, un amor que se entrega en cuerpo y alma a la misión.

Estas fotos no son meramente retratos estáticos; son testigos visuales de la fe viva y en movimiento de una comunidad, de la esperanza que florece en los rincones más humildes y remotos del mundo.

"Y así, lo que parece el final de estas páginas no es más que un nuevo amanecer. Cada historia, cada reflexión, ha sido una semilla plantada en la fértil tierra de la experiencia humana, esperando florecer en el corazón de quien las recibe. Esta obra no concluye aquí; sus ecos resuenan en cada lector que se atreve a continuar el viaje, porque la verdadera historia apenas comienza, y lo escrito no es más que el prelude de lo que está por venir."

